

VICENTE RAGA

# La sonrisa incierta

Las doce puertas parte V

D.J.57

# LA SONRISA INCIERTA

## *Las doce puertas* *parte V*

Vicente Raga



**Vicente Raga**

(Valencia, España, 1966)

Extracto de entrevista en *Tribuna Libre*

**PREGUNTA:** Estudió Derecho, un Máster, aprendió idiomas... para acabar de político y escritor.

**RESPUESTA:** Jajajaja, dicho así parece que he ido a menos, ¿verdad? En realidad no vivo de ninguna de las dos cosas. Ser concejal en mi pueblo, Alboraya, además de un orgullo, es vocacional, al igual que ser escritor.

**P:** ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

**R:** Porque creo que hay otro relato diferente que contar. La gente está cansada de lo mismo de siempre. Es curioso que estas frases se puedan aplicar tanto a la política como a la escritura.

**P:** ¿Es su quinta novela de la saga de *Las doce puertas*?

**R:** Es su continuación, y un libro muy importante dentro de la serie. Recuerdo a mis lectores que es necesario leer las cuatro novelas anteriores en su orden: *Las doce puertas*. *Nada es lo que parece*, *Todo está muy oscuro*, *Lo que crees es mentira*.. He creado una historia que transcurre durante varios siglos, en diferentes novelas. Es la primera vez que escribo algo tan largo, aunque no soy novato. Mi primer relato lo escribí con catorce años, y ganó un modesto concurso literario en Inglaterra. Desde entonces no he parado.

Ahora escribo artículos de opinión en diferentes medios y mantengo unas redes sociales activas.



## La sonrisa incierta (Las doce puertas parte V)

Addvanza Editorial, 2019

**P: ¿Por qué el título de este libro?**

**R:** Es la última frase. Así termina la novela.

**P: ¿Y ya está?**

**R:** No, ni mucho menos. Quizá esta sea la parte de *Las doce puertas* más reveladora de toda la saga, descontando del propio final, claro. Se descubren muchas cuestiones, desconocidas hasta el momento, que tienen una gran relevancia en el desarrollo de la historia y en la preparación del final, aunque la novela termina con una gran pregunta, que marcará la sexta parte, titulada *Rebeca debe morir*. ¡Casi nada!

**P: Seguimos con el trasfondo de la inquisición en la parte histórica, y con los mismos personajes en la parte actual, el siglo XXI. ¿no?**

**R:** Sí, los protagonistas principales siguen siendo los mismos,, pero se descubren ciertos detalles de la historia que marcarán el final de la saga. Es un libro importante.

**P: ¿Se trata de una novela histórica más?**

**R:** No me atrevería a clasificarla de novela histórica. Es otra cosa. Se trata de una novela de misterio e intriga actual, basada en hechos históricos reales.

**P: ¿A quién va dirigida?**

**R:** A todos los lectores con ganas de entretenerse, desde los catorce años..

AVISO MUY IMPORTANTE

Esta novela es la quinta parte de *Las doce Puertas*

Para poder disfrutar de una mejor experiencia, **es necesario respetar el orden de lectura de las novelas:**

1 - [Las doce puertas \(Parte I\)](#)

2 - [Nada es lo que parece \(Parte II\)](#)

3 - [Todo está muy oscuro \(Parte III\)](#)

4 - [Lo que crees es mentira \(Parte IV\)](#)

**5 - → Libro actual**

6 - [Rebeca debe morir \(Parte VI\)](#)

7 - [El enigma final \(Parte VII\)](#)

En cada una de las novelas se desvelan hechos, tramas y personajes que afectan a las posteriores. Si no respeta este orden, a pesar de que hay un breve resumen de los acontecimientos anteriores, es posible que no comprenda ciertos aspectos de la trama.

Primera edición, octubre de 2019

© 2019 Vicente Raga

[www.vicenteraga.com](http://www.vicenteraga.com)  
[www.lasdocepuertas.com](http://www.lasdocepuertas.com)

© 2019 Addvanza Editorial

[www.addvanza.es](http://www.addvanza.es)

Fotocomposición y maquetación: Addvanza Editorial

Ilustraciones: Leyre Raga y Cristina Mosteiro

ISBN: 978-84-1201894-3

DEPÓSITO LEGAL

Queda prohibidos, dentro de los límites establecidos en la Ley, y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los Derechos de autor.

Las cuatro anteriores entregas de la saga de *Las doce puertas* iban dedicadas a mi familia en general, amigos y compañeros del colegio. En esta ocasión lo quiero hacer a mi mujer Cristina. Sin su ayuda y apoyo tampoco hubieran existido estas novelas.

# Índice

## ESUMEN DE LOS LIBROS ANTERIORES DE LA SERIE «LAS DOCE PUERTAS»

- 1 [31 DE ENERO DE 1525](#)
- 2 [EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 27 DE SEPTIEMBRE](#)
- 3 [31 DE ENERO DE 1525](#)
- 4 [EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 27 DE SEPTIEMBRE](#)
- 5 [31 DE ENERO DE 1525](#)
- 6 [EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 27 DE SEPTIEMBRE](#)
- 7 [31 DE ENERO DE 1525](#)
- 8 [EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 27 DE SEPTIEMBRE](#)
- 9 [31 DE ENERO DE 1525](#)
- 10 [EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 28 DE SEPTIEMBRE](#)
- 11 [1 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 12 [EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 28 DE SEPTIEMBRE](#)
- 13 [1 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 14 [EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 29 DE SEPTIEMBRE](#)
- 15 [2 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 16 [EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 29 DE SEPTIEMBRE](#)
- 17 [5 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 18 [EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 30 DE SEPTIEMBRE](#)
- 19 [5 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 20 [EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 30 DE SEPTIEMBRE](#)

- 21 [5 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 22 [EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 30 DE SEPTIEMBRE](#)
- 23 [6 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 24 [EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 30 DE SEPTIEMBRE](#)
- 25 [6 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 26 [EN LA ACTUALIDAD, LUNES 1 DE OCTUBRE](#)
- 27 [6 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 28 [EN LA ACTUALIDAD, LUNES 1 DE OCTUBRE](#)
- 29 [8 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 30 [EN LA ACTUALIDAD, LUNES 1 DE OCTUBRE](#)
- 31 [20 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 32 [EN LA ACTUALIDAD, LUNES 1 DE OCTUBRE](#)
- 33 [21 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 34 [EN LA ACTUALIDAD, MARTES 2 DE OCTUBRE](#)
- 35 [21 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 36 [EN LA ACTUALIDAD, MARTES 2 DE OCTUBRE](#)
- 37 [22 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 38 [EN LA ACTUALIDAD, MARTES 2 DE OCTUBRE](#)
- 39 [22 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 40 [EN LA ACTUALIDAD, MARTES 2 DE OCTUBRE](#)
- 41 [22 DE FEBRERO DE 1525](#)
- 42 [EN LA ACTUALIDAD, MARTES 2 DE OCTUBRE](#)
- 43 [22 DE FEBRERO DE 1525](#)

44 [EN LA ACTUALIDAD, MIÉRCOLES 3 DE OCTUBRE](#)

45 [22 DE FEBRERO DE 1525](#)

46 [EN LA ACTUALIDAD, MIÉRCOLES 3 DE OCTUBRE](#)

47 [22 DE FEBRERO DE 1525](#)

48 [EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 4 DE OCTUBRE](#)

49 [22 DE FEBRERO DE 1525](#)

50 [EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 4 DE OCTUBRE](#)

51 [24 DE FEBRERO DE 1525](#)

52 [EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 5 DE OCTUBRE](#)

53 [27 DE FEBRERO DE 1525](#)

54 [EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 5 DE OCTUBRE](#)

55 [27 DE FEBRERO DE 1525](#)

56 [EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 5 DE OCTUBRE](#)

57 [2 DE MARZO DE 1525](#)

58 [EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 5 DE OCTUBRE](#)

59 [3 DE MARZO DE 1525](#)

60 [EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 5 DE OCTUBRE](#)

61 [4 DE MARZO DE 1525](#)

62 [EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 5 DE OCTUBRE](#)

63 [4 DE MARZO DE 1525](#)

64 [EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 6 DE OCTUBRE](#)

65 [4 DE MARZO DE 1525](#)

66 [EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 6 DE OCTUBRE](#)

67 [4 DE MARZO DE 1525](#)

68 [EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 6 DE OCTUBRE](#)

69 [4 DE MARZO DE 1525](#)

70 [EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 6 DE OCTUBRE](#)

71 [4 DE MARZO DE 1525](#)

72 [EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 6 DE OCTUBRE](#)

73 [5 DE MARZO DE 1525](#)

74 [EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 6 DE OCTUBRE](#)

75 [31 DE ENERO DE 1525](#)

76 [EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 6 DE OCTUBRE](#)

77 [5 DE MARZO DE 1525](#)

78 [EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 7 DE OCTUBRE](#)

79 [5 DE MARZO DE 1525](#)

80 [EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 7 DE OCTUBRE](#)

81 [5 DE MARZO DE 1525](#)

82 [EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 7 DE OCTUBRE](#)

83 [5 DE MARZO DE 1525](#)

84 [EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 7 DE OCTUBRE](#)

## Nota previa del autor

En la parte histórica de la presente novela, correspondiente al siglo XVI, todos los personajes que aparecen son reales y existieron en su exacto contexto histórico. No obstante, los hechos que se narran son ficticios y no tuvieron por qué ocurrir de la manera descrita. En la parte actual de la novela, todos los personajes y los hechos narrados son ficticios. Los acontecimientos históricos que se describen en ambas partes se corresponden con la realidad.

En toda la novela se utilizan las fechas de acuerdo con el calendario gregoriano. A efectos de claridad y homogeneidad no se usa el calendario hebreo.

# 0

## RESUMEN DE LOS LIBROS ANTERIORES DE LA SERIE «LAS DOCE PUERTAS»

**NOTA DEL AUTOR:** Si ya has leído las cuatro novelas anteriores de la saga de *Las doce puertas*, no es necesario que leas este capítulo, tan solo es un breve resumen de todo lo acontecido hasta ahora, aunque nunca viene mal recordar ciertos detalles. Yo mismo lo recomiendo, igual reparas en alguna cuestión que se te puede haber escapado.

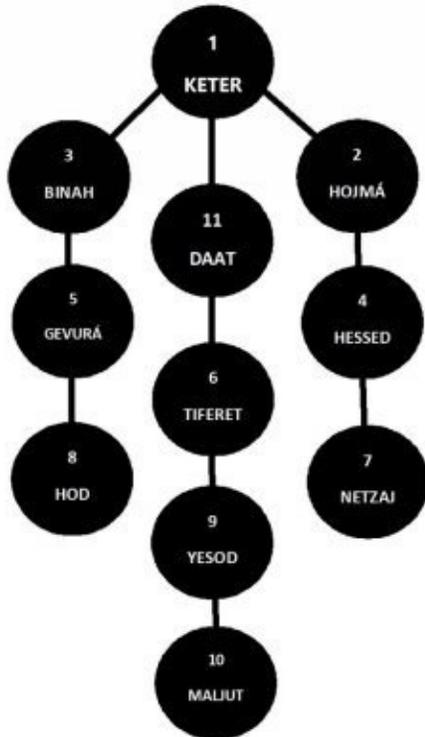
Los judíos de finales del siglo XIV en la península ibérica habían acumulado una ingente cantidad de conocimientos en multitud de materias, pero los tenían dispersos en diferentes lugares. Ante el cariz que estaba tomando su relación con los cristianos en aquella época, y ante el temor de perder ese gran tesoro, decidieron protegerlo, reuniéndolo y escondiéndolo en un único emplazamiento. Eligieron la judería de Valencia. No era tan importante como las de Sevilla, Córdoba o Toledo, por ejemplo, pero, precisamente por ello la escogieron. Tenía un tamaño medio, no era demasiado conflictiva y estaba bien comunicada. En definitiva, era discreta en comparación con otras mayores. Crearon una especie de confraternidad, formada por diez personas, cuya misión era preservar ese tesoro a través de los siglos, y lo llamaron Gran Consejo. El tesoro era conocido entre ellos por el nombre de «el árbol».

Sin duda fue una idea muy oportuna, ya que poco más de un año después de completar la tarea, en 1391, se produjo el asalto y la destrucción de más de sesenta juderías por todos los territorios del reino de Castilla y de la corona de Aragón, que supusieron la muerte de decenas de miles de judíos. La mayoría de las aljamas no se recuperaron jamás y desaparecieron para siempre. Afortunadamente los miembros del Gran Consejo tenían un plan de escape preparado, que habían llamado *Las doce puertas*, que hacía referencia a las doce puertas que se abrían en la muralla medieval de Valencia a finales del siglo XIV.

Su objeto era ponerse a salvo y preservar su tesoro cultural. Una vez ejecutado dicho plan, pasaron a designarse a ellos mismos *puertas*.

Por si todas aquellas desgracias no hubieran sido suficientes, cien años después de aquel desastre, en concreto el 31 de marzo de 1492, Isabel I de Castilla y Fernando II de Aragón, conocidos posteriormente como los Reyes Católicos, ordenaron la expulsión de los judíos de todos los reinos que dominaban, deportación que se completó en el mes de agosto de aquel fatídico año.

El Gran Consejo que protegía el tesoro judío estaba compuesto por diez personas, pero en realidad había un undécimo miembro, que no participaba de las reuniones, cuya identidad permanecía secreta y que tan solo era conocida por el número uno. El Gran Consejo se organizaba a semejanza del árbol *sefirótico* de los cabalistas. Aunque aparentemente dicho árbol contenía diez esferas o *sefirot*, en realidad, existía una undécima *sefiráh*, que es el singular de la palabra *sefirot*. Esa undécima *sefiráh*, llamada *Daat*, permanecía invisible y representaba la conciencia. Era otra forma, en este caso no material y oculta, del *Keter*, de la raíz del Gran Consejo, de su número uno, que en estos momentos era Blanquina March. En consecuencia, tan solo Blanquina conocía la verdadera identidad de la undécima puerta. Su función era ser una especie de copia de seguridad. Entre el número uno y el número once tenían dividido un mensaje propio, que una vez unido, conducía a la localización del árbol. En caso de cualquier eventualidad, como la desaparición de un miembro o del Gran Consejo en su totalidad, tenían la responsabilidad de reconstruirlo, para la preservación de su gran tesoro durante los siglos venideros.



En marzo de 1500 se produjo un hecho de extraordinaria gravedad. El Santo Oficio de la Inquisición española descubrió una reunión del Gran Consejo e irrumpió en mitad de su celebración, provocando la desbandada de todos sus miembros e incluso la captura del número cuatro, Miguel Vives, y su posterior relajación y muerte en la hoguera. Blanquina March, que era la puerta número uno, decidió, por seguridad, trasladar el árbol a otro emplazamiento diferente y encargó el trabajo a la undécima puerta, que era el maestro cantero Johan Corbera, ya que no era ni conocido ni perseguido por la Inquisición. Tomó otra decisión de gran calado, disolver el Gran Consejo. No sabía qué conocimientos podría tener la Inquisición y no se quiso arriesgar a poner en peligro la propia existencia del árbol, el gran tesoro judío.

Blanquina March falleció muy joven a consecuencia de la peste negra y heredó su puesto en el Gran Consejo, como nuevo número uno, su hijo Luis Vives, el gran humanista valenciano, español y europeo, que en aquel momento histórico tenía tan solo dieciséis años. Entre él y Johan Corbera escondieron ese tesoro cultural en una nueva ubicación. Poco después Luis Vives abandonaría España, debido a la presión de la Inquisición sobre su familia. Su padre quiso ponerlo a salvo de su saña, que ya había conducido hasta la hoguera a buena parte de sus primos y tíos.

Luis Vives se convirtió en una figura de fama mundial y sus amigos en España

intentaban que retornara con seguridad, a salvo del Santo Oficio. A pesar de todos los esfuerzos, parecía que había una mano negra que le impedía la vuelta a su país, cosa que deseaba, ya que su padre estaba enfermo y preso por la Inquisición y sus hermanas necesitaban su ayuda. Todos los intentos fracasaron.

Luis Vives, después de las maquinaciones del cardenal Thomas Wosley entre otros, acabó en Inglaterra, de catedrático en la Universidad de Oxford y casado con Margarita Valldaura, hija de españoles y residente en Brujas.

Para aquel entonces, Luis Vives ya había abandonado de forma definitiva su idea de volver a España, por ello cedió su puesto como número uno del Gran Consejo a su gran amigo, el noble don Bertrán, que está en Flandes con él. En su viaje de retorno a España, en tierras francesas, el noble es emboscado por las tropas del rey francés Francisco I y presuntamente fallece. De aquella matanza tan solo se salva un fraile, que logra escabullirse y regresar a su convento de residencia, en Sevilla.

En Valencia, en el primer cuarto del siglo XVI, el hijo de Johan Corbera, llamado Batiste, hace amistad en la escuela con Amador, cuyo padre es don Cristóbal de Medina y Aliaga, y trabaja para el Tribunal de la Inquisición como receptor del Santo Oficio y con Jerónimo, un extraño niño de ocho años que no sabe ni siquiera quién es su padre, pero que vive en el Palacio Real de Valencia a todo lujo, sede del tribunal local del Santo Oficio de la inquisición. Lo único que sabe de su padre es que se llama Alonso y que conoce a Johan Corbera. Erróneamente suponen, en un principio, que se trata del hijo del conde de Niebla y duque de Medina Sidonia entre otros títulos, de nombre don Juan Alonso Pérez de Guzmán, noble que reside en Sevilla, ya que es el único que conoce con ese nombre.

Johan Corbera y su hijo se desplazan precisamente hasta Sevilla, porque piensan que el noble don Bertrán, antes de fallecer en la emboscada en tierras francesas, ha podido designar como nuevo número uno a la única persona que consiguió huir de la emboscada, al fraile. Cuando llegan a Sevilla se encuentran con la desagradable sorpresa de que dicho fraile se ha suicidado, y lo más sorprendente es que ha dejado una nota a nombre de Johan Corbera, aún sin conocerse personalmente. La nota contiene un mensaje oculto en clave, que en principio no comprenden.

Batiste, el hijo de Johan Corbera, se había convertido en la tercera undécima puerta de la Historia, al suceder a su padre. Sigue espiando las reuniones del tribunal local de la Inquisición, junto con Amador y Jero. Se enteran de todo el proceso contra Luis Vives Valeriola, el padre del humanista Luis Vives, e incluso son testigos del auto de fe donde es relajado y condenado a morir en la hoguera.

Las hermanas vivas de Luis Vives, Beatriz y Leonor, se disponen a reclamar a

la inquisición la injusta incautación de la dote que su madre, Blanquina, que jamás fue condenada. Se encuentran con la firme oposición del receptor, don Cristóbal de Medina, padre de Amador, que, bajo ningún concepto, está dispuesto a devolver los 10.000 sueldos reclamados. Amenaza a las hermanas con repasar todas las notas del Santo Oficio sobre su madre Blanquina, e incluso abrir un proceso contra ella, a pesar de llevar muerta casi dieciséis años. Esto supone un peligro, ya que el Gran Consejo desconoce qué es lo que sabe la inquisición de ellos, y desenterrar un tema antiguo puede ser muy peligroso, como quizá lo sea...

Batiste Corbera descubre que el fraile que escapó de la emboscada, en realidad, no existe, fue el verdadero noble el que consiguió huir disfrazado de fraile. Al final del último libro, Batiste consigue descifrar la nota de suicidio del supuesto fraile y descubre que incluso su identidad es falsa. El supuesto noble, que es el padre de Jero, es, nada más y nada menos, que su excelencia don Alonso Manrique de Lara y Solís, arzobispo de Sevilla y, sobre todo, inquisidor general de España. Él es la persona que Luis Vives designó como número uno, que acaba de ceder a su hijo Jerónimo. Por lo tanto, con el Gran Consejo disuelto, los únicos que son portadores de las dos mitades del mensaje que conducen al árbol del tesoro judío son Jerónimo Manrique, de ocho años, como número uno, y Batiste Corbera, de doce años, como número once.

Mientras tanto, ya en la época actual, en pleno siglo XXI, Rebeca Mercader es una joven de veintidós años, recién graduada en Historia y estudiante de un máster. Para sufragarse sus estudios trabaja a tiempo parcial en el periódico *La Crónica*, estando a cargo de la sección de relatos históricos. Para su absoluta sorpresa, ha sido nominada a un Premio Ondas al mejor *podcast* del año, por unas grabaciones que dejó cuando se fue de vacaciones, con el objeto de que fueran transcritas para su columna semanal en el periódico. Las escucharon sus compañeros de la emisora de radio y las difundieron, sin el conocimiento de Rebeca. Para sorpresa de todos, tuvieron muchísimo éxito. Ha firmado un nuevo contrato con una gran cadena de radio nacional y se ha convertido en colaboradora habitual de un programa de gran éxito. Ha pasado del anonimato a la fama. Es reconocida allá dónde va.

Los padres de Rebeca fallecieron en un accidente de tráfico cuando apenas tenía ocho años de edad. En aquel momento se fue a vivir con su único familiar vivo, su tía Margarita Rivera, a quién todo el mundo conoce por el diminutivo de Tote. Es comisaria de policía y, hasta hace tres meses, su pareja era Joana Ramos, profesora de Rebeca en la Facultad de Geografía e Historia. Debido a todos los acontecimientos que ocurrieron durante el mes de mayo, se vio obligada a trasladarse a Estados Unidos. Las tres formaban una familia muy feliz

que, ahora mismo, estaba rota. Ni Tote ni Rebeca se habían acostumbrado a su ausencia.

Rebeca estudió en el colegio Albert Tatay. Desde que el grupo de amigos terminaron sus estudios hacía cuatro años, y antes de que cada uno de ellos partiera hacia una Facultad diferente para continuar su formación o al mercado laboral, Rebeca y sus compañeros se confabularon para no perder el contacto. Se habían criado unidos durante muchísimos años y no querían perder esa complicidad tan sana. Así, decidieron institucionalizar una reunión semanal, todos los martes, en un lugar fijo, en este caso en el *pub* irlandés Kilkenny's en la plaza de la Reina. Cada uno acudía cuando podía, pero con el paso del tiempo, incluso se habían ido incorporando al grupo personas ajenas al colegio. Fue el camarero inglés del *pub*, llamado Dan, el que les bautizó como el *Speaker's Club*, porque, según él, «mucho hablar y poco beber».

Charly, piloto de línea aérea, era el cachondo del grupo, junto a Fede, que acababa de terminar el doble grado de Derecho y Ciencias Políticas. Perteneecía a una familia muy rica y conocida. En ocasiones se les unía a los dos el antisistema de Xavier, que era comercial de una empresa. Los tres formaban el trío calavera. Tenían mucho peligro. Almu era la amiga del alma de Rebeca, llevaban estudiando juntas desde los seis años hasta la universidad. Bonet estudiaba robótica y todos pensaban que podría pasar por uno de ellos. Carlota era la más impredecible de todo el grupo, una mente privilegiada cuyas reacciones le daban miedo hasta la propia Rebeca, aunque eran grandes amigas. Su madre había fallecido, después de una larga enfermedad.

Se acababa de reincorporar, después de un año de ausencia por estudios en el extranjero, Carolina Antón, cuyo padre era un diplomático francés. Para completar el grupo, se habían unido, ajenos al colegio, Carmen, una mujer divorciada de cuarenta y seis años que trabajaba en el archivo del ayuntamiento de Valencia y su jefe Jaume, algo mayor que ella y con un parecido asombroso a Harry Potter, según Rebeca. También se había unido al grupo Álvaro Enguix, propietario de una joyería y pareja no oficial de Carlota.

El día 1 de mayo se presentó en el periódico dónde trabaja Rebeca la condesa de Dalmau, dos veces grande de España y lectora habitual de la sección de Rebeca. Le hace entrega de dos extraños dibujos que ha encontrado en una caja fuerte oculta, que pertenecía a su difunto marido, el conde de Ruzafa. Le pide que resuelva su significado, ya que ella lo desconoce. Al día siguiente la condesa es encontrada muerta en su palacio.

Después de muchas vicisitudes y gracias a la ayuda del historiador Abraham Lunel, descubren que los dibujos son de procedencia judía y datan de 1391, año en que se produjo el asalto y la destrucción de la judería de Valencia. En

realidad, los dibujos representaban un plan de escape del Gran Consejo denominado *Las doce puertas*, que hacía referencia a las doce puertas de la muralla medieval de Valencia. Lo que todos los miembros del *Speaker's Club* desconocen es que Rebeca es la actual undécima puerta. Hace todo lo posible para hacer creer a sus amigos que aquel árbol judío, oculto desde hace seis siglos, ya no existe en la actualidad. Quiere que se le deje de buscar y así se pueda preservar para los siglos venideros. Al final del presente libro, Rebeca es convocada a un Gran Consejo, formado tan solo por seis miembros. Todos acuden con la tradicional capa negra con capucha, que no permite reconocer a sus portadores. Para su absoluta sorpresa, Rebeca reconoce la voz de dos personas. De una ya se lo esperaba, la puerta número siete, miembro del *Speaker's Club*, pero se sorprende muchísimo al reconocer también la voz de la puerta número cinco, que no se lo esperaba.

Al final del tercer libro, la madre de Carlota le revela, en su lecho de muerte, que es adoptada, y en el final del libro anterior, el cuarto, se está a punto de descubrir una gran sorpresa que puede cambiar todo el futuro de Rebeca y Carlota y, quién sabe, quizá también del misterio de *Las doce puertas*.

## 31 DE ENERO DE 1525

—Disculpe, su excelencia don Alonso, pero se me hace muy difícil llamarle así cuando siempre le he conocido como don Bertrán.

Johan se acababa de enterar que el noble don Bertrán, en realidad, jamás había existido. Era un personaje ficticio que había creado el arzobispo de Sevilla e inquisidor general de España, don Alonso Manrique de Diego y Solís, padre de Jerónimo, el amigo de la escuela de su hijo.

—Te lo vuelvo a repetir, ni me llames excelencia ni me trates de usted, con Alonso será suficiente. ¡Cómo si me quieres seguir llamando Bertrán! Tantos años atendiendo a ese nombre que ya me he acabado acostumbrado. Hasta me gusta cuando lo escucho.

—Está bien, lo intentaré, pero comprende que se me haga difícil tutear con tanta familiaridad al inquisidor general de España. Una palabra tuya y acabo en las mazmorras de inmediato, o incluso algo peor, en la hoguera.

—Olvídate de mis cargos y dignidades. Soy la misma persona que llevas tratando años como don Bertrán, y nos hemos corrido algunas juergas memorables cuándo no conocías mi identidad real, así que para ti no debería ser tan difícil.

—Pues lo es. Entiende que tus cargos imponen, y mucho. Entre otras cosas, estás al frente del Santo Oficio en España, nada más y nada menos. Seguramente será la institución más temida en todo el mundo, en la actualidad.

—Lo comprendo, pero que ello no suponga una barrera. Estoy del lado de Luis Vives y del tuyo desde el principio, además desde bastante antes de desempeñar los cargos actuales. ¿Sabes que llegué a estar en la cárcel por mis ideas, no precisamente ortodoxas?

—¿Qué dices? —se sorprendió Johan, que no tenía ni idea.

—En 1499 era obispo de Badajoz. Cuando falleció la persona que me nombró y a quién le debía lealtad, la reina Isabel la Católica, apoyé a la Casa de Austria,

en detrimento de su viudo, Fernando el Católico. A consecuencia de ello pasé una temporada en la cárcel.

Johan estaba asombrado.

—No tenía ni idea. ¿Y de la cárcel cómo has llegado a ser arzobispo de Sevilla y jefe de la Suprema Inquisición?

—Es una historia muy larga y no te voy a aburrir con los detalles. A modo de resumen, fui indultado por el Tratado de Blois en 1509 y me enviaron en una misión especial a Flandes. Mi deber consistía en vigilar a Carlos de Habsburgo, que había nacido en Gante y residía como príncipe en la ciudad de Brujas. Ya sabes que es nuestro actual rey Carlos I. Hice mi trabajo con eficacia y de paso labré una gran amistad con Luis Vives. En aquella época había terminado sus estudios en la Sorbona de París y vivía en la ciudad flamenca, precisamente en la residencia de la familia Valldaura, mercaderes valencianos y padres de su actual esposa, Margarita. Fue profesor de lengua castellana de nuestro actual rey por un breve periodo de tiempo, y, digamos, que nos prestábamos servicios mutuos a plena satisfacción.

—¿Eras un espía? ¿Y Luis también? —preguntó Johan, que estaba asombrado.

—Luis no y yo tampoco exactamente, aunque sí informaba a la cúpula de la Iglesia católica de cómo se desarrollaban los acontecimientos en la corte real de Brujas. Luis me ayudó en esta labor. ¿Nos quieres llamar espías? Creo que no es la palabra adecuada, aunque supongo que algo teníamos de ellos. Desde entonces nos une una verdadera y profunda amistad.

—Es interesante —observo Johan, que no sabía si creerse lo que estaba escuchando.

—Te aseguro que lo era, y mucho. Alternábamos con Erasmo de Róterdam, con Tomás Moro y otros ilustres pensadores. Fue una fantástica etapa en mi vida, inolvidable y enriquecedora. Sin duda, si pudiera volver el tiempo hacia atrás, lo haría sin dudarlo, a pesar de mi posición social actual. Entiéndelo, jamás se me ocurriría traicionar a Luis, ni siquiera por cuestiones relativas al judaísmo del Gran Consejo, por mucho que ahora sea el líder máximo de la Suprema Inquisición española.

—Comprenderás que esté abrumado por todo lo que estoy escuchando —dijo Johan—. Era lo último que esperaba oír.

—Poco antes de que el príncipe Carlos de Habsburgo marchara hacia España para tomar posesión como rey, la Iglesia me recompensó mis servicios prestados con el obispado de Córdoba. Ya estaba plenamente rehabilitado y en una buena posición social. Dado que en Flandes me había relacionado con numerosas personalidades de todos los ámbitos a nivel europeo, digamos que continué

prestando ciertos servicios de información, en asuntos confidenciales, para la Iglesia católica. Aquí nació el falso personaje de don Bertrán, noble de la corte. Ya era demasiado conocido en mi identidad real para hacer determinadas gestiones discretas. Creo que tú me entiendes.

Johan no había tenido ni la más remota idea de todo lo que estaba escuchando. Luis Vives jamás le hizo partícipe de toda esta información. Estaba prestando atención al relato de don Alonso, completamente fascinado e interesado por sus detalles.

—Ahora me explico muchas cosas, sobre todo la relación tan estrecha que te une con Luis. También se explica que te hubiera nombrado número uno del Gran Consejo. Está claro que confía mucho en tu persona.

—Así es, y eso que desconoces un hecho muy relevante que te va a llamar la atención.

—¡Ah! ¿sí? —preguntó Johan, con curiosidad—. Después de lo que acabo de escuchar ya no creo que me sorprenda nada.

—Créeme, lo va a hacer —le dijo don Alonso, mientras le narraba las circunstancias de su nombramiento como número uno del Gran Consejo.

Johan Corbera casi se cae de espaldas.

## EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 27 DE SEPTIEMBRE

—¿Qué quieres decir con que todo lo que creo es mentira? —preguntó Carlota, muy preocupada.

Rebeca estaba absolutamente arrasada. Apenas podía reaccionar. Le acababa de preguntar a su amiga cómo se había producido la lesión en la muñeca izquierda, que siempre le molestaba después de hacer deporte. Carlota le contó que tuvo un accidente cuando tenía ocho años de edad, viajando en la sillita de seguridad en el coche, con sus dos tíos. Según Carlota, el accidente no fue grave. Ella estuvo tan solo un día hospitalizada y sus tíos algunos más, ya que se rompieron unas costillas.

—¡Rebeca, por favor! ¿Quieres reaccionar? Estás como catatónica —exclamó Carlota.

Rebeca se puso a llorar. Carlota no sabía qué hacer porque no entendía lo que le estaba ocurriendo a su amiga.

—Rebeca, ¿qué te pasa? —preguntó Carlota, que ya estaba muy preocupada por su actitud.

—Todo lo que crees es mentira —acertó a decir, entre lágrimas. No le salían las palabras.

—Eso ya me lo habías dicho antes. Lo que quiero saber es qué significa todo este asunto. No entiendo ni tu frase ni tus reacciones. Me estás preocupando de verdad. Voy a llamar a un médico.

Rebeca se recompuso un poco, como pudo, lo suficiente para ser capaz de continuar la conversación.

—No necesito a un médico. Tan solo reflexiona un poco Carlota. ¿No te parece extraño que no volvieras a ver ni a hablar con tus tíos, después del accidente? —preguntó Rebeca, con un hilo de voz.

—Pues ahora que lo pienso, sí, pero, al fin y al cabo, se fueron a vivir a

Argentina, tampoco es tan raro. Casi está en la otra parte del mundo.

Rebeca no sabía cómo plantear la cuestión con la máxima delicadeza posible. Era un tema extremadamente sensible.

—Escucha Carlota, tu madre, en su lecho de muerte, sí que te reveló el nombre de tu madre biológica.

—¿Qué dices? Tú no estabas allí. No me lo dijo.

Rebeca insistió.

—Sí que lo hizo, aunque tú no lo entendieras. ¿Recuerdas cuáles fueron sus últimas palabras?

Carlota se quedó en silencio durante un breve instante, intentando recordar aquel momento.

—Estaba afectada por los fuertes calmantes que le habían administrado. Le gustaba mucho el vino, y recuerdo que me pidió tomar una copa. Luego casi perdió el conocimiento. Supongo que sería una especie de último deseo antes de morir. Después salí de la habitación a toda prisa para avisar a mis hermanos, quería que la vieran aún consciente, antes de que se durmiera para siempre.

Ahora es Rebeca la que se quedó un momento callada.

—Carlota, ¿no te das cuenta de que no te estaba pidiendo una copa de vino con esa frase? —le contestó Rebeca muy segura.

—¿Y tú qué sabes qué frase me dijo? —preguntó Carlota, que se estaba empezando a enfadar—. Que yo sepa no te la he dicho. ¿Ahora eres adivina? Te repito, tú no estabas allí. Lo oí en susurros, pero no me cabe ninguna duda de lo que escuché. No estoy sorda ni tonta.

—Presta atención Carlota, quizá yo no estuviera en cuerpo en aquella habitación, pero sí que lo estaba en espíritu.

Carlota ya no sabía qué pensar de Rebeca.

—¿De verdad que te encuentras bien? Parece que la copa de vino te la has bebido tú esta mañana.

—Estoy más lucida que nunca —contestó Rebeca, en un tono muy grave.

—Pues no entiendo todas las tonterías que me estás contando, no les encuentro sentido.

Rebeca se puso muy seria y se dispuso para contar una historia.

—Carlota, no me interrumpas lo que te voy a contar ni me preguntes nada hasta el final, ¿de acuerdo? Te aseguro que te vas a asombrar, pero quizá así abras los ojos de una vez.

—Adelante, cuéntame lo que sea.

—Tus dos tíos se llamaban Catalina y Julián y viajabais en un Opel Corsa amarillo muy antiguo, que además tenía el faro derecho medio fundido, apenas alumbraba. No recuerdo la matrícula completa, pero tenía los números 7858. La

sillita infantil en la que ibas sentada era de color azul oscuro, y tenía un lado, el izquierdo, medio roto, de hecho, estaba sujeto al cabezal con una cinta aislante negra que a veces se soltaba. La cabeza siempre se te desplazaba hacia ese lado y cuando el coche cogía un bache hasta te hacía daño. La sillita iba instalada en el lado derecho del asiento trasero, detrás de dónde se sentaba tu tía Catalina. El accidente ocurrió porque os embistió otro vehículo por la parte delantera izquierda, por eso tú sufriste lesiones más leves, porque ibas en la parte trasera derecha y bien sujeta en la silla infantil.

Carlota se quedó estupefacta. Miraba a Carlota con ojos de búho.

—¿Cómo puedes saber todo eso? Estoy segura de que jamás te lo he contado —dijo, completamente boquiabierta—. De hecho, ni a ti ni a nadie. Rebeca, me estoy empezando a asustar. Esto no es nada normal. ¿Eres espiritista o algo así?

—Como antes te estaba contando, tu madre no te estaba pidiendo una copa de vino en su lecho de muerte, en realidad te estaba intentando decir el nombre de tu madre biológica.

—Rebeca, te veo muy mal. No entiendo nada de todo esto —dijo Carlota, que ya mostraba signos de evidente nerviosismo.

—¿A qué tu madre te dijo la frase «Cata Rivera»?

Carlota se sobresaltó de forma súbita.

—¿Cómo puedes saber eso? Me lo dijo al oído. No se lo he contado jamás a nadie, como lo del coche y lo del accidente.

—¿No lo entiendes? No te estaba pidiendo una copa de vino, te estaba diciendo el nombre de tu madre verdadera. Pon a funcionar esa mente prodigiosa que tienes, que hoy la veo algo oxidada.

Carlota se quedó en silencio por un momento y luego la tez de su cara se trasmutó en color blanco mármol. Parecía que empezaba a comprender lentamente lo que quería decirle su amiga Rebeca.

—Tus padres se llamaban Catalina Rivera, más conocida como Cata y Julián Mercader, ¿verdad? —dijo Carlota, que ahora empezaba, por primera vez, a entenderlo. Unas lágrimas comenzaban a asomar tímidamente por sus ojos.

—Verdad. Por eso jamás volviste a tener ningún contacto con tus supuestos tíos. Ya habrás comprendido que, en realidad, eran tus padres. Fallecieron en ese accidente, aunque a ti te contaron otra historia, su falso viaje a Argentina, para justificar que no volvieras a hablar con ellos nunca más.

Carlota cada vez estaba más pálida. Ahora competían las dos a ver quién estaba más blanca.

—Entonces, ¿qué me quieres decir? ¿Qué tú y yo somos hermanas? —reaccionó Carlota por fin. Llevaba en una nube desde hacía un rato.

—Eso es lo que llevo intentando que comprendas desde el inicio de nuestra

conversación. ¿Qué te crees que hago a las nueve y media de la mañana en tu casa con esta cara desencajada?

Carlota se levantó de la silla de golpe, sin saber qué decir. Estaba completamente descolocada.

—No solo somos hermanas, además somos hermanas gemelas —dijo Rebeca—, probablemente separadas al nacer. No me preguntes el motivo, no tengo ni la más remota idea, y como nuestros padres están muertos, no sé si lo averiguaremos algún día.

Rebeca siguió hablando. Parecía que estaba pensando en voz alta.

—¿Te acuerdas del tentempié organizado por mi tía en mi casa aquel sábado por la tarde, para los compañeros de *La Crónica*?

—¡Claro que me acuerdo! Veníamos de correr por el cauce del río —exclamó Carlota.

—¿Qué únicas cuatro personas estuvimos en la terraza en mi casa? Recuerda que ese era el único lugar dónde el detective Richie no instaló cámaras de vigilancia y grabación, para hacer un seguimiento exhaustivo de los vasos de cada invitado y poder identificarlos.

—Tan solo estuvimos Tere, la gemela de Alba, tú y yo.

—Sabiendo que la gemela de Alba no bebió del vaso y no dejó ningún rastro biológico, porque así nos lo dijo ella misma, ¿cuál es la conclusión lógica a la que se llega?

—Que las muestras número tres y número siete de ADN recogidas en esa fiesta se correspondían con las nuestras —contestó Carlota, cayendo en la cuenta—. El laboratorio de análisis genéticos, en realidad, certificó que somos hermanas gemelas.

—Por fin lo has comprendido.

Se quedaron mirando un instante, sin saber cómo reaccionar. Al momento se fundieron en un prolongado abrazo.

Ahora estaban llorando las dos, sin poder parar.

«Es curioso, sin pretenderlo, Bartolomé Bennassar me dijo que tenía una hermana», estaba pensando Rebeca. «Las vueltas que da la vida».

Y las que les quedaban por dar. Se iban a marear.

## 31 DE ENERO DE 1525

—¿Nunca te preguntaste por qué abandoné Lovaina a finales de noviembre de 1522, en lugar de esperarme al barco que había fletado para el regreso de Luis Vives a España el 3 de enero de 1523, apenas un mes después? —preguntó don Alonso Manrique a Johan Corbera. Estaba claro que su excelencia se estaba divirtiendo contando toda la historia.

Johan se acababa de enterar, por boca del inquisidor, de la respuesta a esa pregunta. Don Alonso fue reclamado urgentemente para que retornara a España, ya que le iban a nombrar arzobispo de Sevilla, en sustitución de fray Diego de Deza, que la Iglesia pretendía designarlo arzobispo de Toledo. El rey Carlos I también pretendía nombrar a don Alonso Manrique inquisidor general de España, en sustitución de Adriano de Utrecht, que acababa de ser elegido papa de Roma, después de las maquinaciones del rey español. Se estaba disputando una partida de ajedrez por el control de los puestos clave en Europa y Carlos I, de momento, iba superando a sus adversarios con claridad.

En su época, en la corte de Flandes, se había ganado su confianza y pretendía recompensarlo. El propio rey mandó una misiva a Brujas, indicándole a don Alonso que debía retornar a España con la mayor brevedad posible. Los cambios iban a tener lugar en los próximos meses. Don Alonso no se podía esperar a la partida del barco. Aunque el relevo estaba previsto de inmediato, debido a la delicada salud de fray Diego de Deza, el rey decidió esperar a su fallecimiento, que ocurrió el 9 de junio de 1523. Fray Diego ni siquiera llegó a tomar posesión del arzobispado de Toledo. Don Alonso Manrique se convirtió, en esa fecha, en arzobispo de Sevilla e inquisidor general de España al mismo tiempo. Casi nada, de un día para otro pasó a ser una de las personas más influyentes de España, e incluso de Europa.

Johan empezó su exposición.

—Sí, me lo acabas de contar. El mismísimo rey te lo ordenó y no pudiste

esperar a la fecha que zarpaba el barco de Luis desde Amberes. Debías estar en España antes del plazo de llegada del barco. Era muy urgente.

—Así es —contestó don Alonso.

De repente, Johan se quedó callado. Miró a su excelencia fijamente con el rostro muy serio.

—Me estás mintiendo —le dijo, sin ningún rubor—. Lo que me estás contando no puede ser verdad. Es imposible, no guarda ninguna lógica.

Curiosamente, don Alonso no parecía ofendido por las palabras aparentemente ofensiva de Johan, seguía divertido con la situación.

—¿Por qué crees que te he estado mintiendo? —preguntó—. Me interesan mucho tus ideas. Anda, cuéntamelas.

Johan comenzó su reflexión.

—Tú mismo has reconocido que tu relación con Luis Vives es magnífica, ¿no? —inquirió Johan.

—Sí, así es. Somos grandes amigos desde hace mucho tiempo. Creo que nos profesamos mutua admiración intelectual y personal.

—Entonces le contarías tu repentino cambio de planes y tu retorno a España vía terrestre, en lugar de esperarte al barco que habías fletado para volver juntos.

—Cierto.

—Luis Vives se disponía a regresar a España por vía marítima, de forma segura. En consecuencia, podía continuar desempeñando su cargo de número uno, porque volvía a su país, que era lo que dificultaba su continuidad como el *Keter*, como la raíz del Gran Consejo.

—Cierto.

—Además, con la confianza y la amistad que os profesáis, le informarías que el rey Carlos I te iba a nombrar, nada más y nada menos, que arzobispo de Sevilla e inquisidor general de España, en apenas unos meses.

—Cierto.

—A continuación, tú recibes la misiva del rey de España, y decides no esperarte al barco, sino atravesar territorio francés, país con el que estamos en guerra. Tú eres una figura conocida y es un viaje de alto riesgo.

—Cierto.

Johan se quedó mirando fijamente a don Alonso Manrique.

—Y con todo lo que te acabo de exponer, ¿crees que considere lógico que Luis Vives, antes de volver por una vía segura a España, sin tener ninguna necesidad, te nombre a ti, próximo inquisidor general, como nuevo número uno del Gran Consejo, que ibas a volver por vía terrestre, arriesgándote a una emboscada del ejército francés, como así sucedió en la realidad? Escapaste vivo de verdadero milagro ¡Vamos anda! Tu historia es increíble, no tiene ningún

sentido.

Don Alonso se quedó en silencio. La verdad es que los argumentos de Johan Corbera tenían todo el sentido del mundo, era difícil rebatirlos desde un punto de vista lógico. Sin embargo, para sorpresa de Johan, don Alonso no se había apurado ni un ápice, seguía pareciendo divertirse con toda la situación. Aquello era de lo más extraño.

—Muy buena explicación, Johan. Has hecho un resumen perfecto de todos los hechos y todos los acontecimientos que han acaecido en los últimos años —dijo don Alonso.

—Será todo lo perfecto que tú quieras, pero aún no has contestado a mi pregunta.

—¿Cuál?

—¿Por qué me estás engañando? Esa historia no puede ser cierta. No tiene ningún sentido desde el principio hasta el final.

Don Alonso Manrique se quedó mirando a Johan.

—Tienes razón, te he mentado, pero estás equivocado.

—¿Cómo puedo tener razón y estar equivocado al mismo tiempo?

«Cada vez esta historia tiene menos sentido», se dijo.

## EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 27 DE SEPTIEMBRE

—¿Por qué no me contaste nada? —preguntó Rebeca a su tía.

Rebeca se había pedido el día libre en el periódico por asuntos propios. Al fin y al cabo, trabajaba más horas de las que le correspondía, según su contrato.

Salió de casa de Carlota hecha polvo. Habían quedado en hablar más tranquilamente el fin de semana, pero Rebeca tenía deberes pendientes. Tenía que hablar con Tote, su tía, la hermana de su madre. No se podía creer que no supiera que tenía una hermana gemela. Necesitaba dejarlo claro, por su propia tranquilidad. Ahora mismo no se encontraba nada cómoda con la situación ni siquiera en su casa. Se sentía traicionada, y nada más y nada menos que por la que creía que era su único familiar vivo, su tía Tote. Tenía que aclarar las cosas cuanto antes con ella.

—Porque no te conté nada, ¿de qué? —respondió Tote, que no comprendía la extraña pregunta de su sobrina.

—Es imposible que no supieras nada, eras la única hermana de mi madre.

Tote se quedó mirando a la cara a Rebeca, estaba descompuesta. Nunca la había visto en ese estado. Comprendió el sentido de la pregunta. Se sentó en el sillón, casi dejándose caer de golpe.

—Porque no podía —respondió, al fin, después de tomarse su tiempo.

—¿Cómo que no podías? —Rebeca mostraba un tono de evidente enfado en su voz.

—Juré que jamás le contaría nada a nadie acerca de ese tema, y menos a ti. Créeme que lo lamento de verdad, pero nunca faltó a mi palabra.

—¿Lo juraste? ¿Ante quién?

—Ante tu madre y tu padre.

—¿Cómo? —pregunto Rebeca, incrédula.

—Tu madre dio a luz a dos niñas preciosas. Yo estuve en el parto junto con tu

padre Julián. Los tres fuimos los únicos testigos de aquello.

—¿Qué ocurrió?

—Todo trascurrió con normalidad. No hubo ningún problema médico. Yo no me imaginaba nada, sin embargo, al llegar a la habitación, les vi la cara a tus padres. Entonces me lo contaron.

—Te contaron, ¿qué?

—Que os tenían que separar, tan solo podían criar a una de las niñas como sus padres verdaderos.

Rebeca estaba alucinada.

—¿Por qué?

—Eso mismo les pregunté yo. Al principio me lo tomé a broma, pero cuando me fijé mejor en sus caras, comprendí que hablaban completamente en serio, para mi absoluta incredulidad y sorpresa.

—¿Qué te respondieron?

—Que era imposible que os criaran juntas. Julián, tu padre, me dijo que nada más enterarse que Catalina estaba embarazada de gemelas, ya tomaron esa difícil decisión. Al minuto siguiente.

—¿Eran pobres? ¿No disponían de recursos? Yo no lo recuerdo.

Tote hizo una pequeña mueca en su rostro, que Rebeca no supo interpretar.

—Tenemos una conversación pendiente acerca de ese tema, pero te puedo garantizar que el tema económico no suponía ningún problema para haberos criado a las dos juntas, ni muchísimo menos.

—¿Y sus trabajos?

—Esa era una cuestión más delicada. Trabajaban los dos y sus jornadas eran muy prolongadas, pero tampoco justificaba la decisión de separaros.

—Ya sé que es una pregunta delicada, pero ¿estaban en pleno uso de sus facultades mentales? ¿Sufrían alguna enfermedad incapacitante para hacerse cargo de dos niñas a la vez?

—En absoluto. Tus padres poseían dos mentes fuera de lo normal. Eran extremadamente inteligentes y centrados. Ya sabes que tu madre Catalina era una superdotada, entre las personas más inteligentes de toda Europa. Ese tampoco podía ser el motivo.

—Entonces ya no se me ocurre ninguna otra causa. ¿Tú qué pensaste?

—Jamás lo entendí. Cuando comprendí que hablaban en serio y que la decisión estaba tomada en firme, me ofrecí para criar a una de las dos.

—¿Qué te contestaron?

—Que no podía ser, que me olvidara del tema. Incluso me llegaron a comentar que ya habían elegido con detenimiento la familia adecuada. De hecho, llevaban meses en ello.

De repente, Rebeca se levantó del sillón de un salto.

—Espera, espera, ahora que lo pienso bien, no es posible que Carlota y yo seamos hermanas gemelas.

Algo no estaba bien, no encajaba.

## 31 DE ENERO DE 1525

—¿Reconoces que me has mentido? —preguntó Johan, con un tono de evidente enfado, dirigiéndose a su excelencia don Alonso Manrique.

—Sí, pero no en lo fundamental. Es cierto que Luis Vives me nombró número uno del Gran Consejo antes de mi partida vía terrestre a España.

—Eso no tiene sentido, ¿por qué haría una cosa así?

—¿De verdad que no se te ocurre? —preguntó don Alonso, con una sonrisa enigmática.

Batiste estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no intervenir, pero ya no se aguantó más. Llevaba escuchando toda la conversación en silencio, junto con su amigo Jero.

—Pues está muy claro, padre —dijo—. Ya casi lo has deducido por ti mismo, te falta unir la última pieza.

—Pues lo tendrás claro tú, porque yo no lo entiendo ni he deducido nada de nada —contestó Johan—, y por supuesto tampoco sé nada de piezas.

Don Alonso Manrique decidió permanecer en silencio ante la intervención de Batiste. «Aquello prometía», se dijo. «A seguir divirtiéndose», pensó.

—Vamos a ver padre, tú mismo lo has razonado de maravilla. No tenía ningún sentido que Luis Vives renunciara a continuar siendo número uno del Gran Consejo... en el supuesto de que tuviera alguna intención de volver a España.

Johan se sobresaltó.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó.

—Padre, está muy claro, ¿no lo entiendes? Luis jamás tuvo el más mínimo propósito de regresar a España.

—¡Pero si tomó un barco fletado por don Alonso rumbo a Santander! ¡Todos lo sabemos! Se vio obligado a atracar en Dover por una galerna que le impidió al capitán continuar el viaje.

—Eso es lo que nos han contado y lo que siempre han querido que creamos,

pero no es cierto en absoluto.

—¡Qué dices! —exclamó sorprendido Johan.

De repente, Intervino don Alonso Manrique en la conversación. Sin ninguna duda estaba disfrutando de todo aquello.

—Insisto, es una maravilla observar la mente de tu hijo Batiste en acción. Una vez más, tiene toda la razón.

Johan no se lo explicaba. Aquello no tenía ningún sentido.

—¡Pero si estaba todo organizado y Luis había aceptado la oferta docente universitaria! —exclamó.

—Efectivamente, como tú dices, estaba todo organizado y Luis había aceptado la oferta docente universitaria... en Oxford. La oferta de la Universidad de Alcalá de Henares la había rechazado, aunque se mantuvo la ficción por un pequeño periodo de tiempo, de que la había aceptado, supongo que por motivos de seguridad —continuó la conversación Batiste.

Johan estaba aturdido. Batiste continuó hablando.

—¿No lo entiendes padre? En realidad, Luis Vives aceptó la oferta de Thomas Wosley. Don Alonso Manrique le ayudó a arreglar todos los trámites para su viaje a Inglaterra. El barco siempre tuvo su destino definitivo en Dover, no en Santander. La verdad es que lo de la galerna fue un fenómeno meteorológico muy conveniente —explicó Batiste.

—¡Qué dices!

—Todo fue una gran ficción de cara a la galería. ¿Comprendes ahora porqué nombró a don Alonso Manrique, alias don Bertrán, nuevo número uno del Gran Consejo? Luis Vives jamás se planteó volver a España, por eso cedió su puesto antes de partir hacia Inglaterra, no hacia España.

La verdad es que, desde ese punto de vista, los acontecimientos ocurridos cobraban sentido, aunque Johan seguía absolutamente sorprendido. No lo podía creer.

—Tu hijo lo ha entendido enseguida —dijo don Alonso—, aunque a ti te veo todavía dubitativo.

—Es que lo me estáis contando me parece casi de ficción —replicó Johan, aturdido.

—Precisamente eso es lo que fue todo —dijo Batiste—, una ficción, un gran teatro. Don Alonso Manrique sabía de sobra que ni siquiera siendo inquisidor general de España podría proteger a Luis Vives si regresaba a su país, ¿no es cierto don Alonso?

—Eso me temía. No podía tener todas las garantías. Ni siquiera siendo la máxima autoridad de la inquisición española podía asegurar que no apresaran a nuestro querido amigo común. Incluso el propio Luis me lo preguntó

directamente y no le quise engañar. Él sabía que en España no iba a estar completamente seguro.

Batiste continuó la explicación.

—Su excelencia no podía permitir que pisara suelo español porque su amigo Luis tenía elevadas posibilidades de acabar preso del Santo Oficio, y con toda seguridad, relajado y quemado. De hecho, don Alonso intentó proteger al padre de Luis, llamado Luis Vives Valeriola, y lo único que consiguió fue ganar tiempo para que su hijo se pudiera casar antes de que quemaran a su padre. Hazte a la idea, todo un inquisidor general de España tan solo consiguió tiempo, enfrentándose a los inquisidores del tribunal de la ciudad, que lo querían quemar antes de la boda de su hijo. No lo pudo salvar, como, con toda probabilidad, tampoco hubiera podido hacerlo con Luis en España.

Ahora el sorprendido era don Alonso Manrique. Se quedó mirando a Batiste. «¿Cómo sabía todo eso?», se preguntó extrañado. Mientras tanto Johan se quedó observando a don Alonso Manrique con otro tipo de mirada, claramente enfadado.

—Entonces, ¿tú eras el traidor? ¿Tú eras el saboteador? ¿Tú eras la mano negra que impedía a Luis retornar a España?

## EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 27 DE SEPTIEMBRE

—Pues todas las pruebas apuntan a que sois las gemelas Mercader, ya me contarás porque no puede ser, según tú —dijo Tote con seguridad, dirigiéndose a su sobrina.

—Pero no puede ser por una cuestión científica —dijo Rebeca, que seguía levantada.

—¿Cuestión científica? Si lo miras bien, no sois idénticas, pero os parecéis mucho. Tenéis un cociente intelectual que se sale de las tablas. Es extraordinario y muy poco común. Es verdad que tú eres más guapa, Carlota está un poco más rellenita y tú tienes un tipazo fuera de serie, pero eso es debido a que haces mucho más deporte que ella. Si os fijáis bien, compartís muchos rasgos faciales, para empezar esos espectaculares ojazos azules.

—Si, hay muchas cosas en las que nos parecemos físicamente e intelectualmente, eso es innegable, pero hay un rasgo que no compartimos y que puede ser determinante desde un punto de vista genético.

—¿Cuál? —preguntó con curiosidad Tote.

—Carlota es pelirroja y yo soy rubia. Si somos gemelas monocigóticas, es decir, procedemos de la fecundación de un solo espermatozoide en un único óvulo, es extremadamente difícil, de hecho, estadísticamente casi imposible, que ella sea pelirroja y yo rubia. Creo que las posibilidades son una entre un millón. Recuerdo que, no hace mucho, leí algún artículo al respecto y me llamó la atención.

Tote sonrió con benevolencia.

—Está claro que no te has dado cuenta.

—¿De qué?

—Carlota nació rubia como tú, no es pelirroja auténtica. Se tiñe el pelo desde

bien joven, casi desde niña. Ya la conoces, desde pequeña apuntaba maneras. Quería ser diferente en todo lo que pudiera al resto del mundo. Y bien que lo consiguió.

—¿No me digas que es teñida? —dijo Rebeca, que estaba muy sorprendida—. En todos estos años jamás me comentó nada ni noté nada.

—Lo hace francamente bien, pero si te fijas bien en su pelo, y te lo digo yo que me lo tiño y tengo cierta experiencia en la materia, se nota. No siempre tiene exactamente el mismo tono.

Rebeca se volvió a sentar en el sillón.

—Pero eso también me pasa a mí, sobre todo en verano. Entre la playa, el agua del mar y el sol, el tono de mi pelo se vuelve todavía más rubio.

—No es lo mismo en el caso de Carlota. Yo lo sabía desde hace muchísimos años, es innegable que se lo tiñe. A mí no me engañó ni por un momento.

—Hablando de saber, entonces, ¿supiste desde siempre que Carlota era mi hermana gemela y no me lo dijiste nunca? ¿Cómo te pudiste aguantar?

—Para empezar, tus padres me hicieron prometer de una manera muy solemne que jamás te contaría nada. Me advirtieron, con una cara de auténtico pánico, que, si se me ocurría hacerlo, tendrían que desaparecer y jamás te volvería a ver ni siquiera a ti.

Rebeca no entendía nada.

—Te estás escapando de la pregunta que te estoy haciendo, aún no me has respondido, ¿sabías que Carlota era mi hermana gemela?

—Esa pregunta requiere de una larga respuesta —contestó Tote.

—¿Larga? Pues un sí o un no, no sé dónde ves la longitud a una pregunta tan simple.

Tote se dispuso a explicarse.

—Al día siguiente del parto, Carlota desapareció sin dejar ningún rastro. Sus registros fueron borrados en todos los ordenadores, incluso se modificó el informe escrito del parto que emitió el médico, es como si jamás hubiera existido. Hablé con el ginecólogo que la trató. Me negó en mi cara que hubiera atendido un parto de gemelas, y eso que yo misma estuve presente al lado suyo. Tan solo le constaba una niña. Todas las pruebas previas al parto habían desaparecido, ecografías incluidas. Tus padres salieron del hospital con una sola hija. Tu hermana gemela había desaparecido, más bien se había desvanecido de todos los lados. Fue algo increíble.

—Increíble se queda corto.

—No me dijeron dónde estaba tu hermana, ni qué habían hecho con ella, ni la familia que la había adoptado, es decir, nada de nada. Oscuridad total. Según ellos, no debía saber nada.

—Entonces no conocías que Carlota era mi hermana.

—Que tus padres no me lo dijeran no significaba que no pudiera saberlo.

—Pues no te entiendo. ¿Cómo podías conocer esa información si borraron todos sus rastros y no te dieron ningún dato? —preguntó incrédula Rebeca.

Tote se limitó a sonreír. Rebeca cayó en la cuenta.

—Espera, espera, que tú ya pertenecías al Cuerpo Nacional de Policía en aquella época. Aún no habías alcanzado el grado de comisaria, pero supongo que tendrías acceso a cierta información. Seguro que seguiste la pista y lograste averiguar qué había pasado con mi hermana.

Tote hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Te aseguro que hice todo lo posible por averiguarlo, y no solo ciñéndome a la ley, tengo que reconocer que me la salté en algunos momentos.

—¿Y lo averiguaste entonces?

—No. Tus padres ocultaron el rastro de una manera verdaderamente formidable y brillante. Aún hoy en día no me puedo explicar cómo lo hicieron. No fui capaz de descubrir nada, y créeme que me empleé a fondo y pedí muchos favores a compañeros. Tu hermana, más que desaparecer, parecía que nunca hubiera existido. Fue algo casi paranormal.

—Y entonces, ¿cómo lo acabaste averiguando?

Tote se quedó mirando a su sobrina con cierta indulgencia.

—¿Sabes que heredaste el cociente intelectual de tu madre? No hay ni cinco personas en España con tu inteligencia, ¿conocías ese dato? Nunca te había facilitado la información exacta para no condicionarte, pero tu CI, abreviatura de cociente o coeficiente intelectual es de 189, muy parecido al de Carlota. Apenas hay un puñado de personas en España como tú... No solo eres una superdotada a nivel nacional, también lo eres a nivel europeo. Con todo lo que te acabo de narrar y lo que conoces por otras fuentes, ¿de verdad una mente tan brillante como la tuya me está haciendo esa pregunta? No me lo puedo creer.

Rebeca se quedó pensativa un instante, y de inmediato se levantó de un salto del sillón.

—¡Claro!

## 31 DE ENERO DE 1525

—Por supuesto que he sido esa mano negra que ha impedido que Luis Vives retorne a España —contestó don Alonso Manrique—, pero no por los motivos que tú crees ahora mismo. Ni soy un saboteador y menos un traidor. Podría decir que Luis Vives es mi mejor amigo, aunque desde la distancia.

Johan no parecía nada conforme con la exposición que había escuchado de don Alonso e incluso con su hijo, Batiste.

—Me debes una explicación —le contestó Johan, enfadado. En estos momentos se sentía traicionado por su amigo.

—Tu hijo lleva teniendo razón toda la velada, incluso con cuestiones que desconozco cómo las puede saber —respondió don Alonso, mirando intrigado a Batiste—. ¿No lo entiendes? Por supuesto yo era esa supuesta mano negra que impedía a Luis regresar a España, pero, en realidad, no saboteaba nada, lo hacía por su propia seguridad. Él estuvo perfectamente informado en todo momento de mis acciones y las aprobaba. Nada se hizo en contra de su criterio en ninguna ocasión. De hecho, se podría decir que yo era un simple ejecutor de sus voluntades.

—No sé si creerme esto último. Hablé con él y parecía deseoso de volver a Valencia para ayudar a sus hermanas —dijo Johan, todavía incrédulo con las explicaciones.

—Y las ayudó, a través de Thomas Wosley. Consiguieron convertirse en *caplleuadors* de sus bienes muebles e inmuebles y a principio de este mes han adquirido, ya de forma definitiva, la vivienda de la Taberna del Gall. Ya es propiedad de Beatriz y Leonor y ha sido con el dinero de Wosley. El plan ha salido según lo previsto —dijo don Alonso—. Compréndelo y asúmelo, Luis Vives jamás se planteó retornar a España. Se encuentra protegido y seguro en Inglaterra, aunque ni su clima ni su comida le agraden. Eso son cuestiones menores al lado de ser relajado y quemado en un auto de fe del Santo Oficio.

—¿Y por qué yo no sabía nada de todo esto? —preguntó Johan.

—¿Qué te dijo Luis en numerosas ocasiones la última vez que os visteis en su boda, en Brujas?

Johan lo recordaba perfectamente.

—Sí, me acuerdo, que permaneciera tranquilo, que dejara que las cosas fluyeran. Que, como undécima puerta, había cuestiones que desconocía del Gran Consejo porque no pertenecía a él, y que no me podía contar nada más.

—Pues ahí tienes la respuesta —contestó don Alonso.

Ahora Johan se dirigió a su hijo Batiste.

—¿Y tú cómo podías estar tan seguro de que el supuesto noble don Bertrán no había muerto en la emboscada francesa? Esa cuestión aún no la comprendo.

—Padre, ya te lo dije y no me creíste. Ahora está presente su excelencia y lo podrá confirmar. Lo vi sentado, en el exacto sillón en el que estás tú ahora, el mismo día que tú partiste hacia Brujas a la boda de Luis. Estaba vivo, incluso hablé con él. Me hizo prometer que olvidaría que le había visto, Aun así te lo conté. En ningún momento me creíste. Tenías, igual que yo, todas piezas del rompecabezas delante de tus narices, pero no has sabido ordenarlas. La culpa no es mía, padre, es tuya. Sabías lo mismo que yo.

Johan se quedó mirando con cierto cariño fraternal a su hijo.

—Está claro que te he infravalorado, y mira que tenía motivos sobrados para no hacerlo —dijo Johan.

—En eso tienes razón —intervino don Alonso—. Batiste comprendió las cosas con sorprendente rapidez y llegó a las conclusiones acertadas. Estoy muy orgulloso. Creo que Jerónimo y él van a formar un tándem formidable. Nadie se va a imaginar que ellos son los portadores de las dos mitades de gran mensaje que conduce al tesoro judío milenar, el árbol.

Johan seguía preocupado.

—Antes nos has dicho que se esperan tiempos difíciles para el árbol.

—Y así es. Beatriz y Leonor, hermanas de nuestro amigo común Luis Vives, han reclamado formalmente a la inquisición la devolución de la dote que su madre, Blanquina March, aportó al matrimonio, que eran 10.000 sueldos, al margen de algunos censales, que suponen el cobro de cantidades periódicas a cambio de un capital. También se los confiscaron. Han hablado con el inquisidor del tribunal de Valencia que debe resolver el caso, don Andrés Palacios, y de palabra les dijo que les daría la razón y ordenaría la devolución de los bienes confiscados a Blanquina. Aunque su marido fuera quemado por hereje, ella jamás fue condenada por delito alguno, así que sus hijas tienen derecho a solicitar esa devolución de una confiscación que jamás debió ocurrir.

—¡Pero Blanquina fue el número uno del Gran Consejo antes que su hijo Luis

Vives!

—Por ahí viene el peligro. El Santo Oficio conocía la existencia del Gran Consejo desde 1499. Don Juan de Monasterio, que era inquisidor del tribunal local en aquellas fechas y amigo de nuestra causa, logró sepultar los expedientes en lo más profundo de los archivos del Santo Oficio, en este mismo palacio, pero recientemente ha ocurrido una catástrofe de inciertas consecuencias.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupado Johan.

—Que han salido a la luz.

—¡Dios mío! —exclamó con evidente preocupación.

Don Alonso continuó con su explicación.

—Tenemos desde hace unos días un nuevo receptor del tribunal local, acaba de tomar posesión. Se llama don Cristóbal de Medina y Aliaga. Lo peor es que se ha comprometido con el rey Carlos I a triplicar los ingresos del Santo Oficio este mismo año, 1525. Bajo ningún concepto devolverá esos 10.000 sueldos a las hermanas de Luis, antes se estudiará letra por letra todos los expedientes de Blanquina, y si encuentra el más mínimo indicio de la posible comisión de una infracción, la procesará, la relajará y la quemará.

—¡Pero si ya está muerta! —exclamó Johan—. Lo hizo en 1508, hace más de dieciséis años. Sufrió la epidemia de peste de aquella época.

—Eso a él no le importa, la quemará «en estatua» o «en efigie», expresiones de idéntica significación. Lo que hacen es quemar una especie de muñeco, en lugar de la persona propiamente dicha, bien porque estaba huida de la justicia o bien porque ya había fallecido con anterioridad, que es el caso de Blanquina. Si conocen dónde está enterrada, incluso pueden desenterrar sus huesos y quemarlos públicamente como signo de herejía.

—¿Y eso qué importa? Está muerta y seguirá así, por mucho que quemen sus restos o muñecos.

—Lo verdaderamente significativo no es que quemen un muñeco o sus huesos, eso da igual,. ¿A quién le va a importar si, como bien dices, ya está muerta? Lo significativo es que el señor receptor entonces sí que tendría un pretexto legal para volver a incautarse y confiscar sus propiedades, como hereje condenada, aunque sea después de muerta. Con este proceso no tendría que devolver los 10.000 sueldos que aportó a la dote matrimonial y que reclaman sus hijas. ¿Comprendes que no le importe si está viva o muerta? Solo le importa retener su dinero.

Johan se quedó pensativo. Intervino Batiste.

—No sabemos qué conocimientos acumuló la inquisición acerca del Gran Consejo, ni siquiera sabemos si conocen la existencia del árbol. Eso es lo que nos está diciendo don Alonso. Corremos el riesgo de que, si el señor receptor se

hace con esos documentos, encuentre algo sobre nosotros.

—¿Pero no nos habías dicho estaban ocultos en lo más profundo de los archivos del Santo Oficio? ¿Cómo han podido aparecer?

Don Alonso tomó la palabra.

—Don Juan de Monasterio, hace veinticinco años, los escondió a conciencia en un lugar remoto del archivo de la inquisición, pero don Juan de Churruca, uno de los actuales inquisidores, parece que los ha localizado. No me explico cómo ha podido hacerlo con tanta facilidad y rapidez, en apenas un día. Se supone que esos legajos estaban casi enterrados, a salvo de miradas indiscretas.

—Pues parece que ahora no lo están —dijo Johan.

—Es verdad. Daba por supuesto que no aparecerían jamás. Tened en cuenta que don Juan de Monasterio era una persona muy diligente en el desempeño de su trabajo, incluso diría que demasiado. Es verdad que era reservado, le gustaba leer y pasaba bastante tiempo encerrado en sus aposentos, pero era muy riguroso en sus quehaceres diarios.

—Pues no lo parece tanto, a tenor de lo mal que los ocultó —intervino Batiste.

—Es todo un misterio para mí, pero la cuestión es que los documentos de Blanquina han aparecido. No merece la pena discutir por esta cuestión, ahora ya no podemos hacer nada al respecto. Son muy voluminosos y hay mucha información, aunque ni siquiera yo he llegado a tiempo de echarles un vistazo.

—¿Cómo que no podemos hacer nada? Habla con él y pídeselos. Eres su superior jerárquico, además con el máximo rango posible dentro del Santo Oficio —dijo Johan—. Está obligado a obedecerte. Nadie, salvo el propio rey y emperador, está por encima de ti.

—Me temo que llego tarde, los expedientes ya no están en poder del inquisidor don Juan de Churruca. Se los ha entregado al receptor. Se los dio al día siguiente de que los solicitara, nada más localizarlos en los archivos. Así como Andrés Palacios, el otro inquisidor, se muestra indolente con el nuevo receptor, Juan de Churruca parece que le teme.

Ahora Johan se empezaba a preocupar de verdad.

—¡Pues pídeselos al receptor ese! También eres su superior máximo.

—Podría hacerlo y debería dármelos. Soy su jefe dentro de la estructura del Santo Oficio, pero la figura del receptor es un tanto peculiar. Es el encargado de la hacienda real en cada tribunal local, y como tal, responde ante el rey de forma directa. Si le pido los expedientes quizá consiguiera el efecto contrario, porque inmediatamente informaría al rey que me los había entregado, y el monarca me llamaría a capítulo para interesarse por el motivo de esa extraña petición. En estos momentos, llamar la atención es lo último que nos interesa.

—Ahora entiendo la palabra catástrofe —dijo Johan, cabizbajo—. Estamos

ante un callejón sin salida y no podemos hacer nada.

Don Alonso continuó con su explicación.

—No exactamente Johan, sí que podemos hacer algo. He recurrido a una treta que nos permitirá ganar algo de tiempo.

Johan se interesó.

—¿Qué has hecho?

—Don Andrés Palacios, inquisidor local, es una persona íntegra e insobornable. Se ciñe a aplicar las leyes reales y las normas del Santo Oficio, y de ahí no se sale. Por esa vía nadie puede conseguir nada de él, ni siquiera yo y todavía menos el señor receptor, y mira que lo intentó. Por eso les dije a las hermanas que, en un eventual pleito, les daría la razón, porque verdaderamente la tienen.

—¿Entonces? —siguió preguntando Johan.

—He conseguido encontrar un recoveco legal para que don Andrés Palacios se vea obligado a rechazar la petición de las hermanas.

—¡Ah! ¿sí? ¿Cuál? —preguntó interesado Johan.

—Para iniciar los trámites de devolución de bienes confiscados por el Santo Oficio a una persona que ya está fallecida, como es el caso de Blanquina, tienen que prestar su consentimiento personal todos los herederos legales. La solicitud que se ha presentado ante el tribunal local está firmada tan solo por Beatriz y Leonor, pero no por su hermano Luis, que ya sabéis que está en Oxford, así que don Andrés Palacios se verá obligado a rechazar la tramitación de la petición, por imperativo legal, no por corruptelas.

—Brillante ¿Lo saben las hermanas de Luis?

—No, todavía no se les ha comunicado, pero don Andrés Palacios, a indicaciones mías, ha informado al receptor don Cristóbal de Medina. Él ya sabe que el asunto no va a ir adelante. Ahora ya no tiene necesidad de rebuscar información entre los expedientes de Blanquina March ni estudiárselos.

—¡Qué alivio! —dijo Johan—, por un momento me temí lo peor.

Batiste llevaba un rato callado. Ahora intervino.

—El problema no ha concluido, de hecho, ni siquiera ha comenzado todavía. Me temo que tan solo hemos ganado algo de tiempo, como bien has dicho —comentó, mirando al inquisidor—. Es verdad que nos esperan momentos muy difíciles.

Don Alonso Manrique se quedó mirando a Batiste.

—Lo sé, pero estamos en las mejores manos posibles —dijo, mientras miraba a los dos niños con ternura, pero también con firmeza—. Jerónimo y Batiste, probablemente seáis la mejor pareja de número uno y once del Gran Consejo de toda su historia, y tenéis tan solo nueve y trece años. Tengo depositadas grandes

esperanzas en vosotros, ante el reto que tenemos por delante, que me temo que se complicará mucho. Conociendo al receptor don Cristóbal de Medina, no se rendirá ante el primer inconveniente que pudiera surgir.

Jero y Batiste se quedaron mirando el uno al otro. En su rostro se reflejaba la preocupación que conllevaba la tremenda responsabilidad que iba a recaer sobre ellos, además en un futuro no tan lejano.

«¿De qué están hablando?», pensaba Johan, que no entendía nada. «¿No se había resuelto el problema?».

## EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 27 DE SEPTIEMBRE

—¡Cómo no había caído antes! —exclamó Rebeca.

—Durante ocho largos años desconocí el paradero de tu hermana, hasta que se produjo el fatal acontecimiento.

Rebeca ya lo había deducido todo.

—Carlota iba en el coche de mis padres cuando sufrieron el accidente mortal. Ella pensaba que eran sus tíos. Supongo que, en un accidente con víctimas mortales, intervendría la Policía Nacional o la Guardia Civil.

—Así fue. Recibí la devastadora noticia cuando era inspectora y estaba destinada en Denia. Inmediatamente me desplazé a Valencia y hablé con todos los compañeros de la Guardia Civil que llevaron el asunto —respondió Tote, que tenía los ojos húmedos, rememorando aquella desgarradora situación.

—Supongo que te sorprenderías por el tercer ocupante del vehículo.

—Totalmente, era algo inesperado.

—¿Y también supongo que, de forma inmediata, sospechaste que podría tratarse de tu otra sobrina, desaparecida hacía ocho años?

—Así fue. Recabé todos los datos de aquella chiquilla, que se había salvado de verdadero milagro del accidente. Los otros dos ocupantes del vehículo, tus padres, fallecieron a consecuencia del tremendo impacto. El coche estaba destrozado.

—¿Y qué hiciste entonces?

—Averigüé que aquella niña pelirroja se llamaba Carlota Penella. Me puse a investigar. Encontré muchas inconsistencias en toda la documentación oficial desde su mismo parto. Había datos esenciales que no coincidían. Para empezar, la partida de nacimiento era falsa, estaba claramente manipulada.

—¿Llegaste a hablar con ella o con su familia?

—Por supuesto que hablé con ella. La visité cuando todavía estaba ingresada

en el hospital, con la excusa de que era policía y estaba investigando las causas del accidente. No recordaba casi nada de lo ocurrido. Sutilmente le pregunté ciertas cuestiones, y enseguida me di cuenta de que no tenía ni idea que era una niña adoptada. Por supuesto no le dije nada al respecto.

—¿Y hablaste con su familia de adopción?

—Sí, hablé con su madre. Su padre había fallecido hacía años. Estuve valorando la posibilidad de contarle la verdad, incluso de iniciar un procedimiento policial y judicial por la documentación falsificada de la niña, al fin y al cabo, yo era su único familiar biológico vivo mayor de edad. Pero la chiquilla parecía feliz y bien atendida. Su madre me causó una buena impresión. No sabía si tenía derecho a entrometerme. La niña ya tenía más de ocho años, no era un bebé. Además, enseguida me di cuenta de su extrema inteligencia. Sin ninguna duda había heredado los genes de la familia Rivera.

—¡Pero era tu sobrina y mi hermana! —exclamó escandalizada Rebeca—. ¡Teníamos derecho a una vida en familia!

—Sí, pero desconocía los motivos que había tenido mi hermana y tu madre, Catalina, para actuar de esa manera y separaros nada más nacer. Debían de ser de muchísima importancia. Aún hoy no los he comprendido, pero supuse que, si se tomaron tantas molestias, incluso asumiendo el papel de tíos, debería existir un argumento de extrema trascendencia y gravedad, aunque yo no lo conociera. Sin más información, no quise cometer una imprudencia.

—¿Y no hiciste nada más? Después de descubrir a tu sobrina desaparecida y ocultada, ¿te quedaste de brazos cruzados?

—¡Por supuesto que no! ¿Por quién me tomas?

—¿Y qué esperas para contármelo? —preguntó Rebeca, que aún parecía algo enfurruñada con su tía por haberle ocultado toda esta información.

—Me presenté como Margarita Rivera, la hermana de la supuesta tía fallecida de su hija. La verdad es que toda la familia me trató de maravilla, eran encantadores.

—¿Y ya está? —Rebeca estaba asombrada porque su tía se conformara con tan poco, una vez localizada a su hermana.

Tote se permitió una ligera sonrisa.

—¿Recuerdas con cuantos años se incorporó Carlota al colegio Albert Tatay? —le preguntó, con aparente inocencia, Tote a su sobrina.

—Exactamente no, pero sí recuerdo que no lo hizo desde el principio —Rebeca se quedó un momento en silencio—. Ahora que lo pienso mejor, juraría que fue dos años después.

—Clavado. Dos años después que tú. Con ocho años.

—¿Qué me quieres decir con ello?

—Que, desde que se produjo el accidente y descubrí su existencia, me ofrecí a pagar toda la educación de Carlota a su madre. La convencí para que la cambiara de colegio e ingresara en Albert Tatay, que, en aquel momento, sin duda, era el mejor colegio privado de la ciudad con diferencia.

Rebeca seguía asombrada.

—¿Tú le has pagado toda la educación a Carlota?

—¿Te sorprende? Son una familia de origen humilde que viven en el Cabanyal, eso sí, en una casa que parece un museo. El día que decidan venderla serán ricos. Pero en aquella época, aunque no se les pudiera llamar pobres, porque tampoco lo eran, jamás se hubieran podido permitir pagar semejante colegio.

—Es asombroso. He vivido en la inopia toda mi infancia.

—Y no ha acabado, aún lo sigo haciendo. Me hago cargo de todos los cursos que hace. Es tan sobrina mía como tú, aunque su madre de adopción ni sus supuestos hermanos jamás lo supieran. Nunca se lo dije, pero en secreto, siempre me he ocupado y he cuidado de ella como una sobrina más, en la medida de mis posibilidades.

—¿Ella sabe algo de todo esto?

—No, pero no me atrevería a asegurarlo. Ha desarrollado una mente prodigiosa con los años, creo que incluso superior a la tuya. Supongo que no vería normal estar recibiendo una educación elitista en el mejor colegio privado de Valencia, mientras sus hermanos asistían a la escuela pública.

—Se lo podría haber dicho su madre adoptiva.

—La única condición que le puse para pagar su educación era que jamás le contaran quién era yo y todavía menos que estaba pagando sus estudios —explicó Tote—. Y creo que lo cumplió, porque Carlota jamás me dijo nada ni noté ninguna muestra especial de cariño hacia mí, más allá de las habituales tuyas, que ya son bastantes efusivas de por sí.

—¿Y por qué no supe nada de todo esto jamás? —preguntó Rebeca, que seguía enfadada por no haberse enterado antes.

—Esa es una pregunta para la que no tengo respuesta, porque tus padres se la llevaron a la tumba. Pero conociendo a mi hermana, algún motivo extremadamente importante debió existir.

Rebeca estaba descolocada.

—¿Y ahora qué haremos? ¿Tenemos que comportarnos como una familia unida y debería Carlota venir a vivir a nuestra casa? Al fin y al cabo, nosotros somos su verdadera y única familia.

—Esa decisión no nos corresponde tomarla únicamente a nosotras, ¿no crees?

—Sí, claro. Supongo que Carlota tendrá algo que decir al respecto.

—De todas maneras, opino que todo debería seguir igual. Piensa quién era tu madre, Rebeca. No era una ciudadana cualquiera. Si se tomó todas las molestias para que la situación fuera así, creo que no deberíamos alterarla. No sabemos los verdaderos motivos de vuestra separación, pero tu madre aún tenía un cociente intelectual superior al tuyo. No era una idiota ni mucho menos, más bien todo lo contrario. Quizá sería una temeridad por nuestra parte sacar a la luz todo este tema, sin comprender la verdadera causa que ha conducido a esta situación. Debe de ser de extrema gravedad. Piensa que quizá estaríamos actuando con cierta imprudencia.

—Ahora estás hablando como una policía, no como nuestra tía —se quejó Rebeca.

—Es que creo que hay muchas cosas que desconocemos, y hay que mantener un punto de racionalidad en todo este asunto. Legalmente, mientras no se promueva ningún procedimiento judicial, Carlota tiene una familia, y esa familia no somos nosotras. Tiene dos hermanos y un hogar, no lo olvidemos.

—Además, sus hermanos no saben nada por expreso deseo de su madre adoptiva —recordó Rebeca—. Tampoco sabemos sus motivos, y, una vez fallecida, no los sabremos jamás.

—Quizá la mejor idea, de momento, sea no remover nada —dijo Tote—. Créeme que me espanta no conocer el motivo por el que actuó así. En su momento me pareció monstruoso, pero conocía muy bien a mi hermana Cata y sé que tuvo que haber una causa muy importante, aunque se me escape.

Tenía toda la razón. Si conociera el motivo aún se espantaría más.

## 31 DE ENERO DE 1525

—Os prometo que no os entiendo. Acabáis de decir que habéis conseguido quitar del medio al receptor don Cristóbal de Medina, y que ya no tiene necesidad de investigar a Blanquina March. Entonces, ¿de qué peligros estáis hablando? —preguntó Johan Corbera.

—Las cosas no son tan simples, mi querido amigo. En este mundo en el que vivimos, nada es blanco o negro, existe una escala de grises, y ahí estamos nosotros ahora mismo, en un gris algo oscuro —contestó don Alonso.

Johan seguía sin comprender nada.

—Pues tendremos que encomendarnos a la Virgen.

Alonso de Manrique, de repente, pareció recordar algo.

—Ahora que nombras a la Virgen, hay una cosa que tenía pendiente solicitaros. Hablé con fray Pedro de Mendoza, el nuevo inquisidor de Sevilla, y me dijo que las propiedades que fray Bautista Tarrén dejó en el convento, es decir, yo mismo, os las dio a vosotros, porque fuisteis los únicos que os interesasteis por el supuesto fraile.

—Así es —contestó Johan—. Yo no quería aceptarlas porque no conocía de nada a aquel fraile y me creía sin derechos sobre ellas, pero el inquisidor insistió y, sorprendentemente, mi hijo Batiste estaba interesado en ellas. En resumen, salimos del convento de San Pablo el Real de Sevilla con seis o siete sayas arrugadas, tres libros en un lamentable estado de conservación y una talla de una santa extranjera. ¿No te parecen unos objetos un tanto extraños?

Alonso Manrique sonrió y se dirigió a Batiste.

—¿Así que estabas interesado en mis posesiones? ¿Y qué conclusión sacaste de ellas?

Después de una pequeña pausa, Batiste le respondió.

—Bueno, lo primero que me llamó a atención fue la gran calidad de la tela de los ropajes. Aquellos paños no parecían pertenecer a un simple fraile de la orden

de predicadores. La talla de madera de Santa Catalina de Alejandría, una virgen y mártir del siglo IV me dejó desconcertado. Ni siquiera es una santa española, pero parecía valiosa. Sin embargo, lo que más despertó mi curiosidad fueron los tres libros, una Biblia, un *Corán* y la *Torah*. Me va a disculpar don Alonso, pero es inconcebible que un simple fraile tuviera en su poder aquellos tres libros fundamentales de tres religiones diferentes. Eso me abrió los ojos a pensar que aquel fraile no era tal.

—Tienes toda la razón, sin embargo, tanto la talla de madera como los tres libros son muy importantes. Piensa que eran mis únicas posesiones con mi falsa personalidad de fray Bautista Tarrén.

Se quedó mirando a Batiste.

—Escucha, quiero que le des los tres libros a mi hijo Jerónimo y te regalo a ti la talla de madera de la virgen. Es muy importante y valiosa, así que custódiala como merece. Con los ropajes de fraile haced lo que queráis. La tela es muy buena, podéis reutilizarla para lo que os plazca.

—Así lo haré —contestó Batiste con educación.

Don Alonso continuó hablando.

—Con respecto al Gran Consejo, mi hijo Jerónimo y yo hemos tomado una decisión. No podemos controlar que cada miembro continúe ejerciendo como su número de puerta, ni que, cuando le llegue el momento, cada uno ceda su puesto a su hijo, a su hija o a cualquier otra persona, durante los siglos venideros. En realidad, es una cadena que no podemos parar, así que hemos resuelto no hacerlo. El Gran Consejo seguirá existiendo.

Johan le interrumpió en su narración.

—No lo entiendo. Si Blanquina March lo disolvió en marzo de 1500 —objetó.

—Sí, pero todos sus miembros, excepto el número cuatro, siguen activos, aunque *durmientes*. Ya sabemos lo que le ocurrió a la cuarta puerta, Miguel Vives. Fue capturado cuando el Santo Oficio irrumpió por sorpresa en la última reunión que celebraron. Al año siguiente, en 1501, fue relajado y quemado en la hoguera por la inquisición. Sin embargo, aún quedan ocho miembros, si descontamos a mi hijo Jerónimo como número uno, que esperarán ser convocados a reuniones, en alguna ocasión. Simplemente siguen existiendo, aunque en la sombra.

Johan no terminaba de comprenderlo.

—Seguramente será así, pero ¿qué sentido tiene mantener su existencia? Si su única misión es proteger el árbol, ¿cómo lo van a hacer si desconocen su ubicación? Ni siquiera tienen, cada uno de ellos, una décima parte del gran mensaje que conduce al árbol, como ocurría en los siglos XIV y XV. Hay que ser consecuentes, en realidad no saben nada, no tienen ninguna información

relevante. Repito la pregunta, ¿qué sentido tiene mantener su existencia?

—Tienes razón. Desde un punto de vista lógico no tiene ningún sentido, pero mientras continúen en el tablero de juego, servirán como herramienta de distracción. Blanquina March decidió que tan solo dos personas conocieran, cada uno de ellos, una mitad del mensaje, que, una vez descifrado, conduciría al emplazamiento del árbol, del gran tesoro judío. Ahora mismo hay dos personas que conocen su localización exacta, Luis Vives y tú mismo, Johan, porque fuisteis quiénes lo ocultasteis a instancias de Blanquina. Hay otras dos que conocen una mitad del mensaje que conduce a ese emplazamiento, Batiste y Jerónimo —dijo don Alonso.

Los dos hijos se quedaron mirando, un tanto acongojados. Johan tomó la palabra.

—Cuando fallezcamos Luis Vives y yo, el conocimiento quedará definitivamente dividido en dos mensajes, que portarán nuestros hijos. Salvo que se unan esos dos mensajes y se descifren, nadie, de forma individual, conocerá la ubicación del árbol, no como ocurre ahora.

—Y así espero que siga por los siglos de los siglos —dijo don Alonso.

—¿Y qué pensáis hacer? —preguntó Johan con curiosidad.

—Nombraré a un nuevo número uno.

—¡Pero si ya lo has hecho! Es tu hijo Jerónimo —dijo Johan, que no comprendía a don Alonso.

—Mi hijo Jerónimo se convertirá en la undécima puerta.

—¡Pero si ya lo es Batiste! —exclamó Johan, que seguía sin comprender nada.

—Serán los dos. Habrá dos números once, que serán los portadores del mensaje. No pertenecen al Gran Consejo, con lo que, si la inquisición sigue interesada por su existencia, los llevará a un callejón sin salida. Mientras tanto los dos números once pasarán desapercibidos a lo largo de los siglos venideros. Los tiempos actuales son muy complicados e igual los futuros aún pueden ser todavía peores para el pueblo hebreo. A saber qué les espera en la historia futura, porque la pasada ha sido dramática, pero desconocemos que les depararán los próximos siglos.

Johan se quedó pensativo.

—Puede ser una buena idea. Dejas fuera del conocimiento del árbol al Gran Consejo para los siglos venideros, pero creas dos números once que conocerán, una vez unidos, sus mensajes, el emplazamiento verdadero del árbol.

—Eso es. Lo has comprendido.

Johan se quedó durante un momento en silencio.

—Es arriesgado, pero quizá funcione —dijo—. La única pieza que queda

suelta es que quizá el Gran Consejo se pregunte, en alguna ocasión, cuál es su función actual, al no conocer el emplazamiento del árbol, y que intenten localizar a los dos números once para volver a tomar el control de la situación. Es un posible riesgo.

—Ningún plan es perfecto —concluyó don Alonso—, pero hemos de jugar con las cartas que tenemos ahora. En un futuro, quién sabe qué puede pasar.

## EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 28 DE SEPTIEMBRE

—Hola, perdona la brusquedad, pero ¿qué haces sentado en mi silla delante de mi mesa? —preguntó Rebeca, sorprendida.

—¿Tu mesa? —respondió el desconocido, con un gesto de desconcierto en su rostro.

Rebeca acababa de llegar al periódico y, para su sorpresa, su sitio estaba ocupado por otra persona.

—Sí, tienes tu culo sentado en mi silla. La del lado es la de Fabio Astolfi, y justo la de enfrente de la mía, es decir, de donde estás ahora mismo, se sienta Teresa Fabregat —explicó Rebeca—. La otra está libre.

El desconocido no sabía cómo reaccionar.

—Perdona, hoy es mi primer día de trabajo. Una chica un tanto seca me ha acompañado hasta aquí y me ha dicho que este era mi sitio. Parece que se ha confundido.

—Alba —respondo Rebeca, torciendo el gesto—. No creo que se haya confundido, la voy a matar, siempre buscando la manera de fastidiarme, ¡qué cansina!

—Por cierto, me llamo Fernando del Rey.

—Disculpa mi descortesía, mi nombre es Rebeca Mercader. Llevo la sección de Historia y me siento justo ahí —dijo señalando su silla y su mesa.

Fernando se dio cuenta y se levantó de inmediato.

—Perdona, acabo de llegar. Te juro que no te he tocado nada, ni siquiera he llegado a abrir ningún cajón.

Se dieron un par de besos a modo de presentación.

—Me parece que no hemos empezado demasiado bien —dijo Rebeca, con una pequeña sonrisa en su rostro.

—No, pero te juro que ha sido involuntario por mi parte. Sospecho que mi

silla será la que queda libre de las cuatro.

—Supongo, porque no queda otra en esta zona.

De repente, Fernando pareció cambiar de actitud. Su cara pareció iluminarse.

—Espera, ¿has dicho que te llamas Rebeca Mercader?

—Sí, ese es mi nombre, ¿por qué me lo vuelves a preguntar?

—¡Por favor! Es imperdonable no haberte reconocido. ¡Rebeca Mercader! Eres una celebridad hasta en mi campo de trabajo. ¡Espera que cuente a mis colegas que te he conocido en persona! Se van a volver locos, si es que se lo llegan a creer. ¡Compañero de trabajo de Rebeca Mercader! —dijo con admiración Fernando.

—¿Dices que soy una celebridad en tu campo? ¿Y cuál es tu campo? ¿Rubias tontas?

Fernando se echó a reír.

—¿Tonta? Jamás te calificaría así —dijo Fernando, visiblemente nervioso—. Soy arqueólogo. Todos mis colegas de la Facultad beben los vientos por ti. Resulta que te acabo de conocer, te tengo justo delante de mí y en lugar de aprovechar la ocasión para intentar caerte bien, resulta que consigo justo lo contrario, que te enfades contigo.

—No me he enfadado contigo, ¿por qué dices eso?

—Porque me atrevo a ocupar tu silla y tu mesa, además en mi primer día de trabajo. Es difícil hacerlo peor en menos tiempo, ¿no crees? ¿Quién piensas que es el idiota de los dos?

Rebeca sonrió y se puso colorada a la vez. No conseguía acostumbrarse a ser una persona conocida desde que la nominaron a un Premio Ondas y salía todas las semanas en antena, en el programa nacional de radio *Buenos días*, con Javi Escarche y Mar Maluenda. De todas maneras, le había hecho gracia la espontánea reacción de Fernando.

—¿Tus colegas de la Facultad? ¿No eres un poco mayor para eso?

—¿Acaso me acabas de llamar viejo? Tengo tan solo veintiocho años. Ya acabé el grado hace tres. Los estudios me llevaron algo más de lo normal, digamos que disfruté de mi época de estudiante con intensidad, con pertenencia a la tuna y juergas incluidas, ya sabes lo que eso significa.

—No lo sé, porque nunca me han interesado esos aspectos de la vida universitaria.

—Pues te has perdido lo mejor. Es una lástima que nunca hayamos coincidido, a pesar de estudiar en la misma Facultad, aunque yo terminé el Máster en Arqueología el año pasado. Tú eres bastante más joven que yo.

—Ahora que lo nombras, has dicho que eres arqueólogo. Esto es la redacción de un periódico, ¿qué pintas aquí?

—Respondí a una oferta de trabajo de *La Crónica*. Pasé hasta cuatro entrevistas, la última con el mismísimo director del periódico, un tal Bernat Fornell. Ha sido un proceso largo. Resulta que me ha contratado, hoy es primer día en la oficina, como ya habrás notado de manera sobrada.

Rebeca estaba sorprendida.

—¿Fornell ha contratado a un arqueólogo para *La Crónica*? Esto sí que no me lo esperaba, me resulta de lo más extraño.

—¿Qué tiene de extraño? Tú tampoco eres periodista, eres historiadora y también trabajas aquí —le respondió con toda la lógica Fernando.

—Perdona, no pretendía hacerte de menos, pero siempre me ha parecido que Fornell no estaba demasiado interesado por la cultura en general, y menos por la historia en particular. El director es más de sucesos y de acontecimientos morbosos. Eso es lo que vende periódicos hoy en día, según él. Este es un medio de comunicación modesto, por eso me extraña que no contrate a periodistas, aunque supongo que esa frase, la del medio modesto, ya te la habrá dicho el propio director en persona.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Fernando, sonriendo—. Además de historiadora, ¿eres adivina?

—No, en realidad se la dice a todo el mundo, le encanta repetirla —respondió Rebeca, también sonriendo.

Oyeron a una persona aproximarse.

—¡Caramba, Rebeca! ¡Por fin te veo ligado! La diosa Atenea ha tenido a bien descender a la tierra, territorio donde habitan los simples mortales, que se lo tienen que currar.

Tere acababa de aparecer con una sonrisa y Rebeca la recibió poniéndose de nuevo colorada.

## 1 DE FEBRERO DE 1525

—Adelante, don Alonso, estás en tu casa —dijo en un tono muy obsequioso Johan Corbera.

Don Alonso Manrique había quedado en casa de su amigo para tratar ciertos temas, antes de su retorno a Sevilla.

—Gracias Johan. La última vez que pisé tu morada aún me conocías como don Bertrán.

—Lo recuerdo perfectamente. Por cierto, me engañaste diciendo que ibas a Lovaina a entregar en mano la carta de ofrecimiento de la cátedra de Antonio Nebrija en la Universidad de Alcalá de Henares a Luis Vives.

—Eso era cierto. Se la entregué.

—Pero no tenías ninguna intención de convencerle para que la aceptara, es más, seguro que fue justo lo contrario.

—Te equivocas de nuevo. La rechazó por sí mismo. Estuvimos analizando en profundidad las dos propuestas educativas que tenía, y Luis en persona se decidió por aceptar la cátedra de Oxford, en Inglaterra. Yo simplemente me limité a ejecutar sus instrucciones.

—No sé si creerte. ¿Y si hubiera decidido venir a España? ¿También le habrías ayudado?

Don Alonso Manrique se quedó mirando a Johan.

—Siendo tan amigo de Luis Vives, a veces parece que lo conocías muy poco. Él jamás quiso volver a España. Tenía terror al Santo Oficio, al igual que su amigo Erasmo y tantos otros humanistas y pensadores actuales. Quería ayudar a sus hermanas y a su padre preso de la inquisición, pero sin pisar suelo español.

—Pero Luis conocía tu verdadera identidad. Sabía que no eras el noble don Bertrán. Él sabía que eras un prominente miembro de la Iglesia católica que iba a ser nombrado arzobispo de Sevilla e inquisidor general de España. No me creo que no te pidiera consejo —dijo Johan, que aún estaba molesto por haberse

enterado el último de la verdadera identidad de don Bertrán.

—Te lo acabo de decir, tuvimos una profunda conversación. Él me preguntó si le podría proteger de una manera definitiva del Santo Oficio, y no le quise engañar. No lo podía hacer. Quizá lo hubiera podido alejar del peligro por un tiempo, pero seamos realistas. Todo el mundo sabe que soy un *erasmista* convencido, y tarde o temprano Erasmo de Róterdam caerá en desgracia ante la Iglesia. Es demasiado atrevido en sus críticas y está empezando a cruzar la línea roja. Sus seguidores lo defendemos, pero como siga por ese camino todo se acabará torciendo. Es algo que hasta yo mismo veo venir. Cuando eso suceda, yo seré uno de los primeros en caer en desgracia. Lo tengo asumido desde hace años.

—¿Falta mucho tiempo para ello? —preguntó preocupado Johan.

—Pues depende del propio Erasmo, pero me imagino que aún pueden pasar diez o quince años perfectamente, al menos eso espero, porque si no mi vida será corta. Aún tiene poderosos amigos, el propio papa de Roma, Adriano de Utrecht, el que fuera mi antecesor en el cargo de inquisidor general de España, es uno de ellos, pero cuando Adriano fallezca, ya veremos qué ocurre —dijo don Alonso en un tono pesimista—. Supongo que las cosas cambiarán y eso nos afectará a todos. Aunque no lo espero de inmediato, se ve venir en el horizonte una involución en los tiempos.

Johan cambió de tema.

—¿Y nuestros hijos? ¿Son apenas unos niños! ¿No les hemos cargado de una enorme responsabilidad?

—Tu hijo Batiste y mi hijo Jero son unas de las dos personas más inteligentes que he conocido en mi vida, aun siendo unos niños. Suena mal decirlo, pero debemos de reconocer que, a su edad, ya son más inteligentes que nosotros mismos. Tú no te das cuenta porque ves a tu hijo todos los días, pero me atrevería a decir que, a su manera, es un pequeño genio, igual que mi hijo.

—Pues yo aún los veo unos niños —insistió con cierta nostalgia Johan.

—Porque lo son, una cosa no quita la otra. Pero unos niños fuera de serie. No te quepa ninguna duda que estamos en las mejores manos posibles.

—¿Tú le has transmitido de forma expresa tu mitad del mensaje a Jerónimo?

—No, todavía no. Tiene nueve años, esperaré un poco a contarle el significado de ciertas cuestiones.

—Yo tampoco le he explicado nada a Batiste. No puedo evitar pensar que le estoy cargando con una responsabilidad a muy corta edad.

—Pues piensa en mi hijo —le espetó don Alonso—, que tiene casi cinco años menos.

—En algún momento tendremos que informarles.

—Tú lo has dicho, en algún momento. Deja que resuelvan ciertos problemas que se avecinan, que pueden ser muy graves. Ya tendremos tiempo más adelante.

—¿Ese es el reto al que se tienen que enfrentar que decías justo ayer?

—Sí, y te aseguro que es un tema muy delicado.

—¿No me lo quieres contar?

—Sí, claro, no me importa. Conozco bien al señor inquisidor del tribunal local. don Andrés Palacios. Se podría decir que es una de las personas más íntegras que he conocido en mi vida.

—Pero eso es bueno, ¿no?

—No, en realidad ahora mismo no lo es —dijo con un tono muy serio don Alonso.

—Sigo sin entenderte. Si ha rechazado la petición de devolución de la dote de Blanquina March formulada por sus hermanas. El receptor don Cristóbal de Medina se habrá tranquilizado.

—Como te decía, conociendo a Palacios, me temo que el asunto de la dote de Blanquina aún no haya terminado. Creo que nuestros hijos desempeñarán un papel muy importante en todo este asunto. Casi te diría que estamos en sus manos, en un tema muy grave y delicado.

## EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 28 DE SEPTIEMBRE

—¿Te vas a quedar con esa cara de pasmada o me vas a presentar a tu visita? —preguntó Tere.

—No es una visita —contestó Rebeca.

—Entonces, ¿es tu novio? —dijo Tere, toda emocionada.

Fernando se puso colorado. Para su propia sorpresa, también lo hizo Rebeca, por tercera vez en poco tiempo.

—No es ni mi visita ni mi novio, es nuestro nuevo compañero de trabajo. Teresa Fabregat, te presento a Fernando del Rey, y viceversa.

—¡Eres la cuarta persona! —exclamó Tere, mientras se saludaban y se daban dos besos—. Por fin se desvela el misterio. Esperábamos tu advenimiento, pero no sabíamos cuándo se iba a producir.

—¿Mi advenimiento? ¿La cuarta persona? —preguntó extrañado Fernando—. ¿Y esos términos qué significan?

Rebeca le dio la explicación.

—Durante el mes de agosto pasado hubo una reestructuración en la redacción, sobre todo en la sala central, en la que ahora estamos. Antes compartíamos espacio dos personas, ahora lo hacemos cuatro. En la actualidad estábamos trabajando tan solo tres en el espacio de cuatro. Lo que quería decirte Teresa es que el director no nos quiso decir quién era ni cuando iba a llegar la cuarta persona del grupo.

—Y el segundo queso —añadió Tere.

Rebeca no pudo evitar reírse, al igual que Tere.

—¿Me lo pensáis explicar, y así me río también? —preguntó extrañado Fernando, que no comprendía las risas de sus compañeras.

—Mejor que no —respondió Rebeca, aún con la sonrisa en la cara—. Son cosas de mujeres.

—Buenos días a todos.

Acababa de llegar Fabio al rescate de ambas amigas.

—Ahora ya estamos los cuatro. Fernando del Rey, te presento a Fabio Astolfi —dijo Tere, muy jovial.

—Hola, Fernando —dijo Fabio, mientras se daban la mano—. ¿A qué sección te han asignado?

—No lo sé.

—¿Cómo puedes no saberlo? Habrás hablado con el director Fornell y, como periodista, tendrás alguna especialidad, ¿no? —preguntó extrañado Fabio.

—Ese es el tema. No soy periodista, soy arqueólogo —respondió.

—¿Arqueólogo? —exclamó Tere—. Con todos los respetos, al final esto va a parecer cualquier cosa menos una redacción. ¡Si esto es un periódico! ¿De qué sirve estudiar periodismo? Con el elevado desempleo que hay en nuestro sector...

—Es lo mismo que me ha dicho Rebeca, pero yo me limité a responder a una oferta de trabajo —contestó Fernando.

Vieron acercarse al director Bernat Fornell desde la distancia. Todos se quedaron callados esperando que llegara hasta sus mesas.

—Buenos días a los cuatro. Parece que ya os habéis presentado —dijo Bernat Fornell.

—Sí, lo acabamos de hacer —dijo Tere.

—Supongo que, en este momento, os estaréis preguntando por qué he contratado a Fernando del Rey y a qué sección lo voy a asignar.

—Eso es exactamente lo que estábamos hablando ahora mismo —siguió Tere.

—La contratación de Rebeca, que no es periodista sino historiadora, fue un gran éxito para el periódico y para todo el grupo. Su sección generó mucho interés desde el principio. Mi intuición funcionó. Ya sabéis que Rebeca tiene una sección semanal en la radio, y esa misma intuición me dice que irá a más, porque los índices de popularidad y audiencia son muy buenos, tan buenos que me temo que cada vez nuestros compañeros de la radio le exijan más horas a Rebeca. Así que he decidido reforzar esa área y crear una nueva sección en el periódico.

Todos le escuchaban con mucho interés. No era nada habitual lo que estaban escuchando. *La Crónica* era un periódico muy tradicional, con las habituales y ordinarias secciones, que no se habían cambiado casi desde su fundación, hace más de cien años.

El director continuó hablando.

—Fernando, dependerás directamente de Rebeca, que será la jefa de la nueva sección. Organizaros entre vosotros. Quiero dos artículos semanales, en lugar de uno. Además, también quiero que interactuéis más con las demás secciones del

periódico. Ya os iré dando instrucciones más precisas en los próximos días. Ahora poneros a trabajar —dijo Fornell, mientras desaparecía hacia su despacho, igual de rápido que había venido.

Cuando lo perdieron de vista, Tere le dio un abrazo a Rebeca.

—¡Enhorabuena! Aunque por el tono de Fornell no lo haya parecido, te acaban de ascender, ¡jefa de sección!

Rebeca no entendía demasiado la decisión. Mientras ella jamás había pedido ayuda para hacer su trabajo, había otras secciones en el periódico que le llevaban reclamando refuerzos al señor director, en sus áreas, desde hacía años. No le parecía lógico, pero bueno, afortunadamente ella no dirigía *La Crónica*. Suponía que Fornell sabía lo que se hacía.

Rebeca se dirigió a Fernando.

—Lo primero que te digo, a pesar de lo que acabas de escuchar en boca del director, es que yo no soy tu jefa, soy tu compañera. Me parece ridículo establecer jerarquías entre una historiadora y un arqueólogo. Fornell es un director chapado a la antigua, muy amigo de las secciones, de sus jefes y de sus organigramas en colorines, pero yo no soy así. Además, eres mayor que yo.

—Entonces, ¿tu primera orden como jefa es que no te considere mi jefa? —dijo con cierta sorna Fernando—. Desde luego es curioso.

—Algo así —le contestó Rebeca, sonriendo.

—Me parece que esto va a ser divertido —dijo Tere, pensando cómo se iba a manejar su amiga con el nuevo queso. En el fondo se alegraba por Rebeca. Fernando parecía inteligente y divertido, además era también bastante guapo, no tan imponente como Fabio, pero no estaba nada mal. «A ver si la colocamos de una vez», pensó divertida, mientras los miraba con una sonrisa picarona.

Sin embargo, Rebeca no tenía las mismas sensaciones que Tere.

«Aquí hay gato encerrado», se dijo. «Fornell me asigna un subordinado que ni he pedido ni necesito. ¿Debería preocuparme?».

Desde luego que debería, aunque aún no lo sabía.

## 1 DE FEBRERO DE 1525

—¿No me vas a dar más información acerca de ese tema grave y delicado que van a tener que resolver nuestros dos hijos? —preguntó Johan Corbera.

—No somos miembros del Gran Consejo, no debo darte más información que la estrictamente necesaria —le contestó don Alonso.

—Pues vaya fastidio, me gustaría ayudar.

—Confía en tu hijo Batiste, no necesitará ayuda más que de Jero, y quizá de alguien más, si ellos lo consideran en algún momento —respondió un tanto enigmático don Alonso, que estaba claro que no quería hablar más del tema.

—¿Y el Gran Consejo? ¿Va a seguir funcionando sin ningún sentido?

—Así es.

—¿Tampoco me puedes contar quién será el nuevo número uno, en sustitución tuya y de Jero?

—Quién será no. Quién es.

—¡No me digas que ya lo has nombrado!

—Justo antes de venir a visitarte.

—¿Y tampoco me lo puedes decir?

—Sí, eso no importa. Al fin y al cabo, el Gran Consejo, a partir de ahora, se va a convertir en un elemento decorativo dentro del gran bosque que contiene nuestro árbol, nuestro tesoro.

—¡Venga, que tengo curiosidad!

—Esta mañana he iniciado en su nueva labor como el *Keter*, la raíz, el número uno, la primera puerta, a...

—Mira que te gusta verme sufrir —dijo Johan, viendo que don Alonso lo hacía largo a propósito.

—Al conde de Ruzafa, a don Rodrigo de Molina.

Johan se sorprendió.

—¡Pero si está medio tonto! Se cree que es un gran noble y no pinta nada en

la corte real, dónde no le hacen ni caso —exclamó sorprendido Johan por la elección—. Tiene aires de grandeza en una cabeza hueca o llena de serrín, a tu elección.

—Ese es exactamente el perfil que buscaba. No quería ni a alguien desconocido ni a una figura destacada, pero sí que me interesaba que fuera de buena familia, para asegurarme que el cargo perviviera en el tiempo. El condado de Ruzafa se creó hace apenas cincuenta años, pero se supone que perdurará a lo largo de los siglos. Eso es lo importante para nosotros.

Johan continuaba sin convencerse.

—Es conocido por su falta de *luces* —continuaba sorprendido Johan—. No sale a cazar porque la última vez mató a un sirviente. Es medio lelo y engreído.

—Eso juega a nuestro favor. Se cree que lidera una gran confraternidad secreta creada en el siglo XIV, que custodia un gran tesoro cultural.

—¡Es que eso es precisamente lo que hace! —exclamó Johan.

—Sí, pero ya sabes que es un Gran Consejo vacío de contenido. Supongo que irá transmitiendo el cargo entre sus descendientes, que es lo que verdaderamente nos interesa.

Había un tema que preocupaba a Johan.

—Como número uno, ¿conoce la identidad del número once? Porque ahora, según vuestra decisión, hay dos.

—Por supuesto que sabe quién es el número once, es decir, tu hijo Batiste, pero no sabe absolutamente nada del otro número once, mi hijo Jero. Siempre permanecerá oculto y tan solo se conocerán entre ellos. El segundo número once, oficialmente, ni existe ni existirá jamás. Para el Gran Consejo tan solo existirá uno, como así ha ocurrido desde 1391. Esto es muy importante, es un secreto que no se debe desvelar jamás, ni con el paso de los siglos.

—¿Crees que son necesarias tantas medidas de seguridad? —preguntó preocupado Johan.

—No sé qué nos deparará el futuro. Viendo el pasado, me temo que nada bueno. Tampoco sabemos qué hará el Gran Consejo, si se reunirán o no. Ten en cuenta que la cadena está rota por el número cuatro. No me canso de recordar el enorme sacrificio personal que hizo Miguel Vives aquel fatídico 20 de marzo de 1500.

Johan no terminaba de convencerse del plan creado por don Alonso Manrique y su hijo Jerónimo.

—A todo caso se reunirán los tres primeros, cuando llegue al cuarto, se romperá la cadena de convocatoria. ¿Qué sentido tiene?

—Eso a nosotros no nos importa. Igual hasta se reorganizan de alguna manera. ¡Ojalá ocurra así y se reúnan también del cinco al diez!

—¿Por qué dices eso?

—El sentido de mantener el Gran Consejo activo es que interfieran con la inquisición o con cualquier otro obstáculo que se pueda presentar en el futuro, que seguro que ocurrirá.

—¿Tantos problemas auguras en el porvenir? —preguntó Johan, que no compartía del todo las reflexiones de su excelencia don Alonso de Mendoza.

—Por supuesto. Igual ahora mismo estamos preocupados por el Santo Oficio de la inquisición, y en los siglos venideros llega algún otro iluminado que nos deja como simples aficionados. La historia del pueblo judío está llena de sufrimientos e incluso de intentos de exterminio. ¿Por qué iban a terminar ahora? ¿Por qué tiene que ser la inquisición la última en intentarlo? Me temo que aún nos queda mucho camino por recorrer hasta alcanzar la paz. No olvides que somos el pueblo de Moisés. Llevamos sufriendo muchísimos siglos.

## EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 29 DE SEPTIEMBRE

—Hola, Tote, buenos días —dijo Carlota.

Rebeca y Carlota se habían citado para hablar con tranquilidad de todos los sucesos traumáticos de los que se habían enterado en los últimos días, esta vez en casa de Rebeca.

—Hola, Carlota —le contestó Tote. Se dieron un abrazo. Era lo normal, siempre lo hacían, incluso antes de que Carlota supiera que era su tía.

—Lo primero que tengo que decir es que me resulta todo muy extraño. En poco más de dos semanas he descubierto que mi verdadera familia es otra. Perdonarme mi aparente frialdad, no es eso, es simplemente algo de desconcierto. Entender que no me he hecho a la idea todavía —se explicó Carlota—, todo ha ocurrido muy rápido para mí.

—Tranquila, yo también estoy confundida —dijo Rebeca—. Descubrir que tienes una hermana gemela con casi veintidós años no es algo que se pueda considerar normal. Me costará asumirlo aunque seas tú, Carlota.

—¿Y tú Tote? ¿Cómo fuiste capaz de guardar el secreto durante tanto tiempo sin contárselo a nadie? —preguntó Carlota—. Yo reconozco que no hubiera podido.

—No te creas que no ha sido difícil para mí. Jamás entendí a mi hermana y a vuestro padre. Supuse que, si se atrevieron a hacer una cosa tan traumática para ellos, debían tener un motivo muy serio, aunque no me lo contaran ni yo lo supiera.

—¿Pensabas decírnoslo algún día? —siguió preguntando Carlota.

—Esa era la gran duda que me carcomía por dentro. Por una parte, os estaba robando un tiempo en la vida como hermanas, un tiempo que ya no recuperaréis. Por otra parte, Carlota tenía su familia y vivía feliz. La situación era muy compleja. Tampoco me puedo olvidar de la promesa que les hice a vuestros

padres de no contar nada jamás. Para mí han sido unos años de muchos interrogantes, sobre todo después de descubrir la identidad real de Carlota. Cuando no la conocía, todo era más fácil.

—Hay una cosa que no entiendo, conociendo a Carlota y su supuesta mente privilegiada —dijo Rebeca.

—Venga, dispara.

—Con tu extrema inteligencia, algo parecida a la mía, ¿no sospechaste nada cuándo te sacaron del colegio público *Les Arenes*, con ocho años, para estudiar en el mejor colegio privado de Valencia, Albert Tatay? Además, tan solo a ti, no a tus otros dos hermanos. ¿No te llamó la atención?

Carlota sonrió.

—Para empezar, te confundes.

—¿En qué? —preguntó Carlota, extrañada.

—Tu mente no es parecida a la mía, está varios escalones por debajo, y lo sabes, como diría Julio Iglesias. Ya te lo he demostrado infinidad de veces.

Rebeca se rio.

—Anda, no empecemos con la eterna discusión. Además, si tan lista te crees, responde a mi pregunta.

—Todo es más sencillo de lo que parece.

—Pues explícate, que da la impresión que no te enteraste de nada con tu *supermente* galáctica —insistió Rebeca, intentando picar a su amiga y ahora también hermana.

—Con tan solo ocho años de edad, apenas un par de meses antes del fatal accidente, nos hicieron unas pruebas de inteligencia en el colegio. Recuerdo que vinieron unos profesores que no conocía de nada. Nos encerraron en el gimnasio del colegio a varias clases a la vez y nos entregaron una serie de ejercicios para que los resolviéramos. Teníamos muy poco tiempo para cada bloque, pero aun así estuvimos al menos un par de horas. La verdad es que me parecieron auténticas tonterías —dijo Carlota —Eran problemas bastante sencillos.

—¿Y luego que pasó? —preguntó con curiosidad Rebeca.

—Nada, que se fueron y ya está.

—¿Y ya está?

—Bueno, no exactamente. A las dos semanas, la directora del colegio, la señora Meijide, me llamó a su despacho. Recuerdo que me asusté, porque siempre que iba allí era para recibir alguna reprimenda. No recordaba haber hecho ninguna *trastada* últimamente, pero iba asustada igualmente. Es como recibir una carta de Hacienda, nunca será algo bueno. No te felicitan por tu cumpleaños ni te regalan nada.

—¿Y qué pasó?

—Entré en el despacho y había, junto a la directora, una señora y un señor vestidos con de forma impecable. La directora estaba sonriente. Aquella situación no era nada normal. La señora Meijide me recibió con una de sus frases típicas, cuando le gustaba impresionar con su supuesta cultura, «hoy hace un auro feudo de día».

—Jamás había oído nada parecido —interrumpió Tote.

—Ni tú ni nadie fuera del colegio —respondió Carlota.

—¿Y eso qué diablos significaba? —siguió preguntando.

—Que hacía sol.

Las tres se rieron.

—Menuda *pedanta* —recalcó Rebeca—. Pero continúa, ¿qué pasó después?

—Me presentó a los dos emperifollados. Ni me acuerdo cómo se llamaban, Me dijeron que venían de no sé qué departamento de educación especial. La verdad es que la situación me pareció tan extraña que no le presté atención en los primeros momentos.

—¿Y qué pasó después? ¡Venga, no te hagas de rogar! —exclamó Carlota, impaciente.

—Le pidieron a la señora Meijide si nos podía dejar a solas. ¡Aquello era alucinante! Los dos desconocidos estaban echando a la directora de su propio despacho. Esperaba algún exabrupto elegante y culto como contestación, sin embargo, la señora Meijide abandonó su despacho de inmediato y en completo silencio, como una corderita.

Carlota hizo una pequeña pausa y continuó su relato.

—En cuanto nos quedamos solos, la actitud de los desconocidos cambió de forma radical. Fueron muy amables y cariñosos en todo momento. Extrajeron unos papeles de sus maletines, y me pidieron, con mucha educación, que si podía solucionar los ejercicios que contenían. Eran muy similares a los de la última vez, aunque no eran los mismos. Los volví a resolver. Esta vez no me dieron ningún tiempo límite, aunque me di cuenta de que la mujer llevaba un cronómetro en su mano. Los ejercicios me siguieron pareciendo una tontería. Acabé en poco más de una hora.

—¿Y qué te dijeron, una vez terminaste de hacer lo que te pidieron?

—Tomaron mis papeles y se quedaron unos diez minutos en completo silencio, repasándolos, supongo que comprobando los resultados. Luego sacaron otros papeles de su maletín. Parecía que estaban comprobando algún listado, al menos eso me pareció. Yo no entendía nada, pero me hacía gracia la situación. Llegó un momento en que ambos se giraron hacia mí.

—¿Y qué?

—Sus caras eran todo un poema, una mezcla de asombro e incluso diría que

miedo. Notaba que no les salían las palabras adecuadas para decirme, porque me miraban, pero en completo silencio. Parecía que no sabían qué hacer. Al final, el hombre se decidió a hablar.

—¿Y qué te dijo?

Carlota se lo contó.

Tote se quedó asombrada, sin embargo, Rebeca parecía muy divertida.

## 2 DE FEBRERO DE 1525

—Toma, aquí tienes los tres libros de fray Bautista Tarrén, es decir, de tu padre don Alonso Manrique —dijo Batiste.

—Muchas gracias. La verdad es que no me explicó el motivo de que mantengas tú la talla de madera de esa santa extranjera y me quede yo con los tres libros de las tres religiones. Me extrañó mucho cuando mi padre lo dijo ayer —dijo Jero—. No sé para qué decidió una cosa tan fuera de lo común.

—Tu padre es una persona muy sabia y poderosa, seguro que tendrá sus motivos.

—Ya lo supongo, aunque se escapan a mi entendimiento.

—¿De qué estáis cuchicheando, si se puede saber? —dijo Amador, que acababa de llegar al encuentro de sus dos amigos, en la misma entrada de la escuela.

—De tonterías, para variar —salió del paso Batiste.

Jero aprovechó para lanzar una pregunta, aparentemente inocente.

—¿Tu padre ya está más tranquilo con el tema de Beatriz y Leonor, las hijas de Luis Vives Valeriola y hermanas del humanista? —preguntó.

Amador se sorprendió

—¿Cómo lo sabes?

—Después de verlo hace poco más de una semana atreviéndose a soltarles un buen sermón a los señores inquisidores, la situación tan solo podía haber mejorado —dijo Jero—. Si hubiera ido a peor, no me imagino qué hubiera podido pasar entre ellos.

—Pues lleva unos días de un magnífico humor —confirmó Amador—. La verdad es que parece haberse olvidado de ese asunto. Tanto interés que parecía que tenía, y ahora ni lo nombra. De hecho, ha apartado los expedientes de Blanquina March de encima de su mesa y los ha subido a una estantería, en todo lo alto de su despacho. Eso solo puede significar que ya no son importantes o

prioritarios para él.

Batiste y Jero se quedaron mirando. Amador se despistó hablando con otro amigo de la escuela.

—¿Se te ha ocurrido lo mismo que a mí? —preguntó Jero, con una cara de pillo propia de un niño de ocho años.

—No te sigo, ¿qué quieres decir? —pregunto Batiste, mirando a su amigo.

—Podríamos intentar entrar en la casa del padre de Amador y hacernos con esos expedientes. Se acabarían para siempre nuestras preocupaciones acerca de que pudiera averiguar algo, si en algún momento recuperara el interés por el asunto de Blanquina March.

—¿Tú sabes lo que estás proponiendo? ¿Y si nos descubren? Entonces quizá consiguiéramos el efecto contrario. Piénsalo, si nos pillan intentando robarlos, el padre de Amador, don Cristóbal de Medina, podría suponer que tienen más importancia de la que ahora mismo les está dando, que te recuerdo que es ninguna. Ya has oído a Amador, están en lo alto de las estanterías de su despacho, eso quiere decir que no tiene ninguna intención de consultarlos en breve, o quizá jamás.

—Bueno, era una simple reflexión. Tampoco hace falta que lo hagamos mañana, no es urgente, pero si surge la ocasión, es algo que nos deberíamos plantear.

—¿Si surge la ocasión? ¿Y cómo esperas que eso ocurra?

—No sé, por ejemplo, algún día podríamos proponer que Amador nos invite a jugar a su casa, además hacerlo en un momento que sepamos que su padre no se encuentre en la ciudad. Como receptor viaja bastante por todo el reino. No me resultará difícil conocer qué días no va a estar, ya sabes, suelo escuchar por la rejilla de calefacción de mi habitación —recordó Jero.

—¡Estás loco!

—Quizá lo esté, o quizá no, pero tengo la sensación de que esos expedientes son importantes.

—Es posible que sea así. A mí también me preocupa no saber qué contienen esos documentos, pero entrar en casa del receptor y robar los expedientes de Blanquina es muy difícil. Aunque no nos descubrieran en plena acción, si don Cristóbal los buscara posteriormente y no los encontrara, ¿qué pensaría?

—Su hijo nos describió su despacho, ¿te acuerdas? Dijo que estaba hasta arriba de expedientes y documentos que le cubrían incluso su mesa. Quizá piense que los ha traspapelado,

—O también podría pensar que alguien se los ha llevado. ¿Y quiénes seríamos los principales sospechosos si hace poco hubiéramos estado en su casa? Te recuerdo que Amador no invita a nadie.

—Ya sé que es algo arriesgado, pero no sé por qué me da la impresión que este asunto no ha acabado todavía —dijo Jero—. Huelo el peligro y mi intuición no se suele equivocar.

Aunque solo eran suposiciones, no le faltaba la razón.

## EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 29 DE SEPTIEMBRE

—¿En serio? —preguntó Tote, asombrada.

—Completamente. Yo no le di ninguna importancia. Tenía ocho años, mis preocupaciones eran otras. La verdad es que me importaba un pimiento aquello que me estaban contando.

Tote seguía impresionada.

—O sea, para que lo entienda, te dicen que eres la segunda mujer más inteligente de toda España y entre las veinte de toda Europa, con tan solo ocho años, que tienes un cociente intelectual que casi se sale de las tablas, ¿y te quedas tan tranquila?

—Pues sí, ¿de qué me servía con mis amigas? Si lo contaba, seguro que sería para peor, me llamarían la *empollona*, la *cerebrina* o algo peor. No dije nada a nadie, y les pedí a aquellos señores que tampoco lo hicieran. Me contaron que tenían la obligación de inscribirme en no sé qué base de datos del gobierno, que tenían que informar a la directora del colegio y mantener una pequeña conversación con mi madre, pero que mis compañeros no se tenían por qué enterar.

—Te quedarías tranquila —dijo Tote.

—Mucho, porque eso era lo que me importaba de verdad. No me quería convertir en una atracción de feria. Vivía muy feliz y ya sabéis que los niños con esas edades pueden ser muy crueles sin pretenderlo. Seguro que si se hubieran enterado, la cosa habría ido a peor —explicó Carlota.

Rebeca tenía una expresión muy divertida en su rostro. No paraba de sonreír.

—¿Y a ti qué es lo que te hace tanta gracia? —le espetó Carlota, que no comprendía de que se reía Rebeca.

—Acabas de decir que eras la segunda mujer más lista de España, ¿sabes quién era la primera? —le preguntó Rebeca, con mucha guasa.

Carlota se la quedó mirando.

—¡Y una mierda! No me lo creo —contestó.

Intervino Tote.

—Es verdad —dijo—. Me enteré a posterioridad, pero vuestros cocientes intelectuales eran casi idénticos, algo fuera de lo normal y muy extraño. Es cierto que el de Rebeca era ligeramente superior al tuyo, pero también creo que, si os hicieran otra prueba ahora, ganaría Carlota. Me da la impresión que su mente ha evolucionado más que la tuya, Rebeca. Lo siento, pero parece evidente.

—¡Eso! ¡Ahora ponte de su parte! El hecho objetivo es que tengo tres puntos más que ella —contestó Rebeca, haciéndose la ofendida.

—Bueno, no empecemos a discutir, punto arriba punto abajo, que nos desviamos del tema —puso orden Tote—. ¿Qué ocurrió a continuación? —preguntó, dirigiéndose a Carlota.

—A los dos días escasos esos mismos señores se presentaron en mi casa. Ya sabéis que apenas conocí a mi padre adoptivo, murió cuando yo era un bebé, así que hablaron con mi madre. Le explicaron mi situación y le recomendaron que me llevara a algún colegio especial, para una educación más adecuada a mis facultades.

—¿Y qué le contestó tu madre?

—Que no se lo podía permitir. Estaba sacando adelante la familia ella sola y éramos tres hermanos. La señora le informó a mi madre que existían ciertas becas para gente como yo, y que, si prestaba su consentimiento, las podían tramitar. Mi madre dijo que se lo tenía que pensar. Cuando se fueron, recuerdo que lo comenté conmigo. Yo estaba muy a gusto en el colegio, así que, de momento, le pedí también tiempo para pensarlo.

—¿Y cómo llegó la resolución del cambio? —preguntó Rebeca, que tenía cierta curiosidad.

—Lo cierto es que aparqué la decisión por un tiempo, no quería abordarla. No me apetecía cambiar de entorno ni de amigas, pero a las pocas semanas de todo aquello sufrí el accidente de tráfico con mis supuestos tíos. Como ya sabéis, estuve un día hospitalizada y tuve tiempo de pensar. A pesar de tener ocho años, mi mente iba mucho más allá. Me imaginé que podría haber muerto en aquel percance. En ese preciso momento decidí cambiar de aires, ¿por qué no? Así que cuando salí del hospital le dije a mi madre que aceptara la tramitación de la beca que le habían ofrecido.

—¿Y lo hizo? —preguntó algo extrañada Rebeca.

—Sí, eso me dijo, además todo fue sorprendentemente rápido. En apenas dos días cambié de colegio y aterricé en aquel nido de pijos, también llamado Albert Tatay.

—¡Oye! Aunque fuera el mejor colegio privado de la ciudad, no éramos pijos, la mayoría somos gente completamente normal, cuyos padres hacían un esfuerzo en nuestra educación —protestó Rebeca—. Por ejemplo, ¿tú me ves a mí pija?

—¿De verdad quieres que te conteste, Taylor Swift, monísima de la muerte? —respondió burlona Carlota.

—¡Pues te recuerdo que eres mi hermana! —le espetó Rebeca.

—Anda, no os alteréis. Lleváis diez minutos de hermanas y ya no paráis de discutir —dijo Tote, intentando poner la nota graciosa para que aquello no fuera a más.

Carlota continuó hablando.

—Eso es lo que me pareció al principio Albert Tatay, un nido de pijos, al menos comparado con mi anterior colegio. Después ya os fui conociendo y creo que fue la mejor decisión que tomé en mi vida. Éramos y somos un grupo fantástico. Me integré con mucha facilidad e hice grandes amigas y amigos, hasta el día de hoy, y sin olvidarme del *Speaker's Club*. Es la mejor prueba de que la amistad ha perdurado durante años, incluso al abandonar el colegio.

—No lo intentes arreglar. Eso de nido de pijos me ha llegado al alma —dijo Rebeca, haciéndose la ofendida, aunque en tono de guasa.

—¿No me habías preguntado al principio por qué no me había extrañado la diferencia en la educación con mis dos hermanos? Pues ya conoces la respuesta, gracias a una beca, gracias al vil metal, como casi todo en esta vida —respondió Carlota.

Rebeca se quedó mirando a su tía, que le hizo el gesto del silencio con el dedo índice en la boca.

—Ahora lo entiendo —dijo Rebeca—. No comprendía que, con tu mente galáctica, no te dieras cuenta de que estabas recibiendo una educación muy diferente a tus dos hermanos. No me creía que lo vieras normal, y más con los limitados recursos de tu familia.

—Pues claro que no lo veía normal, pero ya tienes tu explicación. Sí que es cierto que, en aquel momento, me llamó la atención que yo tuviera semejante coeficiente intelectual y que mis dos hermanos, sin embargo, estuvieran por debajo de la media, pero el cerebro es todo un universo por descubrir. Aunque últimamente se están haciendo grandes e importantes avances, sin duda es el gran desconocido del cuerpo humano.

Tote decidió no informarle de que había sido ella la que había sufragado todos sus estudios, incluso los universitarios. La madre de Carlota jamás solicitó una beca, simplemente aceptó el dinero de Tote. Si Carlota pensaba que el dinero provenía de una beca, pues mejor, menos explicaciones que debía dar a todo el mundo.

Rebeca, como siempre que había alguna situación delicada, se quedaba observando a Carlota. Notó ese brillo en sus ojos característico de su mente a pleno rendimiento. Ya sabía lo que significaba aquello, aunque tampoco iba a decir nada en este momento.

Muchos *secretitos* entre ellas para ser hermanas. En algún momento tendrían que revelarse..

## 5 DE FEBRERO DE 1525

—Mañana es el día —dijo Jero.

—¿Qué día? —le preguntó Batiste.

—Don Cristóbal de Medina, el padre de Amador, va a estar dos días en Xàtiva, es decir, no va a estar en su casa de Valencia.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó Batiste, aunque ya conocía la respuesta.

—Ya lo sabes, hemos de hablar con Amador para que nos invite mañana a su casa para jugar a cualquier cosa. Su padre no estará y tendremos la ocasión de hacernos con los documentos de Blanquina.

—¿Aún sigues con esa alocada idea? ¡Si don Cristóbal ya se ha olvidado de ella! —protestó Batiste.

—No se me va de la cabeza.

—¿Eres consciente de los riesgos?

—Pues claro, pero también soy consciente de los riesgos de no hacer nada.

Batiste se quedó pensativo.

—Bueno, supongo que no perdemos nada haciendo un reconocimiento del despacho del receptor. No sé si podremos llevarnos nada, pero al menos echaremos un vistazo.

—Encárgate tú que nos invite a su casa —dijo Jero.

—¿Qué? O sea, ¿se te ocurre a ti la idea y tengo que ser yo el que la ejecute? ¡Qué listillo!

—No es por eso. Amador es de tu edad, tiene más sentido que le pidas ir a su casa tú que yo, que tengo nueve años cumplidos hace poco.

—Tenía razón tu padre.

—¿En qué? —preguntó extrañado Jero.

—En que eres muy inteligente. ¡Menuda excusa más estúpida! Eres tan amigo de Amador como yo, pero no te preocupes, se lo preguntaré yo.

Fueron andando hacia la entrada de la escuela. A esas horas estaba abarrotada de gente. Vieron a Amador acercándose por un lateral de la calle.

—Ahora es tu oportunidad, antes de que llegue al gentío —dijo Jero.

—Allá voy, a ver qué le parece. Igual le resulta un tanto extraño.

Batiste acudió al encuentro de Amador. No sabía cómo plantearle el tema, así que decidió improvisar y tratar de hacerlo lo más rápido posible, sin rodeos.

—Buenos días.

—Hola, Batiste, buenos días.

—Antes de entrar en la escuela, Jero y yo hemos estado pensando quedar mañana para jugar. En casa de Jero, en el Palacio Real, no se puede. Mi padre estará en casa toda la tarde trabajando, y no podremos hacer ruido porque le molestaremos. Si tu padre no estuviera en tu casa, ¿podríamos jugar allí?

Amador se quedó mirando a su amigo, con cara de sorpresa.

—Curiosamente mi padre se marcha mañana dos días a Xàtiva. Tan solo estará mi madre y la sirvienta.

—Entonces, ¿podríamos quedar para jugar en tu casa?

—Supongo que sí, no molestaremos a nadie, pero lo tengo que consultar con mi madre.

—Estupendo —contestó Batiste—. Mañana nos dices algo, sería la tarde ideal si tu padre está fuera, así no lo molestaríamos en su trabajo.

—Sí, porque cuando se encierra en su despacho no nos deja que hagamos ningún ruido, la casa debe estar en completo silencio.

—Por eso, mañana quizá sea la tarde ideal.

—Lo que diga mi madre —concluyó la conversación Amador.

## EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 30 DE SEPTIEMBRE

—Tengo que reconocer que me has sorprendido —dijo Rebeca.

—¿Por qué? —le contestó Carlota, mientras salía de su casa con las mallas deportivas puestas.

—Que me llames un domingo por la mañana para salir a correr es algo que nunca me hubiera imaginado. No sé, a tomar una cerveza a la playa en algún chiringuito aún, pero a hacer deporte jamás —dijo Rebeca, con una sonrisa guasona.

—Desde que sé que somos hermanas, igual me ha imbuido el espíritu *rebequiano* y se ha apoderado de mi voluntad, en contra de mis principios vitales más básicos. Temo que me haya convertido en un mutante, mezcla de Penella y Mercader —dijo Carlota, simulando preocupación—. No sé, quizá a partir de ahora soy una *Percader* o una *Menella*, una especie de mestiza entre dos razas.

—Eso no te lo crees ni tú —le contestó Rebeca, riéndose.

—Anoche escuchaba una voz que me hablaba en sueños y me decía, «ya no eres una Penella, eres una Mercader, tienes que recuperar el tiempo perdido y ponerte a correr ya, ¿a qué esperas? Rebeca te lleva muchas vueltas de ventaja». Me desperté toda sudada, para mí que ya había dado alguna vuelta a la habitación corriendo, sin darme cuenta, supongo que sonámbula. Miré el reloj y eran las cuatro de la madrugada. No era cuestión de salir a la calle a correr con estas mallas tan ridículas. Por eso te he llamado a una hora más normal, para hacer caso a mi voz interior. Al final, no debemos desobedecer a nuestra conciencia, podría ser peligroso.

Rebeca no podía dejar de reírse.

—A todo caso tu voz interior te diría que eligieras un chiringuito para tomar unas cañas un domingo por la mañana, además tú no tienes conciencia. Mira si me fio poco de ti que no he traído ni las habituales bebidas isotónicas que siempre llevo cuando salgo a correr.

Carlota se hizo la ofendida.

—¡Mira que tienes poca confianza en tu hermana! ¡Estamos empezando muy mal!

—Venga, menos monsergas, ¿a qué terraza quieres que vayamos?

Ahora fue Carlota la que soltó la carcajada.

—No, si al final seremos hermanas de verdad. Tenemos cierto tipo de sincronía mental.

—¿Sincronía mental? ¡Déjate de leches! Te conozco catorce años ya y sé que tu relación con el deporte es, por decirlo suave, algo complicada. No era fácil deducir que el motivo de tu llamada era otro muy diferente al deporte, y aún menos correr.

—¡Oye! Que podemos hacer las dos cosas, no sé, alcanzar una especie de consenso. Nos ponemos a correr por el paseo marítimo hasta llegar al último chiringuito, serán lo menos tres kilómetros. Después de ese brutal desgaste, nos podemos sentar a reponer energías con unos calamares de playa y unas cañas bien fresquitas e isotónicas.

Rebeca miraba a su amiga y ahora también hermana, sin saber si le estaba hablando en serio o tomándole el pelo.

—¿Ese es tu concepto de hacer deporte? —preguntó al fin, sin saber bien qué decir.

—Te aseguro que es mucho más de lo que he habré hecho en mis casi veintidós años. Puede ser una buena costumbre dominical para conservar la silueta y la forma física.

—¿Pero de verdad te lo crees? —contestó Rebeca—. Tengo que hacer de ti una auténtica deportista como yo, y venirte a hacer el circuito *running*.

—Casi prefiero hacer de ti una auténtica experta en cañas, como yo, y hacernos el circuito de tapas.

Rebeca se volvió a reír.

—Anda, salgamos a correr de una vez, que se nos hará la hora de comer aquí plantadas sin hacer nada —dijo, mientras empezaba a trotar con suavidad, a un ritmo muy lento. A pesar de ser una distancia corta tampoco quería agotar a Carlota. Sabía que luego lo pasaba mal, entre las agujetas y el dolor en su muñeca izquierda, que fue la secuela que le quedó del accidente en que murieron sus padres.

—Llegaron con facilidad al último chiringuito del paseo de la playa de la Malvarrosa. Para sorpresa de Rebeca, Carlota no se detuvo y se animó a seguir corriendo. Pasaron a la playa de La Patacona, ya en Alboraya, y se sentaron en la terraza del bar *La más preciosa*, un local que hacía honor a su nombre, con unas vistas, junto a la playa, de auténtico escándalo. Rebeca siempre pensaba que era

el paraíso en la tierra.

—No tendrás ninguna queja de mí —dijo Carlota, entre resoplidos—. He echado el resto y me he dejado la piel.

Rebeca ni siquiera estaba sudada. Se mofó de su hermana.

—Sin duda ha sido un esfuerzo hercúleo. Anda, vamos a por esos calamares y esas cañas, que hay que reponer sales minerales con urgencia antes de que nos dé un bajón.

—Eso, eso —contestó Carlota, que parecía agotada de verdad.

Les sirvieron la cerveza y la ración que habían pedido y se quedaron un momento mirando el paisaje. Rebeca se quedaba atontada observando la luz y los colores del mar Mediterráneo. Carlota la vio venir.

—No empieces con Joaquín Sorolla otra vez. Ya sé que se inspiró en estas playas y en la luz del mar Mediterráneo para pintar algunas de sus obras más memorables, que están en museos por todo el mundo.

—De acuerdo, yo no hablo de Sorolla, pero tú me empiezas a contar qué hacemos un domingo aquí sentadas, aparte de disfrutar del entorno verdaderamente espectacular.

Carlota se quedó un momento en silencio, como eligiendo las palabras que se disponía a decir.

—Hay algunas cuestiones que te quería comentar sin la presencia de tu tía delante, ahora también la mía.

—Eso ya lo suponía, no soy idiota, la cuestión es qué cosas son esas —preguntó Rebeca, con cierta curiosidad.

—Lo he estado pensando. Le he dado muchas vueltas a mi cabeza, casi tantas como la niña del exorcista. Al final, he decidido que voy a seguir con mi vida normal actual, es decir, voy a seguir siendo una Penella, no una Mercader. Es más, de momento no quiero que nadie más sepa que somos hermanas. Con Tote, tú y yo ya somos suficientes.

—«Houston, tenemos un problema» —dijo Rebeca, rememorando la cita de los astronautas Jack Swigert y James Lovell, del Apolo XIII, en su accidentado viaje a la Luna, incluso imitando la voz entrecortada de una transmisión de radio.

—¡Ah! ¿sí? ¿Y cuál es ese problema? ¿También hemos tenido una bajada de tensión en el «Bus principal B» como ocurrió en la realidad del Apolo XIII? —respondió Carlota, siguiendo la broma histórica.

—Aún peor. Me temo que, en el control central de la NASA, alguien sabe que somos hermanas.

Ahora Carlota se sorprendió de forma visible.

—¿No me digas? ¿Te refieres al *Speaker's Club*? —preguntó asombrada por la analogía.

—Y también me temo que lo sabe desde hace mucho tiempo.  
—¿Y no nos ha contado nada? —preguntó asombrada Carlota.  
—Supongo que también tendrá sus motivos.  
Y tanto que los tenía.

## 5 DE FEBRERO DE 1525

—¡Ha rechazado nuestra solicitud!

Leonor, la hija menor de Blanquina March y la hermana menor de Beatriz y Luis Vives, estaba completamente indignada, con la cara roja de la ira que la invadía.

—¿Qué dices? ¡Si nos prometió que la iba a considerar! —dijo Beatriz

—Pues ya lo has visto, la ha considerado y la ha rechazado al mismo tiempo —respondió airada Leonor.

—¿Cómo lo sabes?

—Acabo de recibir esta misiva del tribunal local del Santo Oficio —dijo Leonor, mientras le extendía la carta a su hermana.

«A la una del día del Señor este inquisidor se ve obligado a rechazar su petición de la devolución de la dote aportada al matrimonio por su madre, Blanquina March, en el proceso seguido contra su padre Luis Vives Valeriola, declarado hereje y relajado, por defecto de forma. Firmado: don Andrés Palacios, inquisidor del tribunal del Santo Oficio de Valencia».

—¿Rechazada por motivos formales? ¿Cómo motivos formales? ¡Si hemos demostrado hasta el último sueldo que reclamamos! El propio inquisidor les dio el visto bueno a nuestras cuentas de la dote y las censales —dijo Beatriz, con cara de no entender nada.

—Al final tenía razón. No nos podemos fiar de ningún miembro de la inquisición, ni siquiera de don Andrés Palacios, que daba la impresión de ser una persona honesta —dijo Leonor, que estaba indignada.

—Está claro que no somos nadie. Nuestro hermano es una celebridad y vive entre Oxford y Brujas a todo lujo, mientras nosotras no tenemos casi ni para comer —dijo Beatriz, que se estaba empezando a enfadar también—. A nadie parece interesarle nuestra existencia.

Leonor se quedó mirando la carta con más detenimiento, mientras su hermana

se cubría la cara con las manos. Para ellas era fundamental recuperar la dote de su madre, era una cuestión de simple subsistencia. Su situación económica no era nada buena.

—Escucha Beatriz, en esta carta hay algo que no tiene demasiado sentido. Más bien no tiene ninguno.

Su hermana la volvió a leer.

—Pues yo la veo meridianamente clara. Rechaza nuestra petición por un supuesto defecto de forma. Supongo que el inquisidor habrá recibido presiones para mandarnos esta misiva.

—Mira el comienzo de la carta, dice «A la una del día del Señor este inquisidor se ve obligado a rechazar su petición...»

Beatriz no entendía a su hermana.

—¿Y qué tiene esta carta de extraña?

—Que la inicia con la hora que ha tomado la decisión.

Beatriz se quedó mirando a su hermana, sin comprenderla.

—Eso no es extraño y lo sabes. Siempre suelen indicar la fecha e incluso a veces la hora en las cartas de la inquisición. Desgraciadamente tenemos bastante experiencia. Hemos recibido multitud de ellas en el proceso contra nuestro padre, y siempre iban con la fecha e incluso la hora. Casi siempre empiezan de la misma forma.

—Lo extraño no es exactamente que ponga la hora, sino la hora en sí misma.

—¿Has perdido la razón? —preguntó Beatriz, que miraba a su hermana con cara de no comprender nada.

—Me voy a explicar mejor. Esta carta está recién escrita, puedes observar la tinta. Es de hoy mismo.

—¿Y qué? —preguntó Beatriz, que no sabía adónde quería llegar Leonor.

—Que son las once de la mañana.

Ahora Beatriz comprendió lo que le extrañaba a su hermana.

—Si la carta la ha escrito hoy y son las once, ¿cómo dice que ha tomado la decisión a la una? ¡Faltan dos horas!

Leonor estaba sonriendo.

—Muy bien, ya te vas acercando a la resolución del misterio.

—¡Ah! ¿sí? ¿Qué misterio?

—Si lo piensas, tan solo hay una respuesta lógica a esa pregunta.

—¿Y cuál es? —pregunto Beatriz, que ahora sí que parecía interesada por el asunto.

—Que no ha tomado la decisión a la una.

Beatriz se rio.

—¡Toma! ¡Menuda listilla! Eso ya lo sabíamos, no hace falta deducir nada ni

ser un genio. Si son las once y la carta la ha escrito hoy, está claro que no puede haber tomado la decisión a la una porque esa hora aún no ha llegado.

—¿No lo entiendes? —preguntó Leonor.

—Sí, claro que lo entiendo. Se ha confundido con la hora, está claro. Hasta un inquisidor, de vez en cuando, puede hacer un borrón.

—No, no lo ha hecho. Don Andrés Palacios es extremadamente puntilloso con toda su labor.

—¿Entonces qué quiere decir?

—Lo que te decía hace un momento, tan solo hay una posible explicación. Si la una no es la hora a la que ha tomado su decisión, debe ser la hora a la que nos cita, no le veo ninguna explicación más.

—¿Una cita?

—Supongo que querrá hablar con nosotras sin notificarnos de una manera formal. También supongo que habrá recibido presiones, y querrá ser discreto.

—Definitivamente, este tema te está trastornando —dijo Beatriz.

—Si me equivoco en mi deducción, ¿qué puede ocurrir? ¿Qué nos hayamos paseado hasta el Palacio Real en balde? Tampoco pasaría nada, así nos pega el aire.

—Supones cosas muy raras —insistió Beatriz.

No tan raras.

EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 30 DE  
SEPTIEMBRE

—¿Y en todo este tiempo, esta persona ha sabido que tú y yo éramos hermanas y no ha dicho nada? —contestó Carlota—. Es algo sorprendente.

—Ha sido muy discreta, en el fondo porque creo que supondría que nosotras, por nuestro comportamiento habitual, no conocíamos esa información —contestó Rebeca—, al menos eso quiero pensar. Además, sabiendo quién es esta persona, no me extraña esa actitud tan educada.

—Bueno, luego me cuentas quién es, ahora no me desvíes de lo que te quería contar, que ya sabes que me disperso en las conversaciones con demasiada facilidad, y lo que pretendo que sepas es importante de verdad para mí.

—Como tú quieras, adelante —respondió Rebeca, que veía muy seria a Carlota. No era nada habitual.

—No pretendo que te tomes a mal mi decisión de seguir viviendo como una Penella. Mi madre biológica, sin ningún motivo aparente, me alejó de su vida al día siguiente de parirme y mi madre adoptiva, en su lecho de muerte, me dijo que siguiera con mi vida normal, que no le contara nada a mis supuestos hermanos. Bueno, pues mi intención es muy simple, cumplir la voluntad de ambas madres.

—Carlota, es tu decisión y la respeto. Entiendo que quieras seguir viviendo en la casa, en la que te has criado durante toda tu vida, con los que has creído siempre que eran tus hermanos, no tienes por qué justificarte.

—Sí que tengo que hacerlo, pero me daba vergüenza mantener esta conversación delante de tu tía.

—Y la tuya.

—No me acostumbro, tranquila, en tres o cuatro años lo habré conseguido —dijo burlona Carlota.

—Con tu *supermente* deberás hacerlo en milisegundos.

—No me toques las palmas que me animo —contestó Carlota, indicando que Rebeca se metía en terreno peligroso. Era legendaria su pugna para ver quién era más inteligente.

—Lo que no entiendo es por qué no querías mantener esta conversación delante de mi tía. No me cabe ninguna duda que ella lo comprendería igual que yo lo estoy haciendo.

—Pues por simple vergüenza, te lo acabo de decir.

—¿Vergüenza? ¿Tú? Imposible, no conoces esa palabra —dijo Rebeca, sonriendo a su hermana.

—Venga, que ahora, por una vez, estoy hablando en serio.

—Perdona Carlota, es que no es habitual en ti tanta seriedad, disculpa de nuevo.

—¿Te crees que me tragué esa patraña de la beca de estudios concedida en apenas veinticuatro horas, que me contó mi madre como un gran logro? Eso no existe. Esa rapidez es imposible en la administración. Además, ahora que echo la vista atrás, recuerdo perfectamente como nuestro nivel de vida, aunque de forma modesta, se elevó a partir del accidente, sin ninguna razón aparente. Ahora ya sé la causa.

Rebeca intentó echar balones fuera.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—Pues está muy claro. Seguro que tu tía se enteró, a raíz del trágico accidente de tráfico donde murieron nuestros padres, que tú y yo éramos hermanas. Conociendo el gran corazón que tiene Tote, no me cabe ninguna duda que hablaría con mi madre proponiéndole algún tipo de acuerdo económico para pagarme mi educación y algo más.

Rebeca estaba asombrada. «Es Carlota y su mente, no me debería de sorprender», se dijo, «pero lo sigo haciendo». Su hermana continuó hablando.

—He comprendido que no fue ningún organismo del Estado quién pagó mis estudios, en realidad estoy convencida de que fue Tote. Siempre estuvo cuidando de mí y la cuestión es que yo me daba cuenta. Era especialmente cariñosa conmigo e incluso recordarás que, en la etapa del colegio, insistía en que fuera a merendar a tu casa casi a diario.

—Claro que lo recuerdo, aquellos años fueron muy felices.

—Pues precisamente por eso me da vergüenza. Mi gratitud hacia ella es oceánica, por eso me da cierto bochorno, después de todo lo que ha hecho por mí y lo que me ha cuidado a lo largo de tantos años, además de forma anónima, comunicarle que mi decisión es seguir viviendo como una Penella, en mi casa de toda la vida, y no mover ningún trámite judicial para convertirme en una Mercader.

—Ella lo comprenderá perfectamente.

—Con su inmenso corazón no me cabe ninguna duda de que lo hará, pero entiendo mi vergüenza. Primero quería que lo supieras tú. Por supuesto luego se lo contaré a ella de forma personal.

—No esperes ningún reproche por parte de Tote.

—Y si me lo hace, lo tendré bien merecido —dijo Carlota, que ya había cambiado su actitud seria por su tono habitual jocosos—. Ahora, que he soltado lo que quería decir en tono respetuoso y formal, volvamos al calamar de playa y a las cañas, que noto que me faltan sales minerales después de la tremenda paliza que nos hemos pegado corriendo.

—¿Tremenda paliza? Todos los sábados te espero en el cauce del río. En seis meses no te vas a conocer —contestó Rebeca, riéndose.

—Hablando de conocer, decías que había una persona en el *Speaker's Club* que sabía que éramos hermanas. Anda, ahora es el momento de que me lo expliques.

Pide otra ronda de cañas, que vamos para rato.

Carlota se levantó en dirección al interior del local y volvió con dos jarras de medio litro.

—¿Eso son cañas?

—Es que me lo has puesto muy interesante y no me quiero levantar de la silla hasta que termines de hablar, ni siquiera para pedir más cerveza.

Rebeca se rio de nuevo. Con Carlota era difícil no hacerlo con cierta frecuencia.

—La historia es un tanto larga y empieza en Francia.

—¿En Francia? —preguntó muy extrañada Carlota.

—Sí, voy a tratar de ser lo más breve posible. Coincidí en mi último viaje a Madrid con nuestra amiga del *cole* Carol Antón. Ella iba a ver a su padre a la embajada francesa, ya sabes que es el agregado cultural. Yo iba a conocer a mis compañeros de la radio del programa *Buenos días*, en sus estudios centrales. Tenía la noche libre, así que quedamos.

—¿Salisteis de fiesta solas por Madrid y no habíais contado nada? ¿Carol y tú? ¡Dos pedazos de *pibones*! ¡Quemaríaís la ciudad! ¿Dejasteis el pabellón bien alto?

—No salimos de fiesta, al menos como tú crees. Carol iba a Madrid a un homenaje a un historiador francés amigo de la familia, que iba a tener lugar en la residencia del embajador. Algo muy formal.

—Menudo tostón.

—Eso pensé al principio yo también.

—¿No me digas que te invitó a semejante bodrio y aceptaste?

—Lo hice. Resulta que el homenajeado era amigo personal de mis padres, y de los tuyos también, que se me olvida decirlo. Yo lo conocía por su obra histórica, es un famoso hispanista y había leído alguno de sus libros en la Facultad, pero mi sorpresa fue que él sí que me conocía a mí personalmente.

—¿Y eso cómo puede ser?

—La cuestión es que me reconoció entre el público, según me dijo por el tremendo parecido que debo guardar con nuestra madre. Ellos se conocían. Tuve una corta pero intensa conversación privada con él y se le escapó, durante la charla, que, en el coche accidentado de nuestros padres, cuando fallecieron, iban tres personas en su interior. Siempre había creído y así me lo habían contado que viajaban ellos dos solos. Sin saberlo, el historiador Bartolomé Bennassar había abierto la caja de Pandora.

—Más bien la caja de Penella, pero continúa la historia, parece interesante.

—Cuando terminé la conversación privada con el historiador, no pude evitar preguntar a los padres de Carol por el tema que me preocupaba, ¿cuántas personas viajaban en el coche de nuestros padres cuando se accidentaron y murieron?

—¿Y qué te contestaron?

—Lo hizo Jacques. Dijo, con una extraña rotundidad completamente fuera de lugar, que tan solo viajaban mis padres, dos personas. Pero no es lo que me contestó lo que me puso en guardia, sino su reacción. Estábamos sentados en unos butacones enormes y casi consigue caerse mientras intentaba responderme. Por su boca salía la frase «dos personas», pero todo su lenguaje no verbal gritaba que Bennassar tenía razón, que viajaban tres personas en el coche.

—Muy interesante. A veces eres perspicaz y todo.

—¿Sabes que nuestros padres eran muy amigos de la familia de Carol Antón cuando vivían en Valencia? Solían quedar con frecuencia a numerosos actos sociales, incluso a cenar, muchos fines de semana.

—No tenía ni idea, aunque creo que la conclusión que sacas de todo ello es que Carol Antón debe saber que somos hermanas, por la relación que nuestras familias han tenido y por la reacción de su padre a tu pregunta.

—Te quiero enseñar una cosa, he traído una foto que tiene más de veinte años, supongo que te hará ilusión verla. Están nuestros padres, Catalina y Julián, junto con los padres de Carol, Jacques y Carmen. Mira quién está en un extremo de la foto, la propia Carol, y a su lado, yo misma. Creo que no tendríamos ni un año de edad, como mucho nueve o diez meses.

Rebeca extrajo de su mochila deportiva un sobre de plástico, y de él la fotografía. La dejó en la mesa.

Carlota se levantó de la silla, cómo si tuviera un muelle en el culo. Su cara se

trasmutó por completo. Parecía que se iba a poner a llorar.

—Sí que tenemos un problema, y más grave del que tú te crees —acertó a decir, con un hilo de voz.

## 5 DE FEBRERO DE 1525

—Son las once y cuarto. Hemos de prepararnos para nuestra cita con el señor inquisidor, que es a la una.

—Leonor, creo que vamos a hacer el ridículo. Ves cosas dónde no las hay.

—Si llegamos al Palacio Real y don Andrés Palacios no nos está esperando, tampoco habrá pasado nada. Nos volvemos a casa y ya está. Pero ¿y si realmente quiere contarnos algo de forma discreta, que puede ser importante, y no acudimos? Casi prefiero arriesgarme a hacer el ridículo.

—Pues prepárate para ello. Yo te acompaño, pero no pienso preguntar por el inquisidor. Lo haces tú, que eres la listilla de las dos —dijo Beatriz.

—No te preocupes que yo no tengo vergüenza.

—Eso ya lo sé, no hace falta que me lo recuerdes.

—¡Oye! Está bien que lo diga yo, pero no tú —dijo Leonor, riéndose.

Se adecentaron y anduvieron hasta el Palacio Real. Preguntaron al alguacil de la entrada por don Alonso Palacios, diciéndole que tenían una cita con él.

—Ahora es cuándo nos contesta que nos larguemos, que no ha quedado con nosotras —dijo Beatriz, que estaba claramente azorada.

—Tú espera y verás obrar la magia —le contestó Leonor, muy optimista.

No salía nadie.

—La magia del ridículo —insistió Beatriz.

—Incrédula.

—Insensata.

Mientras se estaban intercambiando palabras cariñosas, no se dieron cuenta de que el alguacil había salido del palacio y se dirigía hacia ellas.

—El señor inquisidor las recibirá ahora. Acompañenme, por favor —dijo con una voz muy grave.

Beatriz no pudo ocultar su sorpresa, parecía que su hermana Leonor tenía razón. Tampoco pudo evitar que cierto temor recorriera su cuerpo.

—Ahora no montes el numerito delante de don Andrés, no sea que no solo haya rechazado nuestra petición, sino que nos encause a nosotras por cualquier otro motivo, ya solo nos faltaría eso, somos de las pocas Vives-March vivas — advirtió Beatriz.

—No te preocupes por eso, no ocurrirá. Tengo la sensación que el señor inquisidor nos ha citado por otro motivo.

—¿Otro motivo? ¿Qué dices?

—Es muy sencillo. ¿Te parece lógico que todo un señor inquisidor del Santo Oficio se digne a recibir a las hijas de un sucio hereje relajado y quemado en la hoguera, para darles explicaciones? No resulta verosímil, eso no ocurre en la vida real.

—¡Pero si es lo que decías tú! —exclamó una desconcertada Beatriz.

—Yo lo único que dije es que don Andrés Palacios quería hablar con nosotros de una manera discreta. Nada más.

—No te entiendo. Si no es para darnos explicaciones del motivo del rechazo de nuestra petición, ¿para qué puede querer hablar con nosotras?

—Para algo más que eso.

—¿Algo más?

—Un inquisidor jamás se justifica. Hablan a través de sus edictos, de sus sentencias y de sus autos de fe. No dan explicaciones. Está claro que tiene alguna sorpresa para nosotras.

—¿Sorpresa? ¡Cada día estás peor!

El alguacil los llevó hasta delante mismo de la puerta del despacho de don Andrés Palacios. Llamó a la puerta. Escuchó una voz de su interior decir «adelante». Abrió la puerta y les franqueó el acceso.

—Señor inquisidor, la visita que estaba esperando —dijo el alguacil a modo de introducción.

Tenía un despacho imponente, a la altura del Palacio Real. Estaba lleno de expedientes, pero todo parecía en perfecto orden, aunque para las hermanas tenía un toque siniestro, conociendo dónde estaban.

—Pueden sentarse en las sillas —dijo don Andrés.

Así hicieron las dos hermanas. Estaban claramente cohibidas por aquel ambiente tan opresor.

—Ya veo que comprendieron mi mensaje. No quería citarlas por medios oficiales porque queda registro, y está reunión que vamos a mantener jamás ha tenido lugar. No figurará en ningún libro. Ustedes no han estado aquí hoy, ¿lo entienden?

—Perfectamente —contestó Leonor.

Beatriz, en cambio, no lo entendía, pero asintió con la cabeza.

—Supongo que se habrán enfadado por la respuesta a su petición de devolución de la dote que su madre Blanquina March aportó al matrimonio con su padre, hereje impenitente.

—Le voy a ser sincera, don Andrés, me ha sorprendido muchísimo su respuesta. De nuestra anterior reunión había deducido que nuestra petición estaba fundamentada en derecho, y que nos correspondía la devolución de la dote.

—Me ratifico en lo que les dije en la última reunión, palabra por palabra. Según las leyes y las normas del propio Santo Oficio, tienen derecho a la devolución que solicitan.

La cara de las dos hermanas era antológica. No comprendían nada. El señor inquisidor continuó la conversación.

—Les voy a dar una información que siempre negaré haberla pronunciado. Por eso esta reunión no figurará en ningún registro oficial del tribunal ni quedará constancia alguna. Ustedes no están aquí hoy y jamás han estado ¿Entendido?

—Entendido —dijo Leonor, que no podía evitar que su curiosidad se apoderara de ella.

—Pues prepárense a escuchar una pequeña sorpresa.

Don Andrés Palacios, inquisidor del tribunal de Valencia del Santo Oficio, empezó a darles una pequeña explicación. A medida que avanzaba la conversación, la cara de las hermanas Vives se trasmutaba.

Aquello sí que era una verdadera sorpresa, y de pequeña nada de nada. Se quedaron sin palabras.

Beatriz se quedó mirando a su hermana menor, Leonor. «¿Cómo podías saber lo de la sorpresa?», pensó espantada... «¿Acaso eres una bruja?».

## EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 30 DE SEPTIEMBRE

—Bienvenidos a todos y disculpad por citaros un domingo por la mañana. No es habitual, pero la situación así lo requiere —dijo el número siete.

—Veo que somos uno más, cuento siete personas. ¿Eso quiere decir que has invitado de nuevo al número once? No se debería hacer, no pertenece al Gran Consejo. Entiendo su convocatoria del miércoles pasado, por todos los acontecimientos que habían ocurrido en el pasado reciente, pero ya no debería volver más. Te recuerdo que era tan solo la segunda vez en la historia de nuestro grupo, desde finales del siglo XIV, que el número once asistía a un Gran Consejo, y la primera hemos de recordar que fue la iniciación de Samuel Perfet, nada más y nada menos —dijo el número diez.

—La séptima persona que está hoy con nosotros no es la undécima puerta —contestó el número siete.

Se produjo un pequeño alboroto en la sacristía de la Iglesia de San Nicolás. Hoy no podían utilizar el templo completo porque era día litúrgico y de visitas del público en general a la llamada «Capilla Sixtina Valenciana», así que se apretaban en la sacristía del aquel templo, formidable por sus espectaculares frescos.

—Entonces, ¿quién es? Ningún extraño al Gran Consejo puede asistir a nuestras reuniones —dijo el número seis, casi gritando.

—No es ningún extraño —dijo el número siete, muy calmado.

El llamado extraño se puso en pie.

—Soy el nuevo número uno, el *Keter*, la raíz del Gran Consejo.

Otra vez se volvió a producir un pequeño revuelo en el grupo.

—Aunque pensarais que mi madre, la condesa de Dalmau, no hacía ningún caso a los temas relacionados con el Gran Consejo, estabais equivocados. Unos meses antes de su desgraciada muerte, me inició en todos sus secretos. Yo soy su

hijo primogénito.

Se hizo el silencio en la sacristía. Desconocían que la condesa hubiera designado sucesor. Jamás se había interesado por el Gran Consejo, según todas las apariencias.

—Sabéis que el número dos, el profesor Lunel, vive actualmente en Chile, y piensa que ni el árbol ni el Gran Consejo existen. Se tragó el teatro que organizó la undécima puerta en la Lonja. En cuanto al número tres, piensa lo mismo, con el agravante que nadie conoce su lugar de residencia actual, la señora Rives se encuentra desaparecida. En consecuencia, nosotros siete formamos y formaremos el Gran Consejo a partir de ahora —dijo con voz muy firme el número uno—. Somos los que somos, mientras no logremos localizar a más miembros.

—Conocemos al número once. ¿Por qué entre tú y ella no reconstruís el Gran Consejo y el gran mensaje? —preguntó el número seis. —¿No es vuestra obligación histórica desde el siglo XIV?

—No, no lo es desde el año 1500. Blanquina March, la madre del humanista Luis Vives, que en aquel momento era el número uno, ordenó la disolución del Gran Consejo —contestó el número uno.

—Pero aquello fue debido a que el Santo Oficio los sorprendió en plena reunión.

—No, la irrupción de la inquisición fue un incidente imprevisto. Blanquina ya había tomado su decisión con anterioridad. Disolvió el Gran Consejo para siempre. Nosotros somos una reliquia histórica que nos hemos negado a desaparecer, pero que no deberíamos ni existir.

—¿Entonces quién cuidaría del árbol?

—¿Pero acaso sabéis dónde está o si existe en la actualidad? —preguntó el número uno—. Ninguno de nosotros, ni siquiera yo mismo, tengo ninguna parte del mensaje que conduciría a nuestro tesoro milenario. Seamos realistas, somos una especie de confraternidad nacida el siglo XIV, que actualmente no tiene ninguna función específica. No somos los cuidadores del árbol. Es verdad que intervinisteis muy acertadamente con el tema de la gargantilla de mi padre, que jamás existió, para desviar la atención del molesto grupo de Rebeca Mercader, por simple precaución, pero la otra parte del mensaje, la del número once, me temo que también era falsa.

Se hizo el silencio.

—¿Entonces quién sabe dónde se encuentra el árbol, si es que existe, y quién lo cuida en la actualidad? Se supone que ese era nuestro trabajo —dijo el número ocho.

—Esa es una buena pregunta que quizá debamos esforzarnos en averiguar —

concluyó el número uno.

## 6 DE FEBRERO DE 1525

—No os quedéis ahí parados, podéis entrar —dijo Amador, que parecía contento.

Amador recibía a sus amigos Batiste y Jero para jugar, por primera vez en su casa. Al principio le había extrañado la petición, pero justo coincidía con un día que su padre estaba de viaje, así que era una magnífica coincidencia. Con él en casa no se podía hacer ningún ruido porque le molestaba para trabajar y se quejaba enseguida.

Entraron los dos y se dirigieron a un gran salón. La verdad es que la casa era imponente. Se notaba que su padre ganaba un buen dinero y estaba en una notable posición social.

Amador les presentó a su madre, que se llamaba Isabel.

—Es un honor conoceros por fin. No sabéis lo que Amador habla de vosotros —dijo su madre.

—Es muy amable. La verdad es que somos muy amigos y nos lo pasamos muy bien juntos —contestó con cortesía Batiste.

—Voy a sacaros unas pastas que acabo de cocinar y así aprovecháis y merendáis. Acompañeme y ayúdame, hijo —dijo Isabel, dirigiéndose a Amador.

Batiste y Jero se quedaron un momento solos en el salón.

—¿Y cómo lo piensas hacer? —preguntó Jero.

—Pensamos, habla en plural —le contestó Batiste.

—Pues ya me contarás cómo nos arreglamos para desembarazarnos de la madre y del hijo, y sin que se den cuenta, accedamos al despacho de su padre.

—Para nuestra desgracia, aún es más difícil. Piensa que no sabemos qué aspecto tienen esos documentos, ni siquiera dónde están.

—Amador dijo que su padre las había situado en lo alto de las estanterías de su despacho —recordó Jero.

—Tú mira esta casa. Es de auténtico lujo. Imagínate el despacho del padre. Si

está acorde con el resto de la vivienda debe ser muy grande. Va a ser difícil localizar los expedientes —reflexionó Batiste—. Piensa, ¿en lo alto de dónde? ¿En qué sitio exacto?

—Ya veo los ánimos que das... —dijo Jero.

—Hay que buscar la ocasión. Tú sígueme la corriente, aunque no lo parezca, tengo un plan.

Aparecieron Amador y su madre en el salón, portando dos bandejas, una con unas pastas y la otra con vasos con agua.

—Antes de que os pongáis a jugar, todos a merendar —dijo Isabel.

Los cuatro se sentaron en los sillones.

—Las galletas están estupendas —dijo Jero—. De estas cosas no suelo comer en mi casa.

—¿A tu madre no le gusta cocinar pastas? —preguntó Isabel.

Inmediatamente Jero se arrepintió de haber nombrado la palabra «casa». No quería decir dónde vivía ni quién era su familia, ahora que la conocía.

—No, a mi madre no le gusta demasiado la cocina en general, digamos que no se le da demasiado bien —contestó de un modo genérico, para tratar de no despertar sospechas.

—Pues cómete todas las que quieras, que tengo más. Antes de irte te prepararé un pequeño cesto —dijo Isabel, pensando con buena voluntad, qué quizá Jero perteneciera a una familia humilde.

Terminaron de merendar lo más rápido que pudieron. Lo que les apetecía a los tres era ponerse a jugar. Batiste había ideado un plan para tratar de poder acceder al despacho del padre de Amador a solas, aunque fuera tan solo por unos minutos.

—Tienes una casa enorme, se nota que eres de buena familia —dijo Batiste, comenzando su estrategia.

—Sí, la verdad es que la estirpe Medina y Aliaga siempre ha gozado de muy buena posición social en la ciudad —contestó Amador—. Siempre hemos trabajado para el rey, en diferentes cargos administrativos. Ahora ya sabéis que mi padre es el receptor del Santo Oficio.

—Si, claro que lo sabemos. Supongo que tendrá un despacho imponente.

—Así es, ¿queréis verlo antes de ponernos a jugar? La verdad es que impresiona por la cantidad de libros y documentos que posee.

Intervino Jero.

—A mí sí que me gustaría.

—Pues vayamos.

Caminaron por un pasillo enorme y llegaron hasta una puerta también de grandes dimensiones.

—Mi padre siempre cierra con llave su despacho, no le gusta que el servicio doméstico fisgue su trabajo.

Batiste y Jero intercambiaron miradas de preocupación.

Amador levantó la mano hasta una pequeña cornisa lateral. Sus amigos no sabían qué estaba haciendo, hasta que extrajo una llave.

—Mi padre la guarda siempre aquí. Se supone que nadie de la casa, incluidos mi madre y yo lo deberíamos saber, pero lo he visto haciéndolo varias veces, así que conozco su pequeño secreto.

Tomó la llave y abrió la puerta.

Se quedaron boquiabiertos. La estancia era muy grande y las cuatro paredes estaban cubiertas de estanterías de madera, en su mayor parte de cristal y llenas a rebosar de libros. Podría haber más de dos mil ejemplares perfectamente. Aquello no parecía un despacho de trabajo, sino una pequeña biblioteca.

Cuando salieron de su asombro, tras un par de minutos de observar todo aquello, reaccionaron.

—Pero esto es espectacular —dijo Batiste—. Aquí hay volúmenes extraordinarios.

—Piensa que no es la biblioteca de mi padre, es la de toda mi familia, heredada desde varias generaciones. Hay ejemplares valiosísimos, que son los que están tras las vitrinas de cristal. Luego también hay muchos documentos de trabajo desde el siglo pasado.

Aprovechando las explicaciones de Amador, Batiste preguntó.

—Nos dijiste que tu padre tenía los expedientes de Blanquina March y que los había subido a lo alto. Aquí lo alto es muy alto, vista la altura de la estancia. ¿A qué te referías?

—Mi padre suele guardar los documentos que no piensa mirar de forma frecuente separados de los libros. Si os dais cuenta, la última fila antes del techo del despacho son todo carpetas llenas de documentos. Ahí guardó los de Blanquina.

—Y si luego necesita consultar cualquier dato, ¿cómo lo hace? El techo tendrá por menos seis metros de altura, y tu padre no es un gigante —dijo Jero.

—No claro. Para eso usa esa escalera de allí —dijo Amador, señalándola—. Está sujeta a un carril que da la vuelta a todo el despacho. Empujándola, puedes acceder a cualquier lugar situado en la parte alta.

—¿Y tu padre se aclara entre tanto papel? —preguntó asombrado Batiste.

—Aunque os parezca muy desordenado, mi padre lo encuentra todo enseguida. Al principio yo tampoco lo entendía, hasta que me di cuenta de que clasifica los expedientes por orden alfabético, empezando por la A, desde encima de su mesa, hacia la derecha. Así, más o menos, si quiere buscar algo

sabe dónde dirigirse con la escalera.

Batiste y Jero se quedaron mirando, probablemente pensando lo mismo.

«¿Y cómo pensamos entrar aquí y en unos minutos encontrar lo que buscamos? Es casi una misión imposible».

## EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 30 DE SEPTIEMBRE

—¿Qué quieres decir con qué tenemos un problema más grave que el que creemos? —preguntó Rebeca, viendo la cara completamente desenchajada de su hermana.

—Mira bien la fotografía —contestó Carlota—. Ya sé que no está en muy buen estado que digamos, pero tengo una vista fantástica, a diferencia de ti, que deberías usar gafas desde hace tiempo.

—¡Pero si veo de maravilla! —la espetó Rebeca, toda digna—. No las necesito y no me hacen falta.

—¡Y tanto que te hacen falta! Pero claro, entonces ya no serías la Taylor Swift monísima de la muerte. ¿No sabes que ella también las usa y le quedan de auténtica fábula?

—¡Idiota! —protestó Rebeca, riéndose.

—Anda, ve a una óptica. Eres una de esas chicas que, te pongas lo que te pongas, te sienta de maravilla. Estoy seguro de que con gafas estarías, incluso, más guapa, que ya es difícil. Creo que hasta un burka árabe te haría tipazo.

Rebeca se reía mucho con Carlota, no lo podía evitar, pero también se impacientaba porque era especialista en dispersarse de los temas principales con pasmosa facilidad, y acababan perdiendo el tiempo con cuestiones intrascendentes.

—Bueno, dejemos de hablar de mi vista, que nos alejamos del asunto principal. A ver, ¿dónde está el problema en esta foto familiar? Yo no veo nada fuera de lo corriente.

Carlota, por primera vez desde que había visto la foto, se permitió una pequeña sonrisa.

—¿Nada fuera de lo corriente? ¿En serio?

Rebeca volvió a mirar la vieja y desgastada fotografía.

—Lo siento, me parece una foto familiar de lo más normal. Cuatro padres con sus dos hijas.

—¡Por favor, Rebeca! Mira, en realidad, las personas que aparecen en la foto. Nuestros padres, eso está claro, al igual que los padres de Carol Antón. También apareces tú en una esquina, y en la otra... ¡sorpresa! ¡Estoy yo!

Rebeca casi se cae de la silla.

—Pero ¿qué dices? —apenas acertó a preguntar.

—Digo que esa niñita tan mona de unos diez meses soy yo, no es Carol Antón, como tú creías de forma equivocada.

—¿Cómo lo puedes saber? —preguntó Rebeca, que tenía el rostro desencajado, como hacía un momento lo había tenido Carlota.

—En primer lugar, porque me reconozco, a pesar del estado de conservación de la fotografía... En segundo lugar, porque si te fijas bien, justo detrás de nuestros padres, hay otra niña, Apenas se la ve, parece que esté jugando con un rompecabezas. Esa es Carol. Y, en tercer lugar, bueno, eso me lo guardo para otra ocasión, que es muy largo de explicar.

Rebeca se había quedado atónita. No podía apartar los ojos de la foto, parecía como hipnotizada.

—No puede ser.

—Y tanto que puede ser. Lo verdaderamente peligroso es lo que demuestra esta foto. Puede haber más personas que conozcan que somos hermanas. Por eso te decía que tenemos un problema más grave del que creíamos.

—Desde luego —acertó a decir Rebeca, aun con sus ojos fijos en la fotografía. Ahora que la miraba a fondo y con más detalle, Carlota tenía razón, había una tercera niña medio difuminada al fondo de la habitación.

—Me parece que lo de ocultar que somos hermanas se ha complicado bastante.

—Es una manera de decirlo —comentó Rebeca—. Más bien se ha vuelto una misión casi imposible.

—Quizá debiéramos darle otro enfoque a todo este asunto —dijo Carlota, de forma sorprendente.

Ahora Rebeca levantó la vista de la foto y se quedó mirando a Carlota. Se sobresaltó internamente. Tenía esos ojos brillantes que tanto miedo le daban.

—¿Qué estás maquinando? Conozco de sobra esa mirada y me asusta. Me temo que te dispones a decir alguna tontería extraña de las tuyas.

Carlota se rio. Estaba claro que Rebeca la conocía muy bien.

—Lo de tontería quizá sea verdad, pero más que extraño, en realidad, me parece divertido.

—Anda, suéltalo. Me espero cualquier barbaridad marca Penella.

—Es muy simple. Si parece que no podemos ocultar que somos hermanas, porque por lo visto, lo saben más personas de las que nos imaginábamos, hagamos exactamente lo contrario —dijo Carlota, que seguía sonriendo con ese punto enigmático que tanto le gustaba e irritaba a Rebeca.

—No te entiendo, ¿Qué quieres decir?

—Dentro de diez días justos será nuestro cumpleaños. Desde la época del colegio siempre hemos creído que era una coincidencia que hubiéramos nacido el mismo día, y ahora nos enteramos que, de coincidencia, nada de nada. Es lo que suele ocurrir con las hermanas gemelas, que tienen la costumbre de nacer el mismo día.

—¡No te vuelvas a dispersar! Anda, dime, ¿qué pretendes hacer? —preguntó Rebeca con verdadera curiosidad.

—En realidad, algo muy sencillo. Si no podemos ocultar que somos hermanas gemelas, como te decía antes, hagamos precisamente lo contrario. Organicemos una gran fiesta conjunta de cumpleaños por todo lo alto. Invitemos a todos nuestros amigos y, en medio del sarao, cogemos en micrófono y anunciamos a todos los presentes que somos hermanas gemelas. ¡A lo grande! ¡*In style!* Además, anunciaré una sorpresa en mi cuenta de *Instagram* para ese día, que sabes que tengo *tropecientos mil* seguidores. Incluso me marcaré un directo del anuncio. ¡Va a ser la bomba!

Ahora fue Rebeca la que no pudo evitar reírse.

—¡De verdad que estás chiflada! Pasas del negro al blanco en un segundo. No hay quién te entienda.

Carlota parecía emocionada pensando en la juerga que iban a montar.

—Las hermanas Mercader-Penella van a organizar un fiestón de los que serán recordados en la ciudad durante mucho tiempo, algo legendario —dijo Carlota, que se había venido completamente arriba—. Vamos a descubrir nuestro lado salvaje y oculto.

No se podían imaginar lo oculto que iban a descubrir, ni las sorpresas que les esperaban. Aquello iba a marcar el principio de un nuevo camino, pero ¿hacia dónde?

## 6 DE FEBRERO DE 1525

—Bueno, ahora que ya habéis visto el despacho de mi padre, ¿a qué jugamos?

De momento, el plan de Batiste había funcionado. Amador les había enseñado el despacho y les había explicado cómo ordenaba su padre los expedientes. Ahora faltaba ponerle la guinda al pastel.

—Con una casa tan grande y con tantos recovecos, ¿por qué no jugamos al escondite? En este espacio tan grande debe ser divertido —propuso Batiste.

Jero comprendió el plan de su amigo y le echó una mano.

—¡Muy buena idea! Lo vamos a pasar muy bien.

Amador no parecía demasiado convencido.

—No sé qué pensará mi madre, igual la molestamos.

—Pues dejamos sin efecto la cocina y el salón. No vale esconderse allí, con el resto de la casa será suficiente. Es enorme —dijo Batiste, intentando salvar las reticencias de su amigo.

—Bueno, por probar supongo que no pasará nada. Si queremos seguir jugando es muy importante que no molestemos a mi madre, si no nos reñirá y se acabará el juego —advirtió Amador.

Batiste continuó con su plan. No quería precipitarse con el tema del despacho de don Cristóbal.

—Vamos allá. Jero, tú serás el primero en encargarte de encontrarnos. Luego lo hará Amador. Tienes que contar hasta cien sin mirar, cara a la pared. Luego vienes a buscarnos.

—¿Hasta cien? —preguntó extrañado Amador—. ¿No es demasiado?

—Así nos dará tiempo a ocultarnos mejor y será más divertido el juego —improvisó Batiste.

Jero comprendió a su amigo. Él no iba a ser quien entrara en el despacho, lo haría Batiste cuando le tocara a Amador buscarlos en el turno siguiente, y visto

lo enorme de la habitación, iba a necesitar todo el tiempo posible.

Empezaron a jugar. Batiste se escondió en la habitación que estaba al lado del despacho de don Cristóbal, para calcular, más o menos, el periodo de tiempo del que podría disponer para buscar los documentos. No era una manera muy exacta de calcularlo, pero no se podía esconder dos veces en el mismo sitio, podría llamar la atención, y pensaba ocultarse en el próximo turno en el despacho del padre de Amador para buscar los documentos.

Jero contó hasta cien de forma disciplinada y comenzó la búsqueda. Apenas tardó tres minutos en encontrar a Batiste. A Amador no le encontraba, hasta que reparó en un pequeño armario junto a la entrada de la casa. Casi no se veía. Allí estaba su amigo, pero le llevó sus buenos diez minutos hasta localizarlo en aquel cubículo.

—¡He ganado! —dijo Amador—. Si no llego a hacer algo de ruido para darte una pista, jamás me encuentras.

—¡Es tu casa! —protestó Jero—, es lógico que la conozcas mucho mejor que nosotros, que es la primera vez que venimos.

—Ahora te toca a ti —le dijo Batiste a Amador—, pero como juegas con ventaja, deberás contar hasta ciento cincuenta.

—¿Tanto? —se quejó Amador.

—Así nos darás tiempo a encontrar el mejor escondite posible, ten en cuenta que no conocemos tu casa.

—Bueno, venga, empiezo ya —dijo, mientras se ponía cara a la pared y empezaba a contar.

—Ahora entraré en el despacho y me pondré a buscar los documentos. No creo que disponga de mucho más de cinco o seis minutos —dijo Batiste.

—O menos —le contestó Jero.

—Lo que tienes que hacer es esconderte en un lugar no demasiado complicado, para que te encuentre en unos tres minutos. Luego estaré en tus manos, todo el tiempo extra que me puedas conseguir entreteniéndome a Amador, eso que ganaré. Si te es posible, aléjalo del despacho e incluso dale pistas falsas, para que me busque en otro lugar de la casa.

—Lo intentaré, haré lo que pueda. Tú date toda la prisa de la que seas capaz.

Jero desapareció por el pasillo. Batiste se dirigió directamente a la puerta del despacho de don Cristóbal. Buscó la llave en la repisa. Allí estaba. Abrió con el máximo silencio que pudo la enorme puerta y la volvió a cerrar.

«¿Y ahora por dónde empiezo?», se preguntó, al ver el descomunal tamaño de aquel despacho.

Amador les había dicho que su padre guardaba los legajos por orden alfabético, lo que ocurría es que no sabía si estarían a nombre de Blanquina

March o a nombre de Luis Vives Valeriola. Se decidió a empezar por lo que parecía más obvio, que estuvieran a nombre de Blanquina.

Miro a su alrededor. Si el orden empezaba desde la cabecera de su mesa, la B de Blanquina no podía estar muy alejada de allí. La escalera estaba al otro extremo del despacho. La arrastró. Aquello hacía bastante ruido. Esperaba que Amador aún estuviera con su cuenta de ciento cincuenta y no hubiera empezado la búsqueda por el pasillo. Llegó con la escalera hasta la cabecera de la mesa.

Miró hacía arriba. El vértigo. No se acordaba de él, pero tenía respeto por las alturas, y el techo le parecía que estaba a muchos metros del suelo, a demasiados para su mente.

«Ahora que he llegado hasta aquí, no puedo volverme atrás», se dijo, para darse ánimos, porque, desde luego que los iba a necesitar. Empezó a subir por los estrechos peldaños. Llegó hasta la cima con más facilidad de la prevista. Empezó a ver los nombres de los legajos. Aún estaba por la letra A.

«Tengo que bajar y mover la escalera hacia la derecha, desde aquí no puedo llegar a la letra B», pensó.

Así lo hizo. Bajó lo más rápido que pudo, desplazo la escalera hacia la derecha intentando no hacer ruido, y volvió a subir. Fácilmente habrían pasado tres minutos... Si Jero hacía su trabajo de distracción, podría disponer de otros tres como máximo.

Una vez en lo alto de la escalera, se puso a ver los documentos. Ya estaba en la letra B, ahora tenía que buscar los de Blanquina March. Supuso que si el receptor los había dejado hace apenas unos días, no deberían estar enterrados, sino más bien entre los montones superiores. Empezó a rebuscar. Allí había de todo. A Batiste le pareció un pequeño caos. Si se suponía que había algún orden, él no lo encontraba por ningún sitio.

Revisó todo lo que tenía al alcance de su mano. En ningún legajo ponía el nombre de Blanquina, de hecho, los cubría una capa de polvo. Aquella zona no parecía que se hubiera manipulado en bastante tiempo. Hablando de tiempo, se le estaba acabando. No podía volver a bajar y mover la escalera de sitio otra vez. Tenía que apañarse en la posición en la que estaba, haciendo equilibrios y tratando de no mirar al suelo.

Mientras tanto, Amador había encontrado a Jero en apenas cuatro minutos. Era lo que había calculado, más o menos, que le costaría. No se había esforzado demasiado en ocultarse, según el plan de Batiste.

—¡Te pillé! —le dijo Amador, todo contento.

—Pero te ha costado bastante —le contestó Jero.

—No me ha costado nada, menuda birria de escondite has elegido.

—Porque tú juegas con ventaja, conoces tu casa, ya sabes que nosotros no.

—¿Dónde estará Batiste? Ya he mirado en los sitios más obvios y no lo he visto. Ahora habrá que empezar por los sitios más estrechos.

—Sí, seguramente estará agazapado en algún sitio muy apretado —dijo Jero, pensando en alejarlo del despacho de su padre.

Ambos se pusieron a andar por el pasillo de la casa. Amador miraba por cada rincón sin encontrar a su amigo.

—Pues Batiste sí que se ha escondido bien, no sé dónde puede estar, no se me ocurre.

De repente, se escuchó un gran estruendo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Amador—. Ha sonado como si algo pesado se hubiera caído al suelo.

Jero, sabiendo dónde estaba su amigo, se asustó de inmediato. Aquello no pintaba nada bien, la altura desde encima de la escalera hasta al suelo era considerable.

Asustado no, estaba acongojado.

## EN LA ACTUALIDAD, LUNES 1 DE OCTUBRE

«¿El despertador se ha vuelto loco?», pensó Rebeca, cuando lo escuchó ponerse en marcha a una hora intempestiva. No, no lo había hecho. Hoy volvía a ser lunes, como pasaba de forma inmisericorde un día cada semana después del domingo. Precisamente los lunes tenía que estar en los estudios radiofónicos a las ocho de la mañana, ya que entraba en antena a las nueve menos cuarto, en directo, en el programa *Buenos días* de Javi Escarche y Mar Maluenda. Lo único que le fastidiaba era el madrugón, porque los nervios ya le habían desaparecido, si alguna vez los había tenido.

Salió a la cocina. Su tía ya estaba con las tostadas.

—¿Cómo lo consigues? Algún día me tienes que contar tu secreto —le dijo Rebeca, con los ojos medios cerrados todavía.

—Me cuesta despertarme lo mismo que a ti, pero no me hago tanto la remolona. Cuando suena el despertador me levanto a la primera, no lo apago varias veces como tú —le contestó, con una sonrisa.

—Y además de buen humor. Eres prodigiosa.

—Aunque no te des cuenta porque vas medio amodorrada y con ojos de china, medio cerrado, tú también te levantas de buen humor. Siempre lo has hecho, desde bien pequeña.

—Pues como debo ir medio dormida, no consigo enterarme de lo simpática que estoy por las mañanas —dijo, en un tono claramente sarcástico.

—¿Te das cuenta? Ese es un rasgo de buen humor de una Rebeca activada tan solo al 50 %.

—Pues al 100 % debo ser la bomba.

Rebeca se acordó de su conversación con Carlota, ayer en la playa de La Patacona, después de correr apenas seis kilómetros por el paseo marítimo y tomarse varias cervezas y calamares. Su hermana había decidido continuar siendo una Penella y quería decírselo en persona a Tote.

—Tía, esta semana vendrá Carlota a comer a casa algún día que otro. Ya te avisaré. ¿Te importa?

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¡Anda, vete despertándote ya! Tu hermana puede venir a esta casa el día que le dé la gana, como si no quiere avisar. Es tan suya como tuya, además en sentido literal.

—¿Qué? —preguntó Rebeca. Ahora sí, su tía había logrado activarla al menos al 75 %. Ya no parecía una china, ahora se asemejaba a un personaje de un cómic de *manga* japonés, con los ojos bien grandes.

—Esta casa, en pleno paseo de la Alameda con vistas al jardín de Los Viveros, como comprenderás, vale un dineral. Es una vivienda de lujo, de las que los programas de televisión americanos, esos que tanto te gustan ver y que yo no les veo la gracia por ningún lado, definen de *High Standing* o directamente una *Luxury Property*. Yo tengo un buen sueldo, no me quejo en absoluto, pero jamás la hubiera podido comprar por mis propios medios.

—¿Qué me estás queriendo decir?

—¿Te acuerdas cuándo me preguntaste si el dinero podría haber sido la causa de que tus padres no os pudieran criar a Carlota y a ti juntas?

—Claro.

—Yo te contesté que no, pero que ya hablaríamos de ese tema en otro momento.

—También lo recuerdo.

—Pues tienes la respuesta delante de tus narices. Esta vivienda en *La Pagoda*, uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad, la compraron tus padres poco antes de que naciereis. Jamás viviste con ellos en esta casa, ya que lo hacíais en un chalé en una urbanización próxima a la ciudad. Tu madre prefería el campo, sin embargo, tu padre era más urbano. Cuando fallecieron, nos trasladamos a vivir a esta casa junto con mi pareja de entonces, Sandra. ¿No te acuerdas?

—Recuerdo perfectamente a Sandra y que vinimos a vivir aquí, pero siempre he pensado que era tu casa.

—Antes residía también en una buena vivienda, pero ni muchísimos menos de estas características, ya te he dicho que no me la hubiera podido permitir. Esta casa está escriturada a nombre tuyo y mío, aunque existe un documento privado de compraventa que hace propietaria a Carlota Mercader de mi mitad, reconociéndola como su hija biológica. No querían que apareciera en la escritura pública notarial, entre otras cosas porque no existía legalmente con ese nombre. Yo actué de testafierro, esa palabra que está tan de moda entre los políticos corruptos, aunque este caso no tiene nada que ver con eso. Conservo la propiedad de mi antigua vivienda, porque el día que lo decidáis, la ocuparéis

vosotras, la venderéis o haréis lo que queráis con ella. Es vuestra.

Rebeca iba a sorpresa por día, y eso que desconocía que le faltaba la más importante, dentro de un momento.

—Tía, por muchas escrituras y documentos privados que haya, esta ha sido y será tu casa.

—Te lo agradezco, pero no es así. Por eso cuando le digo a Carlota que tiene las puertas abiertas siempre, que esta es su casa, lo digo en sentido literal, aunque nunca me entenderais.

—Reconozco que eso sí que tiene su punto de gracia.

—Pues si te parece gracioso el tema de esta vivienda, espérate a conocer el resto.

—¡Ah! ¿Qué hay resto?

—Y tanto —dijo su tía, con una gran sonrisa.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Pensar la cara que pondrás cuando lo conozcas. Solo eso ya hace que me salga la sonrisa floja, no puedo evitarlo —dijo Tote, que era verdad, tenía el gesto de estar aguantándose la risa.

—¿Y en qué fecha se supone que te carcajearás de mi ignorancia y yo me enteraré?

—El tema económico no acaba aquí ni mucho menos, pero ya seguiremos hablando otro día, que aún llegarás tarde a la emisora de radio si nos entretenemos con los detalles —dijo, mientras se levantaba de la mesa y recogía su plato—. Ya continuaremos la conversación otro día, que aún quedan cosas muy interesantes por contar, ahora que se ha abierto la veda. Te aseguro que algunas te van a sorprender de verdad —dijo Tote, que no podía quitarse esa sonrisa tan enigmática de su rostro.

No se podía ni imaginar cuánto.

## 6 DE FEBRERO DE 1525

—Parece que el ruido de la caída ha sonado en el despacho de mi padre —dijo Amador.

—No, no ha sido allí. A mí me ha parecido claramente en la habitación contigua. Se debe de haber caído una de las hilanderas en la sala de costura.

Jero intentaba alejar a Amador del despacho, pero al mismo tiempo estaba preocupado por su amigo. Si, como parecía, se había caído desde lo alto de la escalera, se podía haber hecho mucho daño. Estaba preocupado.

Entraron en la habitación que hacía las veces de sala de costura.

—Aquí todo parece en orden. No se ha caído nada —dijo Amador—. Voy a entrar en el despacho de mi padre, creo que el ruido ha venido de allí.

Jero ya no se atrevió a decir nada más. Ahora mismo pensaba más en las consecuencias de una mala caída de Batiste que en el hecho de que los pillaran fisgando. Igual necesitaba ayuda, podía estar incluso malherido.

Amador se dirigió a la puerta del despacho. Buscó la llave en la repisa. Jero suponía que la llave no estaría allí, ya que sabía que Batiste la habría cogido para entrar. Para su sorpresa, Amador encontró la llave en su sitio. La introdujo en la cerradura.

—¡Qué raro! La puerta no está cerrada —se extrañó Amador—. Se me habrá olvidado hacerlo antes.

Ahora Jero lo había comprendido. Batiste había tomado la llave, había abierto la puerta y antes de entrar en el despacho, la había devuelto a su emplazamiento original, aquella repisa, por si Amador le daba por comprobarlo mientras los buscaba. Si veía la llave allí, igual pensaba que nadie había accedido al despacho, pero si no la encontraba, lo daría por supuesto.

Jero y Amador abrieron la puerta y accedieron al despacho. Jero no se atrevía ni a mirar.

—Pero. ¡qué es esto! ¿Qué es lo que ha ocurrido aquí? —gritó Amador.

Isabel también acudió de inmediato. Habría escuchado el estruendo igual que ellos. Entró en el despacho. Como buena madre, su reacción fue diferente.

—¡Por Dios Batiste! ¿Te encuentras bien?

No recibió respuesta.

—Parece que ha perdido el conocimiento —dijo Amador—. Lo que no sé es que hacía allí.

—Eso ahora no importa. Hay que llamar a un maestro médico. Parece que no reacciona —dijo Isabel, visiblemente alterada.

No había terminado la frase la madre de Amador, cuando Batiste pareció que recobraba el conocimiento.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué hacías allí arriba? —preguntó Amador.

Batiste estaba en el suelo, pero detrás de un sillón volcado, en la parte opuesta a la mesa del despacho. Intentó explicarse.

—Estaba escondido detrás de este sofá. Como estaba aburrido porque nadie me encontraba, me he subido a su respaldo, pensando que aguantaría mi peso, pero no ha sido así. Está claro que yo peso más, ha vencido sobre mí mismo y me he quedado un tanto aturdido en el suelo.

—El ruido ha sonado muy fuerte —dijo Amador, no demasiado convencido por las explicaciones de su amigo.

Intervino de inmediato su madre.

—Ahora lo importante es que te recuperes. Anda, levántate y vamos a la cocina. Te voy a examinar la cabeza, a ver si tienes alguna herida y hay que llamar al médico.

Batiste se levantó, tambaleándose un poco. Estaba mareado, le costaba mantener el equilibrio. Acompañó a su madre hasta la cocina. Bebió algo de agua y pareció que se recuperaba.

—Ya me encuentro mejor, muchas gracias —dijo Batiste.

—Sí, tienes mejor color de cara. Parece que todo ha sido un susto —dijo Isabel, más tranquila. Le observó la cabeza. Era evidente que tenía un fuerte hematoma en la frente, pero no observó ninguna herida más.

Batiste no quería ir al médico, lo único que deseaba era salir cuánto antes de la casa de Amador.

—De verdad que ya estoy bien, se me ha pasado el mareo —dijo.

—No creo que haga falta llamar al maestro médico, pero si te vuelves a encontrar mal, deberías acudir de inmediato y que le eche un vistazo a esa cabeza, que parece que se ha dado un porrazo muy fuerte.

—Lamento el incidente. No me debí subir al borde de ese sillón y provocar esta estúpida caída —se disculpó Batiste.

—Por eso no te preocupes. Lo importante es que tú estés bien. Además, el

sillón está en perfecto estado, mi marido ni lo advertirá cuando mañana vuelva de su viaje a Xàtiva.

—Así lo espero —dijo con toda la educación posible Batiste—. No me perdonaría haberles causado algún daño en su casa y, especialmente, en el despacho de don Cristóbal.

—No te preocupes por eso —le repitió Isabel.

—Creo que lo mejor es que demos el juego por terminado —propuso Jero.

—Sí, aunque ya me encuentro bien, me apetece tumbarme en la cama un rato. La frente la tengo algo dolorida.

—No me extraña —dijo Amador—. Llevas un gran golpe en la cabeza.

—No os preocupéis, ya volveréis a jugar otro día. Ahora vete a tu casa y descansa, que es lo más importante —dijo Isabel, mirando a Batiste y su tremendo hematoma en la frente.

Cuando salieron de la casa, Jero vio a Batiste con la tez muy blanca.

—Ya me contarás que ha pasado ahí dentro en realidad. Ahora no es el momento, que te veo muy mala cara por el golpe.

—No es por el golpe —contestó Batiste, con cara de aterrorizado.

## EN LA ACTUALIDAD, LUNES 1 DE OCTUBRE

—¿Tienes ya los nombres?

—¿Qué nombres? —preguntó extrañada Rebeca.

Acababa de llegar a la emisora de radio. Después de los besos y saludos, Mara Garrigues le había lanzado la pregunta, que no comprendía.

En ese momento apareció Carlos Conejos, el director de la emisora, que Rebeca conoció hacía apenas dos semanas junto con Fernando López Bajocanal, presidente nacional de la cadena, cuando se estrenó en directo, sin ella ni siquiera saberlo.

—Hola, Rebeca, buenos días. ¿Te importa pasar un momento a mi despacho? Supongo que ya tendrás tu colaboración de hoy más que planificada, como siempre.

«Si el director supiera lo poco que me preparo mis intervenciones en directo, me despediría ahora mismo», pensó Rebeca.

—Por supuesto que no me importa —contestó con educación.

Entraron en su despacho.

—Anda, siéntate un momento, apenas disponemos de diez minutos como mucho, antes de que te empiecen a reclamar desde los estudios.

Rebeca hizo caso al señor Conejos y se sentó en una silla. No pudo evitar compararlo con Bernat Fornell, director de *La Crónica*. No tenían nada que ver, ni en lo físico ni en el trato personal. No es que Fornell le tratara mal ni mucho menos, pero se limitaba a ignorarla la mayor parte del tiempo, cosa que, en el fondo, agradecía.

—¿Tienes los nombres?

«¡Otro con la misma pregunta!», se dijo.

—Disculpe señor Conejos, pero no sé a qué nombres se refiere.

—¿Nadie te ha dicho nada? —preguntó sorprendido el director.

—Bueno, Mara me ha hecho la misma pregunta nada más llegar a la emisora,

si eso cuenta.

Carlos Conejos se disgustó.

—¡Cómo no te cuentan nada! Dentro de poco se celebrará la gala de entrega de los Premios Ondas. La organización te otorga una entrada preferente para ti, por supuesto, ya que eres una de las nominadas, y para dos acompañantes más. Necesitamos saber sus nombres, porque nos lo piden desde protocolo de forma insistente.

A Rebeca le costó muy poco decidirse.

—Margarita Rivera, que es comisaria del Cuerpo Nacional de Policía, además de ser mi tía, y Carlota Penella, que es... una de mis mejores amigas —contestó Rebeca titubeando. Estuvo a punto de escapársele que era su hermana. Tenía que mentalizarse que no lo era, si no, con su habitual despiste, se podría ir de la lengua en cualquier lugar. Hasta el *fiestón* de su cumpleaños que pensaba organizar Carlota, debía de guardar el secreto.

El director interpretó de una manera equivocada, esa pequeña muestra de titubeo a la hora de definir a su amiga.

—¿Carlota es tu pareja? No es por cotilleo, ni muchísimo menos. Si quieres ni me contestes, no me importa en absoluto, pero sí a los de protocolo de la emisora. Ten en cuenta que la gala se retransmite por televisión, y nos piden los nombres de las parejas de los nominados, por los planos televisivos y esas cuestiones técnicas.

Rebeca no pudo evitar reírse ante la ocurrencia del director Conejos.

—No. Le aseguro que si lo fuera se lo diría, la condición sexual de cada uno no me importa en absoluto. Simplemente es mi mejor amiga, como ya le he dicho. Sin más.

—Entonces, ¿no tienes pareja? —preguntó extrañado el director, sobre todo observando el *bellezón* que era Rebeca—. Los nominados suelen acudir con ellas o con ellos —se explicó.

—Pues yo seré la excepción. No tengo pareja ni ganas de tenerla en este momento —dijo Rebeca, pensando que, con las complicaciones de su vida, no tendría tiempo ni de verla. Casi no notaría la diferencia entre tenerla o no. «Si acaso el *jacuzzi* de mi tía», pensó, picarona. «Pero para eso no hace falta un novio permanente», se dijo, jugando con la idea.

—No te preocupes, apunto los dos nombres que me has dado. Estaréis sentadas en las primeras filas del teatro. También acudirá, como no podía ser de otra manera, una representación de la emisora, entre ellos el presidente, y por supuesto Javi Escarache y Mar Maluenda, que estarán justo a tu lado.

Rebeca se quería morir de la vergüenza.

—¡Pero si no voy a ganar!

—Eso no importa, la nominación ya es un gran premio.

—Además, soy una completa novata y desconocida en este mundo —protestó Rebeca.

—De eso precisamente quería hablarte, me viene al pelo tu frase.

—¿De qué? —preguntó Rebeca, que no comprendía que trascendencia podía tener su comentario.

—Le has caído en gracia a todo el mundo, y no lo voy a negar, a mí también. Tu manera de desenvolvete delante del micrófono es completamente espontánea y natural. A ti quizá te parezca normal, pero no es nada habitual, y te lo digo con conocimiento de causa. Aunque no lo sepas, ese don no se aprende, o se tiene o no se tiene. Se puede llegar a pulir y mejorar mucho, por supuesto, pero partiendo de una base. Lo sorprendente de ti es que ya vienes pulida de serie.

—¿Qué me quiere decir con todo esto?

—Que la emisora te propone que tengas tu propio programa semanal.

Rebeca se escandalizó.

—¿Se han vuelto locos? ¡Si llevo diez minutos en este mundo y ni siquiera soy periodista! Una cosa es hablar un ratito a la semana de mi especialidad, de Historia, y otra muy diferente es dirigir un programa de radio.

—Escucha, no sería a nivel nacional ni en la fórmula musical. Sería un programa emitido desde nuestra emisora local, solo para la ciudad. No te alteres, que no tiene nada que ver con *Buenos días*. La audiencia y el alcance son infinitamente inferiores.

—Pero ¿un programa de qué?

—Esa es la cuestión. Nada que ver con la Historia. De eso ya te ocupas los lunes por la mañana. Hemos pensado en algún tipo de tertulia juvenil. Creo que encajarías perfectamente en ese papel. Los datos de los que dispone la emisora nos indican que flojeamos en esa franja de edad y nos han pedido que hagamos un esfuerzo por mejorar los porcentajes de audiencia. Los jefes han pensado en ti. Por supuesto te sugeriremos nombres de tertulianos jóvenes con tirón a nivel local para montar un buen equipo, que tú dirigirás.

De repente llamaron a la puerta del despacho del director.

—¡Rebeca, al estudio!

—¿Y me dice esto quince minutos antes de entrar en directo para toda España? —le dijo al director Conejos, con cara de asustada.

—Si lo tienes chupado, lo de Javi y Mar te sale natural. Todos estamos tranquilos contigo.

«Todos menos yo, ahora mismo», pensó Rebeca, mientras salía del despacho del director, en dirección al estudio.

Cuando terminó su colaboración radiofónica, como siempre impecable y

simpática, según le dijo Mara, se le ocurrió una idea malvada.  
Entró a hablar de nuevo con Carlos Conejos.

## 8 DE FEBRERO DE 1525

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Jero.

—Hoy estoy algo mejor, pero el maestre médico me ha dicho que no vaya mañana a la escuela.

—O sea, ¿en total vas a estar tres días tirado en la cama sin nada que hacer? Yo también me apuntaría a ese plan.

—No creo que lo hicieras si supieras lo que duele la cabeza. Estoy harto de los paños con vinagre. No los soporto y toda la casa huele a lo mismo. Creo que me recuperaré de la cabeza y enfermaré del estómago.

—Todo sea por no soportar al profesor Urraca.

—¡No digas eso Jero! Es un buen maestro, de los mejores que he conocido. Tiene sus cosas raras, pero como le ocurre a todo el mundo.

—Lo decía de broma Batiste, que estás demasiado sensible y susceptible. Se ve que el golpe en la cabeza te ha dañado tu sentido del humor.

Jero había decidido visitar a su amigo, en su casa, tras faltar dos días a la escuela. Suponía que se debía al tremendo golpe que había sufrido en casa de Amador. Desde entonces no habían tenido tiempo de hablar de ello.

—¿Qué le has contado a tu padre? —preguntó Jero.

—Que me caí por un terraplén jugando al *pilla-pilla* con vosotros. Menuda bronca me ha caído, y eso que no sabe la verdad.

Jero estaba impaciente por conocer los detalles.

—Hablando de verdad, ¿me vas a contar qué ocurrió en realidad en el interior del despacho del padre de Amador?

—Lo siento, no puedo —contestó muy serio Batiste.

—¿Qué? ¿Ahora, de repente, no confías en mí, después de todo? —preguntó algo enfadado Jero.

—No es eso.

—Entonces, ¿por qué no me lo quieres contar?

—No me has escuchado bien. No he dicho que no quiera contártelo, sino que no puedo.

Jero se quedó mirando a su amigo sin comprender nada. Batiste intentó explicarse.

—A consecuencia del golpe he perdido la memoria. Tan solo recuerdo que estaba tirado en el suelo, pero nada de lo que pasó con anterioridad. No sé ni cómo había llegado allí. El maestro médico me ha dicho que es normal, después de un golpe tan fuerte en la cabeza. Me ha comentado que lo habitual es que vaya recuperando la memoria poco a poco. No obstante, puede ser un proceso lento y tengo que tener paciencia. Incluso es posible que jamás la recupere del todo y no recuerde lo que ocurrió en aquel despacho, en los momentos previos a perder el conocimiento.

Ahora Jero tenía una evidente cara de preocupación en su rostro.

—Lo siento mucho Batiste, no sabía que la caída había sido tan grave, si no, no te hubiera molestado viniendo a verte a tu casa, en tu cama.

—No te preocupes, excepto por la memoria y el dolor de cabeza, estoy bien. Además, tú no me molestas nunca.

Jero no solo estaba preocupado por la memoria y la salud de su amigo, también por las enigmáticas palabras que le había dicho cuando salían de la casa de Amador.

—¿No te acuerdas de nada? ¿Ni siquiera de lo que me dijiste cuando nos despedimos? Recuerdo que tu expresión era de miedo. En ese momento me extrañó mucho.

A Batiste le cambió la cara.

—Cuando salimos de casa de Amador y nos despedimos, me dijiste que no me preguntabas nada de lo que había ocurrido dentro del despacho porque me veías muy mala cara, y yo te contesté que esa mala cara no era por el golpe —le dijo Batiste, con una pequeña sonrisa en su rostro.

Jero cayó en la cuenta de inmediato.

—¡Idiota! ¡Me has tomado el pelo! ¡Me has tenido engañado y me he preocupado! —dijo, dándole una fuerte palmada en su hombro.

—¡Oye! ¡Qué estás agrediendo a un convaleciente!

—¡Y más que te mereces por fingir una amnesia!

—¿No decías hace un momento que había perdido mi sentido del humor a consecuencia de la caída? Pues parece que lo acabo de recuperar de golpe, nunca mejor dicho —contestó Batiste, riéndose de su amigo.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad?

—Te devuelvo tu misma medicina.

—Anda, déjate de rollos y cuéntamelo todo —dijo Jero, que se moría por

conocer los detalles.

—No es muy complicado de explicar. Entré en el despacho cogiendo la llave de la repisa. Moví la escalera hasta dónde se suponía que se encontraban los documentos de Blanquina. No acerté a la primera, encontré los que empezaban por la letra A. Tuve que bajarme de la escalera, moverla ligeramente hacia la derecha y subir. Esta vez sí que acerté con la letra, allí estaban los que empezaban por la B.

—¿Localizaste los papeles de Blanquina?

—La cuestión es que no, y no tenía tiempo de repetir la jugada. No podía volver a bajarme de la escalera y moverla otra vez porque ya había pasado más de cinco minutos. Contaba, como mucho, con uno o dos más, dependiendo de tu habilidad para entretener a Amador.

—¿Y qué pasó entonces?

—Pues que me puse a hacer equilibrios con el cuerpo hacia un lado y a otro de la escalera, para tratar de alcanzar los legajos más alejados, por si entre ellos estaban los de Blanquina.

—¿Y cómo terminaste?

—De bruces en el suelo, literalmente estampado. Me caí de la escalera, lo menos desde seis metros de altura. Me di un buen golpe en la frente. Estuve unos segundos mareado, pero afortunadamente me dio tiempo a recuperarme y a desplazarme hasta la parte opuesta del despacho, lo más alejado de dónde habían ocurrido los hechos, para despistar por si sospechaban algo. Entonces simulé que me había caído del sillón. Si llegáis a entrar unos segundos antes, seguro que me pilláis en plena maniobra de distracción, volcando el sillón y haciéndome el inconsciente en el suelo.

—Eso te sale de maravilla, hacerte el inconsciente. Toda esta idea era disparatada desde el principio. No debí entrar en tu juego y permitirlo —dijo Jero, con un gesto de culpa—. Y, sobre todo, al final para no conseguir nada.

Batiste se quedó mirando a Jero, sonriendo abiertamente.

—Vale que no pude hacerme con los documentos y los legajos de Blanquina para llevármelos de aquel despacho, que era mi plan inicial, pero ¿a ti quién te ha dicho que la incursión no sirviera para nada? De mi boca no han salido esas palabras.

Jero se quedó mirando a su amigo, sorprendido.

—Me sigues tomando el pelo.

—Ahora no, te lo aseguro.

—Si acabas de reconocer que tu plan fue un fracaso.

—Sí, porque no pude llevarme los documentos de Blanquina como pretendía, ese fue el fracaso. Pero no te lo he contado todo, me dio tiempo a hacer algo

más.

—¿Piensas seguir con este jueguito de hacerme sufrir? —preguntó Jero, que se empezaba a impacientar.

—Sufrir lo vas a hacer cuando te diga lo que vi y leí.

Le relató lo que le dio tiempo a hacer en los momentos previos a la caída, cuando abrió un legajo.

Batiste tenía razón. Jero sí que estaba sufriendo, de hecho, estaba aterrorizado.

Ahora entendía la cara de su amigo cuando salían de casa de Amador, aquella mueca de terror que, en aquel momento, no la había comprendido.

Aquello podía significar una catástrofe.

## EN LA ACTUALIDAD, LUNES 1 DE OCTUBRE

—Tía, tengo tres cosas importantes que contarte.

—¿Qué pasa? ¿Te quieres vengar de lo que te he dicho esta mañana del tema económico de la familia? —contestó Tote, mientras servía la cena en la mesa de la cocina.

—No te creas que me he olvidado de ello, pero quizá sea más interesante que lo termines de contar cuando esté Carlota presente en la conversación, así de una sola vez nos enteramos las dos.

Tote se rio. Rebeca no la comprendía.

—De verdad, no sé qué te hace tanta gracia ese tema. Esta mañana igual, estabas partida de risa conmigo —dijo Rebeca.

—Es que no es tan sencillo, pero ya os enteraréis por qué —respondió Tote, sin poder parar de sonreír.

—Pues ahora me toca reírme a mí, ¿tienes algún traje de gala preparado? —preguntó Rebeca.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Estás invitada a asistir y a desfilas por la alfombra de la gala de los Premios Ondas. Ve buscando un vestido elegante en tu armario. Si quieres algo nuevo, te quedan tan solo XXX días para comprártelo. La gala es el XXX de la semana que viene.

—¿Lo dices en serio? Eso sí que es una venganza en toda regla. Ya sabes que me gustan muy poco ese tipo de eventos, hasta los rehuyó cuando me invitan como comisaria de Policía en la ciudad.

—Completamente en serio. Tengo dos entradas preferentes, y ya he dado tu nombre y el de Carlota. Mi tía y mi hermana, sois mis dos únicos familiares vivos.

—¿Lo sabe Carlota?

—No, pero le divierte la farándula, así que estará encantada en cuánto se lo

cuenta.

—Ya veo que has soltado la munición más importante en la primera ocasión, te has quedado a gusto. Hasta se me han quitado las ganas de cenar, de los nervios de tener que desfilar. Tú y Carlota os vais a lucir, guapísimas e insultantemente jóvenes las dos, pero yo ya no tengo edad para esas cosas.

—Te equivocas en lo de la munición más importante. En realidad, voy de menos a más, como una *mascletà* con su ritmo. Espérate al terremoto final.

—Me estás asustando —dijo Tote, con un gesto de preocupación.

Ahora la que se rio fue Rebeca.

—La segunda cosa es simpática y no te afecta de forma directa. Me acaban de ofrecer dirigir una tertulia radiofónica, una vez por semana, en la emisora local de la ciudad.

—¡Rebeca! ¡Eso es muy importante! Me alegro muchísimo por ti, aunque, por otra parte, ya sabes que una excesiva exposición pública no es buena. No tienes que olvidar en ningún momento que eres la undécima puerta. Deberías llevar una vida discreta y justamente haces todo lo contrario.

—Te prometo que intento llevar una vida de estudiante anónima, pero los elementos están en contra de mí, no me lo permiten.

—¡Qué te lo crees tú! —dijo riéndose Tote—. Simplemente podrías rechazar amablemente el ofrecimiento del programa y ya está.

—Lo llegué a pensar, pero se me ha ocurrido una maldad.

Se la contó a su tía.

Ahora las que se rieron, a mandíbula batiente, fueron las dos. Rebeca casi estaba llorando.

—Bueno, y ahora se supone que llega el terremoto final de la *mascletà* —dijo Tote, expectante—. ¡Anda! Cuéntamelo.

—Así es, pero esto requiere una explicación más extensa.

—No tengo ninguna prisa. Me has quitado las ganas de cenar con la primera noticia. Me espanta lo de la gala esa con alfombra y *photocall* incluidos.

—¿Recuerdas cuando comentamos la posibilidad de crear un grupo de confianza para tratar ciertos temas, ya que el *Speaker's Club* tenía muchos agujeros?

—Lo recuerdo perfectamente, hasta el nombre que sugeriste, *Los espiritistas*, en honor a los muertos vivientes, creo que comentaste.

—Exacto. También recordarás el Gran Consejo al que asistí, porque me escoltaste casi hasta la puerta de la Iglesia de San Nicolás, con la pistola preparada. Han pasado ya seis días de aquello y no hemos hablado de ese tema. Hay muchas cosas interesantes que comentar.

—Claro que me acuerdo, hasta de la extraña forma en la que te citaron, con

aquel galimatías de números y letras acompañado de la capa negra y su correspondiente capucha.

## GC25S23ISN

—Si lo escribimos en vertical se entendía mejor —dijo Rebeca.

Gran

Consejo

25Septiembre

23horas

Iglesia

San

Nicolás

—Lo recuerdo, la verdad es que fuiste muy sagaz descifrándolo —dijo Tote.

—Si no llega a ser por Carlota, que identificó las tres últimas letras, no hubiera podido asistir porque no sabía dónde se iba a celebrar.

—Imperdonable por nuestra parte no haber caído en las iniciales ISN. Joana fue una de las restauradoras de los frescos de Antonio Palomino de la llamada «Capilla Sixtina valenciana».

—No me lo recuerdes —dijo algo abochornada Rebeca—. Ni se te ocurra contárselo a Joana cuándo habléis por teléfono.

—Llegas tarde, ya lo he hecho. Hablamos hace unos días

—¡No me habías dicho nada! Bueno, ahora que lo pienso, tampoco creo que sea de mi incumbencia —dijo Rebeca, pensando que Joana era la antigua pareja de su tía. Suponía que no era una conversación para sus oídos.

—Bueno, volvamos al tema principal, que nos desviamos con demasiada facilidad. Decías que sucedieron cosas importantes en el Gran Consejo —dijo Tote.

—La principal consecuencia es que ya no vamos a necesitar crear ese grupo de *Los espiritistas*.

—¿Por qué?

—Porque, en primer lugar, ya he confirmado la identidad de la séptima puerta o número siete, como prefieras. Es la persona que me imaginaba desde el principio, que pertenece al *Speaker's Club*.

—¿Quién es?

Rebeca le dijo su nombre. Tote dio un brinco, no se lo esperaba jamás.

—¡Por Dios Rebeca! ¿Y lo sabías? ¡Es tu amiga!

—Que sea mi amiga no tiene nada que ver con todo esto. Al fin y al cabo, el Gran Consejo está incompleto, tan solo forman parte de él, seis personas, del número cinco al diez. Quizá se sume, si aparece algún día, el nuevo número uno, en el supuesto de que la condesa de Dalmau designara sucesor. El dos, el profesor Lunel, está en Sudamérica creyendo que nada existe, el tres, Tania Rives, desaparecida, y el cuatro, Miguel Vives, quemado por la inquisición en 1501.

Tote estaba asombrada.

—Menudo panorama. Entonces no tienen ni idea de dónde está el árbol, ya que no tienen el mensaje completo, al faltar cuatro partes de diez —observó.

—En realidad tienen cero partes de diez. Ninguno tiene ninguna. No saben nada. Suponen que, hace siglos, se dividió el mensaje en tan solo dos partes y que yo debería custodiar, como undécima puerta, una de las mitades, pero no tengo nada. Ya sabes que mi madre, el anterior número once, quizá a causa de su repentino accidente mortal, no me transmitió nada. Me imagino que nadie se espera fallecer tan joven. Supongo que dejó el tema para más adelante, y no hubo ningún «más adelante»,

—¿Cómo puede ser que no tengan ninguna parte del mensaje? ¿Y cómo pueden cuidar del árbol del saber milenario si no saben dónde está, ni siquiera todos unidos? Eso no es un Gran Consejo, es un club de amiguetes, eso sí, con mucha solera, desde el siglo XIV —dijo espantada Tote.

—Más o menos, así es —dijo Rebeca—, pero bien que nos engañaron con la gargantilla del conde. Estuvieron jugando con nosotros durante todo un mes y no nos enteramos de nada.

Tote recordó otro hecho significativo.

—Pero también había otra persona, según tú misma me dijiste, aparte de la séptima puerta, que era la que había filtrado información a Tania Rives de la supuesta gargantilla del conde y de la investigación de los hechos.

—Me viene al pelo tu comentario acerca de la gargantilla y la investigación de los hechos —dijo enigmática Rebeca.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Ahora viene el terremoto final de la *mascletà*. Piensa un poco, ¿quién lo tenía más fácil para filtrar información?

—¿Quién? —preguntó Tote, que no seguía a su sobrina.

—Pues la persona que llevaba la investigación, ¿no te parece obvio?

Tote se quedó en silencio. Cuando comprendió lo que su sobrina le quería decir, su tez se tornó blanca.

—¡No puede ser!

—Y tanto. Es la puerta número cinco del Gran Consejo.  
Rebeca le confirmó su nombre.

## 20 DE FEBRERO DE 1525

—Hemos hecho lo correcto —dijo Leonor Vives.

Beatriz estaba claramente asustada.

—Nos vamos a buscar un enemigo muy poderoso.

—Ya lo hemos hecho —afirmó Leonor.

—Eso, tú anímame.

—También tenemos de nuestro lado a todo un inquisidor del tribunal del Santo Oficio de Valencia, don Andrés Palacios —recordó Leonor, intentando tranquilizar a su hermana.

—Quizá, pero no sé por qué da la impresión que don Cristóbal de Medina, como simple receptor, tiene más poder que los propios inquisidores del tribunal de la ciudad —dijo Beatriz, que no se le iba la congoja.

—Ahora ya está hecho, no nos podemos retractar —insistió firme Leonor.

—Hemos obligado a trasladarse a nuestro hermano desde Oxford a Brujas para apenas estar unos días en la ciudad flamenca, y ahora ya está de vuelta de nuevo en Oxford. Conociéndolo, estoy seguro de que para él habrá sido todo un sacrificio. ¿Crees que ha merecido la pena? —seguía preguntando Beatriz, que no tenía nada claro lo que acababan de hacer.

—De momento esa pregunta no tiene respuesta, pero ese sacrificio que dices que ha hecho nuestro hermano Luis, ha sido consciente y consentido. Podría haberse negado y no lo hizo. Ese no es el verdadero problema.

—¿Y cuál es? —preguntó Beatriz, temerosa de la respuesta.

—Me temo que en unos días estallará la tormenta y supongo que será una de grandes dimensiones.

—Eso, tú asústame más de lo que ya lo estoy.

—Te estoy preparando. Hemos tomado, y por «hemos» me refiero a los tres hermanos, también Luis, una firme decisión. Él también ha sido partícipe y está plenamente de acuerdo con nosotras. En este tema vamos los tres cogidos de la

mano. No podemos flaquear —insistió Leonor, con voz muy firme.

—No podrás tú, yo estoy que no siento las piernas esperando esa tormenta que tú dices que va a estallar.

—Sin duda lo va a hacer, y nosotras vamos a estar en medio de ella.

Beatriz no sentía las piernas de verdad, y desde luego que tenía motivos sobrados para ello.

## EN LA ACTUALIDAD, LUNES 1 DE OCTUBRE

—¡Pero es una persona de nuestro estricto círculo de confianza! —exclamó Tote, fuera de sus casillas—. No me lo puedo creer. ¿Estás completamente segura?

—Tía, escuché su voz y se presentó, no me cabe ninguna duda.

—Aun así, me resulta increíble —insistía Tote.

—Piensa que el Gran Consejo se organiza de acuerdo con el árbol *sefirótico* de los cabalistas. Te recuerdo sus diez esferas o *sefirot*, El número once, el *Daat*, soy yo, la undécima *sefiráh*, que permanezco invisible fuera del Gran Consejo y represento la conciencia. Soy otra forma, en este caso no material y oculta, del *Keter*, de la raíz del Gran Consejo, por eso, en teoría, el número uno es el único que me debe conocer, aunque, a consecuencia de todos los acontecimientos pasados no sea así.

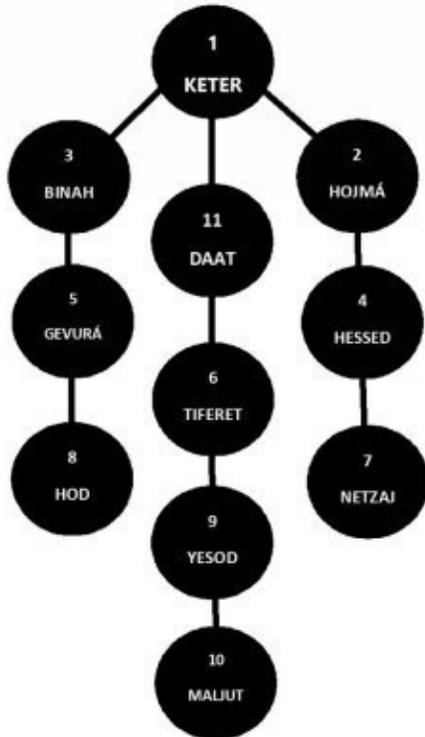
—Sí, todo eso lo tengo claro —dijo Tote.

—Pues entonces no te debería haber extrañado la identidad del número cinco si sabes el significado individual de cada *sefiráh*.

—¿Cómo quieres que me acuerde de aquello? Tu madre te inició en la cábala con tan solo ocho años porque sabía lo inteligente que eras y que ibas a comprender una materia tan compleja a esa temprana edad. Yo no tengo ni idea de todo eso.

—No hace falta ser un experto en la cábala judía para comprender ciertas cuestiones, de hecho, tan solo durante los siglos XIV y XV los miembros del Gran Consejo fueron verdaderos maestros. Luego la cosa decayó mucho. Con tener conocimientos del árbol *sefirótico* es suficiente para comprender ciertas cuestiones, que son importantes —explicó Rebeca.

—Pues ni eso —contestó Tote—, ya no me acuerdo de nada.



—No pasa nada, normal. Es una materia muy compleja, yo te lo recuerdo. La primera esfera o *sefiráh*, que es el singular de *sefirot*, es el **Keter**, que es como la raíz del árbol, representa la corona. Es el número uno. De él emanan otras dos *sefirot*, **Hojmá**, número dos, que representa la sabiduría, y **Biná**, número tres, que representa la inteligencia. Estas tres *sefirot* son las más importantes y representan el llamado *Arik Anpin*, o Gran Rostro. Después del Gran Rostro tenemos el *Zeik Anpin* o Pequeño Rostro. Está formado por seis *sefirot* más. **Hessed**, número cuatro, que representa la misericordia y la bondad. **Gevurá**, número cinco, que representa la Justicia y la fuerza. **Tiféret**, número seis, que representa la belleza. **Netzaj**, número siete, que representa la victoria de la vida sobre la muerte. **Hod**, número ocho, que representa el temor y **Yesod**, número nueve, que representa el fundamento, la estabilidad. Para terminar, fuera del Pequeño Rostro, en la rama central, está **Maljut**, el número diez, que representa el reinado. La undécima *sefiráh*, el **Daat**, que soy yo, ya te la he explicado antes y ya sabes que no pertenezco al Gran Consejo, que tan solo lo forman las diez primeras *sefirot*.

—Ahora lo entiendo —dijo Tote, cuando comprendió el significado de la quinta *sefiráh*, **Gevurá**, la Justicia.

—Lo importante es que comprendamos que, en realidad, el Gran Consejo no son nuestros enemigos. Tenemos la misma misión, proteger el árbol judío del

saber milenario, y el mismo desconocimiento del tema, no tenemos ni idea de dónde está ese árbol, si es que todavía existe en la actualidad —intentó explicarse Rebeca.

—O sea, lo que me quieres decir es que compartimos la misma inutilidad.

Rebeca no pudo evitar reírse.

—No seas tan negativa. Cada uno, a su manera, ha intentado lo mismo. Ellos con la falsa gargantilla con la inscripción «bajo la estrella» y yo con el falso mensaje del sobre con la clave César «lujuria de seda». En realidad, perseguíamos idéntico objetivo, la protección del árbol —Rebeca seguía intentando convencer a su tía.

Tote se quedó mirando a su sobrina.

—¿Qué moto me quieres vender con este rollo que me estás soltando?

—Que todos estamos en el mismo equipo, por eso no hace falta crear ningún grupo de gente de especial confianza, que, además, nos hubiera salido rana, porque uno de ellos era el número cinco del Gran Consejo. Hubiéramos tenido un agujero, un topo, exactamente igual que en el *Speaker's Club*.

—¿Quieres decir que debo confiar en la quinta puerta, a pesar de que me lo ha ocultado durante tanto tiempo? —preguntó Tote, que no estaba nada convencida.

—Más que nunca. Siempre lo ha hecho por nuestro bien, aunque tengo que reconocer que, en un primer momento, a mí también me cayó fatal la revelación y sentí un punto de traición. Cuando lo pienses un poco mejor, como me pasó a mí, te sentará un poco mejor y hasta lo comprenderás.

—Pues a mí me sigue sentando igual de mal, por más que lo pienso.

—Te acabas de enterar ahora mismo. Reflexiona unos días. En serio, te aseguro que está con nosotros, y en especial contigo.

Profético.

## 21 DE FEBRERO DE 1525

—Creía que éramos amigos —dijo Amador, así de sopetón, sin venir aparentemente a cuento de nada.

—¡Qué dices! —preguntó extrañado Jero—. ¡Pues claro que somos buenos amigos!

—Entonces, si somos buenos amigos, ¿por qué me ocultáis cosas? —insistió Amador.

—Sigo sin entenderte —dijo Jero.

—Quiero que me contéis la verdad.

—¿La verdad? ¿De qué verdad estás hablando? —contestó Jero. Mientras, Batiste permanecía callado. Ya se imaginaba por dónde iba su amigo.

—Venga, que no soy idiota.

—Eso está claro, pero no sabemos a qué te refieres con que te contemos la verdad —siguió contestando Jero.

—He sido paciente y he esperado durante diez días a que me la dijerais por vosotros mismos. Veo que no lo habéis hecho, y supongo que no tenéis ninguna intención de hacerlo. Ya ha pasado demasiado tiempo desde que estuvisteis en mi casa.

Jero se quedó callado, ya no sabía qué más decir. Amador se quedó mirando a Batiste y se dirigió directamente a él.

—Vamos a ver, estuviste tres días sin venir a la escuela por el tremendo golpe que llevas en la cabeza. A mi madre, que es una santa, le podréis tomar el pelo, pero a mí no. Ese golpe es imposible que te lo produjeras con una caída desde medio metro, y menos desde el respaldo del sillón del despacho de mi padre.

—¿Por qué crees eso? —le preguntó Batiste.

—Os repito, no soy idiota. Para empezar, yo también me he caído de ese mismo sillón haciendo el tonto, como tú pretendes que creamos que te pasó, y te aseguro que no me hice ni una décima parte del daño que tú tienes. Insisto, ese

golpe tan grave no te lo puedes haber causado por caerte desde apenas medio metro de altura.

—Me di con toda la frente en el suelo, que te recuerdo es de piedra —se defendió Batiste.

—Ni aunque fuera de la roca más dura. No cuele la historia, dejaros de rollos.

—¿Por qué? —insistió Batiste,

—Porque, en realidad, ya sé lo que paso, hasta los detalles. Lo que desconozco es el motivo —dijo Amador, mirando a la cara de sus dos amigos.

Batiste y Jero se quedaron sin habla. No sabían si era un farol de su amigo, o si realmente les había descubierto de alguna manera que, ahora mismo, no se podían imaginar.

«¿Cómo lo puede saber si dentro del despacho estaba yo solo?», se dijo Batiste. Decidió lanzar un órdago, a ver si era cierto que Amador conocía lo que ocurrió aquel día.

—¡Venga! Si tan listo eres y tantas cosas sabes, demuéstralas —dijo desafiante Batiste.

—En realidad pensáis que os estoy engañando y que no sé nada. Pues os voy a demostrar que estáis equivocados. Para empezar, ¿me podrías explicar por qué cuando os enseñé el despacho de mi padre, la escalera para acceder a los libros y legajos situados en lo más alto, estaba al lado de la puerta, sin embargo, cuando entramos, por el fuerte ruido que oímos, estaba detrás de su mesa? ¿Se desplazó sola?

Batiste se quedó callado. Amador continuó hablando.

—Resulta que me llamó la atención desde el principio. Cuando os fuisteis de casa, volví a entrar en el despacho. La escalera estaba recién utilizada, tenía hasta las marcas de las manos. Subí hasta el final para ver a qué documentación se accedía en esa posición exacta de la escalera y, ¡oh casualidad!, eran los legajos correspondientes a la letra B.

Se quedó callado, esperando una reacción de Jero o de Batiste, que no se produjo, porque no sabían qué decir. Amador siguió hablando.

—Claro, uno piensa, ¿por qué Batiste va a entrar en el despacho de mi padre, mover la escalera para acceder a los documentos que empiezan por la letra B? ¿Qué legajo le podría interesar cuyo titular empezara por esa letra? —Amador se quedó un momento callado, esperando una contestación de sus amigos, que permanecían en completo silencio.

—Pues visto que no reaccionáis, me respondo a mí mismo. Está claro, Blanquina March. Todo el juego del escondite fue una patraña, una burda maniobra para acceder a su documentación y poder verla. Seguramente, mientras la leías, perderías el equilibrio y te caerías de la escalera al suelo, que estará lo

menos a seis metros. Esa caída sí que es compatible con el tremendo golpe que llevas en la frente y que te ha tenido tres días en cama. Supongo que en los dos o tres minutos que tardamos en entrar en el despacho de mi padre, te dio tiempo a montar el numerito del sillón, que solo se lo creyó mi santa madre, porque desde luego yo no. Además, estaba claro desde el principio que Jero estaba al tanto de todo, con sus torpes maniobras de distracción dirigiéndonos al sitio equivocado a conciencia.

Batiste y Jero se quedaron mirándose. Habían sido descubiertos. Algo tenían que decir, no podían permanecer en silencio más. Tenían que pensar algo rápido para minimizar los daños de todo aquello. Amador tenía razón en estar enfadado con ellos, al fin y al cabo, le habían engañado, y era su amigo.

—Tienes razón en todo lo que has contado, del principio al final —dijo Jero—. No nos hemos portado como verdaderos amigos contigo, pero para todo hay un motivo.

Batiste se alarmó, «¿qué va a decir este?».

Amador se quedó esperando las explicaciones. Batiste estaba acobardado.

—Sabes que hemos seguido el proceso de Luis Vives Valeriola, incluso asistimos de *tapadillo* al auto de fe que lo relajaron y lo condenaron a morir en la hoguera. Luego desde la rejilla de mi habitación vimos el espectáculo tan peculiar entre tu padre y los inquisidores, a consecuencia de la dote de Blanquina March, que era la mujer del relajado y quemado —estaba explicando Jero, con una soltura impropia de un niño de nueve años —Piénsalo, es lógico, teníamos curiosidad por ver sus legajos. No sabíamos cómo te lo ibas a tomar si te lo contábamos, pero después del accidente de Batiste todo se complicó.

—¡Y tanto que se complicó! ¡Os pillé vuestra mentira! —dijo Amador, que seguía muy enfadado.

—Ayer mismo, hablando con Batiste, decidimos contarte toda la verdad. Pero queríamos ser nosotros quiénes te diéramos la noticia, porque es un tema muy delicado y sensible.

«¿Qué dice el loco este?», pensó alarmado Batiste.

«¿Qué le piensa contar?».

## EN LA ACTUALIDAD, MARTES 2 DE OCTUBRE

Rebeca llegó a *La Crónica* como todas las mañanas, en su bicicleta. Hoy era martes, eso significaba que debía entregar su artículo semanal para su publicación en la edición de mañana miércoles.

«¡Espera!», se dijo, «que ahora soy jefa de sección», acordándose de su supuesto subordinado y arqueólogo, Fernando del Rey. El director Fornell le dijo, la semana pasada, que le daría instrucciones de cómo proceder al respecto, pero no le había dicho nada hasta el momento. En realidad, no sabía si tenía que seguir entregando sus artículos los martes. Se agobió un poco por la incertidumbre.

Entró en la redacción. Como casi siempre, Alba ni levantó la cabeza de su mesa.

Mientras alcanzaba su puesto de trabajo, todos sus compañeros la iban felicitando por su intervención de ayer en la radio.

—Ya ha llegado nuestra estrella particular —dijo Tere, estampándole dos besos en la cara.

Fabio también la felicitó.

—Ya te dije que este no es tu sitio. Aunque no lo creas, lo tuyo es la radio e incluso quien sabe si la televisión, en un futuro. No me extrañaría lo más mínimo que Fornell haya contratado al arqueólogo ese, porque también lo ve venir, como yo y tanta gente en la redacción.

—¿Qué veis venir exactamente? —preguntó Rebeca, con curiosidad.

—Que pronto te ofrecerán un programa de radio, primero en una emisora local de poco alcance y con una audiencia más bien modesta, que, sin embargo, tendrá mucho éxito entre su nicho de público. Luego te propondrán ser tertuliana en cualquier programa nacional, para acabar dirigiendo tu propio *magazine*. De ahí a la televisión tan solo hay un pequeño paso, incluso compaginando trabajos. En definitiva, que queda muy poco para que abandones *La Crónica*. Fornell es

mucho más listo de lo que parece y lleva de director del periódico casi toda su vida. Eso es lo que ve venir.

Rebeca no pudo evitar reírse de la ocurrencia de Fabio, pero la realidad es que el primer paso ya estaba en vías de suceder, había acertado.

—Desde luego qué idioteces pasan por tu cabeza —le contestó.

—Yo también opino lo mismo, no es ninguna tontería —dijo Tere.

—Por cierto, ¿dónde está Fernando? —preguntó Rebeca, que no lo veía por ningún lado.

Tere se sobresaltó.

—¡Ostras! ¡Qué se nos había olvidado!

—¿El qué?

—Está con Fornell, y nos ha dicho que fueras a su despacho en cuánto llegaras —dijo Tere, con voz apurada—. Casi se nos olvida decírtelo, perdona.

No había terminado la frase cuando Rebeca ya vio venir a Alba en dirección a ella. Se adelantó.

—Ya sé Alba. El director me espera en su despacho urgentemente.

—Sí, por favor —le contesto Alba, con una pequeña sonrisa.

Rebeca se quedó observando a Alba con detenimiento. Aquella no parecía la original. «¿Sería su gemela?», se preguntó. «¿Para qué se intercambiarán?».

Marchó en dirección al despacho del director Bernat Fornell. Llamó a su puerta y escuchó un «adelante» desde el interior. Entró. En una de las sillas estaba sentado su compañero Fernando del Rey. Más que sentado parecía plantado, todo recto como si se hubiera tragado un palo.

—Buenos días Rebeca, anda, toma asiento —dijo Fornell.

—Buenos días a ambos —contestó.

—Fernando acaba de llegar, te estábamos esperando para empezar la conversación.

—Pues aquí me tenéis, ya podemos comenzar —dijo una sonriente Rebeca.

—El objetivo de esta reunión es organizar la nueva sección del periódico, tal y como os comenté la semana pasada. Como también os dije, ahora saldrán dos artículos semanales. El que se publica los miércoles lo seguirá firmando Rebeca, en su línea habitual. No hace falta que le dé ninguna instrucción, ya sabe de sobra lo que tiene que hacer, ¿no es cierto?

—Si no quiere ningún cambio, así es —contestó Rebeca.

—Cuando algo funciona bien, ¿para qué modificarlo? Ni siquiera voy a tocar el día de su publicación.

—Lo que usted mande, señor Fornell.

—En cuanto al nuevo artículo, se publicará los viernes. Le quiero dar un nuevo enfoque, diferente a los artículos de Rebeca. Ella se centra en curiosidades

de personajes o hechos históricos. Sin embargo, en los artículos que firmará Fernando los viernes quiero que haga hincapié en misterios arqueológicos, pero sin perder el toque de rigurosidad de Rebeca y, sobre todo sus finales.

—¿Qué quiere decir exactamente con esa última frase? —preguntó Rebeca, intrigada.

—Como resumen general, lo que quiero es que revises lo que escribe Fernando, al menos al principio —dijo Fornell mirando a Rebeca.

Ahora el director se giró hacia su compañero.

—No te lo tomes a mal, he leído artículos tuyos publicados en revistas y me gustan mucho, por eso estás en el equipo de *La Crónica*, pero Rebeca tiene una forma de escribir que da sensación de rigurosidad, aunque el acontecimiento que esté narrando no esté plenamente verificado desde un punto de vista histórico. Transmite seguridad. Además, la verdadera clave de sus escritos, si te fijas con atención, son sus finales. Consigue que el lector esté esperando el siguiente artículo. Es uno de sus secretos, aunque ella no se lo cuente a nadie, ni siquiera a mí.

«¡Caramba con el director!», pensó Rebeca. «Resulta que, no solo le interesan mis artículos, sino que además los analiza con sorprendente precisión. Es toda una sorpresa. Va a resultar que es inteligente de verdad».

Rebeca tomó la palabra.

—Señor Fornell, usted es un periodista de raza. Sabe que, muchas veces, es más complicado revisar y corregir artículos escritos por otras personas que empezar desde el principio. No me está pidiendo una labor sencilla, cada uno tiene su estilo, y si los mezclamos, esto no va a funcionar.

Bernat Fornell se quedó mirando a Rebeca.

—Mira que es difícil, pero cada día me sorprendes más. Para no ser periodista sabes mucho más que la mayoría de mi plantilla. Curioso. En realidad, no te estoy pidiendo eso.

—Pues es lo que me ha parecido entender —contestó Rebeca.

Fornell se levantó de su silla y se puso a caminar por su despacho. No era nada habitual.

—¿Sabes por qué he elegido a Fernando del Rey y no a otra persona? ¿Sabes por qué su proceso de selección ha sido el más largo en toda la historia de *La Crónica*? —preguntó el director.

—Supongo que serán preguntas retóricas —dijo Rebeca.

—Lo son. He estado buscando un clon de Rebeca Mercader. Ya sabía que eso era imposible, no existe tal persona, porque eres única, pero Fernando es lo más parecido que he encontrado a ti en toda España, te lo aseguro. Vuestros estilos de escritura, vuestra manera de enfocar los temas y hasta vuestra inteligencia son

extremadamente parecidos.

Fernando y Rebeca se quedaron mirándose, algo cohibidos por la situación, sin atreverse a hablar.

—No os va a costar tanto trabajar entre vosotros —dijo Fornell—. Os parecéis mucho, os lo puedo asegurar.

—Lo intentaremos, a ver qué conseguimos —concluyó Rebeca.

Fernando no había abierto la boca en toda la reunión, y así siguió hasta el final.

—Por cierto, Rebeca, acepta la oferta de Carlos Conejos en la radio. Estoy seguro de que lo vas a hacer de maravilla, y es verdad que tenemos un problema en el segmento de edad que tú representas. No nos escucha mucha gente joven en nuestra fórmula convencional. Necesita esa frescura natural que tú tienes, aunque no te des cuenta. Tienes todo mi apoyo. Es una buena oportunidad —concluyó la reunión el director, como siempre, sentándose en su mesa, sin despedirse, centrándose en los papeles que tenía delante y desentendiéndose de sus invitados.

«¿Quién narices es Bernat Fornell?», pensó Rebeca, mientras salía de su despacho. «Me parece que voy a tener que interesarme por él de una manera más seria que hasta ahora, y de paso también por Fernando».

Haría bien.

## 21 DE FEBRERO DE 1525

—Hemos constituido el tribunal de Valencia del Santo Oficio de la inquisición, en versión juvenil —dijo Jero, con una seriedad muy poco habitual en él, y eso que no era la alegría de la huerta.

Batiste se quedó mirando a su amigo.

«Definitivamente se ha vuelto loco», pensó, pero permaneció callado porque Jero poseía una mente muy brillante, pero, sobre todo, muy rápida. En la escuela Batiste sacaba mejores notas que él, pero Jero era siempre el más rápido en los razonamientos, aun siendo varios años más joven.

Jero siguió con su exposición.

—Hemos nombrado a Batiste inquisidor, yo soy el promotor fiscal y tú eres, como no podía ser de otra manera, el receptor del Santo Oficio. Hemos tardado diez días en decírtelo porque no sabíamos cómo te lo ibas a tomar.

—¿Por qué? —preguntó extrañado Amador.

—Porque, de los presentes, el único que tiene relación directa con la inquisición, al menos su familia, eres tú —mintió descaradamente Jero—, además, en un puesto destacado. No sabíamos si te iba a sentar bien la idea, al fin y al cabo, tu padre y tú tenéis el mismo cargo, en la realidad y en la ficción. Era un tema que veíamos delicado de explicártelo, no sabíamos si te iba a gustar o te ibas a enfadar con nuestra ocurrencia. No veíamos el momento adecuado para contártelo.

Batiste estaba aguantándose la risa pensando qué diría Amador si supiera que el padre de Jero era don Alonso Manrique de Lara y Solís, arzobispo de Sevilla, pero sobre todo inquisidor general de España, es decir, la figura máxima del Santo Oficio en todo el reino, además del jefe supremo del padre de Amador.

—¿Por qué me iba a enfadar? De hecho, me gusta la idea, puede ser divertida —dijo Amador, que le había cambiado el semblante—. No me siento superior a vosotros porque mi padre sea una personalidad de la inquisición —mintió de

forma evidente.

—Habíamos pensado empezar nuestras investigaciones con el único caso que conocemos un poco más a fondo, que es el de Luis Vives Valeriola y su mujer Blanquina March. Hemos escuchado debates del Santo Oficio auténticos acerca de Luis, hemos escuchado como redactaban el auto de fe y la sentencia que le relajaba al brazo secular, hemos asistido a ese auto de fe y también hemos escuchado el enfado de tu padre por la reclamación de la dote de las hijas de Blanquina March. Es el caso ideal para empezar nuestro tribunal y nuestras pesquisas. porque no comenzamos de cero.

—Me parece muy buena idea —dijo Amador, que parecía que se iba animando conforme avanzaba la conversación.

Batiste estaba callado, deslumbrado por la brillantez de aquel enano de nueve años llamado Jero. Ni él mismo hubiera sido capaz de mejorar el tremendo cuento que se había inventado en apenas unos segundos. Era un pequeño genio de la improvisación. De todas maneras, a pesar de que Amador había picado el anzuelo, aún tenía la sensación que faltaba un último empujón.

—Pero parece que un tribunal de solo tres personas se queda un poco corto de miembros, quizá nos falte añadirle a alguien, por ejemplo, la figura del notario escribano o de penitencias. Necesitaremos alguien que redacte nuestras actas y que plasme nuestras decisiones —dijo Jero.

—¿Incluir a otra persona? —preguntó Amador, no demasiado convencido.

—Sí. Sabemos que te llevas muy bien con Arnau Ruisánchez, tu compañero de mesa en la escuela. Batiste y habíamos pensado en proponértelo para que fuera incluso tu ayudante, al igual que ocurre en la realidad. Por ejemplo, tu padre, que es una gran personalidad del Santo Oficio local, tiene por debajo de él al notario de penitencias, que creo que nos dijiste que se llamaba Juan Argent, ¿no es así?

Parecía que Jero había leído la mente de Batiste. Ya le había introducido el anzuelo en la boca, ahora le estaba dando el tirón definitivo. El pez había picado con total seguridad. La vanidad de Amador era su punto débil, y aquel mocoso de nueve años se había dado cuenta y la estaba explotando a la perfección.

—Sí, tienes buena memoria, así se llama. Me parece muy buena ocurrencia la que habéis tenido los dos —dijo Amador, que ahora parecía emocionado—. De vez en cuando pensáis y hasta tenéis buenas ideas.

Batiste decidió intervenir en la conversación. No resultaba normal que hubiera estado completamente callado mientras Jero explicaba el supuesto tribunal que se acababa de inventar, y más cuándo él mismo iba a ser el jefe, el señor inquisidor. Iba a darle el toque final a la maestría de Jero.

—Pero para investigar necesitaremos dos cosas. Por una parte, espiar a través

de la rejilla de la habitación de Jero las reuniones en la sala principal del Santo Oficio, de eso se encargará nuestro menudo amigo. Pero por otra parte también precisaremos documentación, para poder analizarla y dictar sentencias. De eso debes ocuparte tú, Amador —dijo Batiste.

—No os preocupéis. Mi padre ya ha perdido el interés por los documentos de Blanquina March, por eso los ha subido a la parte superior de su despacho, dónde almacena cientos de expedientes inútiles que jamás volverá a mirar en su vida. Creo que lo puedo conseguir con facilidad, y, sobre todo, sin que advierta su ausencia —contestó Amador.

—Eso es precisamente lo que intentaba hacer yo el día que me di el porrazo en tu casa —dijo Batiste—, lo que pasa es que nos daba vergüenza decírtelo. Pensamos en hacerlo primero y contarlo después. Pero eres demasiado inteligente para nosotros. Nos has descubierto a mitad del juego. Era una sorpresa.

Amador se infló como un pavo real y se puso serio.

—No tenías que haberte arriesgado de esa manera. Si hubierais hablado antes conmigo os lo podría haber conseguido con facilidad, sin tantas complicaciones, y sobre todo, sin accidentes —dijo Amador, mientras miraba a Batiste, que estaba alucinado.

«No sé cómo lo hace el renacuajo este, pero ha conseguido transformar una desgraciada pillada en una gran ventaja para nosotros. Sin saberlo, creyendo que juega, Amador va a espiar a su padre y nos va a facilitar información confidencial», se dijo Batiste, pensando en Jero. «Y todo ello se le ha ocurrido en tan solo unos segundos, es prodigioso».

«Estoy seguro de que, cuando sea adulto, Jerónimo Manrique alcanzará honores y cargos muy parecidos a los de su padre, don Alonso, no me cabe ninguna duda», siguió pensando Batiste.

Profético.

## EN LA ACTUALIDAD, MARTES 2 DE OCTUBRE

—Disculpa Fernando, hoy es martes y tengo que terminar mi artículo para la edición de mañana. ¿Te importa que me ponga con el ordenador y luego, cuando haya terminado, hablamos? No quiero parecer descortés —dijo Rebeca, con el tono más amable que le salió.

—Por supuesto. Termina el trabajo y luego charlamos.

Rebeca abrió el cajón de su mesa y tomó una carpeta. Se puso ante el ordenador. Realmente el artículo lo tenía prácticamente terminado, pero le apetecía reflexionar, cara al monitor, acerca de todo lo que había escuchado en el despacho del director Fornell.

«Primero voy a concluir el artículo y luego ya pienso un poco», se dijo.

Así lo hizo. En apenas una hora ya lo había terminado y lo envió para su publicación en la edición de mañana del periódico. Disimuló como si estuviera trabajando con el ordenador y se puso a pensar. Tenía que reconocer que estaba desconcertada. Con Fornell y con Fernando. No sabía qué pensar exactamente de la unión tan dispar de esos dos personajes. La primera conclusión que sacó es que tenía que investigarlos de alguna manera. En casi cuatro años en *La Crónica*, se podría decir que apenas conocía al director, y las palabras que este les había dirigido en el despacho le habían dejado un tanto descolocada, porque demostraba que él sí que los conocía, y con respecto a Rebeca, bastante mejor de lo que ella se imaginaba. Siempre había tenido la impresión de que no se tomaba ningún interés ni por ella ni por su sección. Estaba claro que se equivocaba.

«¿Para qué ha estado meses el director Fornell buscando un clon mío?», se preguntaba Rebeca, sin alcanzar a comprender la respuesta. «Lo gracioso es que lo que no sabe es que, en realidad, sí que lo tengo, Carlota», pensó, mientras sonreía. «Además, para clones ya tiene a las gemelas Alba en su propia redacción».

Ahora que lo pensaba mejor, tampoco es que conociera el medio de

comunicación en el que trabajaba. Jamás se había interesado por él como empresa.

«Voy a empezar por ahí, por los cimientos, luego ya iré subiendo», se dijo.

Accedió a la página web del periódico e hizo clic con el ratón en el enlace de «Información corporativa» dentro del portal de transparencia. Venían un montón de datos económicos que no le interesaban en absoluto. Vio un apartado que ponía «accionistas». Entró en el enlace.

«¡Caramba!», pensó Rebeca de inmediato. El periódico era propiedad de una sociedad anónima, que a su vez tenía tres únicos accionistas. La mayoría del capital social de dicha mercantil, un 62 %, estaba en manos de una empresa de comunicación muy conocida de ámbito estatal, que a su vez era propietaria y controlaba muchos medios de comunicación por toda España, tanto escritos como radiofónicos e incluso televisivos. Rebeca conocía la mayoría de ellos.

«De medio modesto nada, quizá *La Crónica*, de forma individual lo sea, pero desde luego no su grupo», se dijo Rebeca, recordando la frase favorita del director Fornell. El segundo accionista de esa empresa, con un 20 % era un fondo de inversión extranjero, y el tercer y último propietario, con el restante 18 % era...

—¡Esto no me lo esperaba! —dijo Rebeca sorprendida, en voz alta, de forma involuntaria.

Tere, Fabio y Fernando levantaron sus cabezas.

—¿Qué es lo que no te esperabas? —preguntó Tere.

Rebeca se quedó momentáneamente descolocada. No quería decirlo, tan solo pensarlo.

—Nada, nada. Que me acabo de encontrar con una sorpresa que no me esperaba en mi artículo de hoy. Me va a tocar modificarlo un poco —Rebeca intentó arreglarlo como pudo.

Vio que Fernando la observaba. No tenía buen ángulo para ver su monitor, por lo cual se despreocupó.

«¿Quién lo diría?», pensó Rebeca, que aún seguía sorprendida por lo que acababa de averiguar.

«Bernat Fornell no solo es el director del periódico, también es su propietario».

Se puso a pensar en las implicaciones. Un 18 % de ese grupo de medios debía valer una fortuna. El director era un hombre rico. «¿Qué hace trabajando en ese puesto tan gris?», Rebeca no lo comprendía. Desde el principio, siempre tuvo la sensación que esa capa de aparente dejadez y falta de interés por todo, que manifestaba el director Fornell de forma constante, era impostada. Era un papel que interpretaba alguien que debía ser muy inteligente para hacerlo tan bien,

porque tenía engañada a toda la redacción. «A todo el personal menos a una persona, a partir de ahora», se dijo Rebeca.

Tecleó en *Google* «Fernando del Rey arqueólogo», a ver qué información le aparecía de su nuevo compañero. Lo primero fue su tesis doctoral. «¡Caramba, que era doctor no me lo había mencionado!», pensó sorprendida. «Me dijo exactamente lo contrario», rememoró, Rebeca, «que la carrera le había costado muchos años porque se la tomó con calma, incluso fue tuno y disfrutó de las juergas universitarias». Rebeca estaba desconcertada. Parece que le había escondido algún detalle o directamente le había mentido. «¿Para qué?», se decía sin comprenderlo. «¿Otro que se esfuerza en esconder sus méritos?». Esto parecía el mundo al revés.

Empezó a leerla. Era buena. Siguió leyéndola. Buena no, muy buena. Sin darse cuenta estuvo media hora con ella. Ahora comprendió, en parte, lo que el director Fornell quiso decir en la reunión que habían mantenido hacía un momento en su despacho. Su estilo de escritura, aunque no era igual al de Rebeca, también enganchaba con facilidad. Incluso cuando aportaba aburridos datos técnicos, lo hacía con un estilo entretenido, intercalando entre ellos comentarios curiosos y destacando lo verdaderamente importante. Sabía separar el grano de la paja. Eso también lo hacía Rebeca.

Dejó la tesis y siguió mirando los resultados de *Google*. «¡Caramba, segunda sorpresa!», se dijo. Había participado en un programa universitario experimental para gente con cocientes intelectuales altos, es decir, lo que comúnmente se conoce como superdotados. Además, había escrito un libro, una especie de guía arqueológica de la península ibérica. Lo buscó en *Amazon* y se lo compró, ya tendría tiempo de leerlo con tranquilidad.

«Fornell no da puntada sin hilo», pensó Rebeca. «Está claro que tenemos algunos aspectos en común, pero eso no garantiza que nos vayamos a llevar bien ni que seamos capaces de trabajar en equipo. Debe haber algo más».

Siguió leyendo en *Google*, Fernando había conseguido despertar su curiosidad. Hizo clic con el ratón en el apartado de imágenes del buscador. Allí aparecían su foto de la orla y algunas vestidas de tuno.

«¡Qué gracioso!», pensó. «Está hasta guapo, y mira que vestido de tuno es complicado».

De repente, Rebeca se cayó de la silla de forma aparatosa. Casi si golpea la cabeza con la mesa.

—¿Te encuentras bien? —dijo inmediatamente Tere, cuando la vio en el suelo. Fernando y Fabio también se acercaron.

—Sí, no os preocupéis, las ruedas de la silla me han jugado una mala pasada —contestó, al mismo tiempo que se lanzaba sobre el ordenador para quitar esa

foto de la pantalla.

Fernando seguía observándola.

Rebeca se recompuso como pudo. Cerró el ordenador. Ahora mismo, con las fotos que acababa de ver, no se veía capaz de mantener esa conversación pendiente con Fernando. Imposible. Decidió aplazarla hasta que terminara de encajar todas las piezas, que no eran pocas. Tampoco sabía, ahora mismo, ni cómo reaccionar. Decidió dirigirse a su compañero.

—Discúlpame Fernando, no sé qué me ha podido ocurrir. Seguramente me habré mareado por un pequeño instante, por eso me he resbalado con la silla y me he caído. Me voy a ir a casa. ¿Te importa que aplacemos la conversación que tenemos pendiente hasta mañana?

—Por supuesto que no, Rebeca.

—Gracias.

—¿Quieres que te lleve en coche a casa? Sé que vienes a la redacción en bicicleta. Si estás mareada, quizá no sea una buena idea volver con ella.

—Te lo agradezco de verdad, pero ya se me ha pasado. Además, me vendrá bien sentir el aire en la cara.

—Como quieras, espero que te mejores, mañana nos vemos —se despidió con una sonrisa.

A pesar de lo que acababa de averiguar, tenía que reconocer que Fernando era un encanto. Una cosa no quitaba a la otra, a pesar de que la «cosa» fuera completamente inexplicable e insólita.

«Sin duda tengo que pensar en esas fotos perturbadoras», pensó. «¿Qué tienen qué ver entre sí?».

## 22 DE FEBRERO DE 1525

—¿Aceptarías el nombramiento como notario escribano y de penitencias del tribunal de Valencia del Santo Oficio de la inquisición?

Arnau Ruisánchez se quedó mirando a Batiste como si su amigo hubiera perdido la razón.

—¿Te encuentras bien del golpe de la cabeza? ¿Es una recaída? —preguntó sorprendido Arnau.

—Me encuentro perfectamente. Estás hablando ahora mismo con el señor inquisidor del tribunal de la ciudad —le dijo todo serio Batiste.

Arnau se giró a mirar a Amador y a Jero, que también estaban presentes en la conversación, buscando una explicación a aquel aparente sinsentido.

—Llevar de vuelta a vuestro amigo al maestre médico cuánto antes —dijo Arnau, que no comprendía nada.

—Serías mi ayudante. Yo soy el receptor del Santo Oficio —dijo Amador.

—No, el receptor de la inquisición en la ciudad es tu padre, don Cristóbal, que parece idiota. No eres tú.

—No nos entiendes —intervino Jero.

—¿Tú también has perdido la razón? No me lo esperaba, siempre me has parecido el más sensato de toda esta panda de descerebrados —dijo Arnau, señalando al resto del grupo.

—Te repito la pregunta, ¿aceptas el cargo de notario escribano y de penitencias, dependiente del receptor real don Amador? —preguntó Batiste, que tenía que hacer esfuerzos para que no se le escapara la risa.

—Acepto el cargo de rey. Gobernaré como Arnau I de España y también acepto el cargo de emperador del Sacro Imperio Germánico, como Arnau I. No creo que haya ningún germánico que se haya llamado Arnau antes que yo, así que seré el primero. Es para mí un honor. Podéis postraros ante mí, mis súbditos, igual hasta os concedo algún ducado.

Ya no se pudieron aguantar, y tanto Batiste como Amador y Jero se echaron a reír.

—¡Idiota! —exclamó Amador—. Si se trata de un juego. Por supuesto que no ostentamos esos cargos en la realidad, bueno, mi padre es el único que sí.

Batiste sonreía por lo bajo. Si Amador llega a saber quién era el padre de Jero, le hubiera dado un *tabardillo* hace tiempo.

—¿Cómo un juego? —preguntó interesado Arnau.

—Sí, se trata de simular que somos el tribunal de Valencia del Santo Oficio de la inquisición. Batiste es el señor inquisidor, Jero el promotor fiscal, tú el notario escribano y de penitencias, y yo como mi padre, el receptor —dijo Amador.

Arnau no entendía nada.

—¿Y qué sentido tiene ese juego?

—Investigar un caso de lo más misterioso —le contestó el propio Amador.

—¿De verdad que no me estáis tomando el pelo? —preguntó Arnau, que seguía sin comprender el propósito de todo aquello.

—No, todo es real, hasta el caso que vamos a investigar —dijo Jero, que parecía divertido.

Batiste le explicó brevemente todo el caso de Luis Vives Valeriola y de su mujer Blanquina March.

—Y si el caso es de verdad, ¿de dónde pensáis obtener la información documental? ¿Se la vais a pedir prestada a los señores inquisidores auténticos? —preguntó Arnau, que aún no se creía lo que estaba escuchando.

—No, los documentos los va a conseguir Amador porque los tiene su padre en su casa, archivados en su despacho. Y asistiremos a alguna sesión del Santo Oficio en la realidad, con los inquisidores auténticos —dijo Batiste.

Ahora el que se echó a reír fue Arnau.

—Claro, y yo me lo voy a creer.

—¿Por qué no aceptas y ya está? —preguntó Amador—. ¿Qué tienes que perder?

—Tiempo —le contestó Arnau.

—¿Y si resulta que te gusta? —preguntó Jero—. Mira con quién vas a jugar, sabes que nos solemos divertir.

«En eso tiene razón Jero», pensó Arnau. Siempre se lo pasaba bien jugando con ellos, aunque lo que le estaban proponiendo ahora le pareciera algo descabellado y sin sentido. Se lo pensó un momento.

—Bueno, está bien. Acepto, pero tan solo de forma temporal.

—No se acepta un cargo de tanta importancia como notario del Santo Oficio de forma temporal —dijo muy serio Batiste—. No puedes renunciar a mitad del ejercicio de tu cargo.

—¿Te estás escuchando? Definitivamente te han quedado secuelas del trompazo en la cabeza.

—Batiste tiene razón, debes de aceptar el cargo de forma definitiva —dijo Jero con voz muy grave—. Temporal no vale.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Y por qué?

—Porque vas a conocer secretos que debes jurar no revelar jamás. Eso es incompatible con aceptar un cargo de forma temporal —intervino Batiste—. Ya sabes que el Santo Oficio se basa en el secreto de sus deliberaciones y de sus decisiones.

—¿Secretos? Anda, decirme uno, por ejemplo, a ver si me lo creo y logro entender toda esta tontería.

Jero se anticipó a sus compañeros.

—Nuestro lugar habitual de reunión. Te aseguro que te va a sorprender —dijo, con media sonrisa.

—A ver, ¿cuál es, listillos? ¿El Palacio Real? —dijo Arnau, intentando hacerse el gracioso.

—Exactamente, y más concretamente el ala que ocupa en tribunal del Santo Oficio de la ciudad —contestó Jero, muy serio.

Arnau se echó a reír otra vez.

—Y para la próxima reunión, ¿qué creéis que es más apropiado? ¿Qué me ponga la corona de rey o de emperador? —preguntó, mofándose de toda aquella historia, sin sentido a sus ojos.

Jero permanecía serio.

—Esta tarde, a las siete y media en la puerta del Palacio Real. No os retraséis porque avisaré al alguacil Damián que llegaréis a esa hora exacta, y es muy puntilloso—dijo.

—¡Oye! ¿Cómo sabes que el alguacil se llama Damián? Mi padre lo conoce —dijo sorprendido Arnau.

—Es un buen tipo, aunque ese aspecto de grandote y las malas pulgas que se gasta lo camufle un poco, pero a mí siempre me trata con mucho respeto y educación —contestó Jero—. A veces las apariencias engañan. No es lo que parece.

—¡Es exactamente así! —exclamó Arnau, con la boca abierta de la sorpresa—. ¿Cómo lo puedes saber?

—¿Quieres conocer más secretos de nuestro grupo? Pues a las siete y media en la puerta del palacio —sentenció Batiste.

Arnau se quedó sin saber qué decir.

«¿Qué significaba todo aquello?».

## EN LA ACTUALIDAD, MARTES 2 DE OCTUBRE

—¿Qué pasa hoy en el *pub*, están de reformas en nuestro rincón habitual? —dijo Charly, nada más llegar.

Todos los martes, un grupo de amigos que eran antiguos alumnos del colegio Albert Tatay y algunos que se habían incorporado con posterioridad, se reunían en el *pub* Kilkenny's, en la plaza de la Reina, siempre a las siete de la tarde. Tenían su sitio reservado, un rincón en el fondo del *pub*, pero hoy estaba precintado y no podían acceder. Se hacían llamar *Speaker's Club*, y su rincón habitual, como había comentado Charly, lo habían bautizado como el *Speaker's Corner*, en homenaje al verdadero rincón que encuentra en Londres, en el Hyde Park.

Dan, el camarero inglés, salió a su encuentro de inmediato.

—Sí, pero no os preocupéis. Os hemos reubicado al otro lado de la escalera. Será un poco más incómodo porque el espacio es más reducido, pero tan solo será temporalmente.

En su rincón habitual había instalados unos biombos con unos adhesivos de una empresa de reformas. No dejaban ver el interior.

—Bueno, si tan solo es por un fin de semana, nos conformaremos —dijo Charly, con un gesto guasón de resignación.

—Quizá sean dos —le contestó Dan—. O alguno más.

—Ya me lo estás poniendo difícil.

De repente, apareció Rebeca.

—¿De dónde has salido? —le preguntó Charly, mientras le daba dos besos.

—Acabo de entrar por la puerta, lo que pasa es que no me has visto porque estabas de espaldas hablando con Dan.

—Es cierto. ¿Has visto lo que han hecho con nuestro *Speaker's Corner*? Nos lo han clausurado.

—Parece una reforma.

—Así es —contestó Dan—, pero no os preocupéis, terminará pronto.

Poco a poco fueron llegando el resto de miembros del *Speaker's Club*. Todos preguntaban lo mismo, y todos recibían la misma respuesta. Su rincón estaba clausurado temporalmente, por obras. Se acomodaron como pudieron en el nuevo espacio. Aunque más apretados, cabían de sobra.

—Rebeca, eres toda una estrella. Ayer te escuché en la radio —dijo Almu—. ¿Sabes que en la cadena te promocionan y todo? El sábado, que estaba con la radio encendida y pusieron una cuña anunciando tu intervención en el programa del lunes de *Buenos días*. ¡Una cuña tan solo con tu nombre!

Rebeca se sorprendió.

—No sabía nada, nadie me lo había contado, para variar. Siempre soy la última en enterarme de todo lo que ocurre a mi alrededor.

—Además, hablas como si hubieras sido locutora radiofónica toda tu vida —comentó Carmen—. No se nota nada que eres una novata.

—La verdad es que Javi Escarche y Mar Maluenda ayudan mucho. Son muy simpáticos conmigo. Hay muy buen ambiente de trabajo y eso siempre hace que te relajés —respondió Rebeca.

—Te acabarás dejando *La Crónica* —dijo Fede—. Lo tuyo es la radio.

—Ya hablas igual que el queso —le contestó Rebeca, con un tono socarrón.

—¿Los quesos hablan? —preguntó Charly—. Me parece que alguien se ha comido alguna seta de esas divertidas.

Rebeca se rio.

—Disculpad, me paso casi todas las mañanas en el periódico y a veces me olvido que no estoy allí. Mi compañera Teresa y yo apodamos «el queso» a un compañero de trabajo que se llama Fabio.

—¡Yo lo conozco! —respondió de inmediato Carlota—. Está para comérselo, pero sin dejar ni la piel de cera que lo cubre.

—¡Carlota, que te acaloras! —exclamó Charly, riéndose.

—Seguro que si lo conocieras personalmente, te acalorarías tú también —contestó Carlota, riéndose con su amigo, imaginándose por un momento una escena con Charly y Fabio a la vez.

«Voy a borrar de inmediato esa imagen de mi cabeza, que me acabaré acalorando de verdad», se dijo Carlota, que no podía parar de reír.

—¿Por qué desconvocaste la reunión del martes pasado? —preguntó Bonet, cambiando de tema—. Hacía tiempo que no lo hacías. Sin contar la pausa veraniega, creo que fue el primer martes que no nos reunimos en el último año, que yo recuerde.

Era cierto. Rebeca la había anulado porque esa misma noche la habían convocado a una reunión del Gran Consejo. Había comido con Carlota, y le

había informado del lugar de su celebración. El Gran Consejo iba a tener lugar en la monumental Iglesia de San Nicolás. Estaba muy nerviosa y no tenía el cuerpo para reuniones del *Speaker's Club*.

—No me encontraba muy bien —mintió—, pero, de todas maneras, hoy os lo voy a compensar sobradamente. Tengo algo importante que compartir con vosotros.

—¿Nos lo vas a compensar, dices? Por ejemplo, ¿con un baile *sexy* al estilo de Salma Hayek en *Abierto hasta el amanecer*? —saltó Charly, que estaba en todas—. Te limpio la mesa en diez segundos para tu *show*, si hace falta hasta con la lengua, y te prometo poner la misma cara de alucinado que Tarantino, cuando le das de beber con el pie en su boca.

—¡Yo me pido el papel de serpiente! —dijo Fede de inmediato.

Todos se pusieron a reír, imaginándose la escena.

—¡Ya os gustaría a vosotros dos! —les respondió Rebeca—. Bueno, y a mí. Un baile así no me sale, aunque me pasara años ensayándolo. Como el de Uma Thurman en *Pulp Fiction*. Están fuera de mi alcance.

—¡Quita, quita! Te saldría de sobra. De todas maneras, yo me quedo con el de Salma Hayek —dijo Xavier, interviniendo en la conversación—. Y eso que la Thurman está tremenda en esa película, aunque me gustó más en su papel secundario en *Las amistades peligrosas*. Era mucho más joven.

—¡Qué dices inculto! —le contestó Charly—. No tienes ni idea de cine. Quentin Tarantino y Robert Rodríguez son los puñeteros amos.

Carlota los sacó a todos de su ensimismamiento. Casi se les caía la baba pensando en aquellas escenas tan emblemáticas de la historia del cine, por no definir las de otra manera.

—No, en realidad Rebeca se refiere a otra noticia —dijo de repente—. Una noticia que está muy próxima, ya prácticamente aquí al lado.

Rebeca se sobresaltó de un modo muy evidente. Se quedó mirando a su amiga, ahora hermana.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó nerviosa.

Carlota se quedó mirando a Rebeca también. Creía que se refería a que iba a anunciar el fiestón de su cumpleaños, celebrado de forma conjunta, que pensaban organizar por todo lo alto, dónde anunciarían a sus amigos que eran hermanas, pero por la expresión corporal de Rebeca, dedujo que no debía de tratarse de esa noticia. Inmediatamente cambió de actitud.

—Te dejo que lo digas tú —le contestó, mirándola todavía con más atención. Ahora que lo hacía, Carlota la veía muy nerviosa, algo poco común en Rebeca. «¿Qué está ocurriendo delante de mis narices?». Le fastidiaba no enterarse.

Rebeca se dio perfecta cuenta de que Carlota había comprendido que lo que

iba a anunciar no era la fiesta de cumpleaños, por eso había cambiado tan súbitamente su comportamiento. Suponía que ahora mismo estaría con su mente en ebullición, intentando averiguar de qué se podría tratar.

Ni en un millón de años lo hubiera averiguado.

## 22 DE FEBRERO DE 1525

—Hola, Amador —dijo Arnau, que se encontró a su amigo camino del Palacio Real.

—Hola, Arnau, ¡nos vamos a divertir, ya lo verás!

Arnau no sabía qué pensar. Sus tres amigos, Amador, Batiste y Jero eran de los más normales de la escuela. No eran conflictivos ni mentirosos ninguno de los tres, sin embargo, lo que le habían propuesto le parecía descabellado. Entrar en el Palacio Real, sede del Santo Oficio, se le antojaba imposible e inverosímil. Suponía que se trataba de algún juego y simularían que entraban, quedándose en el gran jardín que estaba junto al palacio, a jugar.

Los dos llegaron a la puerta del Palacio Real. Batiste les estaba esperando.

—¡Venga, que parecéis caracoles, que no vamos a llegar a tiempo! —les apremió.

—¿No esperamos a que llegue Jero? —preguntó extrañado Arnau.

—Jero ya ha llegado —le contestó Batiste, con una sonrisa de lo más enigmática.

«¿Ya ha llegado? ¿Y dónde está? Sigo sin entender nada de todo este juego», pensó.

Se acercaron hacia el alguacil de la puerta principal. Arnau tuvo la misma sensación que Batiste y Amador la primera vez que se acercaron a aquella mole de persona. Esperaba que les pegara una patada en el culo, en cuánto los viera llegar.

—Hola, Damián —le saludó Batiste.

«Ahora es cuándo toca la patada», pensaba acobardado Arnau.

—Hola, Batiste. Veo que hoy venís con un amigo nuevo, que además conozco. ¿Cómo están tus padres, Arnau?

Aquello lo dejó desarmado. No se esperaba esa reacción por parte del alguacil.

—Muy bien, gracias por preguntar Damián. ¿Y tu familia?

—Todos bien, gracias a Dios. Bueno, anda acompañarme, que llegáis un poco tarde y luego tengo problemas con el servicio.

Les franqueo el acceso al Palacio Real. Arnau llevaba la boca abierta, entre la tremenda sorpresa y lo que estaba viendo delante de sus ojos. La entrada era espectacular, con una escalera preciosa.

—Podéis subir, Jerónimo me ha dicho que os espera en el salón de la chimenea —dijo Damián.

Los tres entraron y subieron por la majestuosa escalera. Al llegar arriba, Arnau se puso delante de sus dos amigos.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó, sin comprender nada.

—Ya te dijimos que el palacio iba a ser nuestro lugar de reuniones, pero no nos creíste —le contestó Batiste.

—¿Y cómo que Jero nos espera en el salón de la chimenea? ¿Qué hace allí? ¿Ha llegado antes que nosotros?

—Anda Arnau, deja hacer preguntas y vamos al encuentro de Jero. Pronto comprenderás algunas cosas que desconoces.

Arnau se dejó llevar. Iba andando por el pasillo como un fantasma. No dejaba de mirar cada detalle, estaba claramente sorprendido. Batiste, que lo estaba observando, no pudo evitar sonreír. Recordaba que él hizo lo mismo la primera vez que pasó por allí.

Llegaron a la puerta que daba acceso al salón de la chimenea. La abrieron y entraron. Allí estaba Jero sentado en uno de los butacones.

—¿Por qué no nos has esperado en la puerta? —preguntó extrañado Arnau.

—Porque ya le había dicho a Damián que os dijera que os esperaba en este salón. Además, ¿para qué iba a salir para volver a entrar?

—¿Salir para volver a entrar? ¿Eso qué quiere decir?

Jero soltó la primera bomba.

—Yo vivo aquí, esta es mi casa.

Arnau se lo quedó mirando. No tenía cara de estar bromeando. Pensó lo más lógico y se lo preguntó directamente.

—¿Cuál de los dos inquisidores es tu padre? No tenía ni idea que tuvieran hijos, porque en este ala del palacio tan solo viven don Andrés Palacios y don Juan de Churruca.

Batiste sonrió de nuevo. Jero no les podía contar la verdad y, aunque lo hiciera, jamás le iban a creer. Jugó mentalmente con la idea de decirlo, total, se lo iban a tomar a broma. Lo pensó mejor, no debía poner a su amigo y compañero en un compromiso.

—Mi padre es un poderoso noble sevillano. Yo estudio en vuestra escuela y vivo aquí —contestó Jero. Esa era la respuesta oficial que habían convenido.

—¡Caramba! No sabía que fueras tan rico.

—No lo soy, lo es mi familia.

—Eso es lo mismo.

—Bueno, dejáros de tonterías y pasemos a la acción. Son casi las ocho, la hora que suelen empezar las deliberaciones del Santo Oficio —dijo Batiste.

—Sí, vamos a mi habitación —dijo Jero.

Cuando Arnau vio la estancia que Jero llamaba habitación, casi se cae de espaldas.

—¿Sabes que esta estancia es más grande que toda mi casa, y vivimos siete personas con comodidad?

—Todas las habitaciones del Palacio Real son parecidas. La gente dice que se le conoce como el palacio de las trescientas llaves, porque tiene trescientas habitaciones.

Arnau seguía alucinado.

Jero se dirigió hacia la rejilla de calefacción y quitó los tornillos, retirándola.

—Anda, asómate —le dijo Amador Arnau—. Verás que sorpresa te llevas.

Arnau metió la cabeza en la rejilla y se quedó como un minuto. No parecía reaccionar. Amador, Batiste y Jero, mientras tanto, se reían de la cara de sorpresa que esperaban ver a su amigo cuando levantara la cabeza.

Al fin lo hizo. Su cara reflejaba un gran desconcierto.

—¿Cómo lo sabías? —dijo, dirigiéndose directamente a Amador.

Los tres se quedaron extrañados, no esperaban esa pregunta.

—Cómo sabía, ¿qué? —le contestó Amador.

—Que tu padre iba a estar hoy aquí.

—¿Mi padre está aquí? —respondió Amador, sorprendido.

—Y eso no es lo más fuerte —dijo Arnau, que parecía estupefacto. Tenía la cara desencajada, una mezcla de sorpresa y de temor.

## EN LA ACTUALIDAD, MARTES 2 DE OCTUBRE

—Si la noticia no es el baile de Salma Hayek, todo lo demás ya no me interesa —dijo Charly, con un gesto de fastidio—. ¿Sabes Rebeca que estarías de escándalo con el mismo vestido que llevaba ella en la película?

—Anda, deja de decir tonterías, que lo que os tengo que contar también tiene su gracia —contestó Rebeca.

—¿No me digas que estás saliendo con el queso ese de tu oficina? —preguntó Xavier—. Resulta que Carlota sale con un rollito de verano y tú con un queso. Podríais montar un restaurante a medias.

Todos se rieron.

—No lo llaméis rollito —dijo enfadada Carlota—. Yo puedo hacerlo, pero vosotros no.

Rebeca también parecía enfadada.

—¡Qué pesados! ¿Cuántas veces os he dicho que ni tengo pareja ni ganas de tenerla? Pero ahora que nombras al rollito de Carlota, perdón, a Álvaro Enguix, es necesario esperarlo. No creo que tarde mucho, cierra la joyería a las siete y media, y ya pasa de esa hora. Estará a punto de llegar.

—Bueno, ¿y si mientras tanto nos bailas un poco? —insistió Charly, al mismo tiempo que escondía su cabeza entre sus brazos, ante el posavasos que le acababa de lanzar Rebeca.

—Eso significa que no cuela, ¿verdad? —dijo Charly, riéndose ante la reacción de su amiga.

En ese mismo momento entraba Álvaro Enguix por la puerta del *pub* Kilkenny's.

—¿Qué es lo que pasa aquí hoy? —preguntó extrañado, observando cómo estaba cerrado, con biombos de construcción opacos, el *Speaker's Corner* y viendo a sus amigos sentados en otro lugar.

—¿Ya ni saludas? —dijo Fede.

—Ahora mismo reparto besos y abrazos, pero me han sorprendido las obras en el *pub*.

Rebeca se puso en pie. Ya estaban todos.

—No hay ninguna obra en el *pub* —anunció en tono solemne.

—¡Qué dices! Si está todo vallado, además nos lo acaba de confirmar Dan —dijo Jaume.

—Eso no quiere decir que realmente haya obras —insistió, ahora en un tono muy misterioso.

—Casi prefiero que bailes, no te entiendo nada —dijo Charly.

—Anda, acompañarme todos. Coger vuestras pintas de cerveza, nos trasladamos.

—¿Adónde? ¿A otra mesa? —preguntó Carmen.

—Hasta al infinito y más allá —dijo Rebeca, imitando la voz de *Buzz Lightyear* de *Toy Story*. Esa misma frase se la había dicho Carlota en el mes de mayo y con su memoria prodigiosa supuso que se acordaría perfectamente. Se quedó mirándola. Tenía esos ojos brillantes tan característicos de su mente a pleno rendimiento. «¿Sería posible que ya lo hubiera descubierto?», se preguntó. Lo dudaba mucho, a pesar de conocer sus habilidades.

Todos hicieron caso a Rebeca y cogieron sus vasos. Se levantaron de la mesa del lado de la escalera.

—¿Y ahora dónde vamos? El *pub* está lleno y no hay ningún sitio libre para poder sentarnos todos juntos —apuntó Carmen.

—Sí que lo hay. Nos vamos a nuestro *Speaker's Corner* de siempre —contestó Rebeca, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pero si está clausurado con vallas.

—Ahora ya no.

Levantaron la vista. La cara de todos los miembros del *Speaker's Club* era antológica, de sorpresa mayúscula. Rebeca se quedó mirando uno a uno, disfrutando del momento. Ahora que se fijaba, había uno que no parecía asombrado, mejor dicho, una. Carlota. Otra vez más.

«Mierda, no hay manera de sorprenderla, ni siquiera con una cosa así de espectacular e inesperada».

## 22 DE FEBRERO DE 1525

—¡Me habían dicho que la petición de Blanquina había sido rechazada! —gritaba don Cristóbal de Medina, receptor del Santo Oficio.

—Y así fue, yo mismo lo hice en persona —le contestó con sorprendente calma don Andrés Palacios, uno de los inquisidores—. Me parece que le envié la resolución a su domicilio.

—Entonces, ¿cómo se explica que acabe de recibir este edicto del tribunal? —dijo fuera de sus casillas el receptor, enseñándoles a ambos inquisidores una misiva.

Don Andrés cogió la carta y la leyó con parsimonia.

—Ya la conozco.

—¡Claro que la conoce! ¡Si la firma usted mismo! —gritaba el receptor, fuera de sus casillas.

—Por eso la conozco —le respondió en un tono algo socarrón.

—¿Acaso me está tomando el pelo? —preguntó don Cristóbal, que cada vez parecía más enfadado. Sin embargo, don Andrés estaba extrañamente calmado. Parecía incluso que estuviera disfrutando con aquella discusión.

Los cuatro amigos, Jero, Batiste Amador y el recién incorporado Arnau estaban asomados en la rejilla, escuchando la conversación. No sabían qué estaba sucediendo, pero aquello no se lo esperaban. Casi ni respiraban para poder escuchar mejor las voces y no perderse ningún detalle.

—¿Qué estamos viendo? —preguntó Arnau.

—La sala oficial del tribunal del Santo Oficio de la ciudad. ¿No te habíamos dicho que íbamos a asistir a alguna reunión? Pues aquí tienes una —le contestó Batiste—. Ya ves que no te engaábamos.

—¡Callaros que no escucho! Esto aparenta ser importante. Mi padre parece más enfadado que la última vez, y ya es decir...

—¿Qué última vez? —preguntó Arnau, que estaba en una nube y no

comprendía nada.

—¡Cállate de una vez y luego te lo cuento! —casi le gritó Amador—. Ahora vamos a escuchar, ¡todos en silencio!

La conversación en sala continuaba y parece que subida de tono. Ahora era don Andrés Palacios el que estaba hablando.

—Me tomé la molestia de enviarle una copia de mi resolución. Supongo que se la leería.

—¡Pues claro que lo hice! ¡Y rechazaba la petición de las herederas de Blanquina con total claridad!

—No me ha entendido y se lo vuelvo a preguntar, ¿se leyó usted mi resolución? O quizá debiera modificar mi pregunta, ¿acostumbra a comprender lo que lee?

Estaba claro que don Andrés, por algún motivo que desconocían, estaba disfrutando de la situación disparando directamente al ego del receptor, al contrario que don Cristóbal, que parecía, por momentos, que fuera a abalanzarse contra el inquisidor.

—Haya paz —intervino don Juan de Churruca, que hasta ahora había permanecido en silencio, pero era consciente del ambiente violento que se respiraba,

—¿Me pide qué haya paz? ¡Si me han tomado el pelo! —insistía don Cristóbal.

—Por su actitud no hace falta que conteste a la pregunta que le había hecho antes. Ya veo que no se leyó mi resolución o, al menos, no la comprendió, porque si lo hubiera hecho, no se extrañaría de lo sucedido ahora —siguió hablando don Andrés.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el receptor.

—Que la petición de las hijas de Blanquina March fue rechazada.

—Eso ya lo sé, lo leí con mis propios ojos.

—Pero fue rechazada... por un defecto de forma. Creo que ya le expliqué, y además viene perfectamente redactado en el oficio que acaba de recibir, que no podía tramitar su petición porque hacía falta el consentimiento firmado de todos los herederos. Son tres hermanos vivos, Beatriz, Leonor y Luis Vives. La firma de este último no figuraba en el documento, por lo que no tuve más remedio que rechazarlo, según establecen las leyes y las normas del Santo Oficio.

—No soy idiota. Lo entendí cuando me lo explicó de palabra la primera vez.

—Pero recuerde, no sentencié sobre el fondo del asunto, tan solo inadmití la solicitud por no ir firmada por los tres herederos —dijo don Andrés, con una calma sorprendente.

—¿Qué me está queriendo decir? ¿Qué Luis Vives ha venido a España a

firmar ese papel? Me consta que no ha pisado suelo español porque está en Inglaterra, Eso no puede ser cierto.

—Tiene usted razón, eso no es cierto.

Don Cristóbal estaba a punto de estallar. Los ojos parecían que se le iban a salir de sus órbitas.

—¿Se está mofando de mí como un vulgar y sucio tabernero? —preguntó el receptor, que ahora sí que parecía que en cualquier momento podía arremeter físicamente contra el inquisidor.

Don Andrés cambió súbitamente de actitud, se le adelantó, se levantó de golpe, casi de forma violenta del butacón, poniéndose justo enfrente de la silla que ocupaba el receptor. Le señaló con el dedo, apenas a unos centímetros de su cara, con un gesto claramente amenazador. Su rostro reflejaba verdadera furia.

—Si se atreve a tocarme un solo pelo, ahora mismo llamo a los alguaciles y les ordeno que le encierren en la Torre de la Sala. No me conoce, y le puedo asegurar que no me temblará la mano. No olvide ni por un momento con quién está hablando y muestre algo de respeto hacia su superior jerárquico. El que parece un vulgar tabernero con sus expresiones callejeras es usted —dijo don Andrés, en un tono muy duro que no había exhibido hasta ahora—. Somos caballeros, no gente del *poble menut*. Compórtese con cierta dignidad, si es que la tiene o la conoce, que visto lo visto, lo dudo muchísimo. Su manera de proceder me produce asco.

Don Cristóbal no se esperaba esa reacción tan furibunda del inquisidor y se quedó desconcertado por un instante, sin saber qué hacer ni qué decir, El inquisidor había sido muy duro, pero en teoría tenía razón, poseía la autoridad suficiente para encerrarle en una mazmorra, en el momento que quisiera. Reflexionó por un instante, «¿Quién se cree que es don Andrés?», pensó con arrogancia. A pesar de la diatriba que acababa de recibir, el receptor no se había calmado ni un ápice. Aún le ardían las entrañas.

El inquisidor volvió a sentarse en su silla como si nada hubiera ocurrido. Retomó su actitud anterior, de aparente calma y tranquilidad. Esta situación exasperó al receptor todavía más. Parecía que buscara provocarle.

—No se atreverá —le contestó, rojo de la ira, pero al mismo tiempo mordiéndose la lengua para no ir más allá y tratar de no cruzar la línea roja que pudiera terminar con sus huesos en la cárcel de la inquisición.

—Póngame a prueba y lo verá de inmediato. Esta noche dormiré encima de una bala de paja, eso si tiene suerte y las ratas se lo permiten.

El segundo inquisidor, don Juan de Churruca, parecía acobardado por todo aquello y desbordado por la situación. Si encarcelaban al receptor, tendrían un conflicto de inciertas consecuencias con el rey, y eso no se lo podían permitir,

entre otras cosas porque los nombramientos de los inquisidores no dependían de la Iglesia católica, como mucha gente creía de forma errónea, sino del propio monarca. Los podía cesar en cuanto quisiera, y acababa de nombrar al nuevo receptor. En un conflicto de esa magnitud no estaba claro de parte de quién se decantaría, quizá del nuevo cargo nombrado, o sea, de don Cristóbal.

—Seamos razonables —dijo don Juan—. Esta absurda discusión no nos conduce a ningún lugar.

—Se equivoca, sí que nos lleva a un sitio. Voy a reportar al rey que han falsificado la firma de Luis Vives. Usted mismo —dijo don Cristóbal señalando a don Andrés— acaba de reconocer que no ha pisado suelo español.

—Que yo sepa no lo ha hecho —se ratificó don Andrés—, pero comprenderá que mi oficio no es ser guardia de fronteras.

—Entonces si no ha venido a España no ha podido firmar, como heredero, el documento de tramitación de la devolución de la dote de Blanquina March, que usted acaba de reactivar, a mis espaldas y a traición.

—Y no lo ha firmado —insistió don Andrés, que, a pesar de todo, parecía continuar divirtiéndose. Estaba jugando con don Cristóbal, y se notaba.

—Si no lo ha firmado como heredero que es de su madre, ¿cómo me manda un edicto para que alegue lo que considere en derecho en el asunto de Blanquina March? ¿No se supone que no se puede tramitar sin la firma de Luis Vives, que sigue sin constar en los papeles, según usted mismo acaba de reconocer?

—Por una razón muy sencilla. Ya que no lee las comunicaciones que le mando, al menos tenga la vergüenza de leer este documento —dijo don Andrés, acercándole a don Cristóbal una escritura notarial redactada en los territorios españoles de Flandes, en concreto en la ciudad de Brujas.

Don Cristóbal tomó en su mano aquella escritura y la empezó a leer. Le cambió completamente el semblante, del color rojo pasó al blanco.

—Esto es una sucia y rastrera maniobra. Estoy seguro de que usted ha estado detrás de este asunto desde el principio —dijo, acusando a don Andrés.

—Ya le dije que me limitaba a cumplir y hacer cumplir la ley y las normas del Santo Oficio. Cuando esas mismas normas le beneficiaron no le oí quejarse, pero ahora que le perjudican clama contra ellas. No me parece la actitud de un verdadero caballero, en realidad está más cerca de un tabernero, como usted mismo ha citado hace un momento.

Don Cristóbal volvía a estar rojo de la ira, que le invadía por momentos. Parecía a punto de estallar.

—¿Cómo se atreve? Voy a dar parte inmediatamente de su actitud irrespetuosa hacia mi persona al mismísimo rey y voy a recomendar su destitución inmediata. De hecho, voy a solicitar el cese de los dos. Saben que puedo conseguirlo. Tengo

acceso directo y más influencia sobre él que la que ustedes dos juntos podrían tener jamás —dijo amenazante don Cristóbal—. Dense por destituidos en los próximos días, conmigo no se juega de esta manera tan rastrera.

En eso tenía razón el receptor. Disponía de acceso al rey y mucha influencia. Don Juan de Churruca estaba visiblemente nervioso, sin embargo, don Andrés, de forma sorprendente, estaba de lo más tranquilo.

—Todo esto no será necesario, estoy seguro de que mi compañero podrá reconsiderar sus decisiones... —empezó a decir don Juan, a modo de torpe disculpa.

Don Andrés le interrumpió.

—Sepa que yo también hago mis deberes. Quizá le convenga leer esta carta antes de hacer el ridículo ante su majestad—dijo, mientras le entregaba una misiva doblada, con el sello de lacre del Consejo de la Suprema Inquisición, en gran tamaño, dirigida específicamente a don Cristóbal de Medina.

El receptor se sorprendió de forma evidente. Tomó la carta entre sus manos, rompió el sello, desdobló la misiva y leyó su contenido. Cuando terminó de hacerlo, se la guardó en un bolsillo y salió como alma que lleva el diablo de la estancia, sin decir ni media palabra más. Desde la rejilla, los cuatro amigos escucharon cómo don Juan preguntaba qué contenían los dos documentos, el notarial y la carta lacrada con el sello de la Suprema inquisición, pero ya estaban saliendo de la sala también y no pudieron escuchar su respuesta.

Los cuatro amigos se quedaron mirando. Batiste, Amador y Jero sabían de qué había versado la conversación, aunque no la habían entendido del todo, pero Arnau no tenía ni idea de nada.

—¿Qué significa todo esto? —acertó a preguntar.

—Que nuestro primer caso como tribunal juvenil del Santo Oficio, de repente y de forma inesperada, se ha vuelto interesantísimo —le contestó Batiste.

«Y muy preocupante», pensó Jero.

## EN LA ACTUALIDAD, MARTES 2 DE OCTUBRE

Álvaro Enguix sacó de su bolsillo una especie de navaja y terminó de rasgar las lonas que ocultaban algo insólito...

—¿Siempre llevas una navaja encima? —le preguntó Rebeca, sorprendida.

—Recuerda que trabajo en una joyería. Tengo hasta permiso de armas. Y no, no llevo ninguna conmigo —respondió Álvaro, ante la más que evidente próxima pregunta de Rebeca.

Todos se quedaron mirando, como atontados, el *Speaker's Corner*. «¿Qué demonios era aquello?».

—Bienvenidos a todos, soy Borja Martínez, director de programación y productor.

—¿Productor de qué? ¿De naranjas? —preguntó Charly, que no comprendía nada de lo que tenía delante de sus ojos.

Borja se rio de la ocurrencia.

—No soy del sector de los cítricos precisamente. Produzco programas de radio, y estáis ante un estudio móvil.

Todos estaban alelados mirando aquel montaje, que les parecía marciano.

—Pero hay varios focos y dos cámaras de televisión —observó Carmen—. Que yo sepa eso no es para la radio.

Rebeca se puso delante de todos los miembros del *Speaker's Club* y tomó la palabra.

—Quizá deba daros algunas explicaciones previas. Para empezar, no me negaréis que ha sido una sorpresa de verdad.

—¡Y tanto! —dijo Jaume.

—Bueno, pues ahora os cuento. Resulta que ayer mismo me hicieron una nueva propuesta de trabajo.

—¡No me digas! ¿Pero cuántos trabajos tienes ya? ¡Y luego la gente en las colas de las oficinas del desempleo! —protestó Xavier.

—En realidad, es un trabajo nuevo, pero en la misma empresa. No le quito el hueco a nadie, en realidad todo lo contrario. Tu espíritu solidario puede permanecer tranquilo.

—No lo tengo tan claro —replicó Xavier—, de vez en cuando una revolución viene bien.

—Ayer me propusieron conducir un programa de radio, una tertulia juvenil de nueva creación.

—¡Enhorabuena Rebeca! —dijo Almu—. Paso a paso vas progresando. Ya te dije que te están promocionando.

—¡Para el carro Almu! Se trata de la emisora local y se retransmitirá tan solo para la ciudad, con una audiencia potencial bastante pequeña, nada que ver con el *magazine* nacional *Buenos días*.

—Ya te dije que acabarías dejando *La Crónica* y dedicándote a la radio —recordó Fede.

—No pienso dejar el periódico, disfruto escribiendo.

—Pues ya me contarás de dónde acabarás sacando el tiempo. Necesitarás colaboradores —continuó Fede.

—Tu comentario es muy oportuno. Precisamente aquí entráis en escena vosotros —dijo Rebeca, en un tono muy teatral.

—¿Nosotros? —preguntó Charly intrigado—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Anda, vamos a sentarnos en el *Speaker's Corner* y seguimos hablando —dijo Rebeca.

—No se parece demasiado a nuestro rincón original, la verdad —dijo Bonet—. Y menos con todos estos trastos alrededor.

Carlota fue la primera en sentarse.

—¿Y nos piensas pagar como contertulios de tu programa? —preguntó.

—¿Qué? —dijo Almu, con cara de susto—. ¿Contertulios de qué?

Rebeca se rio.

—A la petarda de Carlota no se le escapa ni una. Efectivamente, he propuesto a la emisora que, puestos a hacer una tertulia juvenil semanal, ¿por qué no podíamos aprovechar nuestras reuniones y transformarlas en algo más? Siempre nos lo pasamos muy bien. Os conozco y sé que sois capaces de hacerlo de maravilla.

—Pero a veces tratamos temas que a nadie creo que le interesen, más que a nosotros mismos —dijo Fede.

—En eso tienes razón. La tertulia duraría tan solo una hora y nos darían un tema para debatir. Cada uno podría dar su punto de vista. Cuando acabe el programa seguiremos con la reunión del *Speaker's Club* con normalidad.

—Podría ser divertido, siempre que nos dejen libertad para que cada uno sea

cómo es y se exprese como acostumbra en el club —observó Charly.

—¡Exacto, has dado en el clavo! Eso es lo que quiero de vosotros, algo tan sencillo como que seáis vosotros mismos. Tan espontáneos y libres como en el club. Esa es la chispa adecuada, como diría el cantante que tanto me gusta, Enrique Bunbury, en su canción del mismo nombre.

—Pero eso será muy difícil, con tantos micrófonos y cámaras alrededor —dijo Almu.

—El montaje de hoy es especial porque es un programa piloto. Ni los focos ni las cámaras de televisión estarán presentes en los programas ordinarios. Hoy, simplemente, es una prueba, para que los jefes vean si les gusta el formato o no —siguió explicando Rebeca.

—O sea, que no es seguro —dijo Fede.

—Claro que no. Si no les gusta cómo queda la prueba, buscarán otros contertulios e incluso otro formato, pero le conté al jefe de la emisora de Valencia que tenía una idea, que erais vosotros. No se pierde nada por intentarlo. Si les gusta, estupendo, y sí no, pues tan solo hemos perdido una tarde y vivido una experiencia nueva.

—¡Qué nervios! —dijo Almu—. ¡En la radio!

—Además, también necesito contar con vuestro consentimiento. Si no queréis, ni siquiera hacemos la prueba de hoy. No es preciso tampoco que participéis todos. Si alguno no le apetece salir en la radio en una tertulia, se puede quedar detrás de los micrófonos, riéndose de nosotros y tomándose una cerveza.

—¿Y qué obtenemos a cambio? —preguntó Fede, como buen graduado en Ciencias Políticas y Derecho.

—Tened en cuenta que esta tertulia tendrá una audiencia muy reducida, pero si a los jefes les gusta el programa piloto y seguimos adelante, nos harán un pequeño contrato a cada uno de nosotros, y el *pub* Kilkenny's nos pagará toda la cerveza que queramos consumir, porque será nuestro patrocinador. Ya lo he hablado con ellos y están de acuerdo.

—¿Algo de dinero y cerveza gratis? —preguntó Fede—. ¿Y a qué esperamos para empezar el piloto ese? ¡Charly, ponte la gorra de comandante que despegamos!

## 22 DE FEBRERO DE 1525

—Me voy a casa ya —dijo Amador—. Quiero llegar antes que mi padre y enterarme qué es lo que ha pasado exactamente. Se suele juntar con mi madre en la cocina a hablar de los temas del Santo Oficio. Con todo lo que acabo de ver, seguro que hoy se lo cuenta.

Salió de la habitación de Jero a toda prisa. Tendría que correr si quería llegar a su casa antes que don Cristóbal.

—Vosotros dos no os escapáis. No os dejo moveros de aquí hasta que me expliquéis que significa todo esto —dijo Arnau.

Batiste tomó la palabra.

—Como ya te había contado el propio Jero y tú no te lo habías creído, él vive aquí, en el Palacio Real. Justo debajo de su habitación está la estancia dónde el Santo Oficio celebra sus reuniones ordinarias. Retirando la rejilla de calefacción, como acabamos de hacer, se puede ver la sala, aunque no demasiado bien, pero sí que se puede escuchar lo que dicen, como ya habrás podido comprobar.

—Supongo que no es la primera vez que lo hacéis, ¿verdad?

—No, hemos sido testigos de varias reuniones del Santo Oficio, de lo más variado, pero el caso que más nos llamó la atención fue el de Luis Vives Valeriola y de su mujer Blanquina March.

—Por eso decidisteis que fuera el primer asunto que debatiría el tribunal juvenil de la inquisición, supongo.

—Exacto —continuó Batiste.

—¿Y de qué hemos sido testigos exactamente hoy?

—No sabemos qué ha pasado. El receptor y padre de Amador, don Cristóbal de Medina, no quiere devolver los 10.000 sueldos que la mujer de Luis Vives Valeriola aportó al matrimonio cuando se casó. Parece que, según las leyes, el Santo Oficio no puede confiscar los bienes de las mujeres de los relajados y penitenciados por la inquisición, si ellas no han sido condenadas también.

Blanquina jamás lo fue. Como ambos están muertos, los herederos de la madre, que son sus hijos, han reclamado este dinero. Eso es todo lo que conocemos — dijo Batiste.

Evidentemente, sabía bastante más, pero no se lo iba a contar a Arnau. Al fin y al cabo, el tribunal juvenil era un pretexto para conseguir información del receptor don Cristóbal, a través de su hijo Amador.

—¿Y cuál va a ser nuestra función? —preguntó Arnau.

—Haremos las veces del Santo Oficio y, con toda la información que consigamos reunir, tomaremos una decisión en este caso —continuó Batiste—. Actuaremos igual que lo haría la inquisición en la realidad.

Arnau aún estaba asombrado por todo aquello, sentía que estaba viviendo la aventura de su vida. Aún no se creía que pudiera estar en el interior del Palacio Real.

—Tengo que reconocer que esto no me lo esperaba, me habéis sorprendido de verdad. Me parece que nos lo vamos a pasar bien.

—Ya te lo dijimos.

Arnau se giró hacia Jero, que había permanecido en silencio.

—Disculpa por no creerte. No es sencillo aceptar que un niño de nueve años viva el en Palacio Real junto con los dos inquisidores.

—No te preocupes, no son necesarias las disculpas. Lo comprendo perfectamente. Ahora debemos de irnos, después de lo que acabamos de ver es posible que los inquisidores se reúnan en el salón de la chimenea. Cuando tratan temas delicados o conflictivos, a veces lo hacen para intercambiar pareceres. Tenemos que pasar por allí antes de que ellos lleguen, si es que lo hacen. Pero más vale prevenir.

Jero volvió a poner la rejilla en su sitio y se dirigieron hacia la puerta de la habitación. Justo cuando la iban a abrir, oyeron unos pasos aproximarse por el pasillo. Se quedaron inmóviles. Jero pegó la oreja a la puerta.

—Deben ser los dos inquisidores. Iban hablando entre ellos. Han entrado en el salón de la chimenea, he oído como abrían la puerta — dijo, con gesto de preocupación.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Arnau.

—Estamos bien fastidiados. No podemos salir del palacio hasta que ellos no se vayan de allí y no sabemos el tiempo que van a estar sentados en sus butacones.

—De fastidiados nada —contestó de inmediato Batiste, interrumpiendo a su amigo Jero.

—¿Te has vuelto loco? No hay otra salida y no podemos atravesar el salón sin que nos vean.

—Yo no quiero atravesar el salón.

—¿Y qué quieres hacer? ¿Descolgartte por la ventana de un tercer piso para salir del palacio y darte otro trastazo en la cabeza?

—¿Otro? —preguntó Arnau, que desconocía el asunto de la biblioteca de don Cristóbal.

—No es eso. Yo tampoco quiero salir del palacio, simplemente quiero escuchar la conversación entre los dos inquisidores. ¿No me digáis que no sentís curiosidad por lo que ha pasado?

Los tres se quedaron mirando. Batiste siguió hablando.

—Nos podemos acercar con sigilo y pegar nuestras orejas a la puerta del salón de la chimenea. Si van a debatir el tema de Blanquina, igual nos enteramos de todo lo que ha ocurrido, que desconocemos por completo. Nos podría venir muy bien para nuestro tribunal juvenil.

Pronto se convencieron los tres. Salieron de la habitación, tratando de hacer el menor ruido posible y se encaminaron hacia la puerta del salón.

—Si escuchamos que se levantan de sus butacones y se disponen a salir, justo aquí —dijo Jero, señalando el busto de alguna personalidad que no sabían quién era— nos podemos esconder. Queda detrás de la puerta y en completa penumbra, no nos verán, aunque pasen por nuestro lado, siempre que permanezcamos en completo silencio.

—De acuerdo —dijo Arnau.

Batiste también asintió con la cabeza.

Llegaron hasta la puerta del salón y pegaron sus orejas.

En ese momento no sabían que se disponían a escuchar algo sorprendente.

## EN LA ACTUALIDAD, MIÉRCOLES 3 DE OCTUBRE

—¿Una tertulia de radio en directo del *Speaker's Club*? ¿Qué clase locura es esa?

—Una muy gorda, pero podría resultar divertida.

Rebeca y su tía Tote estaban desayunando en la cocina.

—¿Y cómo fue?

—Yo creo que bien, al menos así me pareció desde dentro. Todos aceptaron participar y estuvieron en su línea habitual. No sé exactamente qué es lo que buscan mis jefes en la radio. Igual a ellos no les gusta lo que grabamos ayer, a saber...

—¡No me digas que soltasteis las barbaridades que a veces me cuentas!

—Si quieren un producto fresco y natural, ahí lo tienen. Si lo que pretenden es un formato más serio, con personajes conocidos de la sociedad valenciana, pues no les gustará. Como diría el cantante Pau Donés de Jarabe de Palo, todo depende. De todas maneras, a mí no me importa. Soy feliz escribiendo en *La Crónica* y colaborando en el *magazine Buenos días*. Si cambian de idea con respecto a este programa, tampoco pasa nada. Yo no lo he buscado, han sido ellos los que han venido a por mí.

—¿Y qué pasará con las reuniones del *Speaker's Club*?

—Absolutamente nada. En caso de que a los jefes les guste el programa, se emitiría de siete a ocho de la tarde. De ocho a nueve continuaremos con nuestra tertulia habitual del club, ya fuera de micro. Y si no les gusta, como ya te he dicho, pues seguiremos igual que hasta ahora. En ninguno de los dos casos pasa absolutamente nada.

—Bueno, ¿y con respecto al Gran Consejo? Esos temas no los podéis tratar en el programa, ni siquiera nombrarlos —dijo Tote, preocupada.

—El programa no funciona así. En realidad, nos dan una especie de guion

temático. Cada semana varía. Hoy, por ejemplo, en el programa piloto que hemos grabado, la conversación ha girado en torno a la vida universitaria. Ha sido francamente divertido. Charly, Fede y Xavier no se han cortado ni un pelo, y hasta Carmen se ha desmelenado contándonos anécdotas de su época. Creo que ha quedado bien, pero claro, te repito, no sé si es eso es lo que buscan mis jefes. Nos han grabado en vídeo y audio, así que quién tenga que decidir, podrá formarse una opinión perfectamente documentada.

—Bueno, supongo que pronto te enterarás. Ahora me tengo que ir al trabajo —dijo Tote.

—Y yo también —dijo Rebeca—. Por cierto, tía, tengo una conversación pendiente contigo con respecto al periódico. A ver si en la cena de esta noche te la comento.

—¿Pero es importante? Si hace falta me espero, aunque llegue tarde a la comisaría.

—No, no te preocupes. Simplemente es una cuestión curiosa, diría que hasta es graciosa —le tranquilizó Rebeca.

—¡Ah, bueno! Entonces ya hablamos.

Su tía salió de casa y Rebeca tardó quince minutos más, mientras se arreglaba un poco. Hoy debía de hablar con su nuevo compañero Fernando, en cuanto llegara al periódico.

Aparcó su bicicleta en su sitio de costumbre y subió a la redacción. Todo aparentaba la normalidad habitual, Alba sin levantar la vista, ni siquiera para ver quién entraba por la puerta principal, y el resto de sus compañeros con su sonrisa también habitual.

«Un día más en la oficina», pensó. «Un día más no», se contradijo de inmediato en sus pensamientos. Hoy tocaba conversación con el segundo queso.

—Hola, Rebeca —saludo Tere, con su habitual simpatía.

—Buenos días a todos —también dijo Rebeca, dirigiéndose a los tres compañeros, Tere, Fabio y Fernando.

No quería demorarlo más.

—Fernando, ¿te importa acompañarme a la sala de reuniones? —preguntó Rebeca.

—Por supuesto que no, jefa.

—No me llames así, que sabes que no me gusta.

—No te enfades, que era broma, Rebeca.

Llegaron a la sala de reuniones, ambos tomaron asiento en sillas enfrentadas. Empezó Rebeca la conversación.

—Ya oíste al director Fornell ayer, tenemos que trabajar en equipo. Eso no me preocupa —mintió Rebeca —, pero sí que lo hace el tener que supervisarte tus

artículos. Te lo reconozco, no me gusta hacer esa labor. Cada uno tiene su estilo de escritura definido, aunque no sea consciente de ello. Si hay dos plumas en el mismo texto, se va a notar y todo el artículo perderá frescura, que es una de las claves del éxito, al menos en una materia como la nuestra.

—¿Eso significa que has leído alguno de mis escritos? —preguntó emocionado Fernando.

—Pues claro. A esta reunión tenía que venir preparada. Reconozco que Fornell no es nada tonto. Nuestros estilos son parecidos. Leí parte de tu tesis universitaria, que, por cierto, no me habías contado que eras doctor en tu especialidad. Es buena, muy buena, lo reconozco. Odio hacer y que me *hagan la pelota*, así que hablo completamente en serio, jamás bromeo con estos temas.

Fernando se quedó mirando a Rebeca, como evaluándola, e intervino.

—Ya sé que te puede sonar extraño, pero no me gusta alardear de ciertas cuestiones. Con el tiempo aprendes el gran valor que tiene pasar desapercibido. Para mí es muy importante.

«Esa frase denota inteligencia», pensó de inmediato Rebeca, que, de hecho, opinaba exactamente lo mismo, aunque su vida fuera por otros derroteros completamente diferentes.

—Perdona que te haga esta pregunta, si quieres no me la contestes, ya que es algo personal —dijo Rebeca.

—Adelante, contigo no me importa.

—Me da la impresión de que eres una persona muy inteligente, pero tratas de ocultarlo. Eres como el director Fornell, tengo una sensación muy parecida con él. No me suelo equivocar con estas intuiciones.

—Es normal —contestó Fernando, con una pequeña sonrisa en la cara.

—¿Por qué es normal? —preguntó extrañada Rebeca.

—Porque tienes razón, fundamentalmente por dos motivos.

—¿Cuáles?

—El primero es que tengo un coeficiente intelectual altísimo, nada más y nada menos que 175. Te lo cuento a ti porque me lo has preguntado, pero negaré haberlo dicho fuera de esta sala. Estoy entre los más altos de España, por eso me apunté a un programa especial universitario.

—Eso tenía entendido.

—Pero a pesar de ello, a mí siempre me ha gustado la juerga y divertirme con la tuna. Mis notas en la Facultad tampoco fueron nada brillantes, más bien al contrario, *flojillas*. Si quieres que te diga la verdad, mi cociente intelectual me ha servido de muy poco en la vida.

—Te equivocas, y te aseguro que te lo digo con conocimiento de causa. Simplemente leyendo lo que escribes ya se nota.

Se hizo un pequeño silencio incómodo en la conversación. Fernando continuó.

—Ya que has abierto la veda de las preguntas personales, me gustaría hacerte dos. Te digo lo mismo que me has comentado tú, contéstame si quieres.

—Venga —dijo Rebeca, con curiosidad—. Como tú has hecho, intentaré responderlas.

—Me extraño mucho que, en la entrevista que tuvimos con el director Fornell, dijera que se había pasado meses buscando un clon tuyo, y que lo más parecido que había encontrado era yo. Tengo que reconocerte que, secretamente, me sentí halagado. ¡Nada más y nada menos que alguien decía que me parecía a la gran Rebeca Mercader!, pero en la realidad, ¿en que nos parecemos exactamente? Le he dado muchas vueltas, y no logro ni siquiera intuirlo, al margen de que nuestras especialidades universitarias sean similares.

Rebeca sonrió antes de contestar.

—Al principio tampoco yo lo entendía, pero ahora lo comprendo algo mejor. Para empezar, y también negaré habértelo dicho, tengo un cociente intelectual todavía superior al tuyo.

—¡Qué dices! ¡Pero si tengo 175! Estoy entre los treinta o cuarenta más elevados de España. No es posible. También, a través del programa especial universitario, los he conocido a todos, y tú no estabas entre ellos. Además, si eso fuera cierto, ¿por qué no te apuntaste al programa como hice yo? Teníamos ciertos privilegios, y no solo en la vida universitaria, también en la social.

—Por varios motivos, pero el principal es que no sabía ni que existiera. Aunque tengo que reconocer que, de haberlo sabido, tampoco me hubiera apuntado.

—¿Y cuál es tu cociente, si se puede saber?

—Te aseguro que tengo, o mejor dicho tenía, con ocho años, un coeficiente intelectual de 191.

Fernando se levantó de la mesa de un salto, tirando al suelo la carpeta que tenía delante de él.

—¡191! ¡Con ocho años! ¡Me tomas el pelo! No me mientas, que sé que la mujer que mejor cociente intelectual ostenta en la historia de España, desde que se hacen mediciones estándar oficiales, tiene esa misma puntuación, 191. Hubo otra mujer que llegó a 195, pero creo que ya no está viva. 191 es el máximo actual en España.

—Exacto, esa persona que alcanzó los 191 lo hizo hace casi catorce años, y la tienes sentada delante de ti ahora mismo, aunque creo que, en la actualidad, ya me ha superado, al menos, otra persona —dijo Rebeca, pensando en su hermana Carlota.

La cara de Fernando reflejaba un asombro monumental. Se había quedado con

la boca abierta, aturdido y sin saber reaccionar. Se quedó mirando a Rebeca fijamente.

—¿Me estás hablando en serio? ¿No le estarás tomando el pelo al novato de la oficina?

—¿Me ves cara de bromear? Además, ¿para qué te iba a mentir? Cuando salgamos de esta sala, también negaré habértelo dicho. Lo conoce muy poca gente. A lo sumo cinco o seis personas, y quiero que siga siendo así. Ni se te ocurra contárselo a nadie.

—¿También te gusta pasar desapercibida?

—Sí, pero me temo que, últimamente, ese aspecto no me está saliendo demasiado bien. Parece que el destino se ha puesto en mi contra en esta cuestión. Cuanto más me esfuerzo, menos lo consigo.

—Eso te iba a decir. Eres célebre, y no solo en la ciudad. A ti sí que te ha ayudado en la vida tener ese cociente intelectual, no como a mí.

—Te equivocas de pleno. Curiosamente, como a ti, tampoco es que me haya servido demasiado. Mis notas en la Facultad también fueron muy discretas, aunque aprobé curso por año, aun trabajando en *La Crónica*, que es un mérito.

Fernando parecía consternado. Aquello no se lo esperaba en ningún caso. «Rebeca es la mujer más inteligente de España», pensaba, sin poder quitárselo de la cabeza. Se quedó en silencio, sin saber cómo continuar la conversación.

Mientras Fernando estaba perdido en sus pensamientos, Rebeca recordaba que le había dicho, hacía un momento, que tenía dos motivos para ocultar su inteligencia, la misma sensación que tenía Rebeca con Bernat Fornell como director de *La Crónica*. Luego sacaría ese tema, pero ahora, por algún extraño motivo, tenía más interés por conocer la segunda pregunta personal de Fernando.

—¿Y la segunda pregunta? Dijiste que tenías dos —dijo, al fin, Rebeca, después de un incómodo silencio.

Fernando salió de su ensimismamiento.

—Es cierto, pero me has dejado descolocado. No me esperaba lo que me acabas de contar. Ya no sé si atreverme a hacerla. Ahora mismo estoy abrumado, entiéndelo.

—¿Por qué no me la vas a hacer? ¿Qué tendrá que ver el cociente intelectual? Te aseguro que esa cuestión define poco a los individuos, como he podido comprobar en mi propia familia. Hay cosas mucho más importantes dentro de las personas que las neuronas.

—Como quieras, allá va la pregunta. ¿Tienes pareja actualmente?

## 22 DE FEBRERO DE 1525

—Tengo que reconocer que ha habido momentos en la conversación que estaba muy asustado —escucharon decir al inquisidor Juan de Churruca—, pero te veía tan tranquilo, comparado con la última vez que nos reunimos con él, que pensaba que tenías algún plan, aunque no lo conseguía comprender.

Los tres amigos, Batiste, Arnau y Jero, estaban con la oreja pegada a la puerta del salón de la chimenea del Palacio Real, intentando escuchar la conversación entre los dos inquisidores del tribunal de la ciudad.

—Ese estúpido pavo real del receptor se cree que, por tener acceso directo al rey, puede jugar con este tribunal a su antojo y por encima de nuestra autoridad. Mientras yo sea inquisidor, desde luego que no lo hará.

—Tú lo has dicho, mientras tú seas inquisidor. El rey nos puede destituir en cualquier momento y sabemos que tiene buenas relaciones con don Cristóbal, además lo acaba de nombrar receptor con unos objetivos económicos muy concretos. De todos es sabido que este tribunal, en ese aspecto, va de mal en peor. En el año pasado estuvimos al borde de la quiebra. Es más lógico que, si tiene que cesar a alguien, que seamos nosotros, antes que al recién nombrado, que viene precisamente para resolver esos problemas tan graves.

—Comprendo la delicada situación económica del tribunal, pero yo también tengo mis contactos, no olvides que, además de inquisidor, he ejercido muchos años de asesor del Santo Oficio por diferentes rincones de España.

—Lo sé, pero hay una cuestión que no logro comprender. ¿Cómo conseguiste que el propio inquisidor general, don Alonso Manrique, que no parece tenernos en demasiada estima, como nosotros mismos pudimos comprobar en el proceso contra Luis Vives Valeriola, le dirigiera una misiva en persona al señor receptor? —preguntó extrañado don Juan—. Además, no con su escudo de armas familiar, sino con el del Consejo de la Suprema Inquisición, que impone mucho, hasta amedrenta. Me da mucho respeto hasta a mí, y eso que soy inquisidor. Imagínate

a un cargo inferior.

—Si quieres que te diga la verdad, aún no lo comprendo, ni siquiera me he parado a pensarlo. Ahora mismo estoy tan sorprendido como tú. Tampoco lo entiendo. Te aseguro que no esperaba jamás esta reacción de su excelencia don Alonso Manrique.

—¡Qué dices! —exclamó sorprendido don Juan.

—Ya sabes que yo vengo de familia de juristas. No puedo tolerar que haya la más mínima irregularidad en cualquier proceso o expediente en el que intervenga. Es una cuestión de principios, que, para mí, están por encima de todo lo demás. Antes dejo el Santo Oficio que cometo una ilegalidad a conciencia. Lo siento, yo soy así. También te digo que soy consecuente con la realidad y sé que no es lo normal en la inquisición en términos generales. Pero cada uno es como es, y, como te decía, yo soy así, para lo bueno y para lo malo.

—Sí, ya te he conocido todos estos años, no hace falta que me expliques tu forma de ser y comportarse. Pero sigo teniendo la misma duda que al principio, ¿qué ha motivado la intervención del inquisidor general de esta manera tan inesperada, sobre todo en este asunto menor?

—Pues resumiendo, le mandé por carta la renuncia a mi cargo, explicándole los motivos de mi dimisión: la injerencia de don Cristóbal de Medina en el asunto de Blanquina March, que considero que es de mi competencia y no de la del señor receptor.

—¡No me digas que has dimitido! —dijo don Juan, con voz de sorprendido por aquella revelación.

—Sí, esperaba que me la aceptara como suele ocurrir en estos casos y poner fin a mi mandato como inquisidor del tribunal de la ciudad. Confiaba en que me destinaran a otro lugar y terminar con la pesadilla que me supone este hombrecillo, que no lo soporto. Hago verdaderos esfuerzos para que no me saque de mis casillas, y ya ves que apenas lo consigo.

—¿Cómo no me dijiste nada de tu dimisión como inquisidor?

—Por simple prudencia, consideré apropiado esperar la contestación del jefe del Consejo de la Suprema Inquisición. Debía esperar su respuesta, también por una cuestión de respeto jerárquico.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó muy intrigado don Juan de Churruca.

—Para mi sorpresa, recibí tres misivas de don Alonso Manrique, enviadas todas en la misma fecha y con el mismo lacre, con ese escudo que tanto impone, el de la *Suprema*.

—¿Tres? —preguntó extrañado don Juan—. Tan solo he visto una, la que le has entregado al señor receptor.

—Sí. La primera no la has visto porque iba dirigida a mí personalmente.

—¿Don Alonso Manrique contestaba a tu petición de dimisión?

—Sí, la respondió de una manera rotunda, pero para mi absoluta sorpresa, don Alonso me decía que no la aceptaba. Era algo insólito, no entraba en mis planes, en ningún caso me lo esperaba. Me informaba que tenía todo su apoyo en la aplicación de las leyes, fueran en el caso que fueran. Confiaba en mi probidad.

—¡Qué dices! —exclamó sorprendido don Juan, que iba de sobresalto en sobresalto.

—Lo que oyes. Me comunicaba que iba a hablar en persona con el rey por el asunto de Blanquina March y que no me preocupara por ello. También me solicitaba, con asombrosa amabilidad, que aguantara dos años más en el cargo. Insistía en que era muy importante para él ese periodo en concreto. Me informaba que, en 1527, aceptaría mi dimisión, sería relevado como inquisidor de la ciudad y que me trasladaría a otro puesto dentro de la estructura del Santo Oficio.

Don Juan de Churruca estaba pasmado. Aquello era algo completamente insólito, fuera de lo habitual. De hecho, era la primera vez que tenía conocimiento que una carta de dimisión no era aceptada. Don Andrés siguió hablando.

—La segunda carta de don Alonso iba dirigida a nuestro amigo el receptor, que es la que acabas de ver que le he entregado en la sala de reuniones. No sé qué le diría, pero desde luego nada bueno para él, a juzgar por su furibunda reacción.

—Eso seguro. Salió hecho una furia. Si hubiera podido, creo que te hubiera estrangulado con sus propias manos.

—Esa impresión me dio a mí también —contestó don Andrés.

Hablando de reacciones, por simple curiosidad, ¿te hubieras atrevido a llamar a los alguaciles y a encarcelar a don Cristóbal? ¿Hubieras cumplido tu amenaza o era un simple farol?

—No lo dudes ni por un momento. No me hubiera temblado la mano, y más después de recibir la carta de apoyo de su excelencia don Alonso Manrique. Es evidente que el inquisidor general tiene muchísimas más influencias ante el rey que el mequetrefe este del receptor, que parece un pavo real con la cola extendida.

Don Juan de Churruca no salía de su asombro.

—Habías hablado de tres cartas. ¿Y la tercera?

Los tres amigos que estaban escuchando a través de la puerta, pudieron oír como sacaba algo del bolsillo de su jubón.

—Aquí la tengo —dijo don Andrés.

—También tiene el escudo de lacre del Consejo de la Suprema Inquisición,

bien visible —contestó don Juan — ¿Y qué dice? —preguntó con curiosidad.

—No lo sé, no la he abierto.

—¿Por qué?

—Porque va dirigida a la atención de don Juan de Churruca, señor inquisidor del tribunal del Santo Oficio de Valencia.

Don Juan casi se cae del butacón. Los tres amigos, que tenían la oreja pegada a la puerta, pudieron oír como se tambaleaba el sillón.

—¿A mí? ¿Con qué motivo? —preguntó en un tono de cierto temor—. ¿Qué me tiene qué decir?

—Ya te he dicho que no la he abierto, no lo sé.

—Seguro que no ha aceptado tu dimisión porque has demostrado valentía enfrentándote al receptor y, supongo que a su excelencia don Alonso le habrá gustado tu actitud, pero con respecto a mí... —no terminó la frase.

—¿Qué quieres decir? —le interrumpió don Andrés.

—Que me temo que voy a ser yo el que va a pagar los platos rotos en este conflicto. En esta carta seguro que me cesa, lo habrá hablado con el mismísimo rey. Así deja contentos a todos. A ojos del receptor, más vale eso que nada. Don Cristóbal se conformará con esta decisión, ya que, al menos, ha conseguido la cabeza de un inquisidor del tribunal de la ciudad, que no se pliega a sus exigencias. Al final, su órdago le ha servido de algo y no se va con las manos vacías en este asunto. No es una derrota total para él.

—Me temo que te equivocas. Si lo piensas bien, no tiene ningún sentido lo que estás diciendo. El receptor quería específicamente mi cabeza porque supone, además con toda la razón, que yo soy la mente que está detrás de la maniobra magistral que han hecho las hermanas Beatriz y Leonor Vives, junto con su hermano Luis, para reactivar sus pretensiones. Ellas no disponen de los conocimientos jurídicos para poder idear un plan de esas características, y don Cristóbal de Medina, que puede ser un pedante insoportable, en el fondo no es idiota y lo sabe.

Los tres amigos escucharon como se hacía el silencio en la sala. Continuó don Andrés.

—Contra ti el receptor no tiene nada, te has mantenido al margen y las pocas veces que has intervenido ha sido siempre intentado poner paz en este asunto. Te repito, don Cristóbal no tiene nada contra ti, en realidad, es una cuestión particular contra mi persona en concreto, por los motivos que te he contado y conoces —se explicó don Andrés con mucha claridad—. De hecho, como habrás comprobado, he tratado de mantenerte al margen de todo este asunto. Si le salpicaba a alguien, que fuera a mí únicamente.

—No sé qué pensar —dijo muy nervioso don Juan.

—Pues hay una manera muy sencilla de salir de dudas, abriendo la carta y leyendo su contenido. Tampoco es tan difícil.

Don Juan tenía la misiva en sus manos, y no sabía qué hacer con ella.

—¿A qué esperas?

Desde detrás de la puerta, Jero, Batiste y Arnau oyeron el sonido de un lacre siendo roto. De nuevo se hizo el silencio en el salón. Supusieron que don Juan la estaba leyendo para sí mismo. Al momento lo escucharon reaccionar.

—Anda, ahora léela tú. No sé cómo lo has conseguido —oyeron decir a don Juan, con un tono de verdadera sorpresa en su voz.

Don Andrés leyó la carta en voz alta.

—«A dieciséis días del mes de septiembre del año del nacimiento de nuestro redentor Jesucristo de mil quinientos veinticinco. Su excelencia y Reverendísimo don Alonso de Manrique, el que suscribe esta carta, Inquisidor General de España y presidente del Consejo de la Suprema Inquisición, ordena y manda al señor inquisidor don Juan de Churruca, miembro del tribunal del Santo Oficio de la ciudad de Valencia, que se ponga a disposición de su compañero don Andrés Palacios, para cuantas cuestiones necesite y precise, en referencia al asunto de Blanquina March. Este inquisidor general confía plenamente en su probidad y sobrados conocimientos en la materia que atañe a las leyes y a las normas del Santo Oficio y ordena expresamente no permitir interferencias de terceros individuos, sean quienes sean y ostenten el cargo que ostenten. Firmado, don Alonso Manrique de Lara y Solís, presidente del Consejo de la Suprema y General Inquisición de España».

De nuevo se hizo el silencio en el salón de la chimenea.

—La carta viene con el sello lacrado con el escudo especial del Consejo de la Suprema Inquisición y el sello personal de don Alonso Manrique. No hay ninguna duda de que es auténtica. ¿Por qué nos defiende el jefe supremo de esta manera? Es algo insólito y sorprendente —dijo al fin don Juan—. ¿Tú le encuentras algún sentido?

—Ya te he dicho que yo tampoco lo entiendo. La última vez que hablamos en persona con él, con motivo de la relajación de Luis Vives Valeriola, tampoco me dio la sensación de que le causáramos una impresión muy positiva, más bien al contrario. De hecho, recordarás que nos llevamos una buena bronca de su parte por la fecha del auto de fe.

—Y tanto que me acuerdo, ¡cómo me voy a olvidar! Por eso me sorprende su apoyo tan rotundo en esta materia tan marginal. Estoy seguro de que se las habrá tenido con el mismísimo rey.

—Don Cristóbal de Medina no cae bien, quiero suponer que tampoco al inquisidor general de España. Piensa que es un nombramiento real —intentó

encontrarle una interpretación razonable don Andrés.

—Quizá esa sea la explicación. Nosotros desconocemos las luchas de poder entre la Iglesia católica y el rey Carlos I, aunque nos las podamos imaginar.

—Lo que más me extraña es que el mismísimo don Alonso Manrique se involucre en un tema menor y de tan poca trascendencia como este —concluyó don Andrés.

No era un tema menor ni mucho menos, pero claro, eso lo desconocía el señor inquisidor.

## EN LA ACTUALIDAD, MIÉRCOLES 3 DE OCTUBRE

—¿No tenías que contarme algo del periódico? Me lo habías dicho desayunando esta mañana —pregunto Tote, justo empezando a cenar la sopa de champiñones que había preparado.

A Rebeca se le habían pasado las ganas de hablar de ello, después de la conversación que había tenido con Fernando. Se había quedado alucinada con su última pregunta.

«¿Cómo se le ocurre preguntarme si tengo pareja? No tenemos esa confianza. Que lo haga Charly o Fede es normal, que ya nos conocemos dieciséis años y nos hemos criado juntos, ¿pero este *pollo* de qué va?», pensaba Rebeca. un tanto indignada. Normalmente, le hubiera contestado con un simple «¿Y a ti qué te importa?», pero para su sorpresa se escuchó a sí misma responder con un simple «no», más colorada que una gamba roja de Denia. No le había gustado su reacción espontánea, por eso no le apetecía hablar de todo este tema.

Por otra parte, había otra cuestión que, de forma involuntaria, después de haberla dejado desarmada con esa última e inesperada cuestión, se había quedado en el tintero. Cuando Rebeca le preguntó que le daba la impresión que Fernando era muy inteligente y que lo intentaba disimular, al igual que el director Fornell, le había contestado que «era normal, por dos cuestiones», pero tan solo le había contado una, su cociente intelectual. Después de la impertinente pregunta, la conversación entre ellos terminó de forma repentina.

«¿Cuál sería la otra, que se quedó sin responder?», pensaba Rebeca. Seguramente no tendría importancia si al propio Fernando se le había olvidado contestarla, pero le hubiera gustado conocerla.

Rebeca salió de sus pensamientos y contestó a su tía.

—Sí, ha habido una pequeña reestructuración y renovación en *La Crónica*.

—¿Renovación y *La Crónica* en la misma frase? No lo puedo creer. Si es el

periódico decano de la ciudad, parece fosilizado. Hasta creo que su primera edición saldría esculpida en piedra.

—No exageres tía. Es cierto que llevan como un siglo sin crear ningún departamento nuevo y prácticamente con la misma estructura, pero el director Fornell ha decidido introducir algún pequeño cambio, y me afecta a mí.

—¿No me digas? ¿Y en qué te incumbe exactamente?

—Como te decía, al director se le ha ocurrido crear una nueva sección en el periódico, que, como tú comentabas, parecía fosilizado desde antes de la Guerra Civil. Me ha puesto al frente de ella y me ha asignado a un ayudante. Lo más sorprendente es que yo no había pedido nada de todo ello. Me he quedado de piedra, como la primera edición.

—¡Rebeca! Eso parece importante, y más conociendo a *La Crónica*. Últimamente tan solo me dices buenas noticias, ¡enhorabuena!

—Aún no me felicites, porque no sé si voy a cuadrar en ese nuevo puesto. Desconozco si valgo como jefa de sección. Una cosa es escribir artículos divertidos acerca de hechos históricos a mi aire, que me encanta y me lo paso bien, y otra cosa muy diferente es tener que supervisar a otra persona. Si no me gusta que me supervisen a mí, imagínate tener que hacerlo yo misma con otra persona.

Tote se quedó pensativa.

—Demasiado viento a favor. Hay un dicho marinero muy antiguo que, aunque algo misógino, decía: «mujer, viento, tiempo y fortuna, todo se muda». Nos viene al pelo de lo que te está ocurriendo.

—¿Por qué dices eso tía?

—Cuando el viento sopla demasiado a favor, prepárate para la tormenta, eso es lo que te quiero decir. Demasiadas buenas noticias, espérate el garrotazo.

Rebeca se quedó pensativa porque ella también tenía esa misma sensación, aunque sin refrán misógino de por medio. Intentó quitarle hierro al tema.

—Tampoco son tan buenas noticias, y garrotazos te recuerdo que ya me he llevado unos cuantos últimamente, aunque siempre les haya buscado el lado positivo.

—En eso tienes razón, aunque cuando me refiero al garrotazo, hablo de algo más serio —respondió Tote.

—Aprovechando la conversación, también tengo otra cosa que contarte —dijo Rebeca.

—Pues adelante.

—Sabes que, como es lógico porque somos gemelas, Carlota y yo cumplimos años el mismo día. Falta muy poco para esa fecha, la semana que viene.

—Claro que lo sé, veintidós añitos, los dos patitos, o más bien, los dos cisnes.

Os habéis convertido en una pareja de preciosas jóvenes.

—Espera que te cuente. Carlota va a organizar una fiesta de cumpleaños para nosotras dos, de forma conjunta. Piensa invitar a media ciudad. Ya sabes que es una *influencer* de esas de las redes sociales. Tiene miles de seguidores que la leen a diario.

—Eso me hace menos gracia, recuerda que eres la undécima puerta y debes tratar de llamar poco la atención, cuestión en la que veo que te estás aplicando a conciencia, pero justo en sentido contrario.

—Espera a escucharlo todo. A mitad de fiesta, quiere anunciar a todos los asistentes que somos hermanas gemelas.

Tote se levantó de golpe de la silla, visiblemente nerviosa. Rebeca se sorprendió de la reacción de su tía, un tanto fuera de lugar a sus ojos. Tampoco le parecía para tanto.

—Aquí tenemos el garrotazo que esperaba. Esto obliga a precipitar los acontecimientos. —dijo Tote, alterada.

—¿Qué acontecimientos? —preguntó Rebeca, sin comprender nada.

Tote seguía de pie, sin dejar de moverse. Se dirigió en un tono muy grave a su sobrina.

—Escúchame con atención, quiero que invites a Carlota a pasar el fin de semana con nosotras. No admitas un «no» por respuesta bajo ningún concepto. En caso contrario, ya te advierto que no te permitiré, aunque sea lo último que haga en mi vida, que asistas a esa fiesta de cumpleaños, que te quede muy claro. ¿Comprendes la importancia de lo que te acabo de decir?

—La verdad es que no, pero lo haré si tú me lo pides —dijo una sorprendida y extrañada Rebeca.

—Otra cosa, dile que se prepare una pequeña maleta para pasar dos días fuera de su casa —recalcó Tote, mientras dejaba los platos en el lavavajillas, todavía nerviosa.

«¿Dos días?», pensó Rebeca, extrañada. Ahora sí que no entendía nada.

## 22 DE FEBRERO DE 1525

—¿Qué haces tan apurado? ¡Parece que vengas corriendo! —le dijo Isabel a su hijo Amador, cuando lo vio entrar por la puerta, resoplando. Le faltaba el aire, había llegado desde el Palacio Real a toda velocidad para presentarse en casa antes de su padre, que estaría al caer, porque había salido apenas un par de minutos antes que él, del mismo lugar.

Amador intentó justificarse.

—Estaba jugando con mis amigos, y me ha tocado correr —intentó explicarse Amador.

—¡Anda! Aséate un poco que haces un olor a sudor que tumba a un muerto —le ordenó su madre.

Amador hizo caso a Isabel, se fue hacia la habitación donde había una palangana de agua limpia con una pastilla de jabón, y se aseó un poco. Salió al salón y se sentó en un sillón. No había puesto la espalda en el respaldo cuando oyó como se abría la puerta de su casa.

Su padre entró en el salón.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó su madre, cuando lo vio con esa cara un tanto desencajada.

—Que me acaban de tomar el pelo en mi cara y ya sabes que es algo que no soporto.

Amador estaba en medio de la conversación, escuchando con atención y guardando silencio.

—¿Quién se ha atrevido a tomarte el pelo, si se puede saber? —preguntó Isabel.

—El demonio ese del inquisidor, don Andrés Palacios.

—Pero si hace nada te dio muy buenas noticias, rechazando la petición de las herederas de Blanquina March. Me daba la impresión que habíais firmado la paz en ese conflicto.

—Pues por eso me ha tomado el pelo. Fue una simple estratagema para ganar tiempo y que yo me olvidara del asunto, mientras ellos maquinaban a mis espaldas.

—Ganar tiempo y maquinar, ¿para qué?

—Sabes que las leyes y las normas del Santo Oficio obligan a firmar este tipo de peticiones a todos los herederos. Si falta la firma de cualquiera de ellos no se acepta ni se tramita.

—Lo sé, me lo contaste, por eso don Andrés Palacios rechazó las pretensiones de las hermanas Vives, porque faltaba la firma de su hermano Luis.

—Pues ahora ha reactivado el procedimiento y pretende forzarme a devolverle los bienes confiscados a Blanquina March a sus dos hijas.

Isabel se sorprendió.

—Entonces, ¿al final ha firmado su hermano?

—No. Para ello tenía que venir a España y no lo ha hecho.

—Pues no entiendo nada. Si no han firmado todos los herederos, el inquisidor estará cometiendo una ilegalidad reactivando el asunto —dijo Isabel en un tono muy firme—. Presenta una reclamación.

—Ahí está el meollo de la cuestión. Luis Vives firmó un documento notarial en Brujas, renunciando formalmente a la herencia de su madre Blanquina, en favor de sus otras dos hermanas vivas. En consecuencia, desde ese momento, dejó oficialmente de ser heredero legal. Ahora, con la firma de Beatriz y Leonor es suficiente para reactivar el proceso, ya no se precisa la firma de su hermano, porque no tiene ningún derecho sobre la posible herencia de su madre.

Isabel se sorprendió aún más.

—Si Luis Vives vive y trabaja en Oxford, Inglaterra.

—Pues por lo visto se desplazó hasta Brujas para firmar, en una notaría de la ciudad, ese documento y se lo hizo llegar a Beatriz y Leonor. Estas se lo entregaron al inquisidor, por lo que su demanda de devolución de la dote ya no presentaba ningún defecto formal, porque estaba firmada por todas las herederas, al quitarse de en medio Luis Vives.

Isabel estaba asombrada.

—Me parece un plan muy elaborado. ¿Eso se les ha ocurrido a las hermanas Vives? Las hacía más tontas, pero ya veo que me equivocaba.

—No son tontas, pero ese plan no ha podido haber sido ideado por ellas. Está muy claro que tan solo ha podido salir de la mente de un jurista. Adivina quién lo es —dijo don Cristóbal, poniéndose colorado por un momento, al recordar al inquisidor.

—¡Don Andrés Palacios! —respondió de inmediato Isabel.

—Premio.

—Pero tú lo tienes muy fácil, habla con el rey y cuéntale lo sucedido. Seguro que se enfada mucho e incluso, quién sabe, puede llegar a destituir a don Andrés Palacios como inquisidor del tribunal de la ciudad y mandarlo a otro destino.

—Me enfrento a una persona muy inteligente. El muy ladino ya había previsto esa posibilidad —dijo, mientras sacaba de su bolsillo una carta arrugada y se la entregaba a su esposa, que se quedó mirándola con detenimiento.

—Lleva el membrete del Consejo de la Suprema Inquisición y el sello lacrado del mismísimo inquisidor general de España. Parece muy importante.

—Así es. Puedes leerla, quizá me comprendas mejor.

Así lo hizo Isabel.

—«A dieciséis días del mes de septiembre del año del nacimiento de nuestro redentor Jesucristo de mil quinientos veinticinco. Su excelencia y Reverendísimo don Alonso de Manrique, el que suscribe esta carta, Inquisidor General de España y presidente del Consejo de la Suprema y General Inquisición, ordena y manda al señor receptor don Cristóbal de Medina, miembro del tribunal del Santo Oficio de la ciudad de Valencia, como su superior jerárquico máximo dentro de la estructura de la inquisición española, que deje de interferir en asuntos que no son de su competencia, en concreto, en la reclamación de las herederas legales de doña Blanquina March. La persona competente para resolver ese asunto y tomar la decisión, sea la que sea en derecho, es el inquisidor y asesor del tribunal de Valencia, don Andrés Palacios, que posee la formación jurídica apropiada. Dictaminará de acuerdo con las leyes y las normas del Santo Oficio. Le prohíbo expresamente cualquier labor de obstrucción y le recuerdo que don Andrés es su superior jerárquico en el tribunal local. Para su información, le comunico que he puesto el asunto en conocimiento de nuestro rey Carlos I. Espero no recibir ninguna noticia más sobre este tema absolutamente trivial y le ordeno expresamente que cese su actividad sobre cualquier labor que tenga que ver con este asunto. Que cada uno trabaje dentro de sus atribuciones, funciones y competencias. No me hagan perder más el tiempo con estas menudencias. Recuerde que la aplicación de la ley y las normas del Santo Oficio están por encima de las personas. Firmado, don Alonso Manrique de Lara y Solís, presidente del Consejo de la Suprema y General Inquisición»..

Isabel se quedó blanca.

—Esta carta está escrita en términos muy duros, ¿cómo lo habrá logrado don Andrés? Que yo sepa, no mantiene una relación fluida con su excelencia el inquisidor general —dijo asombrada Isabel—. Conseguir que se haya involucrado de esta manera en un tema completamente menor es, cuanto menos, sorprendente e inaudito.

—Sí, desde luego que lo es —le contestó su esposo—. Yo tampoco comprendo cómo lo ha logrado. Don Andrés Palacios tiene su prestigio como asesor e inquisidor escrupuloso, ha pasado por otros puestos menores en diversos lugares de España, pero no es absolutamente nadie en la estructura general del Santo Oficio. Es un personaje gris sin ninguna influencia, al menos eso creía hasta ahora. Esto me tiene tan sorprendido como a ti. No sé qué puede ser, pero algo se me escapa, y me tiene preocupado. No me gusta tener esta sensación.

Ahora Isabel se quedó mirando fijamente a la cara de su esposo. Le dio la impresión que incluso se intuía un amago de sonrisa debajo de esa capa de aparente enojo.

—No te veo muy enfadado. Deberías estarlo después de un golpe tan bajo como este. ¿Me tengo que preocupar por algo?

Amador también se extrañó. Hace apenas treinta minutos su padre estaba rojo de la ira y se lo llevaban los demonios. Ahora parecía tranquilo y relajado, incluso diría que su cara no reflejaba la rabia que se le suponía, después de los hechos de los que había sido testigo.

—Quién se deberían de preocupar son otras personas, no yo. Me voy a limitar a obedecer las instrucciones claras y precisas de mi jefe máximo, no tengo otra opción, pero le voy a hacer caso de forma literal, sobre todo lo que dice al final de esa desagradable e innecesaria misiva.

Al mismo tiempo que terminaba su frase, se echó a reír de forma estruendosa.

—Esta partida acaba de comenzar —dijo entre carcajadas—, y la pienso ganar.

Isabel y Amador no entendían nada, pero conocían de sobra a su esposo y a su padre. Cuando vislumbraba una presa, le daba caza de forma inmisericorde, no se le escapaba ni una.

No sabían qué estaba tramando, pero desde luego ya se podían poner a temblar Beatriz y Leonor Vives.

## EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 4 DE OCTUBRE

«Es extraño, aunque sea una perezosa impenitente, siempre me levanto contenta para ir al periódico, sin embargo, hoy tengo sensaciones contrapuestas», se dijo Rebeca, en cuanto escuchó sonar el despertador, impertinente como todas las mañanas.

Salió a la cocina. Su tía ya se había marchado a trabajar. Se tomó su vaso de leche habitual y bajó al trastero a coger la bicicleta. Era el ritual diario. Llegó a *La Crónica* a su hora normal. Por segunda vez en casi cuatro años, entró avergonzada en la redacción, y la ocasión anterior no debería contar, ya que fue su primer día de trabajo. Se dirigió hacia su mesa, casi escondiendo la cabeza.

«¿Qué tontería estoy haciendo?», se dijo. Intentó adoptar una postura más digna. «Casi creo que es peor», pensó.

—Buenos días a todos —saludó, como era habitual, a sus tres compañeros y se dirigió lo más rápido que pudo a su puesto de trabajo.

Horror.

Lo primero que vio, justo en el centro de su mesa, fue un pequeño ramo de rosas rojas, acompañadas de un sobre de la floristería la Violeta.

«¡Me muero!», pensó avergonzada.

Su primera reacción fue, lo más rápido que pudo, esconder el sobre de la floristería en su bolso. No tenía ningunas ganas de aguantar la situación que suponía que iba a suceder en unos segundos.

«Tres, dos, uno...», pensó en silencio.

—¿Te has echado novio por fin? —le preguntó, a modo de saludo, Tere—. Me alegro. Es una lástima que una chica tan mona como tú no tuviera pareja. Ya era hora.

Ahí estaba comenzando la situación que temía.

—Pues sigo sin tener pareja, y también sigo sin ningunas ganas —contestó en un tono de voz más alto de lo normal, para que lo escucharan todos sus

compañeros.

—Pues entonces te ha salido un admirador, porque ese ramo de rosas es precioso y no ha aparecido de la nada.

—Sí que es bonito, pero no sé quién me lo ha mandado. Seguramente serán los de la emisora de radio —contestó Rebeca, intentando tirar balones fuera—. Son extremadamente amables conmigo, a veces hasta tengo vergüenza de lo bien que me tratan.

—Pues abre el sobre de la floristería, que está justo... —Teresa se quedó callada de repente—. Por un momento me había parecido verlo junto al ramo, pero ahora no está.

—Yo no he visto ningún sobre cuando he llegado —mintió lo mejor que pudo Rebeca.

—¡Qué extraño! Ya es raro que te manden flores hoy en día, y todavía más sin remitente —dijo Tere, que no estaba del todo convencida—. ¡Un admirador secreto! Las hay que tienen clase hasta para eso.

Mientras ambas amigas estaban hablando, para su espanto, Rebeca vio por el rabillo del ojo cómo se levantaba de la mesa su compañero Fernando y se dirigía hacia ella. Esperaba discreción por su parte, pero tenía que reconocer que estaba algo asustada.

—Hola, Rebeca, te acabo de mandar...

«¿Qué me acabas de mandar?», se preguntó Rebeca, en un segundo.

—...el artículo que tenemos que presentar hoy para la edición de mañana, viernes, tal y como nos ordenó el director. Revísalo y haz los cambios necesarios —concluyó la frase Fernando.

Rebeca no se aguantó más y se levantó de la silla.

—¿Tienes un momento? Tenemos que hablar en privado —dijo, dirigiéndose a Fernando.

—¿En privado? —se extrañó Tere.

Rebeca se explicó.

—Ahora, según el director Fornell, Fernando y yo formamos una sección. Tenemos que comentar temas técnicos. Si lo hacemos aquí molestaremos al resto de los compañeros. No creo que os interese escuchar datos de Howard Carter, por ejemplo.

—¿Ese tío en qué grupo toca? ¿Lo conozco?

—KV62 —respondió Rebeca, mientras veía a Fernando aguantarse la risa como podía.

—Ahora mismo no me suenan, pero, por su nombre, parece que su estilo debe ser un grupo de música electrónica. Igual los he escuchado en algún festival.

—Lo dudo mucho. KV62 es el nombre técnico de la tumba de Tutankamón, y

Howard Carter fue un egiptólogo muy famoso que vivió a caballo entre los siglos XIX y XX. Fue su descubridor en el Valle de los Reyes, frente a Luxor, en el año 1922. ¿Continúo o no te interesa?

Tere hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Tenías razón, no me interesa. Anda, iros a la sala de reuniones a hablar de cosas de listillos —dijo Tere, sonriendo también.

Fernando y Rebeca marcharon hacía la sala de reuniones. De camino. Fernando no se pudo aguantar.

—¿Qué tiene que ver Howard Carter con esta historia? ¡Si el artículo que te he enviado no tiene nada que ver con él!

—Escucha, acabo de llegar a la oficina. Ni siquiera me ha dado tiempo de encender el ordenador. ¿Cómo quieres que haya leído tu artículo? He dicho lo primero que se me ha pasado por la cabeza, para quitarme de encima a Fabio y a Tere y que podamos hablar en privado —contestó Rebeca, mientras abría la sala de reuniones y dejaba pasar a su compañero.

Se sentaron en la misma posición que lo hicieron en la última reunión.

—Pues tú me dirás qué quieres —inició la conversación Fernando, intrigado por la actitud de su compañera.

—Empecemos primero por el tema profesional. He tomado mi decisión. A pesar de lo que escuchamos el otro día en el despacho del director Fornell, no pienso retocar ningún artículo tuyo, salvo que vea algo muy grave en alguno de ellos, cosa que me extrañaría.

—¿Por qué? ¿No te interesan?

—Al contrario. Me interesan y mucho, por eso no los voy a estropear metiendo una pluma diferente en excelentes textos.

Fernando parecía abrumado y confundido a la vez.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Que, por supuesto, leeré todos y cada uno de los artículos que me envíes, antes de su publicación impresa y *online*. Le mandaré un *email* a Fornell dando mi aprobación, pero serán tuyos y solo tuyos. No me interpretes mal, no es que no quiera perder el tiempo o no tenga interés. Es justamente lo contrario.

—¿Lo contrario? —preguntó Fernando, que no acababa de entender a su compañera Rebeca.

—Escribes muy bien y no necesitas mi ayuda. Por otra parte, si la situación fuera a la inversa, es decir, si tú tuvieras que corregir mis artículos según tu propio estilo, te aseguro que me sentaría fatal, así que yo tampoco lo voy a hacer. Ya te dije que leí gran parte de tu tesis doctoral, lo que no te conté es que había leído también otros artículos tuyos. Tengo confianza en ti, eso es todo. Deberías sentirte halagado.

—Caramba, Rebeca, me dejas sorprendido. No esperaba que una celebridad como tú me pudiera decir esas palabras a un simple novato como yo.

—¿Novato? Tienes mejor expediente académico que yo, y me sacas seis años de edad, y eso también es experiencia. Fornell no es ningún idiota. Me parece evidente que está sobrecualificado para el puesto que ocupa, sin pretender desmerecer a *La Crónica*. En realidad, es un halago a la capacidad mental del director. Es muy inteligente y ha sabido elegir dos personas de perfiles muy similares. Desde luego no somos clones, pero compartimos muchos rasgos.

Fernando no sabía qué decir. Se hizo el silencio por un momento. Rebeca continuó.

—Una vez dejadas las cosas claras en lo profesional, vamos a pasar a lo personal —dijo, muy seria, mientras le observaba con una especial atención, intentando exprimir cada punto de esos 191 que le decían que tenía de cociente intelectual.

—Quiero dejar una cosa muy clara. No tengo pareja ni tengo ninguna intención de tenerla, al menos de momento. No me gustaría que los temas personales enturbiaran nuestra relación profesional.

Fernando se ruborizó.

—Disculpa Rebeca. No debí preguntarte el otro día acerca de que si tenías pareja. No sé por qué lo hice, igual fue algún reflejo ligón que aún me queda por ahí dentro, fruto de mi antigua personalidad *tunera*, pero me arrepentí nada más formularla. Admiro tu trabajo y jamás haría nada que pudiera entorpecer esa labor ni nuestra colaboración profesional. Te pido mil disculpas de nuevo, no volverá a suceder nada ni siquiera parecido.

Rebeca estaba analizando a fondo a Fernando. Le había parecido completamente sincero. No había hecho ninguna mención al ramo de flores ni había observado ningún gesto corporal ni mirada que pudiera hacerle sospechar que él era el remitente.

Esa cuestión era una de las pocas ventajas que le veía Rebeca a su extraordinario cociente intelectual, la rápida capacidad de análisis del lenguaje no verbal de las personas. Mucha gente lo llamaba intuición, pero no tenía nada que ver con la adivinación. Esa supuesta intuición no era tal, simplemente analizaba con más claridad y rapidez que los demás determinadas palabras, gestos, movimientos, miradas y un sinfín de mensajes que, sin ser conscientes, lanzábamos al aire de forma constante e involuntaria durante una conversación, o incluso un silencio. Ella se limitaba a recogerlos e interpretarlos. Tenía que reconocer, muy a su pesar, que Carlota aún era bastante más rápida que ella.

La situación le pareció extraña. Después de analizarlo, descartó a Fernando.

«Entonces, ¿quién me habrá enviado el ramo de flores?», pensó preocupada.

## 22 DE FEBRERO DE 1525

—Creo que ya es hora de que nos retiremos a nuestros aposentos —dijo don Juan de Churruca.

—Sí, ya es tarde —confirmó don Andrés Palacios—, y mañana nos espera un día duro.

Aún estaban sentados en los grandes butacones del salón de la chimenea del Palacio Real, mientras Batiste, Jero y Arnau estaban espiando su conversación a través de la puerta, con la oreja pegada, casi sin respirar, para no perderse ningún detalle.

Después de un pequeño silencio, oyeron movimiento de sillones. Eso significaba que los dos inquisidores se estaban levantando y se disponían a abandonar el salón.

—Escuchar, ahora nos esconderemos detrás de este busto de mármol —dijo Jero—. No nos verán porque está en penumbra y cuando abran la puerta quedara fuera de su ángulo de visión, pero debemos permanecer en silencio total. No nos verán, pero nos podrían oír.

Nada más terminar la frase Jero, la puerta del salón de la chimenea se abrió y salieron los dos inquisidores.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó don Andrés.

No habían podido escuchar lo que le había contado don Juan con anterioridad a esa pregunta porque se habían escondido y separado sus orejas de la puerta.

—Porque no le has matado, tan solo lo has dejado herido. Ya sabes que un animal herido es el doble de peligroso —dijo don Juan—. Y no es un animal cualquiera, es don Cristóbal de Medina.

—No sabemos qué ponía en la carta que le ha enviado don Alonso Manrique, pero a juzgar por el contenido de la tuya, nos lo podemos imaginar —dijo don Andrés, mientras cerraba a sus espaldas la puerta del salón de la chimenea con cuidado.

—¿Te lo puedes imaginar? —preguntó don Juan, mientras empezaba a caminar por el pasillo.

—No es tan complicado de deducir. Piensa en lo que te decía a ti y a mí. Básicamente a ti te decía que me prestaras tu apoyo, porque yo era la persona competente para resolver el asunto, y a mí me decía, entre otras cosas, que aplicara las leyes y las normas del Santo Oficio. La conclusión es obvia.

—Pues será obvia para ti —le contestó don Juan—, porque yo no la veo por ningún sitio.

—Me imagino que su carta sería en tono muy duro. Le diría que la persona competente para resolver esta cuestión soy yo, que no se interfiera y que me voy a limitar a aplicar precisamente esas leyes y normas. Más o menos algo así. Supongo que, por prudencia, también lo habrá comentado con el rey Carlos I, para anticiparse a una posible misiva del receptor. Al final, por encima incluso del inquisidor general, aunque tenga un gran poder, está el monarca —explicó don Andrés.

—¿Y todas esas conclusiones las sacas a partir de nuestras cartas? —preguntó sorprendido don Juan.

—De nuestras cartas y de su cara al leer la suya —contestó don Andrés—. ¿No me digas que no observaste su gesto? Por un momento creí que se iba a abalanzar sobre mí. Tenía cara de asesino.

—Pues entonces vuelvo al principio. Ten mucho cuidado. Un animal herido como don Cristóbal, humillado cuando pensaba que tenía el asunto controlado, puede ser muy peligroso. No creo que el tema haya terminado todavía. No me parece de esas personas que se rinden con facilidad. Estate preparado para un contrataque.

—No sé de dónde puede venir, pero si intenta algo fuera de sus competencias... —oyeron decir a don Andrés alejándose por el pasillo. Estaban demasiado lejos y ya no podían seguir escuchando la conversación, que se perdió en la distancia.

Los tres amigos, que permanecían agazapados detrás del busto, se levantaron, abrieron la puerta y entraron en el salón de la chimenea, que ya estaba vacío. Batiste cogió del brazo a Jero.

—Arnau, continua tú solo hacia la salida, yo tengo unas cosas que comentarle a Jero. No te preocupes, el alguacil te dejará salir sin problemas, ya lo conoces —dijo Batiste.

Se había hecho bastante tarde, entre escuchar la discusión de los dos inquisidores y el receptor, además del rato que se habían visto obligados a permanecer ocultos detrás de la puerta del salón, así que Arnau no protestó. Tendría que dar explicaciones del motivo de llegar a esas horas de la noche a sus

padres. Desapareció, saliendo por la otra puerta.

Se quedaron solos Batiste y Jero. Se sentaron en los sillones.

—¿Qué te parece todo lo que ha pasado? —preguntó Batiste.

—La verdad, no sé qué pensar —contestó Jero.

—Creo que don Juan de Churruca tenía razón. Don Cristóbal no se va a rendir, así como así, no es de esa clase de personas.

—Es posible, aunque cuando don Andrés le ha amenazado con la cárcel, su tono de voz se ha moderado de forma notable. Ha acusado el golpe.

—Está claro que tu padre, don Alonso Manrique, nos ha intentado echar una mano, pero no sé si, con buena voluntad, nos la ha echado al cuello. Me parece que tenemos un nuevo enemigo en la ciudad y se llama don Cristóbal de Medina y Aliaga. Creo que tu padre ha creado un monstruo.

—¿De verdad piensas que va a seguir con el tema de Blanquina?

—No solo lo creo, estoy seguro, por supuesto de una forma discreta. Oficialmente no se saltará sus competencias, no se arriesgará a enfrentarse a tu padre, pero dentro de ellas obstaculizará el tema al máximo, no te quepa ninguna duda. No olvidemos que dispone de toda su documentación, además en su propio despacho, al alcance de su mano.

—Es verdad. No tiene ni que salir de su casa para investigar a Blanquina — reflexionó Jero—, y en el interior de su vivienda nadie sabe exactamente lo que hace. Se puede encerrar durante horas en ese enorme despacho que tiene y estudiarse la documentación sin que nadie se entere, página por página y palabra por palabra.

—Es una lástima que no la pudiéramos robar el día que estuvimos allí y que terminó con mi tremendo trastazo contra el suelo, que casi me cuesta la vida — recordó Batiste.

—Entonces estamos en peligro de verdad. Mi padre tenía razón cuando, hace menos de un mes, en este mismo salón, nos advirtió del peligro que nos esperaba. Lo vio venir, ya sabía que todo esto podía ocurrir. Se lo esperaba.

—¿Te acuerdas de estas palabras? «Las cosas no son tan simples, mi querido amigo. En este mundo en el que vivimos, nada es blanco o negro, existe una escala de grises, y ahí estamos nosotros ahora mismo, en un gris algo oscuro» — dijo Batiste, medio sonriendo.

—¡Esa es la cita textual que mi padre le dijo al tuyo aquel día, cuando Johan no comprendía el peligro que nos acechaba!

—Exacto. Pues me temo que el gris se está oscureciendo por momentos. De nosotros dependerá aclararlo.

Se quedaron en silencio, rememorando aquel instante.

—¿Crees que debemos hacerle la gran pregunta a tu padre? —preguntó en un

tono muy preocupado Jero.

Batiste asintió con la cabeza.

—Me temo que ahora estamos obligados a ello. Recuerda lo que te conté y lo que pude leer, tan solo al principio del primer legajo de Blanquina. Si aquello que leí es cierto, el asunto se puede volver muy grave.

—Estoy asustado —reconoció Jero.

—Y es bueno estarlo. El miedo no es malo en sí mismo, siempre que lo contremos. Te mantiene alerta y así hemos de estar nosotros ahora.

—Entonces, ¿se lo preguntarás a tu padre?

—Sí, lo haré, aunque no sé si me responderá. Piensa que somos nosotros dos los responsables del árbol. Ni tu padre ni el mío forman parte de la estructura actual del conocimiento. Es nuestra responsabilidad, ya lo escuchaste en aquella reunión —respondió Batiste.

—Pero el árbol podría estar en peligro inminente, y tu padre, junto con Luis Vives, fueron los que lo ocultaron en su actual emplazamiento. Tan solo ellos dos saben dónde se encuentra escondido —recordó Jero.

—El verdadero problema no es ese, es que quizá el Santo Oficio también lo sepa, aunque ahora mismo no sean conscientes de ello. Pero eso puede cambiar con don Cristóbal, si se pone a investigar en serio todos los documentos de Blanquina y saca sus conclusiones. Nosotros lo sabemos porque pude leer, durante apenas un par de minutos, el primer expediente, pero quizá mi padre no nos pueda o quiera decir nada.

—Entonces lo tendremos más difícil —dijo Jero, con un gesto de resignación.

—Quizá tenga que cambiar de estrategia para llegar al mismo lugar. Lo que está claro que necesito una respuesta de mi padre. El árbol está en verdadero peligro.

Cuánta razón tenía Batiste.

## EN LA ACTUALIDAD, JUEVES 4 DE OCTUBRE

—¿Qué prepare una maleta para pasar dos días fuera de casa para mañana viernes? —preguntó Carlota, con gesto de evidente sorpresa—. ¿Esas fueron sus palabras?

—Como sé lo puntillosa que eres. exactamente fueron que te dijera que «se prepare una pequeña maleta para pasar dos días fuera de su casa», si quieres más precisión. Eso es lo que me ha dicho mi tía, y te aseguro que estaba muy seria y alterada. Me advirtió que si no aceptabas la invitación, que ya me podía olvidar de asistir a esa fiesta de cumpleaños conjunta que estás organizando en secreto —respondió Rebeca.

—¡Eso jamás! —exclamó, casi gritando.

Estaban sentadas comiendo en un chiringuito de la playa de la Malvarrosa, muy cerca de casa de Carlota.

—¡Me pide de un día para otro que me organice una salida de mi casa! ¿Y si tengo compromisos previos? ¿No se le ha ocurrido pensarlo? Tengo una vida social intensa.

—¡Déjate de monsergas y escucha, Carlota! Conozco a mi tía, y ahora tuya también, de forma sobrada. Ya sabes que llevo viviendo con ella desde los ocho años y medio. Te aseguro que, sea lo que sea lo que ha programado, debe de ser muy importante, quizá más que eso.

—Supongo que lo será, si te amenaza con no asistir a tu propia fiesta de cumpleaños. Esa amenaza sobraba.

Rebeca se quedó mirando a Carlota.

—Tú, que siempre te jactas de tener una mente analítica que resuelve enigmas a una velocidad insuperable, ¿no deduces nada de todo esto? Porque yo, toda una mortal, inferior en todos los aspectos a la diosa Carlota, lo he hecho, y tampoco me ha costado tanto.

Carlota se indignó con su hermana.

—¡Pues claro que sé lo que pretende tu tía desde el primer segundo! — contestó enojada—. Lo que me irrita no es eso, sino la premura de la cita. No me gusta. También tengo mis compromisos, que tendré que cancelar, y no me hace ninguna gracia.

—¿De verdad sabes el motivo?

—Y tú también. A ver si dejamos de disimular, que ninguna de las dos somos idiotas. Dejemos de jugar la una con la otra.

Era verdad. Rebeca lo había deducido, pero le había costado un buen rato, sin embargo, Carlota parecía que lo había hecho casi en directo, en unos pocos segundos.

—¿Qué nos querrá contar de nuestros padres? —preguntó Rebeca.

—Tu tía ha considerado que ha llegado el momento de que se haga la luz, y ¡menuda luz nos espera! Estoy segura de que nos va a deslumbrar. Vamos a conocer cosas verdaderamente sorprendentes —dijo Carlota.

—¿Cómo puedes saber eso? —preguntó intrigada Rebeca.

—Evidentemente no sé qué cosas interesantes serán, pero me puedo imaginar algunas, y sé que serán casi inverosímiles a nuestros oídos, al menos a los tuyos.

—¿Cómo cuáles? —le preguntó con evidente interés Rebeca, ya que su análisis no había sido tan profundo.

—Por ejemplo, de qué y dónde trabajaban nuestros padres, pero en la realidad, no en la ficción.

—¡Qué dices! Eso ya lo sé yo. Ambos eran comerciales de un laboratorio farmacéutico muy importante. De hecho, allí se conocieron y luego se casaron. El resto ya lo sabes.

Carlota se echó a reír.

—Y yo soy astronauta.

Rebeca no comprendía a su hermana y se enfadó por su respuesta burlona.

—Tú no has vivido con ellos y no has compartido experiencias. ¿Cómo te atreves con semejante afirmación tan temeraria?

Rebeca se arrepintió de inmediato de haber pronunciado esa frase tan redicha. Podía dolerle a Carlota, sin embargo, a su hermana no pareció importarle.

—Experiencias seguro que menos que tú, pero he compartido lo más importante de nuestra madre, que es su cerebro. Por eso sé qué de comerciales, nada de nada. Me sorprende que te tragaras semejante patraña. Sin duda tu cociente intelectual ha ido menguando de forma evidente con el paso de los años. ¡Qué lástima de mujer, tan guapa, tan rubia y tan tonta!

—¡No me toques las palmas que me animo! —exclamó Rebeca, a las puertas de la eterna y polémica discusión—. A ver listilla, ¿qué has deducido que yo no sepa ya?

—Por ejemplo y, para empezar, no vamos a pasar en fin de semana en la ciudad, sino en otro lugar diferente.

Rebeca se sorprendió. Su tía no le había dicho nada de un viaje.

—¿Cómo puedes saber eso? —preguntó asombrada—. No recuerdo haberte comentado nada de ello.

—Por favor, Rebeca, ¡por supuesto que me lo has dicho!

—No me tomes el pelo. Estoy segura de que no, porque ni siquiera mi tía me lo ha mencionado a mí.

—Tu tía sí que te lo ha dicho, y tú a mí, lo que pasa es que no lo has comprendido, con tu cerebro atrofiado.

—A ver, explícate —dijo Rebeca.

—Para invitarme a pasar un fin de semana en tu casa, cosa que tu tía ha hecho infinidad de veces, jamás ha empleado la expresión «dile a Carlota que se prepare una pequeña maleta para pasar dos días fuera de su casa». Fuera de su casa... y fuera de la vuestra también. El significado de su expresión es más que evidente.

Rebeca estaba sorprendida.

—Y ahora me dirás que también conoces el lugar exacto dónde nos vamos a pasar el fin de semana las tres juntas.

—Por supuesto, ¿acaso tú no?

Rebeca no salía de su asombro.

—No, y creo que tú tampoco lo sabes, te estás marcando un farol.

—¿Eso piensas? —preguntó Carlota, mientras cogía una servilleta, sacaba un bolígrafo y apuntaba algo en ella. La dobló cuidadosamente para que no se pudiera ver su interior—. Prométeme que no la leerás hasta mañana por la mañana —decía, mientras se la entregaba—. Cuando desayunes con tu tía la puedes abrir y marcarte el tanto. No solo pone el lugar de destino, sino también dónde quedaremos y a qué hora exacta.

Rebeca la miraba con una expresión de alucinada.

—¿Todo eso lo has deducido de lo que te acabo de decir? Eres una bruja. En la Edad Media te hubieran quemado.

—No necesito ser una bruja, soy una Mercader, aunque dentro de una funda Penella.

## 24 DE FEBRERO DE 1525

—Queda inaugurada la sesión del tribunal juvenil del Santo Oficio presidida por mi persona, el señor inquisidor don Batiste Corbera. Señores miembros del tribunal, pueden ocupar sus lugares.

Jero, el promotor fiscal, Amador, el receptor y Arnau, el notario escribano y de penitencias, tomaron asiento.

—Iniciamos la primera fase del proceso inquisitorial contra la memoria y la fama de Blanquina March —dijo con solemnidad Batiste.

El proceso inquisitorial era bipartito, es decir, que constaba de dos fases separadas entre sí. Una primera sumaria o inquisitiva, que buscaba la investigación de los hechos, y una posterior fase judicial en sentido estricto. En esta segunda fase o juicio, el inquisidor se convertía en juez entre dos partes: el promotor fiscal que acusaba a los reos, y estos, asistidos en ese momento por sus abogados. El fiscal esgrimía ante el juez las pruebas en la fase sumaria, contra las cuales tenía que defenderse en esta segunda fase el reo. Ahora el tribunal juvenil se encontraba al principio del proceso. Querían ser fieles a la estructura original, así que iban a respetar sus plazos y sus momentos. Ahora tocaba la primera fase.

Durante la primera parte del proceso, es decir, durante toda la investigación criminal, el sospechoso sobre el que recaían indicios de culpabilidad ignoraba qué cargos se acumulaban contra él. A pesar de que lo solían encarcelar, no se le informaba de qué delitos se le suponía autor. La fase sumaria o inquisitiva se llevaba en secreto y, por consiguiente, el reo se hallaba en este sentido, enteramente indefenso, hasta la apertura del juicio o segunda fase del proceso. No era el caso que les ocupaba al tribunal juvenil, ya que Blanquina March llevaba muerta desde 1508 y, evidentemente, no se iba a enterar de los cargos en su contra en ningún caso, ni en la primera ni en la segunda fase.

—Antes de iniciar el procedimiento legal, ¿alguien tiene alguna cuestión

previa que comentar? —preguntó Batiste dirigiéndose específicamente a Amador, con toda la intención.

—Yo quiero hablar, si me lo permite su señoría —dijo el receptor juvenil Amador de Medina.

—Adelante, puede dirigirse a este tribunal.

—Tengo dos noticias que aportar previas al inicio de este proceso contra la memoria y fama de la difunta Blanquina March. Una es buena y otra es mala. Les van a sorprender —anunció Amador.

El promotor fiscal, Jerónimo, tomó la palabra.

—Este tribunal ya las conoce.

—¿Cómo puede ser? —pregunto sorprendido Amador—. Es imposible, tan solo mi madre y yo fuimos testigos de lo que me disponía a contar.

—¿Me permite que se lo demuestre? —insistió Jero.

—Adelante —concedió Amador.

—La noticia buena es que el inquisidor general de España ha prohibido a don Cristóbal de Medina, verdadero receptor del tribunal del Santo Oficio y también su padre, que se inmiscuya en el asunto de Blanquina March.

Amador se quedó blanco. «¿Cómo lo podía saber el renacuajo?», pensó.

Jero continuo.

—La noticia mala es que el receptor no pretende hacer caso a las instrucciones recibidas, y va a investigar nuestro mismo asunto.

Ahora Amador se levantó de la silla.

—¿Acaso nos espías en secreto? Eso tan solo lo sabía mi familia, ¿cómo puedes estar informado de semejantes detalles?

—Lo sabía tu familia y cualquiera con dos dedos de frente y algo de lógica en su cabeza —le cortó Jero.

—Señor receptor don Amador, vamos a necesitar su ayuda para conocer los avances que hace su padre, para que este caso pueda progresar en su primera fase de investigación. También vamos a necesitar leer parte de los documentos del caso que nos ocupa, los legajos de Blanquina de las que dispone el Santo Oficio.

—En realidad hay otra mala noticia que no les he contado a los miembros de este tribunal —dijo Amador—. ¿También la sabe? —preguntó ahora, dirigiéndose a Jero.

Batiste y Jero se quedaron mirándose entre ellos, sorprendidos. Eso estaba fuera del guion que habían organizado para la pantomima de esta primera reunión del tribunal juvenil. No sabían qué hacer ni qué decir. Al final Jero se decidió a hablar.

—¿Y cuál es esa mala noticia? —preguntó—. La desconocemos.

—Que precisamente esos legajos de Blanquina han desaparecido, no están dónde mi padre los dejó, archivados en la letra B, en la parte superior de sus estanterías. Yo mismo lo he comprobado esta mañana y no he sido capaz de encontrarlas.

«Ya han empezado los problemas», se dijo Batiste. «El gris se hace oscuro por momentos».

## EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 5 DE OCTUBRE

—Tía, ¿adónde nos vamos a pasar el fin de semana? —preguntó Rebeca, recién levantada, mientras se dirigía hacia el frigorífico para llenarse su habitual vaso de leche fresca.

A Tote se le cayó la tostada de las manos al plato, por supuesto por el lado de la mermelada, como siempre acertaba la maldita Ley de Murphy.

—¿Qué es lo que dices? —preguntó sorprendida y un tanto nerviosa.

—Lo que acabas de oír.

—¿Y a ti quien te ha dicho que vamos a pasar el fin de semana en un lugar diferente a esta casa?

—Carlota.

—¿Y cómo lo puede saber Carlota, si aún no le he comentado nada a nadie, ni siquiera a ti?

—O sea, que es cierto.

—Yo no he dicho eso.

—Pero Carlota tiene razón. Tu reacción y lenguaje no verbal ya me lo han confirmado —dijo con total seguridad Rebeca, mientras abría la mano y sacaba una servilleta bastante arrugada, aún sin desplegar.

Se explicó.

—Ayer quedé con ella a comer para advertirle de que este fin de semana lo pasaríamos las tres juntas. Dijo que, por fin, se iba a hacer la luz con respecto a nuestros padres. Se rio abiertamente de mi creencia de que trabajaban de comerciales de un laboratorio, para terminar diciendo que íbamos a pasar el fin de semana fuera de la ciudad.

Tote estaba igual de asombrada que lo estaba Rebeca ayer a mediodía. Tenía los ojos abiertos como platos. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Ahora me dirás que escribió el lugar adónde nos vamos en esa servilleta que acabas de dejar encima de la mesa —dijo Tote, atónita.

—No solo eso. Además, también me dijo que escribía el lugar y la hora a la que vamos a quedar.

Tote ya había dejado de desayunar. De repente se le había quitado el hambre. Si se tratara de otra persona no hubiera hecho el más mínimo caso, pero Carlota no dejaba de sorprenderle, aunque en esta ocasión le parecía demasiado, incluso para una mente como la de ella.

«¿Cómo podía saber algo que he decidido apenas hace treinta minutos? Acabo de comprar ahora mismo los billetes. Está claro que se está riendo de nosotras», quiso pensar Tote. «Debe ser una broma».

—Pues salgamos de dudas, abrimos la servilleta arrugada y leamos su contenido —dijo Rebeca—. Yo apuesto en favor de Carlota. Ya la he visto en acción en multitud de ocasiones y me ha dejado con la boca abierta. ¿Te juegas un mojito para las tres, en cuanto lleguemos a dónde sea que vayamos a quedar? Si la petarda acierta lo pagas tú, si se equivoca lo pago yo.

—¡Acepto! ¡Qué apuesta más fácil de ganar! Te acabo de decir que hace apenas media hora que lo he decidido. ¿Cómo lo podía saber Carlota ayer a mediodía? Es imposible. No me cabe ninguna duda que su mente es un prodigio de la naturaleza, pero no tiene una bola de cristal debajo de su cama.

—Yo creo que sí la tiene —respondió Rebeca.

—Abre de una vez la servilleta —insistió Tote, que ya se estaba poniendo nerviosa.

Rebeca la desenvolvió y la dejó encima de la mesa, a la vista de las dos.

«AVE Valencia – Madrid, estación Joaquín Sorolla. Salida del tren a las 19:40. Quedamos a las 19:00 y nos tomamos algo antes y charlamos».

El rostro de Tote se trasmutó al blanco nuclear. Había acertado todo, casi palabra por palabra, lo que les pensaba decir a las dos.

—Esto no es nada normal —dijo con una cara difícilmente descriptible—. ¿Tiene poderes paranormales? Lo pregunto en serio, y mira que yo no creo en esas cosas. Acabo de comprar los billetes ahora.

—Con Carlota debes acostumbrarte. La he visto resolver cuestiones verdaderamente inverosímiles, por eso ya he aprendido a apostar siempre a su favor. Es un valor seguro. Nos debes un mojito a las dos.

Tote estaba lívida. No sabía qué decir.

—No solo ha acertado el destino, también el medio, la hora, y hasta lo que pensaba deciros. No tiene ninguna explicación.

—Te aseguro que la tiene, aunque ahora yo esté igual de estupefacta que tú. Acostúmbrate y no apuestes jamás contra ella. Llevas las de perder, por extraño que te parezca.

—Desde luego —dijo una Tote, que aún estaba impresionada con su «nueva»

sobrina.

—Y espérate que, durante el trayecto en tren, que dura poco menos de dos horas, aún te va a sorprender con más datos. ¡No te extrañe que sepa más que tú!

—Eso sí que es imposible —concluyó Tote—. Carlota aún no había ni nacido, ni siquiera estaba en proyecto.

—Es un hecho que sabe que nos vamos a pasar el fin de semana a Madrid. Piensa cómo lo ha podido averiguar, porque yo no lo entiendo. Y si sabe el destino, posiblemente también sepa el porqué.

Tote estaba pensativa.

—Es verdaderamente sorprendente. Más que eso, es increíble. No hay explicación racional.

Rebeca tenía razón. A partir de los mismos datos de que disponía ella misma, alcanzaba conclusiones fuera de lo normal. Les esperaba un trayecto en AVE de lo más entretenido.

—Me voy a arreglar para irme a trabajar —dijo Tote—. Ya me has conseguido alterar para el resto del día. Ven a comer a casa y prepararemos las maletas.

Rebeca se había olvidado del ramo de rosas que le había aparecido en su mesa, en *La Crónica*. Con todo el trasiego de su supuesto viaje del fin de semana, se había olvidado por completo de abrir el sobre y descubrir quién le había remitido las rosas.

Menos mal, porque ya solo le faltaba eso.

## 27 DE FEBRERO DE 1525

—Padre, ya sé que ya no eres la undécima puerta y que ahora esa responsabilidad recae sobre mí, pero han sucedido ciertas circunstancias alarmantes que creo que debes conocer —dijo Batiste.

Johan Corbera estaba cenando junto con su hijo.

—¿Qué dices? —preguntó con curiosidad, sin saber bien a qué venía aquello.

—¿Te acuerdas de la conversación que mantuvimos en el Palacio Real hace un mes con su excelencia don Alonso Manrique?

—¡Pues claro! ¿Cómo quieres que me olvide de semejante acontecimiento?

—¿Te acuerdas también que don Alonso nos advirtió contra ciertos peligros que podrían acechar al árbol judío del saber milenario?

—También lo recuerdo, aunque no lo terminé de comprender. El árbol sigue oculto y seguro —afirmó Johan—, desde finales de 1508, cuando lo escondimos Luis Vives y yo mismo.

—Esa es la cuestión, que quizá no sea así —dijo Batiste, mirando a la cara a su padre para observar su reacción. No necesitó de mucho análisis para darse cuenta de la perturbación que acababan de causar sus palabras. Para empezar, su padre se levantó de inmediato de su silla.

—¿Qué es lo que estás diciendo! —exclamó con cara de susto.

—¿Te acuerdas de que a principios de mes me caí jugando al pilla-pilla con mis amigos?

—¡Pues claro que me acuerdo también! Estuviste tres días en cama por aquel trompazo en la cabeza, en tu despeñamiento por aquel maldito terraplén.

—No me despeñé por ningún terraplén.

Ahora Johan Corbera se sentó de nuevo en su silla, aparentemente simulando tranquilidad.

—Aparte de que te debería castigar de inmediato por mentirme, eso lo dejo para más adelante. Ahora quiero que me respondas una pregunta muy sencilla, y

esta vez sin mentiras. ¿Qué tiene que ver el peligro del árbol con tu caída, fuera dónde fuese?

—Todo.

—¿Cómo que todo? ¡Explícate ya! —dijo Johan, ahora con un tono nervioso.

—En realidad me caí desde lo alto de una escalera, en el interior del despacho del receptor don Cristóbal de Medina, en su vivienda particular.

Johan puso cara de sorpresa.

—¿Y qué se supone que hacías allí y subido en una escalera?

—El inquisidor Juan de Churruca facilitó al receptor toda la documentación que el Santo Oficio tenía en su poder referente a Blanquina March. Jero y yo nos asustamos e ideamos una treta. Quedamos una tarde para jugar en casa de Amador, que como sabes es el hijo don Cristóbal de Medina.

—¿Con la intención de buscar los documentos?

—No, ya sabíamos dónde se encontraban. De forma inocente, su hijo nos lo había explicado. El problema era que había que entrar en el despacho del receptor y subir a una escalera muy alta para poder acceder a dónde estaban archivados, todo ello sin que nadie lo advirtiera. De allí me caí, lo menos desde seis metros de altura.

Johan se alarmó.

—¡Te podías haber hecho mucho más daño!

—Sí, aun así me pegué un buen golpe en la cabeza. Fue una caída muy mala desde bastante altura, sobre un suelo de piedra.

—¿Se llegó a enterar don Cristóbal?

—No estaba en casa, pero casi me pilla su madre Isabel y su hijo Amador. Al final simulé que me había caído de un sillón. El receptor no se llegó a enterar jamás de nuestro incidente en su despacho.

—Menos mal. ¿Y se puede saber cuál era vuestro objetivo final?

—Robar toda la documentación, llevarnos los legajos de Blanquina. Ya sabes que desconocemos lo que hay en su interior, no sabemos lo que averiguó el Santo Oficio acerca del Gran Consejo y del árbol judío en aquellos años que nos descubrieron. Recuerda que Miguel Vives era el número cuatro y fue apresado en aquella fatídica noche del 20 de marzo de 1500. Posteriormente fue torturado de forma reiterada durante meses y desconocemos el alcance completo de sus declaraciones o confesiones.

—¿Y lo conseguiste?

—Evidentemente, no. Buscándolos me caí de lo alto de la escalera.

—Entonces fracasaste en tu misión.

—No del todo. Es verdad que no pudimos robarlos, pero al final localicé un legajo con cierta información. Me dio tiempo a leer el principio de todo el

expediente, en apenas unos dos minutos. En concreto, era un acta de declaración bajo tortura de Miguel Vives, llevada a cabo en el año 1501. Durante el tormento, confesó una cuestión que me tiene muy preocupado. Decía que fue testigo de un suceso muy extraño que ocurrió en casa de Luis Vives, tu amigo del alma y antiguo número uno del Gran Consejo, ya sabes, en su casa familiar de la calle Taberna del Gall.

—¿Qué dijo exactamente? —preguntó preocupado Johan.

Batiste se lo contó a su padre.

En cuanto lo escuchó, se cayó de la silla. Le costó levantarse. Estaba pálido como un enfermo.

—El árbol está en peligro —acertó a decir Johan, de pie justo enfrente de su hijo.

—Eso ya te lo había dicho yo al principio de la conversación.

—Pero entonces desconocía lo que me acabas de contar —se defendió Johan.

—Escucha padre, lo que quiero es que me contestes a una pregunta, y no me gustaría que me mintieras. Es muy importante. Recuerda que, además de tu hijo, soy la undécima puerta, y en calidad de ella te hago la pregunta.

—Lo intentaré —dijo Johan, que aún no se había recuperado.

—¿Es cierto lo que declaró Miguel Vives bajo tortura y figura en esa acta de la inquisición de 1501? Ya sé que Luis y tú ocultasteis el árbol siete años más tarde de esas declaraciones, en 1508, pero necesito saber si son ciertas y nos afectan en algo, porque descubren una cuestión que hasta ese momento se desconocía, al menos para el Santo Oficio.

Johan permaneció callado. No contestó la pregunta de su hijo.

—Te recuerdo que esos mismos documentos están, en la actualidad, en poder de don Cristóbal de Medina —recalcó Batiste—. Es posible que, mientras nosotros estamos hablando ahora mismo perdiendo el tiempo, él los esté leyendo y estudiando. Necesito saber qué hay de cierto en esas confesiones. No puedo hacer mi trabajo si me falta información. Ni Jero ni yo. Estamos muy preocupados.

Johan permaneció en silencio, mientras su hijo lo observaba con detenimiento. En realidad, no hacía falta que le respondiera a la cuestión. Viendo su cara, Batiste ya había deducido la respuesta.

—Sabes lo que esto significa, ¿verdad? —preguntó.

Johan estaba en una nube. Ya no estaba prestando atención a su hijo, parecía muy lejos, tanto físicamente como psíquicamente.

—¿Dónde está oculto el árbol? ¿Lo sabía Miguel Vives en 1501? ¿Sigue en ese mismo emplazamiento? Padre, necesito saberlo para poder protegerlo. En caso contrario, tanto Jero como yo llevamos los ojos vendados y tenemos un

formidable oponente en don Cristóbal de Medina. Si se nos adelanta, podemos perder el árbol para siempre.

Johan no podía hablar. Aquello lo cambiaba todo. A pesar de su aparente ensimismamiento, que simulaba evadido de este mundo, en realidad ahora ya no lo estaba. Tomó una decisión, que no comunicó a su hijo. Era necesaria. Todo podía cambiar rápidamente. Había que pasar a la acción.

—En su debido momento conocerás ciertas cuestiones —respondió lacónicamente, dando por terminada la conversación.

Batiste, a pesar de aparentar enfado con su padre por evitar la pregunta que le había formulado, en realidad ya creía conocer la respuesta.

Se levantaron de la mesa, sin dirigirse la palabra.

Johan redactó una carta urgente. La envió de inmediato a su destinatario. Esperaba una respuesta inmediata.

## EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 5 DE OCTUBRE

—Es muy bueno —escuchó decir a Fabio.

Rebeca estaba llegando a su mesa en la redacción. Tere y Fabio tenían un ejemplar de hoy del periódico *La Crónica*.

—Sin duda se nota la mano de Rebeca —dijo Tere.

—Buenos días, ¿qué estáis cuchicheando en mi ausencia? —preguntó, cuando llegó a la altura de ambos.

—Estábamos leyendo el artículo de Fernando, que sale publicado en la edición de hoy. El estilo es sorprendentemente parecido al tuyo, aunque con otro enfoque y de otra temática.

Rebeca se giró y miró a su alrededor.

—No veo a Fernando esta mañana.

—Como tú antes de trabajar en la radio, los viernes tampoco vendrá, ya cumple las horas de su contrato de lunes a jueves —contestó Tere—. Tiene el día libre.

—Pues entonces, si él no está presente, lo puedo contar con libertad —comentó Rebeca.

—El artículo, aunque firmado por Fernando del Rey, lo has escrito tú —intentó adivinar Fabio—. Ese es el secreto de Fornell.

Rebeca se rio.

—Os agradezco vuestra confianza, pero no es así, es justo todo lo contrario. No he añadido ni he quitado ni una sola coma en ese texto. El mérito es enteramente de él. Escribe así de bien —les dijo Rebeca.

—Entonces ya está claro por qué Fornell lo ha contratado. Cuenta con que abandones *La Crónica* en fechas cercanas, caminito de la radio —dijo Fabio—. En breve te harán una oferta y ya no tendrás tiempo para nosotros.

—La oferta ya me la han hecho, pero yo no dejaré de escribir en *La Crónica* jamás, bueno, siempre que me lo permita la dirección del periódico, claro. Ya os

lo dije hace tiempo y nada ha cambiado.

—El director Fornell podrá ser muchas cosas, pero no es idiota. El fichaje de Fernando, un arqueólogo que sabe escribir, cuando hay otras áreas del periódico que necesitan periodistas de verdad, tiene que obedecer a un motivo muy claro, y el que yo te digo es el único lógico —insistió Fabio.

—Que el director tendrá sus motivos es evidente, pero yo, si queréis que os diga la verdad, no los llevo a comprender —contestó Rebeca—. Ahora me voy a poner a trabajar, que este fin de semana lo pasaré en Madrid y tengo que prepararme mi colaboración radiofónica del lunes.

Rebeca se pasó toda la mañana ante el ordenador. A la una y media se despidió de sus compañeros y se fue hacia su casa. Entró en la cocina. Su tía Tote aún no había llegado. «Bueno, voy a preparar mi maleta mientras tanto», se dijo.

Cuando ya la tenía lista, oyó como se abría la puerta de su casa. Volvió a salir a la cocina y se encontró con su tía, recién llegada de la comisaría. Ya pasaban de las tres de la tarde.

—Parece que sepan cuándo una tiene prisa por salir más temprano. Todo son complicaciones de última hora —dijo Tote, a modo de saludo y con cara de malas pulgas—. Anda, vamos a comer que ya es tarde.

Tote preparó una comida fría, y a las cuatro menos cuarto ya habían terminado.

—¿Ya te has preparado tu maleta?

—Sí, tía. No he metido ningún vestido formal, como la última vez que me fui a Madrid por el tema de la radio. ¿Hace falta?

—¡Por supuesto que no! Vamos de visita, ni a la ópera ni a ninguna cena de gala. Yo no me dejo convencer con tanta facilidad para asistir a tostones de actos en embajadas, como hizo contigo Carol Antón la última vez.

—Pues entonces me voy a dar una ducha y estaré lista.

Tote se fue a su habitación y Rebeca al cuarto de baño. Se vistió y salió a la cocina. No había nadie, se asomó al salón, y vio a su tía abriendo un cajón de uno de los muebles, el mismo dónde guardaba la llave del trastero.

—¿Qué haces? —preguntó Rebeca.

—No sé si llevármela o no. Creo que la voy a dejar en casa, es demasiado valiosa —contestó Tote.

—¿De qué me estás hablando, si se puede saber?

Tote alargó un estuche a Rebeca. Ya lo había visto en otras ocasiones, parecía una condecoración de las muchas que tenía su tía. Había sido una de las primeras mujeres en España en alcanzar el grado de comisaria del Cuerpo Nacional de Policía, por ello disponía de suficientes medallas para ocultar toda una pared del

salón. No le gustaba hacer ostentación de ellas, salvo cuando, por obligación, tenía que llevarlas en algún acto protocolario, así que las iba dejando por los cajones, sin demasiado orden.

Rebeca abrió el estuche con cuidado y se quedó mirando su contenido.

—Ya la había visto. Siempre me había llamado la atención por su sencillez, pero desprende dignidad por todas partes. ¿Por qué motivo te la dieron?

—Esa medalla que tienes en tus manos es la más valiosa, con mucha diferencia, de las que tenemos en casa, porque, entre otras cosas, implica la más alta distinción posible. No existe una condecoración superior a esa. Tan solo se otorgaba en casos verdaderamente excepcionales. En España hay muy pocas.



—¡Caramba, tía! No sabía que tuvieras en tu poder semejante distinción.

—Estaba pensando en llevármela al viaje, pero no lo voy a hacer. Se la quería enseñar a Carlota, porque me venía bien para cierta explicación, pero ya se la mostraré un día que venga a casa, junto con la otra. No me arriesgo a que se puedan extraviar. Son demasiado valiosas para sacarlas a pasear.

—¿Junto con la otra? —preguntó extrañada Rebeca.

—Sí, en la cómoda de mi cuarto guardo una muy parecida. No es exactamente la misma, pero su valor es idéntico.

—¿Cuándo y por qué te las impusieron?

—No fue a mí —contestó Tote.

Rebeca notó que los ojos de su tía estaban húmedos. No estaba llorando, pero era evidente que estaba haciendo verdaderos esfuerzos para evitarlo.

Se fue a su cómoda y sacó otro estuche muy parecido. Rebeca lo abrió también. Esta nueva medalla que tenía en sus manos jamás la había visto. Era muy parecida a la anterior, lo único que sustituía el color rojo por tres franjas de diferentes colores, blanco, azul y rojo. La estrella parecía la misma. Su tía ocultaba esta medalla algo mejor, en su propia habitación.

—Estas medallas se las impusieron a tus padres —soltó, así, a bocajarro.

Rebeca se quedó pasmada. No entendía nada.

«¿A unos comerciales de un laboratorio farmacéutico?», pensó.

## 27 DE FEBRERO DE 1525

Don Cristóbal de Medina también estaba escribiendo unas cartas, al mismo tiempo que lo hacía Johan, pero evidentemente dirigidas a diferentes destinatarios. No tenía más remedio que obedecer las instrucciones de su superior jerárquico, el inquisidor general don Alonso de Manrique, pero lo pensaba hacer en sus justos términos, sobre todo aquella parte de su misiva que decía «que cada uno trabaje dentro de sus atribuciones, funciones y competencias. No me hagan perder más el tiempo con estas menudencias. Recuerde que la aplicación de la ley y las normas del Santo Oficio están por encima de las personas».

Después de releerla varias veces, le encantaba esa parrafada, sobre todo la primera parte de ella.

Envió una misiva a cada uno de sus subordinados dentro de la jurisdicción del tribunal local del Santo Oficio, con instrucciones expresas de transmitir todas las censales y pequeñas propiedades que pudieran habersele incautado a Blanquina March en el proceso contra su marido, Luis Vives Valeriola, en concreto en Lliria, Novelda, Alzira, Xàtiva y Gandía, así como que liquidaran algunos pequeños préstamos, como el propio de la ciudad de Valencia y la gobernación de Xàtiva. También mandó una misiva al señor de Bétera, para que liquidara sus deudas con la familia Vives-March de inmediato. También le habían prestado dinero a un mercader florentino de origen valenciano llamado Pere Miranda, para construir una carabela para el comercio entre Florencia y Valencia.

Si vendía todo a terceras personas, se complicaba tremendamente el proceso legal de recuperación de esos bienes por parte de sus herederos legales. Los trámites se podrían alargar incluso años. Ya se encargaría él de eso, siempre con la ley y las normas del Santo Oficio en la mano, como le gustaba presumir a don Andrés Palacios. Le iba a dar de probar su propia medicina en todos los asuntos que pudiera.

No estaba incumpliendo las instrucciones del inquisidor general, porque esas actuaciones se encuadraban dentro de sus atribuciones como receptor del tribunal de la inquisición, así que nada le podrían objetar formalmente.

En cuanto a la dote aportada al matrimonio por Blanquina March, pensaba apurar los plazos que le había otorgado el inquisidor don Andrés Palacios y contestarle oponiéndose a ello, pero en el último minuto posible, para tratar de retrasar y entorpecer, siempre dentro de la ley, todo el proceso iniciado a traición y con la segura colaboración del inquisidor, de la mano de los tres hermanos Vives.

Tenía otros planes para aquellos 10.000 sueldos de la dote, que en ningún caso pasaban por su devolución a sus herederas, dijera lo que dijera don Andrés Palacios o el mismísimo inquisidor general de España.

«No conocen todavía a don Cristóbal de Medina», pensaba con maldad. «Pero lo harán en breve y se llevarán una sorpresa».

## EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 5 DE OCTUBRE

—¡Tardonas! Son casi las siete y diez.

—Disculpa Carlota —dijo Tote—. Nos hemos entretenido con unas medallas. Estaban en el interior del salón principal de la estación Joaquín Sorolla, lugar de partida de los trenes de alta velocidad AVE en Valencia.

—¿Unas medallas? ¿Ahora os habéis vuelto religiosas de repente? Tenía entendido que no os interesaban demasiado esas cuestiones místicas.

—Y no nos interesan —respondió Rebeca—. Anda, vamos a sentarnos en aquel bar a tomar algo. Me parece que alguien nos debe un mojito.

—¿Un mojito? —preguntó extrañada Carlota—. ¡Eso sí que es empezar el viaje con estilo!

Rebeca le explicó a su amiga cómo había ganado la apuesta con su tía Tote.

—¡Me creíste! —dijo Carlota, dirigiéndose a Rebeca—. Ya te fías de mis deducciones, es un paso adelante en nuestro camino para ser verdaderas hermanas.

—Ya somos verdaderas hermanas. Y no te creí por eso, sino porque te conozco muchos años y sé de lo que eres capaz, aunque no fuéramos familia.

—¿Cómo lo adivinaste? Ni siquiera había comprado los billetes del AVE cuando escribiste esa nota en la servilleta —dijo Tote, intrigada de verdad.

—Yo no adivino nada, no tengo una bola de cristal como seguro que cree Rebeca, simplemente me limito a deducir en base a hechos, que no es lo mismo. En el tren os lo explicaré. Ahora, ¡venga esos mojitos!

Se pidieron tres y los disfrutaron de verdad. Estaban contentas y se les notaba. Era el primer viaje que hacían juntas, conociendo que eran familia. Casi nada.

Al poco tiempo anunciaron su tren y su vía. Se levantaron del bar y se pusieron en la cola, para pasar los controles de seguridad.

—Este es nuestro vagón —dijo Tote.

—¡Pero si es de clase preferente! —exclamó Carlota, mientras un amable

empleado se ocupaba de subirle su pequeña maleta.

—En realidad he comprado los cuatro billetes que componen una mesa. Así iremos tranquilas y podremos hablar, sin mucha gente ni ruido alrededor —contestó Tote.

—¿Y dónde nos alojaremos en Madrid? ¿En el Ritz? —preguntó Carlota, con sorna—. Ya puestos a lujos...

—No, pero no te creas que vas tan desencaminada en cuanto al lujo —dijo Tote riendo.

—Lo decía en broma, en realidad ya sé dónde vamos a pasar el fin de semana —le contestó, mientras se acomodaba en uno de los sillones con mesa en medio de la clase preferente.

—¡Eso no me lo puedo creer! —dijo Tote—. Entre otras cosas porque ni siquiera he reservado nada.

—¿Hace otro mojito en Atocha? ¿Te lo apuestas?

—Pues claro, es imposible que lo sepas —afirmó Tote, convencida—. Este lo vas a perder seguro.

—Ya verás como no —dijo Carlota, que parecía muy divertida, mientras tomaba una servilleta de la mesa, sacaba un bolígrafo del bolso y escribía unas notas. La dobló con cuidado y se la entregó a Tote—. Más o menos a mitad viaje la abres y la lees —le dijo.

Rebeca las miraba divertidas. No sabía cómo lo hacía su hermana, pero si le hubieran preguntado a ella, también habría apostado por Carlota. Le recordaba al personaje de Patrick Jane en la serie *El mentalista*, que había visto hacía ya unos cuantos años y le enganchó, pero en este caso en mujer.

Una vez acomodadas, el tren partió puntual, como solía suceder casi siempre con los AVE.

—Podíamos cantar las canciones del *cole* cuando nos sacaban de excursión —dijo Carlota, riéndose—. Esto es algo parecido. La profesora Tote se nos lleva a Madrid a pasar el *finde*.

—Sí claro, y que se gire todo el vagón a mirarnos —contestó Rebeca, pensando en el bochorno que hubieran podido causar en el compartimento de clase preferente.

—Además, no es lo mismo. Este no es un viaje propiamente de placer, ¿verdad Tote? —preguntó Carlota.

—¿Y tú qué sabes? —le preguntó.

—Más de lo que te puedes imaginar.

—Pues podrías empezar por explicarnos cómo sabías que nos íbamos a Madrid, además justo en este tren —dijo Tote.

Rebeca permanecía callada, atenta a las explicaciones, que le interesaban igual

que a su tía.

—Eso es muy sencillo —empezó a explicar Carlota, dirigiéndose a Tote—, pero me vas a permitir que antes te cuente otra cosa. Es mucho más importante, y quiero que se me entienda bien.

—Claro que te lo permito, ¡solo faltaría!

A Carlota se le notaba algo emocionada. No era habitual en ella y a Rebeca le llamo mucho la atención esta actitud tan inusual en su ahora hermana. Se quedó mirando a Tote.

—Eres una de las mejores personas que he conocido en mi vida. Me has demostrado que tienes un corazón que no te cabe en tu pecho. Cuando hace algo más de trece años descubriste que era tu sobrina, después de aquel trágico accidente de tráfico, te volcaste en mí de una manera muy especial, pero también muy evidente hasta para una niña de ocho años. En aquel momento no entendía el porqué, pero una vez Rebeca, con su mente prodigiosa —dijo, mientras la miraba con una sonrisa en la boca —, dedujo que éramos hermanas, comprendí muchas cosas. De repente, se hizo la luz. Tu insistencia en que fuera a vuestra casa a casi todas horas, mi educación en el mejor colegio de Valencia y tantos otros detalles en mi vida. Nunca podría vivir lo suficiente para agradecer todo lo que has hecho por mí, además de forma oculta y pretendidamente anónima, sin esperar ningún reconocimiento.

—Anda, no exageres, que me vas a hacer llorar —dijo Tote, que ya tenía alguna lágrima asomando de sus ojos.

—Después de todo lo que acabo de contar, que lo llevo muy dentro de mí, en lo más profundo de mi corazón, espero que no te duela la decisión que he tomado, que es seguir viviendo como una Penella. Si lo piensas bien, eso fue lo que quisieron mis dos madres, la adoptiva y la biológica. Voy a respetar sus voluntades.

Hizo una pequeña pausa. Carlota tenía un nudo en la garganta. Se notaba que le costaba continuar hablando.

—No tengo ninguna intención de iniciar trámite alguno para cambiar mi apellido adoptivo de Penella por el de Mercader. Ya sé que podría hacerlo con facilidad, ya que se falsificaron documentos, pero no quiero.

Tote estaba conmovida por las palabras de Carlota.

—No tienes por qué justificarte ni lo más mínimo. Entiendo tus motivos. En cuanto a mí, te voy a seguir queriendo exactamente igual, eres la hija de mi hermana, te apellides Penella o Mercader Rivera.

—Sabía que lo entenderías, gracias por todo lo que has hecho por mí durante estos años. No he comprendido su verdadero significado hasta hace bien poco, pero una cosa no quita a la otra.

Se levantaron de sus asientos y se fundieron en un prolongado abrazo. Las lágrimas brotaron en ambas. Estaban emocionadas de verdad. Hasta a Rebeca se le humedecieron los ojos observando la escena, y eso que ya conocía la decisión de Carlota.

—Sabes que siempre serás bienvenida en nuestra casa, porque también es la tuya, además en sentido literal —dijo, mientras sacaba de un sobre unos papeles.

—¿Qué es esto? No entiendo *ni papa* de leyes —dijo Carlota, mientras observaba lo que parecía un contrato.

—Es el documento legal que demuestra que eres la propietaria de la mitad de la casa donde vivimos Rebeca y yo. Guárdatelo, ahora te corresponde a ti custodiarlo y hacer lo que quieras con la vivienda, en connivencia con tu hermana, que es la propietaria de la otra mitad. Si lo desearais, podríais vivir las dos juntas en ella. Yo tengo mi propia casa.

Carlota estaba sorprendida, y era difícil verla en ese estado.

—Esto sí que no me lo esperaba —dijo, sin saber cómo reaccionar—. Como te acabo de decir, no tengo intención de cambiar nada, todo va a seguir igual que hasta ahora. Yo viviré con mis dos hermanos en la casa de la playa, y vosotras en la Alameda.

—¡Por fin te pillamos en algo que no sabías! —dijo Rebeca, intentando animar una conversación que se dirigía por unos derroteros muy tristes.

—Es cierto. No lo puedo saber todo, pero sí que os puedo contar cómo deduje este viaje y su destino —contestó Carlota, que parecía de nuevo alegre, después de quitarse de encima el peso que le causaba lo que le tenía que decir a Tote. Para ella era muy importante que lo entendiera.

—Eso, eso —jaleó Rebeca.

—Vamos allá. Para empezar, ¿en qué momento le entraron las prisas a tu tía para que pasáramos el inmediato fin de semana seguido juntas?

Rebeca recordó aquel momento.

—En cuanto le dije que estabas organizando nuestro cumpleaños de forma conjunta, y que pensabas revelar que éramos hermanas, en mitad de la juerga.

—¡Exacto! Estaba claro que, antes de que toda la ciudad se enterara de una cosa así, necesitaba contarnos ciertas cuestiones que nos atañían a las dos. ¿Y qué tenemos las dos en común?

—¿Nuestros padres? —se aventuró Rebeca.

—¡Premio para la *listilla*!

—Vale, te sigo, ¿pero por qué Madrid?

—Porque era el sitio donde trabajaban, evidentemente, no en un laboratorio, como tú te creíste como una auténtica boba. A mí también me lo dijeron, en su papel de tíos, pero yo no los creí ni por un momento.

—¿Por qué? —preguntó intrigada Rebeca.

—¡Pero alma de cántaro! ¿Sabes con qué gente se codeaban? ¿En serio unos comerciales de un laboratorio farmacéutico podrían llevar ese nivel de amigos y de vida?

—¿Nivel de vida? Es cierto que vivíamos en un buen chalé en las afueras de la ciudad, pero eso y mi educación en el colegio Albert Tatay fueron todos los signos de cierta ostentación que pude ver en ellos. Se comportaban de una manera muy discreta y vivían de forma modesta. ¡Si hasta conducían un Opel Corsa amarillo de lo más cutre, con más de quince años de antigüedad, además hecho polvo! Tú también lo sufrías, Carlota. La sillita infantil era infame, casi una tortura digna de la inquisición.

—Sí, yo también recuerdo aquel coche, el *Yellow Submarine* que le llamaban —contestó Tote, que estaba pendiente de las explicaciones—. Era de tu padre, en él se conocieron, lo conservaban como una auténtica reliquia.

La cara de Rebeca se trasmutó.

—¿*Yellow Submarine*? —repitió, con cara de espantada—. ¿En serio?

—Sí, como la canción y la película de Los Beatles. Tus padres le tenían una especial veneración. La primera vez que cenaron juntos sonaba esa canción. Entre ellos era todo muy mágico y especial.

Rebeca se levantó de golpe, con la excusa de ir al baño. Estaba pálida y con cara de descompuesta,

Aquello era imposible, no podía ser, pero Rebeca no creía en las casualidades.

## 2 DE MARZO DE 1525

—¡No pueden haber desaparecido! —dijo Batiste.

—¡Pues claro que no! Mi padre habrá cogido los documentos y los habrá bajado de su archivo en las alturas, porque querrá estudiárselos, como pretendía hacer hace apenas unas semanas. Es normal que haya hecho eso, después de los últimos acontecimientos que hemos vivido. El tema de Blanquina March vuelve a estar de plena actualidad —se explicó Amador—. No hace falta que os explique mucho más.

—Pues es importante que los localices. Si es como tú dices, los legajos no habrán salido del despacho de tu padre, los tendrá en algún montón más accesible, quizá incluso encima de su mesa de trabajo —dijo Jero.

—Pero ya no puedo hacer lo que me pedíais en un principio —se adelantó Amador.

—No, supongo que no —contestó Jero—. Eso ya no será posible.

—Llévamelos de su despacho, ahora mismo, es muy arriesgado. Una cosa era cuando estaban archivados en las alturas. Allí tiene cientos de expedientes que no mira en años, pero si los ha bajado de la parte superior de su despacho es porque se las piensa estudiar. Si me los llevo de nuestra casa, ahora mismo, notará enseguida su ausencia y en nuestra residencia, sin tener en cuenta el servicio, tan solo vivimos tres personas. Imagínate del primero que sospecharía —dijo Amador.

—No, ya te he dicho que ese proyecto ya no es viable. Tienes razón, las circunstancias han cambiado totalmente —siguió Jero—. Hemos de pensar en otro plan.

—Podrías localizarlos, y una vez encontrados, dejarlos en cualquier otro lugar de su despacho —propuso Batiste.

—¿Para qué? —pregunto Amador.

—Primero, porque no las encontraría a la primera, y ello nos daría algo de

tiempo para poder estudiarlos, aunque sea papel por papel y el proceso para nosotros fuera algo más largo y latoso. Y segundo, porque al no habértelos llevado de su despacho, acabaría encontrándolos y pensando que los habría dejado en ese lugar de forma accidental. Jamás se podría imaginar que su hijo había entrado en su despacho y los había cambiado de sitio a propósito. Con este plan, no te arriesgas —le dijo a Amador—, pero nos permites ganar algo de tiempo para poder iniciar el proceso del tribunal juvenil contra Blanquina March con algo de ventaja sobre tu padre.

—¿Y si sospecha de mí? —insistió Amador.

—Escucha, los tres hemos estado en el despacho de tu padre y hemos visto la cantidad de libros y expedientes que tiene por todas partes. ¿Por qué va a pensar que tú le has movido unos documentos de sitio? ¿Qué sentido podría tener para él una cosa así? Lo más normal y lógico es que pensara que los ha traspapelado, una vez las encuentre.

—¿Y si no lo hace y se pone nervioso? —pregunto Amador, que se notaba que le tenía mucho respeto a su padre.

—Pues en ese caso te ofreces a ayudarlo, y después de disimular un par de minutos, le llevas hasta dónde están los legajos y ya está. Lo importante es que, al no haber salido del despacho, además de haberlos localizado gracias a ti, no sospechará jamás de tu acción. Todo lo contrario, igual hasta se muestra agradecido por tu ayuda.

—No lo termino de ver claro —dijo Amador, aún dubitativo.

—Escucha, no es la situación ideal. De haber podido disponer de todos los documentos de golpe, el tribunal juvenil del Santo Oficio hubiera podido hacer una investigación más rápida y alcanzar el veredicto con mayor celeridad, pero ahora hemos de lidiar con una situación diferente. De esta forma que te estoy proponiendo nos tocará analizar papel por papel, pero no llamaremos la atención de tu padre, y tú estarás seguro, aún en el peor de los casos. No correrás ningún riesgo.

—Quizá —dijo Amador, que empezaba a convencerse.

—Además, tu padre no sospecha nada, ni de ti ni de nosotros. ¿Para qué íbamos a querer esos papeles, además tomados de los expedientes casi uno a uno? Es imposible que se imagine nada de todo lo que tramamos.

—Eso es cierto —dijo Amador.

—Aún en el improbable caso de que, en alguna ocasión, echara en falta algún papel, que ya sería raro con la cantidad que hay, al día siguiente lo podrías devolver al legajo correspondiente, y tu padre pensaría que no lo había visto en un primer vistazo. Es una operación segura. Además, eres el más importante de los cuatro en este juego, por encima de mí como inquisidor —dijo Batiste—, e

incluso por encima de Jero con sus accesos al Palacio Real, por no nombrar a tu ayudante Arnau. Ya sabes que necesitamos la documentación original del caso. Sin ella, el tribunal juvenil del Santo Oficio no podría iniciar sus actuaciones jamás. No podríamos ni empezar el juego.

Amador se había terminado de convencer. Su vanidad era su punto débil, como en toda la familia Medina y Aliaga.

—Solo os puedo prometer que lo intentaré, siempre que localice la documentación de Blanquina dentro de su despacho —contestó Amador, después de pensarlo por un momento, ya convencido—. Como la haya trasladado a otro sitio, no podré hacer nada.

—Nos sirve —dijo Jero—. No tiene ningún sentido que esté fuera de su despacho, que es su lugar de trabajo habitual, que, además, es enorme. ¿Dónde se la iba a llevar, a la sala de costura?

Amador se rio.

—Allí solo entra mi madre y la costurera. No me imagino a mi padre ni siquiera sentado allí. Sería ridículo. Creo que no lo ha hecho en su vida.

—Por eso, es inimaginable que la documentación haya salido de su despacho. Además, tampoco lo veo devolviendo los documentos a los archivos del Santo Oficio, después del numerito que montó frente a los inquisidores y de las molestias que se tomó para que se la dieran de forma inmediata, cosa que, para absoluta sorpresa de todos, lo consiguió en tan solo un día. Insisto, no me lo imagino.

—No, yo tampoco me lo puedo imaginar —reconoció Amador.

Lo que ninguno se podía imaginar es lo que les esperaba.

## EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 5 DE OCTUBRE

—¿Te encuentras bien, Rebeca? —le preguntó Tote preocupada, cuando su sobrina volvió del baño. Se había recuperado de la impresión que le habían causado las palabras de su tía.

—Ahora mejor. No sé qué me ha pasado, me ha entrado un repentino mareo.

—¿No estarás embarazada? —preguntó con maldad Carlota, mientras sonreía con cara de pícara.

—Pues como no sea del Espíritu Santo, no se me ocurre de quién —le contestó con una sonrisa.

—Anda, volvamos a las explicaciones de Carlota, que tu interrupción nos ha dejado a medias —dijo Tote, que no quería ni oír hablar de embarazos.

Carlota se animó y continuó.

—Como os estaba contando, nuestros padres trabajaban en Madrid, supuestamente para un laboratorio farmacéutico, pero era evidente que no era así.

—¿Por qué estás tan segura? —preguntó Rebeca.

—Me sobran los motivos, como diría el gran Joaquín Sabina —replicó Carlota, ingeniosa.

—Pues empieza por el primero —dijo Tote.

—Voy a comenzar por nuestra madre, Catalina Rivera. Es la mujer que ha alcanzado un cociente intelectual más alto en la historia de España desde que se hacen mediciones estándar, nada más y nada menos que 195. Hablaba con fluidez, al menos, siete idiomas, además de tener tres licenciaturas universitarias, todo ello con apenas veintiún años.

—¿Cómo sabes el dato tan preciso del cociente intelectual? Nunca me lo comentó ni escuché decirlo en casa —respondió Rebeca.

—Carlota tiene razón —sentenció Tote—. No ha habido ninguna mujer más inteligente que ella, al menos de momento. El dato es cierto.

Carlota continuó con la explicación.

—Ahora vamos con nuestro padre, Julián Mercader. Aunque no tenía un coeficiente intelectual tan alto, estaba entre los veinte o treinta más elevados de España. También hablaba multitud de idiomas y dialectos, creo que incluso más que nuestra madre. Además, ¿sabes cuál era su lengua materna?

—Dado el lugar de su nacimiento, en Sueca, supongo que el castellano o más probablemente el valenciano —respondió Rebeca—, que en esa zona es el primer idioma.

—Pues ninguno de los dos. Era el ruso.

Rebeca se sorprendió de forma evidente. Tote dio un respingo en su asiento al escuchar aquello, no se lo esperaba de Carlota.

—¿Qué dices? Jamás lo escuché decir ni una sola expresión en esa lengua. De hecho, ahora que lo pienso, la única palabra que le oí decir en ese idioma era el de su bebida alcohólica favorita, *vodka* bien frío —contestó Rebeca.

Ahora era Tote la que estaba blanca.

—¿Os importa que vaya un momento al aseo y luego continuamos la conversación? —les dijo a sus sobrinas.

Se levantó y desapareció por el pasillo.

Carlota aprovechó la coyuntura, la ausencia temporal de Tote.

—Decíais que habíais llegado a la estación algo tarde porque os habíais entretenido viendo unas medallas. Me voy a arriesgar con una suposición que no tengo confirmada —dijo, mientras manipulaba su móvil. Se lo pasó a su hermana, mostrándole una fotografía—. No me lo tengas en cuenta si me equivoco.

Carlota continuó hablando.

—Supongo que tu tía se habrá planteado si traerse esta medalla o no al viaje. También supongo que la habrá dejado en casa, por su gran valor, pero al menos te la habrá enseñado. Por eso os habéis retrasado un poco.

A Rebeca casi se le cae el móvil de las manos.

—Por tu reacción, veo que no me he equivocado —dijo Carlota.

—¿Cómo narices lo sabes? ¡Esa medalla es justo la que me ha enseñado antes de salir de casa!

—Por la conversación que estamos manteniendo, deduzco que no te ha dicho ni a quién pertenece ni lo que significa.

—No, no lo ha hecho —respondió completamente pasmada.

«Aquello rozaba lo paranormal», pensó Rebeca. «¿Cómo podía saber Carlota que su tía le había enseñado esa medalla hace poco más de una hora? Ella no estaba allí».

—Hace un rato has tenido entre tus manos un auténtico tesoro. La medalla de

la estrella dorada, que llevaba aparejada la más alta distinción.

—Eso mismo me ha dicho Tote —contestó Rebeca, todavía con la tez blanca por la sorpresa—, aunque no me ha explicado más.

:—Pues has tenido entre tus manos, nada más y nada menos, que la medalla que te acredita como Héroe de la Unión Soviética. Pertenecía a nuestro padre. Fue una de las últimas que se otorgó como tal, porque cuando se desmembró la Unión Soviética, en el año 1991, la medalla fue sustituida por otro modelo muy parecido. En lugar de toda roja, le cambiaron los colores por los de la bandera rusa, blanco, azul y rojo en tres franjas verticales. El título pasó a denominarse Héroe de la Federación Rusa, con idénticos honores al anterior.

—¡También la he visto en casa! La tenía Tote escondida en un cajón de su mesita.

—¡Mira, eso no lo sabía! Pues resulta que nuestra madre también es Heroína de la Federación Rusa. No me preguntes el porqué, tengo que reconocer que, en este caso, desconozco el motivo.

Rebeca estaba alucinada.

—Pero ¿cómo pueden estar en posesión de esas altísimas distinciones de ese país si eran españoles y trabajaban en España? No lo entiendo.

—No te quedes ahí, continúa el razonamiento, ¿cómo pueden poseerlas trabajando en un simple laboratorio farmacéutico español? —le animó Carlota.

—Pues yo sigo creyendo a mi madre —insistió Rebeca. ¿Te apuestas un mojito a que trabajaba en un laboratorio?

—¡Hecho! —contestó Carlota—. ¡Cómo me voy a poner hoy!

Tote volvió de cuarto de baño y observó la cara de Rebeca, que volvía a estar blanca, como hace un rato.

—¿Qué habéis estado hablando en mi ausencia?

—En realidad, nada que tú no sepas —contestó Carlota—, pero tu sobrina quizá tenga alguna pregunta que hacerte más tarde, cuando estéis a solas.

«¿Solo alguna?», pensó Rebeca.

Carlota continuó con la explicación que había interrumpido mientras Tote visitaba los aseos del tren.

—Está claro que cuando las respuestas no vienen a ti, nosotras tenemos que ir a buscarlas. La acción ocurrió, en su mayoría, en Madrid, así que es lógico que nos traslademos hasta la capital de España. En cuanto a la hora del tren, era la más lógica, porque hemos quedado a cenar con otras personas. El próximo AVE salía a las 20:15 y llegaba a Madrid a las diez de la noche, demasiado tarde para la cena —se explicó Carlota—. Está claro que el horario más lógico era el de las 19:40. Poco después de las nueve estaremos en la estación de Atocha, hora perfecta para cenar.

Tote volvía a estar blanca, sin embargo, Rebeca parecía divertida. Carlota se dirigió a Tote.

—Creo que estamos a mitad del camino a Madrid. ¿Y si abres la servilleta que te he dado hace un rato? A ver si he acertado dónde nos vamos a alojar en Madrid —dijo, sonriendo.

—Vas a perder un mojito que me pienso tomar nada más llegar a Atocha —dijo Tote, mientras abría el bolso y sacaba la servilleta —Por muy *brujilla* que seas, ese detalle es imposible que lo sepas.

—No vayas tan rápida. No recuerdo la última vez que perdí una apuesta —dijo Carlota, desafiante—, si es que he perdido alguna en mi vida, que creo que no.

Tote abrió la servilleta. Leyó su contenido.

Se quedó otra vez blanca. Estaba claro que no levantaba cabeza. Menudo viaje le estaban dando sus sobrinas.

Dejó la servilleta encima de la mesa, con su contenido a la vista, y echó la espalda hacia atrás del asiento. Parecía otra vez mareada.

—¿Quieres ir otra vez al cuarto de baño a mojarte la cara? —le preguntó Carlota, con cierta sorna—. Te veo mal aspecto. A este paso te vas a arruinar pagando mojitos, y nosotras vamos a acabar medio borrachas.

## 3 DE MARZO DE 1525

—A partir de mañana empezaré a buscar los expedientes de Blanquina en el despacho de mi padre —dijo Amador, aunque aún le quedaba en la voz un tono de duda

—¡Bien! —exclamó Jero, intentándole dar ánimos—, por fin te has convencido del todo.

—No lo estoy, pero entiendo que si no los conseguimos no podremos jugar, y me apetece hacerlo.

—Estoy convencido de que los expedientes no han salido de su despacho —dijo Batiste—. Debes centrarte en su mesa.

—Eso es lo peor. Su mesa está hasta arriba de carpetas y papeles, apenas queda ningún espacio libre —protestó Amador—. No sé cómo se apaña mi padre para poder trabajar con comodidad.

—Ya sé que su mesa es un pequeño caos, yo mismo la vi, pero si tu padre se ha tomado la molestia de volver a bajar de las alturas los documentos de Blanquina, es porque piensa revisarlos. Eso está claro. Entonces tiene toda la lógica que estén en su mesa, o encima de alguna silla contigua, como muy lejos. Te puedes hacer una idea, deberían estar al alcance de su mano cuando está sentado en su silla, detrás de su mesa de trabajo. Céntrate en ese radio de acción.

—De todas maneras, si acabo encontrando los expedientes, abriré el primer legajo que vea y tomaré los primeros papeles que estén encima del todo. Como comprenderéis, no voy a perder ni un segundo en hacer una selección.

—Te entiendo —dijo Batiste—. Para comenzar será suficiente.

—Lo haré por la mañana, antes de partir hacia la escuela, ya que mi padre se pasa un buen rato con mi madre en la cocina a esas horas y tendré algo de tiempo para poder rebuscar.

—¿Y te los vas a llevar a la escuela? —preguntó Jero.

—¡Ni hablar! Si ya estoy asustado con lo que voy a hacer, ¡imagínate saber

que llevo esos papeles todo el día conmigo! Creo que hasta el profesor Urraca se daría cuenta de mi nerviosismo.

—¿Entonces qué piensas hacer con ellos si los sacas por la mañana de tu casa?  
—siguió preguntando Jero.

—De camino a la escuela paso por la puerta de casa de Batiste. Él siempre sale unos minutos después de que yo haya atravesado su calle. Los doblaré, los ataré y los arrojaré por debajo de su puerta. Él es el inquisidor del tribunal juvenil y le corresponde su custodia.

Batiste hizo un gesto a aprobación con la cabeza. Amador continuó.

—Que se los guarde en su casa, así no viajan tanto. Pensar que los tenemos que leer, pero lo más rápido que pueda los debo devolver a su legajo de origen, no sea que mi padre los eche en falta. Eso sí que podría significar un problema serio.

—Pero tienes que hacerlo a la hora exacta, así yo estaré pendiente. Mi padre se suele ir a trabajar bastante antes que yo me vaya a la escuela, no debería haber peligro que lo recogiera del suelo él —dijo Batiste.

—Por eso creo que es la mejor opción —dijo Amador.

—Sí, siempre que seas puntual. Es preciso que llegues a mi casa antes de que yo la abandone. No puedo llegar tarde a la escuela.

—No te preocupes, eso no pasará —aseguró Amador—. Yo tampoco puedo llegar tarde.

Lo que no se podía imaginar ninguno es lo que se llegan a torcer las cosas.

## EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 5 DE OCTUBRE

—«Nos alojaremos en la residencia de Jacques Antón, en la sierra de Madrid. Nos esperarán en la estación de Atocha Jacques, Carmen y Carol para cenar juntos» —leyó Rebeca la servilleta que había dejado Tote en el centro de la mesa.

Jacques Antón era el agregado cultural de la embajada francesa en Madrid. Carmen era su exesposa, estaban divorciados desde hace bastantes años, pero mantenían una relación muy cordial. Carol Antón era la hija de ambos y compañera del colegio en Albert Tatay de Rebeca y Carlota durante muchos años. También participaba de las reuniones del *Speaker's Club*.

Su tía estaba estupefacta. La había leído un momento antes de dejarla encima de la mesa. No podía hablar. Parecía que había entrado en un estado casi catatónico.

—¿Te das cuenta Rebeca? Nuestra tía aún no sabe que jamás debe apostar contra mí, a no ser que le guste perder. Igual le va el *rollo masoca*.

Rebeca no comprendía nada.

—¿Qué pintan Jacques, Carmen y Carol en toda esta historia? —preguntó Rebeca, completamente extrañada.

—Todo. En realidad, ellos son el origen de muchas cuestiones interesantes con respecto a nuestros padres —contestó Carlota—, que supongo que este fin de semana vamos a conocer.

—¿Cómo puedes saber todo eso?

—Tengo las mismas piezas del rompecabezas que tú, lo único que las ordeno a mayor velocidad. Estoy seguro de que si te doy dos o tres semanas, quizá fueras capaz de intuir la respuesta tú también, sin agobiarte demasiado —dijo Carlota, en un tono claramente burlón.

—¡idiota! —contestó riéndose Rebeca—. No me restringues tu capacidad de análisis. Creo que es el único aspecto en que me superas, y por los pelos.

—¿El único? —se rio Carlota—. Te reto a que, cuando regresemos de este minivaje, nos sometamos a un nuevo test de inteligencia. ¿Nos apostamos otro mojito?

—¡Hecho! —respondió Rebeca, que no tenía más remedio que aceptar el reto, aunque no tenía nada claro que lo pudiera ganar, como lo hizo en el pasado. Si lo rechazaba estaba aceptando de forma implícita que Carlota le superaba. Eso jamás.

Tote volvió a la realidad. Se pidió un zumo de naranja para tratar de recuperarse y volver en sí.

—¿Habéis terminado de hablar de vuestras tonterías?

—¿Tonterías? Pues esas mismas tonterías me van a valer un pedazo de mojito en Atocha —respondió Carlota.

—¿Te importaría explicarte? ¿Cómo puedes saber todo eso? Jamás se lo he contado a nadie —dijo asombrada Tote.

—No hace falta contar nada. Para eso tenemos un cerebro marca Rivera-Mercader, como el Coyote y el Correcaminos tenían instrumentos *marca Acme* —dijo Carlota, recordando a los célebres dibujos animados del pasado muy lejano.

—No te hagas la graciosa. Explícate ya —exigió Tote, mientras le daba un primer trago al zumo.

Carlota se dirigió a Rebeca.

—Todo es más sencillo de lo que parece. Te voy a hacer unas preguntas muy facilitas y luego razonaremos juntas. Me dijiste que tu tía, aquí presente, te entregó un álbum familiar de fotografías propiedad de tu madre, ¿no es así?

—Sí, es cierto.

—Y en ese álbum de fotos, ¿quiénes aparecían con más frecuencia?

Rebeca pensó un poco.

—Bueno, mis padres y yo.

—¡Vamos, eso ya lo tenía claro! Me refiero aparte de vosotros tres.

Ahora Rebeca hizo una pausa un poco más larga.

—Mi tía Tote, tú misma, Carlota, y la familia de Jacques Antón, Carmen y su hija Carol. Se ve que eran muy amigos. Quedaban con cierta asiduidad, sobre todo bastantes fines de semana.

—¿Y cómo te explicas que unas personas que trabajan de simples comerciales en unos laboratorios se relacionen con personas de la altísima sociedad, como la familia de Jacques Antón, que es un diplomático de alto rango y un asesor financiero muy rico? Aparentemente vivían en mundos muy diferentes. Y no me digas que sus hijas iban al mismo colegio y a la misma clase porque ya se conocían de antes de que naciéramos nosotras. Ese argumento no vale.

—Pues la verdad, no tengo ni idea —contestó Rebeca, que nunca se lo había planteado.

—Pues yo sí y, en realidad, tú también. Pensemos juntas, ¿cuál es la única explicación lógica?

—¿Qué no vivieran en mundos tan diferentes? —se aventuró Rebeca.

—¡Premio! Nuestros padres jamás trabajaron en ningún laboratorio. Primer punto aclarado. Ahora, sigamos reflexionando. Con su extraordinaria inteligencia, con su dominio de los idiomas y con sus medallas y títulos de Héroe de Rusia, nada más y nada menos, ¿a qué te crees que se dedicaban realmente? Olvídate de los laboratorios y piensa con lógica. Utiliza tu cerebro marca Rebeca-Mercader y no uno *marca Acme*.

—¿Eran diplomáticos rusos? —se aventuró Rebeca, por aquello de pertenecer a los mismos mundos y buscar un punto de conexión entre ellos.

Tote se atragantó con el zumo de naranja, tosiendo de forma estridente. Ya no sabía ni como sentarse.

—Con toda probabilidad. Perteneían al mismo círculo social. Los tres, tus padres y Jacques Antón eran diplomáticos, por eso se llevaban tan bien y tenían tantos amigos en común.

—¿Cómo sabes lo de las medallas rusas? —pregunto Tote a Carlota, completamente asombrada por la revelación. Se las había mostrado a Rebeca, pero sin darle más detalles.

—Héroe de la Unión Soviética y Heroína de la Federación Rusa. Esos honores son una altísima distinción para otorgarla a ciudadanos extranjeros. Es muy poco común. Sus méritos tuvieron que ser algo fuera de lo normal, y, en su caso, solo se comprenden desde el campo diplomático o del espionaje, quizá de este último, ya que a pesar de que poseen esos grandes títulos, no aparecen en los listados oficiales de los poseedores. Y no lo niegues que lo acabo de buscar en *Google*. Eso tan solo sucedía cuando no se podía hacer público el motivo de la distinción. Eran galardonados en una ceremonia privada, que se mantenía en secreto. La medalla la imponía el propio presidente del país, con todos los honores, pero no se publicaba su concesión. Era confidencial.

Tote se quedó mirando a Carlota, con cierta admiración.

—Tus deducciones son sorprendentes, pero no todas son ciertas. Digamos que has acertado el cincuenta por ciento, más o menos, cosa que tiene muchísimo mérito, no creas. Me tienes asombrada.

—¿Me he equivocado en algo? —preguntó Carlota.

—Por supuesto, pero para eso hemos venido a Madrid, para conocer las verdaderas respuestas, que están en poder de la familia Antón. Dejemos que sean ellos quienes se expliquen. Quizá os sorprendáis y todo —dijo Tote, con cierto

tono de misterio.

Se giró hacia Carlota.

—Y, a pesar de tu mente prodigiosa, a ti te vendrá bien especialmente una dosis de humildad, y darte cuenta que también te equivocas en tus deducciones, de vez en cuando.

«Yo no me equivoco», pensó terca Carlota.

La cuestión es que, en esta ocasión, tenía razón Tote, para variar.

## 4 DE MARZO DE 1525

Batiste estaba pendiente de la puerta de su casa. Amador había comentado ayer que, esta misma mañana, buscaría encima de la mesa del despacho de su padre los papeles de Blanquina, cogería los primeros del primer legajo que localizara, los doblaría y ataría, pondría en nombre de Batiste y lo arrojaría por debajo de la puerta de su casa. Por eso estaba atento. El padre de Batiste, Johan, ya se había ido a trabajar, así que no había peligro de que se tropezara con los papeles de forma accidental. El peligro era otro, la hora, ya era algo tarde. Si Amador no había encontrado la documentación, en consecuencia, tampoco deslizaría ningún papel, así que no se podía esperar eternamente, ya que corría el riesgo de llegar tarde a la escuela.

Amador no llegaba.

«Como no aparezca algo por debajo de la puerta de inmediato, me marchó», se dijo Batiste.

No había concluido su pensamiento cuando algo se deslizó por debajo de la puerta de entrada. Era unos papeles doblados y estaban a su nombre, conforme habían convenido.

«Amador ha hecho su trabajo, tal y como dijo», pensó, mientras subía a toda prisa a su habitación, los dejaba encima del mueble enfrente de su cama, y se marchaba a toda prisa a la escuela. No quería llegar tarde. Apenas llegó con un margen de uno o dos minutos, pero a tiempo.

Batiste se pasó toda la mañana distraído, pensando en los documentos y su contenido. Para acabar de rematar su impaciencia, el profesor Urraca le pidió que se esperara un momento al acabar las clases, porque le quería comentar algo. A Batiste se le llevaban los nervios, ya que quería hablar cuánto antes con sus amigos, para convocar un consejo del Santo Oficio juvenil, para analizar entre todos sus miembros, los papeles que Amador había conseguido de los legajos de Blanquina.

Cuando salió de clase, vio a Amador y Jero hablando. Se dirigió hacia ellos. Se metió en la conversación ya iniciada.

—¡Pues te aseguro que no! —estaba diciendo Amador, con evidente enfado.

—No puede ser.

—Pues lo es.

Batiste interrumpió la conversación.

—¡Hola! Por si no os habíais dado cuenta, estoy aquí —dijo.

—Hola, Batiste. Amador me estaba contando los problemas con los documentos de Blanquina.

—¿Problemas? —preguntó Batiste—. ¿Qué problemas?

Le contestó Amador.

—Después de arriesgarme esta mañana durante casi diez minutos dentro del despacho de mi padre, no he encontrado nada encima de su mesa —dijo Amador, con voz de verdadero disgusto.

—¿Y dónde estaban? —preguntó Batiste.

Amador se le quedó mirando, enfadado.

—¿Es que no me escuchas cuándo hablo?

—Sí, claro que te escucho.

—Pues acabo de decir que no los he localizado, a pesar de arriesgarme demasiado con el tiempo. No debo estar tanto rato dentro, pero los quería encontrar.

Batiste estaba confundido.

—¿Eso quiere decir que no me has echado nada por debajo de la puerta esta mañana?

—¿Estás tonto o qué? ¿Ves cómo no me escuchas? —le contestó Amador—. ¿Cómo lo voy a hacer si te acabo de decir que no he encontrado los documentos de Blanquina?

Batiste ahora se quedó blanco.

—Mañana lo volveré a intentar por las sillas de alrededor de su mesa, a ver si los encuentro. Como no estén allí ya no se me ocurre otro lugar dónde buscar, dentro de la inmensidad de papeles que tiene mi padre en su despacho —continuó Amador.

—Me vais a disculpar, mañana hablamos —dijo Batiste, mientras salía a toda velocidad de la escuela.

Jero y Amador se le quedaron mirando, sin comprender nada.

—Y a este, ¿qué bicho le ha picado esta mañana? Está de lo más raro —dijo Amador—. Entre que parece distraído y que no escucha...

Jero se quedó preocupado por su amigo Batiste. Sí que se había comportado de una manera un tanto extraña, y eso no era nada habitual en él.

## EN LA ACTUALIDAD, VIERNES 5 DE OCTUBRE

—¡Qué alegría veros por Madrid! —dijo Carol, nada más ver salir del andén del AVE a sus dos amigas y su tía Tote.

—Bienvenidos a la capital —dijo Jacques—. No os preocupéis por vuestro equipaje, nuestro servicio se hará cargo de las maletas.

«¿Nuestro servicio?», pensó Rebeca. «¡Vaya nivel Maribel!»

Todos se saludaron con efusividad. Carlota, Carol y Rebeca se habían visto el martes pasado en la curiosa reunión del *Speaker's Club*, pero Tote hacía una eternidad que no veía a la familia Antón, sobre todo a Jacques, que vivía en Madrid. Su exesposa Carmen residía junto con su hija en Valencia, y aún se habían visto en alguna ocasión, sobre todo comprando en el Mercado Central.

—Estás estupenda Tote —le dijo Jacques, con caballerosidad—. Igual que la última vez que nos vimos.

—Ya veo que tu exquisita educación no ha cambiado ni un ápice —contestó Tote—. Tengo algunos años más.

—Antes que nada, nos vamos a tomar todos a un mojito a la salud de Tote, que nos va a invitar —dijo Carlota, sonriente.

—¿Y eso a qué viene? —preguntó Carol.

—Mejor no preguntes y saboréalo —contestó Rebeca, mientras entraban en un local de la propia estación de Atocha.

—Vamos a cenar algo informal a un sitio que sé que le encanta a Rebeca y adónde solíamos ir cada vez que estábamos juntas en Madrid —dijo Carol—, a pesar de que yo, ahora, no puedo comer de eso.

—¿Me estás hablando de un bocata de calamares? —preguntó emocionada Rebeca.

—Exacto, ya sabes que *El brillante* está aquí al lado. Hoy es viernes y estaréis cansadas, ya tendremos tiempo de comer mañana con más tranquilidad y con la elegancia que os merecéis —dijo Jacques, que, aunque no lo reconoció, también

era muy aficionado a los calamares de *El brillante*.

—¿Por qué dices que no puedes comer de eso? —preguntó con curiosidad Carlota.

—Porque el año pasado, durante mi estancia en París por estudios, me hice vegana. No creáis que no os voy a tener algo de sana envidia.

—¡Es verdad! Nos lo contaste el primer día que asististe al *Speaker's Club* —recordó Carlota—, después de las vacaciones de verano. Por cierto, ¿y siendo vegana puedes tomar alcohol? Te estás *pimplando* un mojito que da gloria.

—No creas que no es un tema controvertido entre los veganos. En principio, sí que podemos, pero hay algunas bebidas alcohólicas que sus fórmulas pueden contener aditivos de origen animal. Yo no llego hasta el extremo de preguntarlo. Me lo bebo y ya está —dijo, riéndose.

Salieron de la estación de Atocha, cruzaron la ronda y en apenas diez minutos habían llegado al bar. Se sentaron en la barra y se pidieron un bocata cada uno, excepto Carol, que no tomó nada. Lo disfrutaron como siempre lo hacían.

Carlota se dirigió a su amiga Carol. Rebeca estaba sentada a su lado.

—¿Cómo te has podido aguantar tantos años sin decirnos nada, sabiendo que éramos hermanas?

—No lo he sabido siempre. Durante los ocho primeros años pensaba que erais amigas. Con esa edad, con ocho años, a partir del fatal accidente, me enteré que erais primas. Lo de hermanas vino bastante después.

—¿No te extrañó que tus padres te dijeran que no comentaras nada de todo ello, ni siquiera que éramos primas? —siguió preguntando Carlota—. A ojos de una niña como tú no te debió parecer demasiado normal.

—¿Cómo puedes saber eso tú? —dijo extrañada Carol.

—Primero, porque jamás nos contaste nada y eso ya es raro y, en segundo lugar, porque es lógico pensar que nuestros padres no quisieran que nadie supiera ni siquiera que éramos familiares. Después de todo el montaje que tuvieron que hacer tras el parto de las gemelas y nuestra separación, no podían dejar cabos sueltos.

Carol se quedó mirando a Carlota un tanto asombrada. No la trataba con tanta frecuencia como a Rebeca y le sorprendían sus deducciones.

—Sí, tienes razón. Desde los ocho años me dijeron que no contara nada. Incluso, como ya os he dicho, durante mucho tiempo pensé que erais simplemente primas.

—¿Y cómo y cuándo te informaron de que Carlota y yo éramos hermanas? —preguntó Rebeca.

—Hace relativamente poco. Me enteré en una notaría, cuando tuve que firmar toda la documentación. Allí, en la escritura, aparecían vuestros nombres y

vuestra filiación. Me llevé una gran sorpresa. A la salida, me fui a comer con mis padres y me lo explicaron todo, con la promesa de guardar el secreto hasta que llegara el momento adecuado, que parece que ya está aquí. No sabéis el peso que me voy a quitar de encima. No ha sido nada fácil ocultar el secreto, sobre todo para una parlanchina impenitente y despistada como yo.

—¿Una escritura notarial en la que estaban nuestros dos nombres? ¿Acerca de qué? —preguntó extrañada Carlota.

—¿Vosotras no la habéis firmado? —preguntó extrañada Carol—. Yo lo hice hace poco. Pues creo que vuestras firmas también eran necesarias.

—No tenemos la más remota idea de lo que nos estás contando, al menos yo. La petarda de Carlota no lo sé, a saber, igual consulta a su oráculo particular —contestó Rebeca.

—Yo tampoco sé nada, y lo peor, ni siquiera me lo imagino —respondió de inmediato, con un gesto pensativo—, y eso sí que me preocupa.

Carol se quedó mirando a las hermanas Mercader Rivera por un momento.

—Entonces, aún no os han contado nada, ¿verdad?

—¿Qué es lo que nos tenían que haber contado exactamente? —preguntó de inmediato Carlota, que no le gustaba nada desconocer los detalles de cualquier cosa.

—Me parece que este fin de semana va a ser más divertido incluso de lo que me imaginaba —dijo Carol, sonriente—, y os aseguro que tenía grandes expectativas.

Terminaron de cenar. A la puerta del bar les estaba esperando una especie de limusina, aunque no tan exagerada en tamaño como las ordinarias. Entraron. Cabían cómodamente seis personas, justo las que eran. El trayecto duró unos cuarenta y cinco minutos. Fueron entretenidos contándose recuerdos e historias del pasado, muchos de ellos compartidos también por Carol, Rebeca y Carlota, que se acordaban.

Llegaron a lo que parecía un impresionante chalé. Una cancela se abrió automáticamente y entraron con el vehículo en el garaje, que se encontraba en el sótano. Aparcaron el coche y se dirigieron a la puerta de lo que parecía un ascensor.

—¿Tenéis un ascensor dentro del chalé, para vuestro uso particular? —preguntó asombrada Carlota.

Inmediatamente contestó Carmen.

—Estoy operada de la llamada *tríada*, es decir, rotura de ligamento cruzado, rotura de ligamento lateral interno y el menisco. Cosas del esquí. Coincidió con la construcción de esta residencia, así que instalamos un trasto de estos. Por supuesto también se puede subir a la planta principal por las escaleras, pero

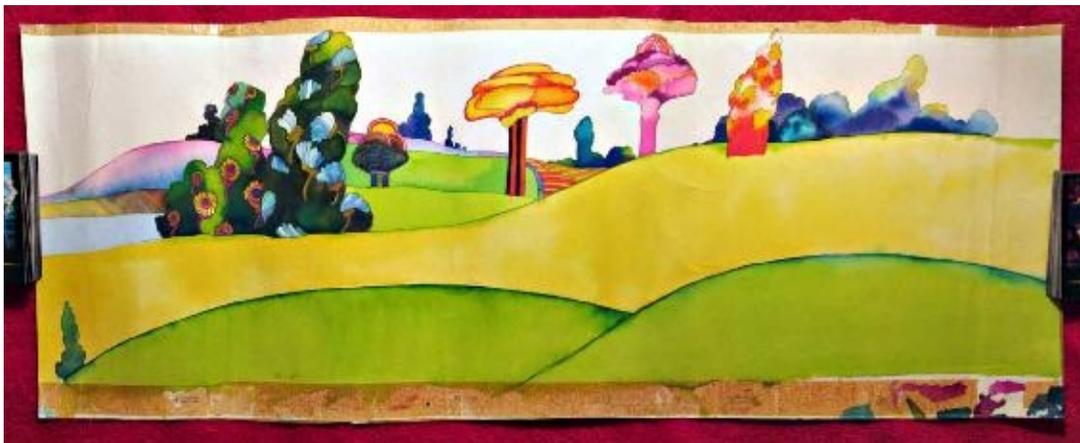
cuando te acostumbras a lo bueno, te olvidas de lo malo.

Entraron en el salón. Aquello era espectacular, madera por todas partes, pero con un toque moderno y elegante. Tenía mucho estilo. Carlota entendía bastante de decoración, y se dio cuenta de inmediato que aquello no era un simple chalé en la sierra. Sería más técnico definirlo como mansión, además decorada por un profesional, era evidente.

—Ahora cada mochuelo a su olivo —dijo Carmen, mientras acompañaba a sus invitados a sus correspondientes habitaciones.

De repente, Rebeca se detuvo y se quedó mirando un cuadro. Soltó su maleta y se fue a verlo más de cerca.—¡Mis padres tenían un cuadro exactamente igual a este en su casa! —exclamó Rebeca.

Carmen se acercó y la cogió por un hombro, con un gesto muy cariñoso. Parecía hasta emocionada.



—Estás observando el inicio de todo. Este cuadro unió para siempre a nuestras familias, incluso hasta el día de hoy. Es pura historia. Cada vez que lo miro no puedo evitar emocionarme, Quizá sea la obra de arte a la que le tenemos más cariño, y seguramente no estará ni entre las veinte o treinta más valiosas que poseemos.

A Rebeca le extrañó la expresión «incluso hasta el día de hoy», pero ya era tarde y no quería iniciar una conversación que intuía profunda. Estaba demasiado cansada.

—Mis padres tenían colgado encima de la mesa del salón de casa un cuadro exactamente igual a este. También tenía esas cuatro firmas, apenas imperceptibles, en un extremo.

Carmen sonrió.

—Estás observando el mismo cuadro que tenías en tu casa. Lo compramos tu madre y yo en Londres, hace un montón de años. Ya entonces nos costó un dineral. Después del fatal accidente me lo traje conmigo. No creo que haya otro igual en todo el mundo, ten en cuenta que es un original firmado por los cuatro. No sé qué valor podría alcanzar hoy en día en una subasta pública. Supongo que siempre habría algún seguidor chalado que podría pagar una fortuna por él, pero no está en venta. Jamás.

—¿Por los cuatro? —preguntó Rebeca, que no entendía nada.

Carmen se le quedó mirando, ahora con un gesto de incredulidad.

—No tienes ni idea qué estás contemplando, ¿verdad?

—La verdad es que no. Siempre me gustó por sus vivos colores. Recuerdo que mi madre hacía que lo mirara para, mientras estaba distraída con el cuadro, aprovechar para meterme la cuchara con la comida en la boca. De pequeña, no era precisamente una buena comedora.

—Pues sin tú saberlo, te alimentaste en tu infancia observando un cuadro original, firmado por John Lennon, Paul McCartney, George Harrison y Ringo Starr, nada más y nada menos.

—¿Esos no eran Los Beatles? —preguntó Rebeca sorprendida. ¿Qué tienen que ver con este cuadro?

—Todo. El cuadro se corresponde con su película *Yellow Submarine*. Es una pequeña joya de coleccionismo.

Rebeca dio un respingo.

«¡Otra vez *Yellow Submarine!*!», pensó espantada.

## 4 DE MARZO DE 1525

Batiste salió a toda velocidad de la escuela en dirección a su vivienda.

«Si los papeles que me han echado esta mañana por debajo de la puerta no ha sido cosa de Amador, ¿quién lo ha hecho?», pensó. Y lo que era peor para su curiosidad, «¿qué serían?».

Entró en su casa y se dirigió a su cuarto, sin mirar nada más.

—¿Qué te pasa? ¿Ya no saludas? —preguntó su padre, que estaba haciendo la comida en la cocina y lo vio pasar como un rayo por delante de la puerta.

—Perdona padre, ahora bajo —dijo Batiste, mientras subía las escaleras a toda prisa.

Entró en su habitación. Los papeles estaban dónde los había dejado esta mañana. Los desligó a toda prisa. Se quedó pálido. Se sentó en la cama un momento a intentar analizar su contenido, y de paso a tomar algo de aire. Casi había venido corriendo desde la escuela.

«¿Aquello qué quería decir?», se preguntó, sin terminar de comprender lo que tenía en sus manos.

Volvió a bajar las escaleras con el papel en la mano. Entró en la cocina.

—¿A qué venían tantas prisas? —preguntó Johan, cuando vio a su hijo.

—Esta mañana, poco antes de irme a la escuela, han tirado por debajo de la puerta una carta a mi nombre. Era muy tarde y no me daba tiempo a abrirla y leer su contenido porque no llegaba a la escuela, así que lo he dejado en mi habitación para leerlo ahora, a mediodía —se justificó Batiste, sin hacer ninguna mención ni a Amador ni a los papeles de Blanquina.

—¿Y para eso corrías tanto? —preguntó Johan—. La carta no se iba a escapar de tu habitación.

—No, pero ya sabes que soy muy curioso. No suelo recibir cartas a mi nombre casi nunca, y como no la he podido abrir esta mañana por la premura de tiempo, casi no me podía ni aguantar —intentó excusarse.

—¿Y se puede saber que dice esa misteriosa carta?

—Esto —dijo Batiste, dejando la carta encima de la mesa de la cocina.

Ahora el que se quedó blanco fue Johan. Se secó las manos con un paño y tomó la hoja para verla más de cerca.

—¿Esto qué quiere decir? —preguntó, con voz de evidente preocupación—. ¿Y para qué te envían esto a ti?

—Mi respuesta es la misma a las dos preguntas, sencillamente no lo sé —contestó Batiste.

—En realidad mi primera pregunta era retórica. Yo sí que sé lo que es, pero no te puedo ayudar, lo siento. En cuanto a la segunda pregunta, no tengo respuesta para ella.

—¿No me puedes ayudar? —preguntó extrañado Batiste.

—No debo hacerlo, pero desde luego es algo completamente insólito —dijo Johan, que su rostro reflejaba evidente preocupación.

Batiste no sabía qué hacer. Al final resolvió que no podía dejar un tema así para mañana, debía resolverlo cuanto antes.

—Me parece que hoy no ceno, me voy al Palacio Real. Esto lo tiene que ver Jero cuanto antes —dijo Amador, mientras guardaba la hoja dentro de un bolsillo y se dirigía hacia la puerta de su casa.

—¿Pero te van a dejar entrar en el Palacio Real sin haber establecido una cita con Jero previamente? El alguacil no tendrá instrucciones para dejarte pasar y son muy estrictos con la seguridad y el protocolo —dijo Johan.

—Es posible que no, pero tampoco pierdo nada por intentarlo.

—Eso sí.

—Además, padre, tú acabas de resumir la situación perfectamente con una palabra, «insólita». Y las cosas insólitas no pueden esperar —dijo Batiste, mientras salía por la puerta a toda velocidad.

## EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 6 DE OCTUBRE

—¡Venga tardones, terminar de desayunar que nos vamos de excursión! — dijo Carmen.

Llamar a aquello que tenían delante de sus narices desayuno era un insulto. Rebeca se imaginaba a los reyes, a los emperadores y los zares rusos, sentados alrededor de una mesa, con un servicio muy parecido. Con aquello podían pasar el día entero. Era sencillamente espectacular.

Salieron de la cocina, que era tan grande como todo el salón de casa de Rebeca, tomaron el ascensor y bajaron al garaje. Allí les estaba esperando la misma limusina de ayer, con el mismo conductor.

—¿Es vuestra? —preguntó extrañada Rebeca.

Carmen no pudo evitar reírse.

«¿Qué he preguntado que le hace tanta gracia?», se dijo Rebeca. Pensó que seguramente sería alquilada para el fin de semana.

—¿Adónde nos lleváis de excursión? —preguntó Carlota—. ¿Podemos cantar canciones como en el *cole*?

—Podéis hacer lo que queráis, aunque el trayecto va a ser corto —contestó Jacques, sonriendo.

Para sorpresa de las dos, Carlota y Rebeca, entraron en lo que parecía un polígono industrial. Se quedaron mirándose sin comprender nada.

«¿Iban de excursión un sábado por la mañana a una fábrica dentro de un polígono?», se preguntó sorprendida Rebeca. «Es de lo más extraño».

La limusina se dirigió hacia una inmensa parcela, con lo que parecían multitud de naves industriales más pequeñas en su interior, rodeadas de vegetación. El coche se detuvo frente a la cancela, que se abrió de forma automática. Había dos guardias de seguridad en la puerta, que les saludaron con la mano.

Rebeca y Carlota estaban pasmadas. Aquello no se parecía en nada a una fábrica convencional, había muchos árboles por todas partes, casi parecía más un

jardín o un pequeño bosque con algunas construcciones en su interior. No había ningún signo distintivo que indicara qué era aquello, salvo, encima de un pequeño jardín, las letras metálicas «Rivon Industries».

El coche se detuvo en la puerta de una de las naves. Salieron los seis del vehículo. Para absoluta sorpresa de Carlota y Rebeca, había unas treinta o cuarenta personas en el exterior, y de repente, sin venir a cuento, se pusieron a aplaudir. Parecía un comité de bienvenida o algo así. A su frente estaba un hombre y una mujer.

Jacques tomó de la mano a ambas hermanas y se acercó hacia las personas que los estaban esperando, que ya habían terminado de aplaudir, para alegría de Rebeca, que había pasado algo de vergüenza, a pesar de no entender nada.

—Rebeca y Carlota, os presentó a Raúl Mármol y a Mariló Fito, jefe de operaciones y directora del producto, respectivamente.

—Encantados de conocerlas por fin. Se parecen mucho a su madre, sobre todo usted —dijo Raúl, dirigiéndose a Rebeca—. Es sorprendente, en realidad es idéntica. Supongo que se lo habrán dicho muchas veces.

—Alguna que otra, sobre todo últimamente.

—No nos quedemos aquí en la puerta, pasemos al interior —dijo Mariló.

Antes de entrar, Carlota se dirigió a ambos. No se pudo aguantar.

—Si no les importa, me siento incómoda con tanto formalismo. ¿Me pueden tutear? Parece que tenga cincuenta años, y aún no he llegado ni a la mitad —dijo, con una pequeña sonrisa en su rostro.

—Por supuesto. ¿Les parece adecuado que las llamemos simplemente Carlota y Rebeca? ¿Lo ven apropiado? —inquirió Raúl.

—No solo apropiado, lo veo estupendo —contestó Carlota—, gracias.

Mientras recorrían aquella nave, las hermanas iban mirando todo lo que tenían alrededor.

—¿Esto qué es? —preguntó Carlota, en voz baja a su hermana para no ser escuchada por el resto de la comitiva.

—No tengo ni idea. Jamás había visto algo así —le contestó, también en un susurro.

Carlota no se aguantó.

—Raúl y Mariló, ¿serían tan amables de explicarnos dónde estamos y a qué se dedica esta empresa? —preguntó Carlota, que le podía su curiosidad.

—En breve tendrás toda la información, no te preocupes —contestó Mariló.

Llegaron a lo que parecía una sala de reuniones, pero estilo centro de control de la NASA, llena de pantallas por todas partes. En el centro había una mesa inmensa rodeada de sillas que parecían encajadas a la propia estructura de la mesa. Delante de cada una de ellas había un monitor y un teclado, entre otros

trastos que no sabían qué eran.

—Gracias por la cálida bienvenida, Mariló y Raúl. Ahora ya nos podéis dejar solos. Tenemos algunas cuestiones que comentar —dijo Carmen.

—Estamos a vuestra disposición —contestó Raúl—. Si necesitáis algo de nosotros no tenéis más que avisarnos por los *intercomm*.

Tomó la palabra Jacques.

—Sentaros dónde queráis, pero todos lo más juntos posible, que la mesa es grande. Carmen y yo tenemos que daros una larga explicación, y mejor no tener que levantar la voz en exceso.

—Antes de empezar, ¿podrías contestar a la pregunta que le acabo de hacer a Mariló y Raúl? —dijo Carlota.

—Esa es la más sencilla de todas. Estamos en un laboratorio farmacéutico.

—¡Toma! —dijo Rebeca, mientras se levantaba de su silla—. ¡Acabo de ganar un mojito a la petarda! Esto es histórico. Tenía razón, nuestros padres trabajaban en un laboratorio.

—Anda, siéntate de nuevo y espera a las explicaciones de Carmen y Jacques, no cantes victoria que tampoco está tan claro todavía —respondió Carlota.

Ni mucho menos estaba tan claro.

## 4 DE MARZO DE 1525

—Hola, Damián —le dijo Batiste, casi sin resuello, al alguacil de la puerta principal del Palacio Real. Había hecho el trayecto casi corriendo desde su casa.

—¿Qué haces aquí Batiste? —le preguntó—. No me han dicho que ibas a venir hoy. No tengo ninguna orden.

—Porque no lo iba a hacer, pero ha surgido un tema urgente. Necesito que me dejes pasar, tengo que ver a Jerónimo.

—Lo siento, no puedo.

—Me conoces, sabes quién soy y que he venido muchas veces al Palacio Real, no soy un desconocido para ti —lo intentó Batiste.

—Claro que sé quién eres, pero siempre que has venido he recibido instrucciones previas de tu amigo, el señorito Jerónimo, que, al fin y al cabo, también es uno de mis jefes, porque reside ahí dentro —dijo, señalando el palacio.

—¿No puedes hacer una excepción por un día?

—Me arriesgo mi puesto de trabajo, lo siento Batiste. Tengo instrucciones claras y precisas de mis superiores de no permitir el acceso a nadie sin autorización previa. Ya me la juego con vosotros, porque no sé si los inquisidores están al tanto de vuestras visitas, pero por lo menos el señorito Jerónimo lo aprueba y reside con ellos. Me limito a no hacer preguntas ni querer saber más.

Batiste estaba desesperado. Era fundamental que hablara con Jero esta misma tarde. Viendo que no iba a convencer al alguacil, lo intentó dándole otro enfoque a la situación.

—¡Oye! ¿Y si yo no entro y sale él? —se le ocurrió—. Así no estarías incumpliendo ninguna norma. Nadie sin autorización accedería al Palacio Real, pero me imagino que sí que pueden salir.

—¡Claro que pueden salir cuando quieran! Pero abandonarían mi puesto de

vigilancia, cuestión que tampoco tengo permitida —respondió Damián.

—Pero eso ya lo haces cuando venimos a ver a Jerónimo o cuando cualquier otro visitante accede al palacio. Es preciso, tienes que anunciarlos. No es una prohibición tan clara como la anterior. Seguro que tienes permitido presentar a visitantes. Eso es lo que te pido.

Batiste vio que Damián dudaba. Se lanzó con toda su artillería.

—Por favor, Damián, sabes que Jerónimo es una persona poderosa, porque reside junto con los señores inquisidores en el Palacio Real en el ala del Santo Oficio. Me aseguraré que te recompense adecuadamente. Tan solo dile que estoy en la puerta. Yo no me muevo de aquí, no accedo al interior, así no te saltas las instrucciones de tus superiores de no permitir entrar a nadie sin autorización. No asumes ningún riesgo, y te aseguro que le estarás haciendo un favor a uno de tus jefes, como tú mismo has definido a Jerónimo. Así todos ganamos, sin ningún riesgo.

Cuando escuchó la palabra recompensa, el rostro adusto de Damián se trasmutó por un momento. «Es cierto, tampoco pierdo nada por anunciar al señorito Jerónimo que tiene una visita en el exterior, no me salto las normas», pensó el alguacil.

—Espérate aquí y ni se te ocurra moverte —dijo Damián—. Vuelvo en un momento.

El momento se le hizo eterno a Batiste, no sabía qué hacer ni que pensar, pero al final, apareció su amigo acompañado del alguacil.

—¿Qué ocurre? —preguntó alarmado Jero. Era la primera vez que su amigo se presentaba en su residencia sin haber concertado una cita previa. Algo grave tenía que haber sucedido.

—¿Te importa que hablemos en otra parte? —dijo Batiste, mientras miraba a Damián.

—Claro que no —dijo Jero—, vamos a pasear por los jardines y me cuentas.

El Palacio Real estaba rodeado de unos grandes jardines, Entraron en uno de ellos y eligieron un banco de piedra, discreto, al sol, porque ya empezaba a refrescar.

—Me tienes preocupado, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Jero de inmediato.

—Sabes que estaba esperando que Amador deslizará unos papeles por debajo de mi puerta esta mañana.

—Sí, ya nos ha contado en la escuela que no ha podido hacerlo porque no localiza los legajos de Blanquina, eso sí que me preocupa, que don Cristóbal se los haya podido llevar a otro lugar.

—Pues esta mañana alguien ha deslizado una carta a mi nombre por debajo de mi puerta.

—¡Qué dices! —exclamó Jero sorprendido—, si Amador nos ha dicho que él no lo ha hecho.

—Pues por eso he venido a buscarte, sin previo aviso —dijo, mientras le enseñaba el papel.

—Supongo que se lo habrás mostrado a tu padre.

—Claro, pero me ha dicho que no me podía ayudar. En pocas palabras, que somos nosotros dos los responsables, los que debemos resolver los problemas ahora.

Jero se quedó mirando el papel durante un par de minutos, en completo silencio. Cuando concluyó su análisis, se lo devolvió a Batiste.

—¿Sabes lo que tienes en tus manos?

—No tengo ni idea. La única información es de mi padre, que me ha dicho que sí que sabía su significado, pero era un hecho insólito y no me ha querido decir nada más.

—Tu padre tiene razón en ambas cosas. No te lo debe decir y es un hecho insólito.

—Entonces, ¿tú también sabes lo que significa ese papel?

—Por supuesto, mi educación es especial desde hace muchos años.

—¿Y me lo puedes contar, que ya no me aguanto más?

—Claro.

Jero le explicó que tenía entre sus manos.

Batiste se puso a temblar, tanto que se le cayó el papel al suelo del jardín.

## EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 6 DE OCTUBRE

—Me vais a permitir que comience yo las explicaciones —dijo Carmen, levantándose de la mesa. La verdad es que aquellas sillas, encajadas frente a un sistema informático que debía servir para videoconferencias, eran algo incómodas por lo rígido del respaldo. Te mantenían la espalda prácticamente recta.

Dirigió su mirada a Carlota y Rebeca.

—Yo fui la primera de los presentes que conoció a vuestra madre, Catalina, sin tener en cuenta, por supuesto, a su hermana Tote. Nos llevábamos de maravilla, aunque ella fuera mi jefa en la casa.

—¿Trabajabais en la misma empresa? —preguntó Rebeca.

—Sí, ella era la directora del departamento y yo estaba a sus órdenes. Alcanzó ese puesto con tan solo veintiún años, un auténtico récord que creo que ni siquiera hoy en día ha sido superado. Era la persona más joven de toda la plantilla con diferencia, y os hablo de una estructura de más de seiscientas personas, de los cuales, al menos, quinientos cincuenta eran hombres.

—¡Qué vergüenza de falta de igualdad! —se le escapó a Carlota.

—Pensar que eran otros tiempos, ahora las cosas han cambiado algo. Os lo digo para que os hagáis una idea de los méritos de vuestra madre. Además, no era una cualquiera como yo, ella era una de las jefas. Lo más curioso es que, a pesar de su gran carga de trabajo, seguía estudiando. De hecho, terminó Biología y Medicina, las últimas de sus tres licenciaturas universitarias, estando trabajando conmigo y en menos tiempo del requerido. Tenía sus privilegios.

«Y después yo me creo una estrella por aprobar raspado el grado de Historia trabajando a tiempo parcial y de última mona en *La Crónica*», pensó Rebeca, que sintió vergüenza de sí misma, pensando en los méritos de su madre.

Carmen continuó hablando.

—Como ya habréis escuchado en infinidad de ocasiones, vuestra madre tenía

una mente prodigiosa. Era capaz de hacer el trabajo de tres superdotados al mismo tiempo que ellos. Era todo un espectáculo verla trabajar. La cuestión es que una mente como aquella no podía permanecer enjaulada mucho tiempo en un mismo lugar. Las ideas le brotaban por los poros de su piel. Una de aquellas ideas le atrajo de una manera especial, pero para hacerla realidad necesitaba fondos, dinero. Nuestros trabajos, aunque con mucha responsabilidad, estaban mal pagados. Vivíamos bien, pero era imposible ahorrar un solo céntimo.

—¿Seiscientos trabajadores en aquellos años? Pocas empresas había en Valencia con esa plantilla —dijo Carlota.

—Seiscientas personas eran la plantilla en toda España, pero en nuestro puesto de trabajo en la ciudad éramos muchos menos, aunque Catalina era jefa nacional del departamento —contestó con una sonrisa Carmen—. Pero no me interrumpáis, porque pierdo el hilo de la conversación.

—Disculpa, continúa.

—En aquella época, en Valencia, yo empezaba a tontear con un joven gestor de finanzas llamado Jacques Antón, que, de forma accesoria, también trabajaba en el consulado francés, organizando eventos culturales. Le hablé de la idea de mi compañera de trabajo, y la citó un día en sus oficinas.

En ese momento se levantó Jacques y tomó la palabra.

—Ahora continúo el relato yo. Como bien ha contado Carmen, empezábamos a salir juntos. Yo tenía mi despacho en la calle Cirilo Amorós y allí que se vino vuestra madre. Os lo tengo que confesar, la primera idea que me vino a la mente fue no atenderla.

—¿Por qué? —preguntó Rebeca—. ¿Iba desaliñada o algo así?

—¡Qué va! Tu madre era un auténtico *bellezón*, exactamente como tú lo eres ahora. Llamaba la atención, aunque fuera con cualquier trapo y despeinada, que no era el caso. No me refiero a eso.

—¿Entonces?

—Pensar que toda la gente que venía a mis oficinas lo hacía con su correspondiente dossier y abundante documentación, para intentar demostrar la viabilidad de su proyecto y convencerme de que buscara inversores para llevarlo a término. Pues bien, vuestra madre no traía nada de nada, ni una mísera cuartilla de papel.

—¿Y qué paso? —preguntó interesada Carlota, que le estaba enganchando el relato.

—Se sentó delante de mí, y me pregunto «¿Puedo empezar?». Estuve tentado, como ya os he contado, de contestarle que no. Por mis oficinas pasaban auténticos chalados con proyectos de lo más pintorescos, y no me apetecía perder el tiempo con otra de ellas, aunque viniera de parte de Carmen.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión y escucharla? —preguntó Rebeca.

—No te creas que fue una decisión sencilla. Tenía sentada enfrente de mi mesa a una joven de unos veinte años, que además era la jefa de Carmen, la chica con la que estaba empezando a salir. No sabía cómo quitármela de encima con la máxima educación y sutileza posible. Era una situación bastante delicada y comprometida. De repente, se me ocurrió una treta.

Hizo una pequeña pausa para dar un trago de agua del vaso que tenía a su lado.

—Como os decía, se me pasó por la mente una maldad. Al ver su edad, le pregunté por su currículum. Era demasiado joven, pensé que sería una estudiante más de cualquier licenciatura, y con ese pretexto cancelar la cita. Cuando me recitó brevemente su currículum, me entró vergüenza hasta de mí mismo. Recuerdo que le pregunté por su edad, y me dijo veintiún años. Tenía sentada delante de mí a una licenciada en Medicina, Farmacia y que acababa de terminar Biología, además de trabajar de jefa de sección de Carmen. Aquello era casi increíble, pero, a pesar de lo inconcebible de aquel currículum con semejante edad, tampoco fue determinante para que consiguiera que captara mi atención.

—¿Y qué fue? —preguntó Rebeca con curiosidad.

—Sus ojos. No me entendáis mal, no porque fueran de un azul increíble, como los vuestros —dijo, mirando a las hermanas Mercader—. No me refiero a su aspecto físico, sino a lo que vi a través de ellos. Ahora, después de tantos años, creo que la hubiera entrevistado igual, sin ese currículum tan impresionante, tan solo por lo que sus ojos transmitían. Brillaban con una intensidad fuera de lo normal. Eran pura luz.

Rebeca se acordó que el director de *La Crónica*, Bernat Fornell, también le había dado el mismo argumento para contratarla en el periódico con tan solo dieciocho años, sus ojos... Por cierto, nada más volver a Valencia tenía pendiente una conversación de lo más seria con el director. Necesitaba aclarar ciertas cuestiones con urgencia.

Jacques continuó su explicación.

—Catalina Rivera empezó a hablar y de inmediato me di cuenta de mi tremendo error.

—¿Por dejarla hablar? —preguntó Carlota, extrañada.

—No, por pensar que no traía ningún dossier ni documentación. Sí que la llevaba, pero no impresa en un papel y encuadernada, como solía hacer todo el mundo, con toda forma de gráficos y muchos colorines. Lo llevaba todo en su cabeza. Su exposición fue magistral, perfectamente estructurada y con los datos adecuados. Nada de paja, todo grano. El proyecto era fantástico, se veía desde el principio. Además, con los contactos de su puesto de trabajo, pensé que había

elevadas posibilidades de que aquello fuera todo un éxito. Tanto me convenció que decidí, en ese mismo momento, no buscar ningún inversor para su proyecto.

—¿Cómo? —preguntó Rebeca, que no había entendido a Jacques—. ¿No decías que el proyecto te pareció fantástico?

—Y tanto. No busqué inversores porque nos convertimos en socios. Financié su idea con mi propio capital, y nos repartimos las acciones del proyecto al 50 %.

—¿De qué proyecto se trataba? —preguntó Rebeca.

—De un laboratorio farmacéutico.

Carlota tomó la palabra. Había algo que no le cuadraba en toda aquella explicación.

—Perdona Jacques, acabas de decir que el proyecto podía tener éxito por los contactos que tenía mi madre en su puesto de trabajo. ¿Ya trabajaba en la industria farmacéutica o en alguna derivada?

Todos menos Rebeca y Carlota soltaron una sonora carcajada. Aquella pregunta tenía su gracia.

—¿Nadie os ha contado dónde trabajaba vuestra madre, y también Carmen, antes de hacerlo para los laboratorios? —preguntó incrédulo Jacques, aun con la sonrisa en la boca.

—Nadie —contestó Rebeca, muy seria—. Jamás.

Jacques se lo dijo.

Ahora fue Carlota la que se levantó como si tuviera un resorte en el culo.

—¡Mojito de vuelta! —gritó con evidente alegría—. ¡Toma Rebeca! El que ríe el último, ríe mejor.

—¡Es un empate! O como diría un ajedrecista, en todo caso tablas —replicó Rebeca, riéndose de la reacción de su hermana y sorprendida por lo que acababa de escuchar.

## 4 DE MARZO DE 1525

—¿Me convocan a un Gran Consejo? ¡Pero si yo no pertenezco a él, soy la undécima puerta! Además, lo disolvió Blanquina March hace veinticinco años —exclamó Batiste.

—Pero recuerda que mi padre nombró a un nuevo número uno, hace apenas unas semanas. Parece que se ha dado prisa en asumir sus funciones —le contestó Jero.

—El conde de Ruzafa está medio lelo. Los matrimonios entre primos son lo que tienen. No tenía por qué convocar un Gran Consejo, y menos hacerlo contigo presente, que no perteneces a su grupo. Tengo serias dudas que entendiera las explicaciones de tu padre. De hecho, no sé por qué le llamo medio lelo, cuando es idiota del todo.

Se quedaron un momento en silencio.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Lo consultamos con nuestros padres? —preguntó Batiste.

—Me temo que no podemos.

—¿Por qué? —preguntó intrigado Batiste.

—Porque la convocatoria, una vez descifrada la clave, es para dentro de una hora.

—¡Una hora! —exclamó espantado Batiste.

—Sí, además ya escuchaste a nuestros padres la última vez que estuvimos con ellos. La responsabilidad de resolver los problemas futuros recae ahora en nosotros —recordó Jero.

—¿Y qué hacemos? ¿Debo asistir a esta convocatoria del Gran Consejo?

Jero estaba pensativo.

—No perteneces a él. Sabemos que el conde de Ruzafa peca de soberbio, creo que tan solo quiere hacerse el importante delante del resto de miembros.

—Pero, entonces, ¿acudo o no?

—Ni sí ni no —respondió Jero.

—¿Y eso cómo se hace? —preguntó Batiste, sin comprender a su amigo y compañero número once.

—Pues que yo asistiría... pero de incógnito.

—Todos vamos de incógnito con las capas negras y las capuchas puestas.

—No me has entendido. Dado que sabemos dónde y cuándo se va a celebrar la reunión, yo la espiaría, pero no manifestaría nuestra presencia.

—¿Crees que es lo mejor, estando formalmente invitado? Podría asistir como un miembro más, sin despertar sospechas, ya que me han convocado. Me podría enterar de todo lo que ocurre sin necesidad de ocultarme y sin la posibilidad de ser descubierto —se explicó Batiste.

—Si fuera otro número uno, igual no te contestaba lo mismo, pero habiendo elegido mi padre al conde de Ruzafa, no debes acudir como undécima puerta. Recuerda que tan solo en una ocasión en toda la Historia, el número once asistió a un Gran Consejo, y fue, nada más y nada menos que tu bisabuelo Samuel Perfet. Su presencia estaba plenamente justificada en aquella ocasión, porque al día siguiente debía morir en la judería de Valencia.

—¿Qué me quieres decir?

—Que la presencia de los números once en un Gran Consejo siempre deben de obedecer a motivos muy importantes o a circunstancias extraordinarias. Así se estableció desde finales del siglo XIV, y te lo digo yo que he sido número uno. Me temo que el conde de Ruzafa no tenga ninguno de esos motivos, simplemente quiera pavonearse y hacerse el importante frente a los demás miembros.

—¿Tú crees?

—No estoy seguro del todo, pero casi. Además, piensa que tan solo van a acudir tres personas, los tres primeros números. La cadena está rota por el número cuatro. Que yo sepa Miguel Vives ni nombró sucesor en su cargo cuando lo prendió el Santo Oficio por sorpresa ni ha sido reconstruido el Gran Consejo. Debemos de enterarnos de lo que ocurre, pero sin dar a conocer nuestra presencia ni nuestra identidad.

Batiste estaba pensativo.

—Creo que tienes razón, ahora somos nosotros dos los portadores del mensaje, y no el Gran Consejo. Si asisto como número once, el conde de Ruzafa es perfectamente capaz de interrogarme o hacer cualquier pregunta indiscreta para que le dé mi parte de ese mensaje. Por expreso deseo de Blanquina March y de tu padre, don Alonso Manrique, no debemos permitir que eso ocurra —concluyó su reflexión Batiste.

—Además, no te olvides de una cuestión muy importante, el motivo de la

disolución del Gran Consejo. No conocemos qué sabe el Santo Oficio de nosotros. Imagínate que se presentan esta noche a mitad de la reunión y apresan a todos. Que no sea a nosotros, que somos los únicos portadores del mensaje. También es una cuestión de seguridad.

—Eso también es verdad.

—Pues entonces, decidido —dijo Jero—. Hemos de darnos prisa, tenemos cuarenta y cinco minutos para ver cómo accedemos al lugar de la reunión y los espiamos. No nos sobra el tiempo.

—No obstante, todo lo que hemos razonado, que creo que tenemos razón, no deja de sorprenderme esta convocatoria —dijo Batiste.

Para sorpresas, las que le esperaban a la vuelta de la esquina.

## EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 6 DE OCTUBRE

—¡Nuestra madre era una espía! ¡Lo sabía! —decía como una loca Carlota, mientras tomaban asiento en uno de esos restaurantes de Madrid que tienes que hacer la reserva con meses de antelación. Jacques había conseguido mesa con pasmosa facilidad.

Carmen intervino para desinflar el globo de Carlota.

—No éramos exactamente espías como os imagináis. Ni llevábamos armas ni participábamos en misiones secretas en el extranjero, ni siquiera teníamos licencia para matar, como James Bond. Éramos oficinistas, eso sí, no unas administrativas cualesquiera. Nos facilitaban posibles escenarios y situaciones tácticas, y nosotros teníamos que analizar y evaluar sus posibles riesgos potenciales y consecuencias, en cada uno de los casos, además de redactar los correspondientes informes.

—Parece aburrido —dijo Carlota.

—Pues de eso nada, no en vano se trataba de unidad de análisis, una de las más importantes dentro del Centro Superior de Información de la Defensa, más conocido por sus siglas del CESID, que luego se transformó en el Centro Nacional de Inteligencia, o CNI. Catalina Rivera, con tan solo veintiún años, era la jefa nacional de la unidad y uno de los principales activos de *La Casa*, como la conocíamos nosotros. Disponía de la máxima acreditación de seguridad posible. Lo gracioso es que tenía bajo su mando hasta coroneles del ejército y de la Guardia Civil. Imaginaros la situación en aquellos años. Era algo inconcebible y, por qué no decirlo, hasta irónico. En los años ochenta *La Casa* estaba muy militarizada, ya que casi todos sus miembros procedían del Ejército o de la Guardia Civil. Ahora las cosas han cambiado bastante y se ha profesionalizado con civiles, tanto hombres como mujeres, que ya hacía falta.

—¿Y cómo conseguía nuestra madre manejarse dirigiendo a altísimos cargos militares que la doblaban e incluso triplicaban en edad? —preguntó Rebeca.

—Mucho mejor de lo que os podéis imaginar. Tenía mucha mano izquierda, si no hubiera sido así, algún que otro coronel habría conocido las cárceles militares, arrestado por una mocosa de poco más de veinte años, por intento de desobediencia.

—Sí que hubiera sido gracioso —dijo Carlota, imaginándose la escena—, sobre todo en aquellos años.

—Por cierto, y cambiando de tema. ¿A quién se le ocurrió el nombre de los laboratorios, tan ridículo? —preguntó Rebeca.

—«Rivon Industries», ese fue el nombre que elegimos. Como supongo que habréis comprendido hace rato, «Riv» de Rivera y «On» de la terminación de mi apellido Antón —explicó Jacques,

—Eso ya me lo imaginaba, pero me sigue sonando ridículo.

—¿Y cuál era exactamente la idea de nuestra madre que tanto te cautivó? Porque montar un laboratorio farmacéutico, por sí mismo, tampoco me parece una idea de Premio Nobel —preguntó Carlota—. Lo único que hace falta es echarle billetes a montones y buscar buenos especialistas e investigadores en la materia. En definitiva, un gran departamento de I+D+i.

Jacques se la quedó mirando.

—Desde luego Rebeca es un clon en lo físico de su madre, y tú lo pareces en lo intelectual. Es una muy buena observación. La brillante idea de tu madre era montar un imperio farmacéutico prescindiendo de ese departamento, el más costoso dentro de la industria, y, en consecuencia, sin echarle demasiados billetes, empleando tu misma expresión.

—Pues ya me explicarás cómo se hace eso —insistió Carlota—. Yo no lo veo posible.

—Piensa en que era una época de cambios en nuestro país, ya sabéis, la caída del dictador, la llegada de la democracia y con ella las autonomías. Para una visionaria como tu madre, la palabra cambio significaba oportunidad. No teníamos recursos para levantar una industria farmacéutica al uso, porque tan solo en investigación y desarrollo ya nos podíamos arruinar. Pero como me dijo tu madre, citando al gran Miguel de Unamuno, «que inventen ellos».

—¿Cómo que inventen otros? No te entiendo. Una empresa farmacéutica necesita un potente departamento de I+D+i —insistió Carlota.

—No necesariamente. La idea de tu madre era fabricar medicamentos de dominio público, cuya patente ya hubiera vencido. Por si no lo sabéis, os lo digo que las patentes en medicamentos los protegen durante veinte años. Pasado ese periodo, cualquiera los puede fabricar. Es lo que, actualmente, se conocen como medicamentos genéricos, cuyo principio activo es el mismo, pero que ya no se venden bajo la marca de su inventor. Tu madre usó sus contactos y conseguimos

contratos con multitud de departamentos autonómicos y estatales para venderles, a un precio muy reducido, los mismos medicamentos que compraban a los laboratorios originales a precio de oro. Todos salíamos ganando, el contribuyente y nosotros. Fuimos uno de los pioneros, y ya sabes, el que golpea primero golpea dos veces. Era una época de oportunidades. Se podría decir que tu madre fue una de las primeras «jóvenes emprendedoras», usando términos actuales.

—Sí que es una idea brillante —dijo Carlota, pensativa—, y además en el momento adecuado.

—Y tanto. Ahora mismo, además de la fábrica que habéis visto, disponemos de varias instalaciones en Alemania, Rusia y Estados Unidos. Hemos pasado de fabricar *paracetamoles* en un garaje a ser una pequeña multinacional de los genéricos, en relativamente poco tiempo.

Hasta Carlota estaba asombrada. Generalmente en la simplicidad radicaba la genialidad. Las ideas más básicas eran, a menudo, la que más éxito tenían. Solo había que ver los inventos de la fregona, un palo con un mocho en un extremo, o el chupa-chups, otro palo, esta vez con un caramelo en la punta. Ambos eran inventos españoles.

Rebeca decidió dar un giro a la conversación. Ya habían escuchado muchas cosas de su madre, pero quedaba su padre. No habían hablado ni una palabra de él en todo el viaje.

—¿Y Julián Mercader? ¿Qué hay de nuestro padre?

—Ya tardabais en sacar ese tema —dijo Carmen—. La verdad es que fue una historia muy bonita.

—¿Y qué esperáis para compartirla con nosotras? —dijo Rebeca, mientras le daba un bocado a algo que por el exterior parecía pan, pero que desde luego no lo era.

—Voy a tratar de ser breve —dijo Carmen—, que si no luego no como, y venir a este restaurante para no disfrutarlo es un crimen.

—Pues empieza cuánto antes —dijo Rebeca, y no pruebas eso que parece pan, si no te gusta la coliflor.

—Catalina, Jacques y yo tuvimos que hacer un viaje a Londres para obtener ciertos permisos que nos permitieran exportar nuestros medicamentos a aquel país. Una vez allí, pensamos, ¿por qué no acercarnos a otras embajadas a preguntar qué trámites eran necesarios para hacer lo propio en sus respectivos países? A vuestra madre se le ocurrió la Unión Soviética. Soplaban vientos convulsos en aquella época en la región, pero Catalina, como ya os ha dicho Jacques, era capaz de ver orden en el caos. Así que nos marchamos, los tres pimpollos, a la Embajada de la Unión Soviética en Londres. sin tener ni idea dónde íbamos a aterrizar, sin cita concertada y sin conocer a nadie. En aquellos

tiempos.

—¡Qué valientes! —dijo Carlota.

—No, ¡qué inconscientes! —respondió Carmen—. La entrada en la embajada ya fue un poema, pero luego intentar hacernos entender fue toda una odisea, hasta que llegamos al despacho de un joven español, que además era valenciano. Se llamaba Julián Mercader.

—Y en ese momento salto la chispa del amor —dijo Rebeca, en tono de cuento de hadas.

—No, en ese momento casi salta la chispa de nuestra detención —respondió Carmen.

—¿Cómo? —preguntó Carlota, muy curiosa.

—El colapso económico de la Unión Soviética aún no había llegado a ser de público conocimiento, pero se veía venir desde lejos. Era evidente que iban derechitos al abismo. Ya empezaban a tener problemas de suministros hasta de los alimentos más básicos que ellos mismos producían, como el trigo. Había constantes cortes eléctricos que afectaban hasta a su industria. No te cuento nada de los medicamentos, tenían escasez hasta de los más elementales.

—Entonces llegasteis en el momento adecuado, una vez más —observó Carlota—. Menuda oportunidad de negocio.

—Sí, salvo por un pequeño detalle. No tenían dinero para pagarnos. No nos podían garantizar el cobro de nuestras medicinas, ni siquiera mediante instrumentos internacionales como cartas de pago bancarias ni cosas por el estilo. Los bancos europeos ya tenían la mosca detrás de la oreja y empezaban a no querer descontar ni aceptar papel de nada que tuviera la hoz y el martillo en su membrete. Cuando les dijimos que no podíamos aceptar sus propuestas de pago, que, en la realidad, eran propuestas de impago, se lo tomaron muy a mal y casi nos detienen. Ni que decir tiene que salimos de la embajada lo más rápido posible y tremendamente decepcionados. Es cierto, había una gran oportunidad de negocio, pero lo que no había era dinero. Nuestro gozo en un pozo.

—Es verdad, menuda decepción —dijo Rebeca.

—En realidad fue justo lo contrario.

—¿Cómo? ¿Si acabas de decir que no os podían pagar? —preguntó Rebeca.

—Pero ahí estaba la prodigiosa mente de tu madre, que no se daba por vencida. Volvimos a la embajada para hablar de nuevo con aquel funcionario llamado Julián Mercader.

Carlota estaba perpleja.

—¿Y para qué? —preguntó Carlota, que no entendía nada—. Os ofrecéis a venderles algo que necesitan, os dicen que les interesa pero que no os lo pueden pagar, casi os detienen, y, ¿se os ocurre volver? ¿Qué sentido tiene?

—¿Sentido? Entre otras cosas, porque si no llega a ser por aquella alocada ocurrencia, vosotras dos no estarías aquí sentadas, delante de nosotros, ahora mismo. Ni existiríais.

«Eso es verdad», pensaron a la vez Rebeca y Carlota.

## 4 DE MARZO DE 1525

—¿Y ahora cómo entramos? —preguntó Batiste.

La reunión del Gran Consejo iba a tener lugar en el palacio del conde de Ruzafa. Ahora estaban Jero y Batiste en su puerta, mirándolo.

—Voy a intentar abrir la puerta —dijo Jero—. Tú vigila que no venga nadie.

—¿Cómo piensas hacer eso?

—Aquí, en mi actual residencia del Palacio Real de Valencia, tengo llaves y entro y salgo cuando quiero, nadie me vigila, pero mi vida no ha sido siempre así. Cuando vivía en el Convento de Sevilla, no era ni remotamente parecido. Me alojaba en una de las celdas de los frailes, y todas las noches me encerraban con llave. Piensa que era un niño. Yo me las apañaba para salir cuando quería.

—¿Cómo? —preguntó Batiste, asombrado.

—Pues igual que voy a hacer con esta puerta, intentar manipular su mecanismo de apertura. Casi todos son iguales, una vez aprendes a abrir uno, aprendes a abrir todos.

Sacó de su bolsillo una especie de hierros alargados. Manipuló durante apenas treinta segundos la cerradura, hasta que se abrió.

—Ya podemos entrar —dijo Jero con voz triunfal—. Ni se te ocurra contarle lo que acabas de ver a nadie, ni siquiera a mi padre.

—Tranquilo, me has dejado tan sorprendido con tus habilidades ocultas que no lo pienso hacer —le respondió Batiste, que aún estaba pasmado por la facilidad en abrir una puerta. Por supuesto que sabía que existían los ladrones que lo hacían, pero jamás lo había visto en acción, además con tanta facilidad.

—Ahora ya estamos dentro del palacio, pero ¿dónde se celebrará la reunión? —preguntó Jero.

—Supongo que, como todos los palacios, tendrán un salón principal. Conociendo la vanidad del conde, es de esperar que sea allí. Primero vamos a hacer una pequeña inspección.

Enseguida encontraron un salón, curiosamente muy parecido al salón de la chimenea del Palacio Real. No había nadie en su interior, pero la chimenea estaba encendida.

—Me parece que ya hemos encontrado el lugar, esta habitación espera a alguien —dijo Jero.

—¿Y dónde nos escondemos?

—No hay ningún sitio que quede oculto del todo.

—Sí que hay uno, aunque tiene su riesgo —dijo Batiste, mientras miraba la mesa en el centro del salón.

—¿Allí debajo? —dijo Jero—. Cualquiera que estire los pies nos podrá dar un puntapié y nos descubrirían.

—Piensa que van a ser solo tres personas en la reunión. Confiemos en que no acierten con sus pies.

Se dirigieron a la mesa, cuyo mantel llegaba hasta el suelo, y se introdujeron debajo de ella.

—Faltan diez minutos para la hora fijada, no creo que tarden en venir. Hace veinticinco años que no se reúnen. Tendrán curiosidad.

Efectivamente, apenas cinco minutos después oyeron como entraba gente en el salón en completo silencio. No se arriesgaron a asomarse por un extremo porque supusieron que llevarían las capas negras que les cubrían completamente, así que tampoco los iban a reconocer.

Esperaron en silencio al menos diez minutos más.

—Buenas noches a todos los presentes —dijo una voz—. Esperemos un poco más por si acude algún miembro más. Si no, comenzaremos la reunión.

Batiste se dirigió a Jero en un susurro.

—El que acaba de hablar es el conde de Ruzafa, conozco su voz.

—Me ha parecido escuchar a tres personas, no creo que acudan más —le contestó Jero, también en un tono apenas audible.

Esperaron unos cinco minutos más.

—Bueno, vamos a empezar la reunión. Nos podemos ir presentando. Yo soy el número uno —dijo el conde de Ruzafa.

—Yo soy el número dos —dijo otra voz, desconocida.

—Y yo el número tres.

Batiste y Jero casi se caen de espaldas cuando escucharon aquella voz. De milagro no se salieron de la mesa.

«¿Qué hace aquí?», pensaron, casi telepáticamente.

## EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 6 DE OCTUBRE

—Anda, no te andes por las ramas ni te desvíes del tema. Cuéntanos cómo y por qué volvisteis a la embajada rusa, cuando hacía menos de media hora que casi os detienen en su interior —insistió Carlota, que estaba, como Rebeca, absolutamente pasmada con el relato que estaba escuchando.

Carmen continuó con la explicación.

—Recuerdo que la segunda vez tan solo entramos en la embajada Catalina y yo. Jacques se quedó fuera, ya que en esta ocasión utilizamos nuestra acreditación de los servicios de información españoles, pensando que algo ayudaría, después del triste episodio anterior. A pesar de haber empezado con la actividad farmacéutica, todavía conservábamos nuestros antiguos empleos en *La Casa*. Todo fue infinitamente más sencillo en los accesos, pero nos llevaron directamente ante la presencia de un individuo que tenía toda la pinta de ser un coronel de los servicios secretos rusos.

—¿No os llevaron ante nuestro padre, como la vez anterior? —preguntó Carlota.

—No. Supongo que, por nuestras acreditaciones de seguridad, nos redirigieron al departamento de inteligencia militar. Nos empezamos a arrepentir de nuestra locura casi al instante. Insistimos en que queríamos hablar con Julián Mercader de nuevo, pero aquel militar no abría la boca, se limitaba a mirarnos con una expresión muy severa. No sabíamos siquiera si entendía lo que le estábamos pidiendo.

—Menuda metedura de pata —comentó Rebeca.

—De repente, aquel individuo malcarado tomó el teléfono y marcó una extensión. Después de una breve conversación en ruso, aparecieron otros dos gorilas por la puerta, con cara de muy malas pulgas y el aspecto de Arnold Schwarzenegger en sus buenos tiempos —explicó Carmen—. Aquello no tenía buena pinta. Yo ya me veía en una mazmorra o algo peor.

—¡Qué miedo debiste pasar! —dijo Rebeca.

—Os aseguro que estaba literalmente cagada, hablando mal, pero Catalina no lo parecía, para mi total desconcierto. Mi expresión era de terror, pero la de vuestra madre era de un profundo cabreo, de hecho, parecía muy enfadada con aquel supuesto coronel.

—¿Enfadada? —preguntó extrañada Carlota—. ¿Y qué paso después?

—Para mi total sorpresa, de repente Catalina se levantó de golpe de su silla y empezó a hablar en un ruso muy fluido con aquellos individuos y en un tono claramente agresivo. Ni siquiera sabía que hablara su idioma con semejante soltura. Se llegó a aproximar a la mesa y señalar con su dedo índice a aquel coronel del KGB, como si fuera un mero escolar de primaria. Estaba gritándole en su cara, roja de furia. Nunca había visto a vuestra madre en ese estado.

—¡Atiza, eso no me lo esperaba! —comentó Carlota.

—Ni yo, en ese instante sí que estaba completamente aterrada.

—Supongo que ahora sí que os detendrían, ¿no? —siguió preguntando Rebeca.

—Al contrario. El semblante del coronel y los gorilas cambió por completo. Ahora parecían asustados con lo que fuera que vuestra madre les había dicho en su propio idioma. Desaparecieron por la puerta de inmediato, como corderitos camino del matadero, y en apenas diez minutos estábamos hablando de nuevo con Julián Mercader. La conversación fue muy breve, además en ruso, así que no me enteré de nada de lo que se estaban diciendo.

—Supongo que cuando salisteis de la embajada te lo contaría —dijo Carlota.

—Sí, claro. Me dijo que simplemente le había invitado a cenar con nosotros tres esa misma noche,

Carlota hizo un gesto de sorpresa, pero a la vez con esa sonrisa burlona tan característica en ella.

—O sea, ¿me estás contando que mi madre había vuelto a la embajada rusa tan solo para ligar, llegando a amenazar en el proceso a todo un coronel de la KGB? —preguntó con los ojos bien abiertos—. Ahora me explico algunos matices de mi carácter, aunque yo nunca he llegado a ese extremo. Desde luego eso es *nivel Dios*. ¡Lo que me queda por aprender de mi madre!

Carmen, Rebeca y Carol se rieron de la salida de tono de Carlota. Jacques permanecía serio. Se notaba que no le había hecho ninguna gracia aquella actuación en Londres, en su día. Desde luego fue muy arriesgada.

—Tú ya vienes aprendida de serie, no necesitas mejorar nada —le contestó Rebeca, aun riéndose.

Carmen continuó con la explicación.

—No Carlota, no había vuelto para ligar, por lo menos no solo para eso,

aunque ahora que lo pienso, igual me engañó un poquito —dijo Carmen, sin poder parar de reírse.

—¿Y qué paso a continuación? —pregunto Rebeca, que estaba perfectamente inmersa en la historia. Casi se veía de protagonista.

—Pues nada, quedamos a cenar en un restaurante cerca de Trafalgar Square. Mientras hacíamos tiempo para la cena, vuestra madre y yo entramos en una galería de arte y nos dio la locura de comprar ese cuadro de *Yellow Submarine* que ya conocéis, sobre todo tú Rebeca, porque lo tuviste en tu casa muchos años. Casi nos quedamos sin dinero para invitar a aquel funcionario de la embajada rusa. Menos mal que el restaurante era barato.

Se hizo el silencio. Todos hicieron una pequeña pausa para saborear las sorpresas de aquel restaurante tan atípico donde se encontraban cenando esa noche.

—¡Oye! Esto que parece un huevo frito con patatas es pescado —dijo sorprendida Carol.

—Pues espera a probar la merluza, en realidad es carne —contestó Jacques.

—¡Venga! Dejar los comentarios gastronómicos para el final. Ahora continuar con la historia —dijo Carlota, que le carcomía la curiosidad.

—Pues nada, quedamos a cenar y pasamos una agradable velada. La verdad es que Julián Mercader era un encanto de persona.

—¿Y ya está? —preguntó incrédula Carlota—. ¿Dónde está esa idea genial que había tenido mi madre? ¿Ligarse a aquel pimpollo? Hacer el favor de terminar la historia.

—Un poco de respeto, que aquel pimpollo acabó siendo tu padre —le respondió Carmen con una sonrisa.

—Vale, vale, un gran pollo, pero continúa.

Catalina echó de galones y le hizo una propuesta a Julián que sencillamente no podía rechazar —dijo Jacques—, para nuestra absoluta sorpresa y perplejidad. No se había tomado la molestia de consultarlo con nosotros antes. Nos quedamos estupefactos cuando escuchamos lo que le estaba proponiendo.

—«¿Una propuesta que no podía rechazar?» No sé por qué me suena a Marlon Brando en *El Padrino*.

—Peor. Te aseguro que, en ese momento, no estábamos pensando en *El Padrino*, sino más bien en Anthony Hopkins en su papel de Norman Bates, en la película *Psicosis* de Hitchcock. Hubiéramos acuchillado a Catalina en ese instante —intervino Jacques.

—Pero ¿cuál fue esa propuesta? —preguntó Carlota, que no se podía aguantar más.

Jacques la contó.

Las caras de asombró de las hermanas fueron antológicas. No comprendían nada.

—¿Eso era una buena idea? No puede ser —acertó a decir Carlota.

—Os lo juro —dijo Carmen.

—Con vuestra madre de por medio, todo era posible —dijo Jacques—. Era de las pocas verdades conocidas del universo.

## 4 DE MARZO DE 1525

Los tres miembros del Gran Consejo estaban sentados en la mesa del salón principal del palacio del conde de Ruzafa, mirándose las caras.

—Había convocado a la undécima puerta, pero está visto que no ha considerado adecuado acudir a esta reunión.

«Sí que lo ha considerado, pero lo que no quiere es que tú lo sepas», pensó Batiste, mientras miraba a su amigo Jero, que también era undécima puerta junto con él, mientras sonreía. Estaban espiando la reunión del Gran Consejo desde el interior de la mesa central del salón.

—¿Para qué has convocado a la undécima puerta? No pertenece al nuestro grupo —dijo el número dos.

—Me pareció que, después de la disolución del Gran Consejo hace veinticinco años, debía estar presente en su reconstrucción —se intentó justificar el conde de Ruzafa.

—¿Qué reconstrucción? —dijo el número tres—. Mirarnos, la cadena está rota por el número cuatro. Esto no es una verdadera reunión del Gran Consejo. Faltan siete compañeros. Esto es una broma. Lo siento, don Rodrigo de Molina, pero esta reunión no tiene ningún sentido, siendo tan solo tres personas.

—Bueno, es un primer paso —dijo el número uno, intentando justificarse.

—¿Un primer paso hacia dónde, si se puede saber? —insistió en número tres—. Necesitamos a los demás.

—Y los encontraremos, no te preocupes —insistió el número uno.

—¿Qué no me preocupe? ¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Colocando pasquines en las calles? El número cuatro está muerto. La cadena está rota. La única manera de rehacer este desastre es reconstruir el Gran Consejo entre el número uno y el número once, tal y como lo previeron nuestros antepasados desde el principio —dijo el número tres.

—Eso no puedo hacerlo —contestó el número uno.

—¿Entonces de qué nos sirves? —respondió el número tres.

—¡Oye! Ten un respeto a la edad y a mi cargo. Soy el conde de Ruzafa, grande de España —se enfadó—, y número uno, el *Keter*, la raíz del Gran Consejo.

—Perdona, pero dentro del Gran Consejo no importan ni la edad, ni el sexo, ni la posición social o las situaciones económicas de cada uno. Todos somos exactamente iguales, ese fue su espíritu desde su fundación —respondió más enfadado aún el número tres—. No utilices tu cargo para pavonearte y hacerte el importante, que no estamos para perder el tiempo. Recuerda siempre que, aquí dentro, todos somos iguales.

Batiste no pudo evitar sonreír.

—Menudo repaso le acaba de pegar nuestro amigo al señor conde —le dijo a Jero, divertido por la situación—. ¡Quién lo diría! Habrá que tener cuidado, ya sabemos de lo que es capaz cuando se enfada.

—Entonces doy esta reunión por concluida —dijo el número uno, que estaba visiblemente enojado. Pensaba alardear de su nueva situación como número uno, y había quedado como un fanfarrón, que es lo que era. Le había salido el tiro por la culata.

Los tres abandonaron la sala del palacio. Batiste y Jero se esperaron unos minutos, por seguridad, y también se fueron.

—No me gusta lo del número tres —reflexionó Jero —, No lo entiendo, y cuándo no entiendo algo me preocupo.

—A mí tampoco me gusta —le contestó Batiste

—Por otra parte, tampoco comprendo qué puede tener que ver, él o su familia, con el Gran Consejo. No me lo imagino.

—De todas maneras, vamos a seguir comportándonos igual, como si no supiéramos nada, pero con un ojo avizor.

—Nada bueno va a salir de todo esto, me temo.

## EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 6 DE OCTUBRE

—¿Medicamentos gratis? —repitió Carlota—. Pero *¿gratis del todo?*

—Gratis es gratis, pero no acaba aquí la cosa. Se ofreció a construir una planta de producción de los artículos más necesitados en el propio territorio ruso, para agilizar su distribución y dar empleo a trabajadores locales. Todo ello sufragado íntegramente por fondos de nuestra empresa —explicó Jacques.

Carlota y Rebeca no se podían creer lo que estaban escuchando.

—¿A cambió de qué? —preguntó Rebeca.

—A cambio de nada.

—Pero eso no es posible, no me puedo creer —siguió Rebeca.

—Pensar que, en ese momento, lo que Catalina le estaba proponiendo a Julián Mercader era invertir todas las reservas económicas de nuestra compañía en Rusia, con el objetivo de no ganar nada. Nos quedábamos sin colchón y lo que es peor, sin expectativas de crecimiento. Además, no solo eso, si ocurría cualquier eventualidad en el mercado, la viabilidad de la empresa podría estar en serio peligro, ya que nos quedábamos sin recursos propios —continuó explicando Jacques.

—Vaya manera de ligar, a lo grande —dijo Carlota—. Me estoy dando cuenta de que soy una simple aficionada, comparada con mi madre.

Jacques continuó con la explicación.

—Catalina lo comunicó en su trabajo, en los servicios de información españoles, que a pesar de las apariencias mantenían una fluida relación con sus homónimos rusos. Todos dieron el visto bueno a la operación. Catalina viajó a Moscú con vuestro futuro padre y allí cerraron todos los detalles del acuerdo. En apenas seis meses, un tiempo récord, la planta de producción estaba a pleno rendimiento, dando empleo y fabricando medicamentos gratis para el pueblo ruso. Julián fue condecorado por el mismísimo Mijaíl Gorbachov con la estrella dorada y declarado Héroe de la Unión Soviética, en una ceremonia secreta, ya

que los rusos no querían reconocer en público las tremendas estrecheces que estaban pasando en aquella época. A tu madre le concedieron la nacionalidad rusa, además de conservar la española.

—¿Y a mi padre no? —preguntó Rebeca—. ¿Por qué?

—Porque tu padre ya la tenía.

—¿Mi padre era ruso? —continuó preguntando Rebeca— ¡Pero si hablaba valenciano con acento de Sueca!

Tote intervino en la conversación. Había estado muy callada, escuchando todas las explicaciones que ya conocía.

—Efectivamente, tu padre nació en Sueca, pero desde su mismo nacimiento los rusos lo reconocieron como ciudadano soviético.

—¿Y por qué hicieron eso? Eran tiempos convulsos como para tener esa nacionalidad.

—¿No sabéis quién fue su abuelo? —preguntó Tote—. Entre otras cosas, por eso hablaba ruso como su propia lengua y consiguió trabajo en su embajada con facilidad.

—¿O sea, nuestro bisabuelo? No lo llegué a conocer —respondió Rebeca.

—Claro que no lo conociste porque murió en Cuba, además, mucho antes de que vosotras nacierais. Esta pregunta va para ti Rebeca, que has estudiado Historia, ¿Sabes quién fue Ramón Mercader?

Rebeca dio un respingo.

—¿No me digas que Ramón Mercader fue nuestro bisabuelo? —preguntó incrédula y al mismo tiempo sorprendida.

—¿Alguien puede descender a la tierra y explicar a una lega en Historia quién demonios es esa persona? —dijo Carlota.

Rebeca se adelantó a las explicaciones de su tía.

—Ramón Mercader fue un militante comunista español, miembro de los servicios de seguridad soviéticos en la primera mitad del siglo pasado. Pasó a la posteridad por matar al político y revolucionario ruso León Trotski, creo que en torno a 1940.

—¡Ese sí que me suena! —exclamó Carlota.

—Porque fue uno de los líderes de la Revolución de Octubre, que permitió a los bolcheviques tomar el poder en 1917, pero cometió un gran error. Tuvo la osadía de enfrentarse a Stalin, y ya sabemos qué les solía ocurrir a los que se atrevían a hacer aquella locura, que acababan bajo tierra. Ramón Mercader cumplió la misión que le encomendaron, y por ello creo que también es Héroe de la Unión Soviética, como nuestro padre, además alcanzó el grado de coronel en los servicios secretos de aquella época.

—¡Caramba con nuestra familia! —dijo Carlota—. Provenimos de asesinos y

espías, ¡demasiado normales hemos salido nosotras!

—Normal soy yo —discrepó Rebeca mirando a su hermana—. En tu caso no me atrevería a calificarte así.

—¿Y qué pasó con «Rivon Industries»? ¿Pudo aguantar la decisión de nuestra madre? —continuó Carlota, obviando el comentario burlón de Rebeca.

—A duras penas. Lo pasamos fatal al principio —respondió Jacques.

—Claro, os quedaríais sin fondos —aventuró Carlota—, supongo que casi arruinados.

Jacques no pudo evitar sonreír.

—Exactamente todo lo contrario. A pesar de que la operación fue confidencial, en todo el mundillo de la industria farmacéutica se supo lo que habíamos hecho. Nos empezaron a llover contratos de todos los rincones del planeta, que simpatizaban con nuestra altruista y humanitaria acción. Disponíamos de pedidos de lugares que ni conocíamos dónde se encontraban. Casi morimos de éxito, no éramos capaces de producir todos los pedidos que teníamos en cartera —siguió explicándose Jacques, que aún hoy en día tenía cara de asombrado.

—¡No me digas! —dijo Carlota, atónica. Eso no se lo esperaba.

—Al final, la idea de tu madre había sido genial. Ella siempre decía que, cuando haces lo que debes, recibes lo que mereces —dijo Tote—. Era uno de sus principios vitales.

—Esa frase siempre me la decía a mí, la recuerdo perfectamente —comentó Rebeca, evocando la memoria de su madre.

—¡Pues vaya si tuvo razón! En apenas seis años «Rivon Industries» había multiplicado por quince su tamaño, y disponía de varias fábricas en otros países. Incluso construyó otra factoría *gratis total* en San Petersburgo, que le valió a vuestra madre ser Heroína de la Federación Rusa. En aquel tiempo ya se había desmembrado y colapsado la Unión Soviética. El mismísimo Boris Yeltsin se la impuso, también en una ceremonia privada, en el Kremlin.

—¡Ostras! —exclamó Rebeca.

—En aquella ocasión asistimos todos los presentes, menos vosotras tres, que ni siquiera habíais nacido ni estabais en proyecto —explicó Tote—. Fue emocionante. Al poco tiempo, Catalina y Julián se casaron. El resto de la historia ya la sabéis. Tu madre se dejó el trabajo en los servicios de información españoles, Julián cesó como funcionario de la embajada rusa y, oficialmente, ambos trabajaban de comerciales para los laboratorios, que eran, en parte, propiedad de vuestra madre —dijo Carmen.

Ahora intervino Jacques.

—Además, el pueblo ruso es muy noble y tremendamente agradecido. Cuando

la fuerte crisis inicial pasó y la situación se estabilizó un poco, nos empezaron a pagar los medicamentos, con lo que, en la actualidad, controlamos más de la mitad de la industria farmacéutica rusa de genéricos, con acuerdos con compañías locales. Ahora es nuestro principal mercado. Además, no os podéis ni imaginar cómo nos tratan cada vez que vamos, y eso que ya ha llovido desde los primeros tiempos.

—La magia de tu madre convirtió en grande lo pequeño. Es lo que suele ocurrir con las personas de gran corazón y de gran visión de futuro —dijo Jacques, que, después de tanto tiempo, aún parecía emocionado rememorando aquellos años tan felices.

—Anda, terminaos los postres, que, aunque lo parezcan, no lo son, y volvamos a casa a poner el broche de oro a toda esta historia —dijo Carmen.

—Más bien de diamantes —dijo Jacques, en un tono misterioso.

«¿Qué broche?», se preguntaron las hermanas para sí mismas.

## 5 DE MARZO DE 1525

Batiste se levantó como todos los días, y bajó a la cocina a desayunar. Su padre ya se había ido de casa a trabajar. Terminó en apenas diez minutos, y se preparó la bolsa para la escuela. Se fue hacia la puerta. Nada más llegar a ella se llevó un buen susto.

Esta vez no había una misiva en el suelo, había dos, una de ellas bastante voluminosa.

Se atemorizó de inmediato, Recordaba que la carta de ayer le convocaba a una reunión del Gran Consejo. Las cogió con cierto temor y volvió a entrar en la cocina. Hoy no iba tan apurado de tiempo como ayer, así que podía emplear esos minutos en analizar su contenido.

El más voluminoso iba a su nombre y la caligrafía exterior era de Amador, así que tenía claro de qué se trataba. Su amigo había encontrado los legajos de Blanquina March en el despacho de su padre don Cristóbal de Medina y, tal y como habían quedado, le mandaba algunos documentos para poder analizarlos en el Santo Oficio juvenil, el juego que se habían inventado.

Esa carta estaba clara, pero el que le tenía intrigado era la otra. No llevaba remitente ni destinatario. Tan solo era una hoja de papel doblada y lacrada. Batiste no resistió su curiosidad y la abrió. Se llevó una gran sorpresa, aquello era algo completamente inesperado.

Don Alonso de Manrique convocaba a su padre y a él a una reunión de urgencia en el Palacio Real esa misma noche. Avisaba de que era un viaje de incógnito, que tan solo lo sabían don Andrés Palacios y don Juan de Churruca, los dos inquisidores, y tenían expresas instrucciones de no anunciarlo a ninguna autoridad ni civil ni eclesiástica. Pedía absoluta discreción. Tan solo iba a estar una noche, y venía a propósito para esta reunión.

«Algo muy grave debe haber ocurrido», pensó de inmediato Batiste. «Ni siquiera su hijo Jero sabía ayer que su padre iba a estar hoy en la ciudad». Se

preocupó, porque nada bueno podía traer esa reunión tan precipitada.

Dejó el papel encima de la mesa de la cocina, bien visible y abierto, con la carta bocarriba, para que, si su padre llegaba a casa antes que él, viera la nota de don Alonso Manrique y conociera la reunión.

Ya se le había hecho tarde. Tomó los otros papeles, los de Amador, y se los guardó en la bolsa de la escuela. Pensó que, en un momento de pausa, podría fisgar qué había encontrado su amigo. Le podía la curiosidad, aunque quizá no fuera prudente llevárselos consigo. Al final ganó la curiosidad a la prudencia, como casi siempre.

Salió de casa y se fue casi corriendo a la escuela. Cuando llegó, vio a todo el mundo en el patio.

«¡Qué raro!», pensó, «ya deberían estar entrando en clase».

Nada más verlo llegar, Jero se dirigió hacia él.

—¿Te has enterado ya? —le preguntó.

—¿De qué? —le contestó con cierta preocupación Batiste.

—De las dos cosas.

—¿Qué dos cosas?

—Te cuento la primera, que es buena. Hoy no tendremos clases, ya que el señor Urraca tiene fiebres. Tenemos la mañana libre.

—Ahora me explico que no hayáis entrado en el interior. ¿Y la otra?

—¿Has abierto la misiva? —preguntó en tono preocupado.

—Sí, ya he leído que tu padre estará esta noche en la ciudad y se quiere reunir de urgencia con nosotros.

—Es algo insólito e inesperado —dijo Jero.

—¿Sabes por qué viene?

—Ni idea. Me he enterado como tú, esta misma mañana cuando me he encontrado una carta, supongo que parecida a la tuya. Ni siquiera sabía que estaba de camino a la ciudad y eso que siempre me avisa con tiempo.

—Algo ocurre, y debe ser muy grave para que tu padre se traslade de incógnito a Valencia por tan solo una noche, para tener una reunión con nosotros. Desde luego, no es nada normal.

De repente, vieron cómo se acercaban hacia ellos Amador y Arnau.

—Calla, ya seguiremos hablando después —le dijo Jero a Batiste, antes de que llegaran hasta donde se encontraban hablando.

—¡Hoy no tenemos clase! —dijo en tono muy jovial Amador.

—Sí, ya nos hemos enterado.

—Ya he visto que, por fin, has encontrado los documentos de Blanquina —le dijo Batiste a Amador—. He visto tu carta junto a mi puerta esta mañana.

—Sí, teníais razón. No estaban exactamente encima de la mesa de mi padre,

entre otras cosas porque ya no le caben más papeles, pero los he encontrado encima de la silla más cercana. Estaban todos los legajos. Como os comenté, no quería arriesgarme a que me pillara, así que he abierto el primero y he cogido los papeles que estaban en la parte superior. De momento no los he cambiado de sitio. Ya lo haré en otra ocasión. Iba apurado de tiempo.

—Muy bien hecho Amador —dijo Jero.

Intervino Arnau en la conversación, que parecía animado.

—Ya que esta mañana no tenemos clases, ¿podríamos jugar al tribunal juvenil del Santo Oficio? Tenemos los documentos que ha conseguido Amador. Los podemos analizar, mejor ocasión no vamos a encontrar.

—¡Buena idea Arnau! —dijo de inmediato el propio Amador, que había cogido los papeles sin ni siquiera mirar su contenido.

—Tendremos que pasar por tu casa —dijo Jero, mirando a Batiste—, para recoger los documentos de Amador.

—Hoy tenemos la suerte de cara. Resulta que los llevo encima, dentro de mi bolsa.

Todos se mostraron visiblemente contentos.

—¿Y a qué esperamos para estudiar su contenido? —contestó emocionado Arnau.

—Debemos hacer las cosas bien, según las normas del Santo Oficio —respondió Batiste—. Primero, hemos de buscar un lugar tranquilo y discreto para poder constituir el tribunal, no lo podemos hacer aquí, en medio de la calle, a la vista de todos.

—¿Y si entramos en la escuela, en nuestra clase? —se le ocurrió a Jero—. No habrá nadie y podemos usar las mesas.

—No es mala idea —dijo Batiste, pensándolo.

—¡Anda, entremos ya! —dijo Arnau, mientras salía corriendo hacía la puerta.

Como era de esperar, no había nadie en el interior de la escuela. Juntaron dos mesas y se sentaron alrededor.

—Queda inaugurada la sesión ordinaria del tribunal juvenil del Santo Oficio de Valencia. Preside Batiste, como inquisidor. Actúa como promotor fiscal Jerónimo, como receptor Amador, y como notario del secreto, Arnau. Hoy trataremos el pleito contra la memoria y la fama de Blanquina March en su primera fase documental —dijo con solemnidad Batiste.

Abrió su bolsa y sacó los documentos. Se los entregó a Jero.

—Como promotor fiscal, te corresponde la tarea de llevar el peso de la acusación y de presentar los documentos en su contra. Yo dirigiré el proceso, el receptor velará por las correctas finanzas y el notario del secreto certificará que todas las actuaciones son confidenciales.

Jero tomó el montón de papeles y los extendió con cierta solemnidad. Habría siete u ocho hojas. Tomó la primera y leyó para sí mismo las primeras líneas, para poder montar su estrategia argumental de acusación.

De repente, empezó a toser como si se fuera a ahogar. Parecía que le faltaba el aire.

—¡Qué te atragantas! —dijo Arnau—, ¡Cuidado!

Cuando consiguió recuperarse un poco, le hizo una leve seña a Batiste, muy discreta, para que sus compañeros no se dieran cuenta.

—Me vais a disculpar un segundo, voy a beber algo. Casi me quedo sin respiración.

—Aprovecho y voy a beber agua también —dijo Batiste—. La sesión no queda interrumpida, que cada miembro permanezca en su posición.

Ambos salieron del aula en dirección a la fuente.

—¿Qué pasa? —preguntó preocupado Batiste a su amigo.

—Anda, míralo por ti mismo —dijo Jero, entregándole los papeles de Amador.

Ahora el que se puso a toser fue Batiste.

## EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 6 DE OCTUBRE

—Habíais dicho no sé qué de un broche que faltaba. ¿A qué os referíais? —pregunto Carlota, con su curiosidad por delante.

Acababan de llegar a una de las residencias de la familia Antón, en la sierra de Madrid. Jacques miró su reloj.

—Aún faltan diez minutos. Esperaremos.

—¿Diez minutos para qué? —siguió Carlota preguntando, cada vez más impaciente.

—Para poner las palabras *The End* a esta historia. Todo lo que empieza tiene un final, y hoy es ese día. Al fin y al cabo, los finales siempre son el principio de algo nuevo que comienza, con renovada ilusión. Los valencianos lo sabéis muy bien con vuestras Fallas, fiestas declaradas Patrimonio Inmaterial de la Humanidad por la UNESCO, por ejemplo —explicó Carmen—. El fuego purificador.

—No lo entiendo —dijo Rebeca—. ¿Vamos a quemar algo?

Jacques se dirigió a las dos hermanas.

—Más bien vais a poder quemar muchas cosas a partir de ahora. El martes que viene cumpliréis veintidós años. Vosotras tenéis toda una vida por delante, junto con nuestra hija Carol, aunque ella ya los cumplió hace un mes.

—Como diría Dani Martín, del antiguo grupo El canto del loco, que tanto nos gustaba, *Ya nada volverá a ser como antes* —comentó Carol, mientras se levantaba de su sillón y les daba un abrazo a sus dos amigas, que estaban verdaderamente perplejas. No entendían nada de lo que estaba pasando delante de ellas.

—¿Esto es una cámara oculta o algo así? —preguntó Rebeca—. ¿Cuál es mi plano? ¿En qué consiste la broma?

—¿La broma? —preguntó riéndose Carmen—. ¡Pues menuda broma!

Sonó el timbre de la puerta. Rebeca se quedó mirando por un momento a

Carlota, a ver qué expresión tenía en su cara.

«¡Los ojos brillantes!», pensó, enfadada. «Ella ya lo ha comprendido y yo todavía no. Me va a ganar la apuesta».

Entró en el salón una persona muy seria, de unos cincuenta años, vestida con un traje y chaqueta muy formal, con corbata incluida.

«¿Quién se viste así un sábado por la tarde?», pensó Rebeca.

—Os presento a Antonio Ramírez, notario de la familia desde el principio de los tiempos. A pesar de su aspecto, que casi parece un enterrador, no hace falta que lo llaméis de usted. Lleva con nosotros desde los inicios de «Rivon Industries» y casi se podría decir que es un miembro más de la familia.

—Por fin os conozco en persona —dijo Antonio—. Había visto vuestros nombres en multitud de documentos, pero jamás habíamos coincidido. Es sorprendente el parecido con vuestra madre, sobre todo tú, Rebeca. Eres un auténtico clon.

La propia Rebeca le contestó.

—Hola, Antonio, es un placer. Parece que últimamente todo el mundo que me saluda me dice lo mismo de mi madre, pero ¿nos podrías informar en qué documentos has visto nuestros nombres? Estas amables personas que tenemos alrededor nuestro no se han dignado a decirnos nada de nada.

—¡Oye! ¿Tú eres la Rebeca Mercader que habla por la radio los lunes en el programa *Buenos días*? —preguntó Antonio, que, de repente, había caído en la coincidencia de nombres, y sobre todo en el tono de su voz.

—Sí, soy yo.

—Pues tienes a mis hijos embelesados. Algún día, cuando todo esto haya concluido de forma definitiva, os invitaré a mi casa para celebrarlo, y de paso te presentaré a unos seguidores tuyos.

—Por supuesto Antonio, lo haré encantada, pero sin pretender ser insistente, y volviendo a todo lo anterior. ¿Qué hace un señor notario, con su correspondiente maletín, vestido de trabajo, un sábado por la tarde en la sierra de Madrid? —siguió Rebeca.

—Está muy claro, hermana. ¿Te das cuenta por qué te voy a ganar un mojito en cuanto volvamos a Valencia? —respondió Carlota, en un tono claramente burlón.

—Vengo a poner el broche de honor a más de treinta años de aventuras —contestó Antonio—. ¡Y qué aventuras!

—Sí, eso del broche ya lo he escuchado, pero me imagino que no viene a cerrar la empresa, porque si no, no parecería todo el mundo tan contento —dijo Rebeca, que nada más pronunciar la frase, cayó en la cuenta de la verdad. Se puso colorada.

Carlota se quedó mirando a su hermana.

—Veo por tus ojos que ya lo has comprendido. Llevas un retraso con respecto a mí de unos diez minutos. No te enfades, que no está nada mal —dijo, otra vez en el mismo tono burlón.

—¿Hemos vendido «Rivon Industries»? —preguntó sorprendida Rebeca.

—Así es, y muy bien vendida —dijo un sonriente Jacques—. Nosotros ya estamos cansados de este trabajo. Tu madre era el alma de la empresa y desde su fallecimiento, ya nada fue igual. Hemos ganado mucho dinero estos años, y ahora tenemos más del que nos podremos gastar en varias generaciones, sobre todo con esta operación.

Ahora se quedó mirando a su hija Carol y a las dos hermanas.

—Vosotras lleváis caminos diferentes en la vida. Cada una os dedicáis a cuestiones que nada tienen que ver con un laboratorio farmacéutico. En el supuesto de heredar la empresa, hubiera sido una carga, más que un beneficio, para las tres. Sin embargo, ahora podréis hacer lo que queráis en la vida, incluso empezar de cero en lo que os dé la gana. En definitiva, quemar la falla, si ese es vuestro deseo.

Era evidente que Carol ya lo sabía, porque su cara no reflejaba sorpresa alguna.

—¿Y qué se supone que vamos a firmar ahora? —preguntó Rebeca, que aún no lo acababa de entender.

—Pues dos escrituras —contestó Carlota—, que no pareces mi hermana. La primera la de venta de los laboratorios, y la segunda supongo que el cuaderno particional de la herencia de nuestros padres, que jamás lo firmamos, por motivos más que obvios. No sabíamos ni siquiera que éramos hermanas hasta hace poco más de una semana.

El notario se quedó mirando a Carlota con cara de pasmado. No la conocía y no estaba habituado a sus deducciones. Abrió su maletín y extrajo dos escrituras, junto con una especie de impresos que parecían para Hacienda.

—No se preocupe, siempre es así. Nosotros ya estamos acostumbrados —dijo Rebeca, mientras tomaba entre sus manos la primera escritura. Empezó por el final, y vio que ya estaba firmada por Carol.

—Mis padres me donaron su 50 % de «Rivon Industries» hace también un mes —se explicó su amiga, por eso firmo yo la venta.

Rebeca se fue hacia la mitad de la escritura, buscando el importe de la transacción. Cuando lo vio, casi se cae de espaldas, y eso que estaba en un butacón con un generoso respaldo.

—¿En serio que pagan esta cantidad por la empresa? —dijo, mientras le pasaba la escritura a su hermana, para que también la leyera.

—¡Por supuesto que no! —le contestó Antonio, con rotundidad—. ¡Qué te habías pensado, insensata!

—¡Ah! Ya me lo parecía a mí, jamás había visto tantos ceros juntos.

## 31 DE ENERO DE 1525

—¡Pero esto es imposible! —acertó a decir Batiste, cuando se le pasó la tos y consiguió sobreponerse a la tremenda sorpresa.

—No lo es, Los tienes delante de tus narices.

—Insisto, no puede ser, algo no va bien.

Los documentos que Amador había cogido del despacho de su padre eran los mismos que Batiste vio el día del accidente, cuando se cayó de la escalera.

—¿Por qué insistes tanto que es imposible? Los tienes en tus manos —le dijo Jero.

Batiste estaba pensando a toda velocidad.

—Tenemos un problema, un grandísimo problema.

—¿Ahora te enteras? —le preguntó Jero.

—No entiendes su magnitud.

—Pues explícamelo.

—¿Sabes por qué me caí de la escalera del despacho del padre de Amador, don Cristóbal, aquel día simulando jugar al escondite?

—Sí, porque perdiste el equilibrio. ¡Vaya pregunta!

Batiste hizo un gesto despectivo con las manos.

—¡Venga!, no me fastidies que no estoy de humor. Me refiero a por qué perdí el equilibrio.

—Pues no, nunca me lo has contado.

—Resulta que vi esos mismos documentos en un legajo que conseguí alcanzar con la mano. Ya te conté su contenido, por eso te has puesto a toser cuando los has empezado a leer, porque has reconocido que fueron los mismos que vi yo aquel desgraciado día.

—Así es. Hasta ahí te sigo —dijo Jero.

—Pues resulta que perdí el equilibrio y me caí de la escalera porque me solté de la única mano con la que me asía a ella, y tan solo me sujeté con las piernas,

que no fueron capaces de aguantar mi peso. El resto ya lo sabes, me pegué el gran trastazo.

—¿Y por qué hiciste semejante tontería? —preguntó Jero.

—Porque necesitaba las dos manos libres, una para levantar el montón de papeles, y otra para dejar los que tenía en la otra mano, que acababa de leer, en lo más profundo del legajo, lo más alejado del principio —se explicó Batiste.

Jero cayó en la cuenta de lo que le quería decir su amigo y del motivo de su alarma.

—Amador nos acaba de decir que ha cogido los primeros papeles de la carpeta, sin embargo, tú los dejaste al final del legajo, no al principio —dijo Jero, con voz de alarmado, repitiendo las palabras de Batiste.

—¡Exacto! Alguien los ha movido y solo puede ser el padre de Amador. Eso significa que también los ha leído, posiblemente ayer por la noche. Ya sabes lo que eso quiere decir —dijo Batiste, que estaba pálido—. Tenemos que pasar a la acción. El árbol puede estar en peligro inminente.

—De inmediato, lo único que se me ocurre es que hemos de volver al aula. Amador y Arnau ya se estarán preguntando el motivo de nuestra tardanza en retornar de los aseos.

—¿Y qué hacemos? —preguntó Batiste.

—No tenemos más remedio que leer los papeles y hacer como si los estudiamos. Llegados a este punto, ¡qué sea lo que Dios quiera! No podemos ocultárselos. Eso sí, tenemos que despachar el asunto lo más rapidito posible.

—Sí, parece la única opción —dijo Batiste, analizando la situación con la máxima frialdad posible.

—No tenemos alternativa. Después de esta reunión, desde luego que hemos de pasar a la acción —dijo Jero—. Además, hoy mismo. Con el árbol en peligro no podemos demorarlo ni un día más, además sabiendo que don Cristóbal, también los habrá leído y en estos momentos, con toda probabilidad, esté pensando lo mismo que nosotros.

Batiste tenía las manos tapando su cara.

—Menudo día nos espera, y para rematarlo con la reunión sorpresa con tu padre esta noche —dijo—. Parece que todo se precipita.

—Sinceramente, no sé si saldremos de esta —concluyó Jero.

## EN LA ACTUALIDAD, SÁBADO 6 DE OCTUBRE

Rebeca aún seguía con la cara de asombrada que se le había quedado cuando vio el importe que aparecía en la escritura de venta de los laboratorios. Antonio Ramírez, el notario, se lo acababa de desmentir, esa cantidad que Rebeca había leído no era el precio de la compraventa de las acciones.

«Ya me parecía, era una auténtica barbaridad», pensó Rebeca, mientras miraba a Carlota, que tenía ahora la escritura en sus manos, y lucía una sonrisa socarrona, la de los grandes momentos.

El notario, intentó explicarse de una manera sencilla, para legos en materia jurídica.

—Lo que vamos a firmar ahora no es propiamente la transmisión de las acciones de la sociedad, sino, para evitar tecnicismos y que lo entendáis a la primera, es una especie de promesa de compra, donde los transmitentes, es decir, vosotras tres, os comprometéis a vender el 100 % de las acciones de la sociedad a los adquirentes en un plazo determinado y por un importe ya acordado. Como garantía de que la operación llegue a buen puerto, los compradores os dan una señal, a cuenta del precio definitivo. ¿Lo entendéis?

Rebeca estaba alucinada.

—Eso me parece. Entonces, esa cantidad que acabo de ver, ¿es solo esa señal de la que estás hablando? —dijo, mientras abría los ojos todavía más, casi escapando a las leyes de la física.

—Sí, es tan solo ese 10 % del valor acordado por la venta de la empresa.

—¡Por Dios! —se le escapó a la agnóstica de Rebeca—. ¡Qué aún me faltaba otro cero más!

—Como paso previo a la firma de la escritura que tenéis en vuestras manos, hemos de terminar de legalizar la herencia de vuestros padres. Afortunadamente, al haber pasado tanto tiempo desde su fallecimiento, el impuesto de sucesiones está prescrito y no hay que abonarlo. Este es el cuaderno particional. Es muy

sencillo, vosotras dos sois sus únicas herederas, a partes iguales. Como veréis, no tiene ninguna complicación.

Rebeca lo tomó entre sus manos.

«¡Otra vez *Yellow Submarine!*!», se estremeció Rebeca, al empezar a leer la escritura. No se atrevió, de momento, a preguntar nada. Temía la respuesta.

—Debéis firmar en la última hoja, abajo del todo, en un lado. Dejarme espacio, que yo también tengo que hacerlo —dijo Antonio.

Esta vez Rebeca no quiso mirar nada más. Se fiaba del señor notario. Estampó su firma al final del documento, al igual que hizo Carlota. También firmaron la otra escritura, al lado de la de Carol.

—Ahora, esto os corresponde a vosotras —dijo en notario, entregándoles a cada una de las hermanas lo que parecía ser un cheque bancario—. No os sorprendáis por el importe reducido, tan solo se corresponde por vuestra parte del 10 % de la escritura de la promesa de venta de las acciones. La tramitación de la herencia será un proceso un poco más largo y latoso, al igual que la liquidación.

Rebeca se quedó mirando el cheque, boquiabierta.

«¿Importe reducido?», pensó. «Si con esta cantidad ya me podría jubilar y vivir a cuerpo de reina».

Se giró hacia su hermana Carlota con curiosidad, por ver el gesto que ponía en su rostro. Siempre le gustaba observarla en situaciones como esta.

—Espérate al martes. Vamos a quemar Valencia —le dijo en voz baja, para evitar ser escuchada por el resto de las personas que estaban en el salón.

«Miedo me da la celebración del cumpleaños», se agobió Rebeca. «Esto cambia las cosas, y mucho», pensó.

## 5 DE MARZO DE 1525

—Íbamos a ver qué os pasaba, estábamos preocupados —dijo Amador—. Tardabais demasiado.

—Nos había entrado una tos fuerte a los dos, hemos bebido y nos hemos mojado la cara, ahora ya estamos mejor —dijo Jero.

Tomó la palabra Batiste.

—Reanudamos la sesión del tribunal del Santo Oficio juvenil de Valencia. Preside el inquisidor Batiste. Tiene la palabra el promotor fiscal Jero.

Se levantó de su asiento.

—Como sabéis, la acusada Blanquina March tuvo varios encuentros con la inquisición. Ahora vamos a analizar unas de las declaraciones que hizo el hermano de su marido, Miguel Vives, que fue apresado judaizando en una sinagoga clandestina el 20 de mayo de 1500. En esas declaraciones nombra a la acusada.

Todos estaban muy atentos a las palabras de Jero.

—Sabéis que a Miguel Vives se le tenía por una persona débil de mente, medio loco. Sus vecinos así lo atestiguaron de forma unánime durante el proceso. Es de señalar que, incluso durante algunas de estas crisis, su madre Castellana Guioret, también apresada aquella noche, encerraba a Miguel en una habitación con llave, y aun así se le podía escuchar gritar palabras sin sentido por toda la calle —explicó Jero—. En ocasiones parecía un auténtico enajenado mental. Al parecer, era algo de público conocimiento por toda su parroquia.

«Buena introducción», pensó Batiste. «Desmonta la credibilidad del acusado, y además lo que está diciendo es cierto».

—Miguel Vives fue sometido a sesiones de tortura, observando en todo momento los preceptos establecidos en el manual para los interrogatorios a los acusados, redactado por fray Tomás de Torquemada, primer inquisidor general de España. Aparecen reflejados en estas hojas, y doy fe que se utilizaron los

medios de tortura correctos, adecuados y permitidos. En consecuencia, la declaración de Miguel Vives, es perfectamente válida —Jero continuaba con su explicación.

La atención era máxima. Amador y Arnau estaban ansiosos por escucharla. Para su desgracia, Batiste y el propio Jero ya la conocían.

—Ya sabéis que el Santo Oficio irrumpió en pleno *shabat*, el día sagrado para los judíos, y pudo observar una sinagoga clandestina con todos sus útiles y enseres necesarios, incluyendo los candelabros encendidos, los rollos de la Torah e incluso la pequeña luz de la *ner talmid*, la pequeña lámpara de fuego que simbolizaba la llama eterna para los judíos. Los intervinientes en aquella operación, para capturar a los judíos que practicaban sus ritos en la última gran sinagoga clandestina descubierta en la ciudad, fueron mi colega Juan de Astorga, promotor fiscal de la Inquisición del Tribunal del Santo Oficio de Valencia en aquellos años, estando acompañado del notario Joan Pérez, del fraile Martín Ximénez y de dos personas más de apoyo. La operación fue todo un éxito. Entre esa misma noche y los días siguientes, el Santo Oficio consiguió apresar a más de treinta marranos, que es el apelativo por el que llamamos a los falsos conversos al cristianismo, que siguen practicando su antigua religión judía y observando sus preceptos, por supuesto en secreto —seguía explicando Jero.

«Lo está haciendo de maravilla», pensaba Batiste, «pero en breve le van a pedir que lea las declaraciones».

—Muchas gracias señor promotor fiscal por esta magnífica introducción, pero ahora nos gustaría escuchar las propias declaraciones de Miguel Vives, obtenidas, como bien ha dicho, por los medios reglamentarios —dijo Arnau.

«Ya tardaban», pensó Batiste.

—El acusado Miguel Vives manifestó frente a los interrogadores del Santo Oficio que entendía el lenguaje de los pájaros.

Todos se pusieron a reír, incluidos Jero y Batiste.

—¡Pues sí que empezamos bien este proceso! —dijo Amador—. Con un chalado.

—Además, también declaró que conocía los secretos de la cábala judía y de la *ciencia oscura*. También manifestó que sabía leer las estrellas y que podía predecir el día exacto de la muerte de cada persona.

Amador se puso más serio.

—¿Eso puede ser cierto?

—No lo sabemos, en estos papeles tan solo se contienen sus declaraciones obtenidas por medio de la tortura reglamentaria —contestó Jero—, pero posiblemente nos encontremos ante un débil mental, es decir, un loco de verdad.

—Tiene toda la pinta —intervino Arnau.

—Yo, personalmente, no le creo, pero como tribunal hemos de escuchar sus palabras y luego decidir si tienen visos de realidad o no, con el máximo rigor posible —sentenció Jero, en su papel de promotor fiscal.

—Yo también me inclino por pensar que estaba loco. Continúa Jero —dijo Amador.

«Primer objetivo conseguido», pensó Batiste. «Ha colado la cábala judía en la conversación y nadie le ha prestado ninguna atención, bien por Jero. Además, está dando una visión bastante alocada de este personaje. Buena preparación, a ver cómo saca adelante lo que queda».

—También declara que con frecuencia acudían a su casa personas pidiéndole el *Tirant*.

—¿El *Tirant*? —preguntó extrañado Amador—. ¿Se refiere al *Tirant lo Blanch*, la célebre obra de Joanot Martorell escrita el siglo anterior? ¿Y eso que tiene de malo? Yo la he leído con mi padre y nos gustó.

—Debo de aclarar que, entre los practicantes de la religión judía, se denomina el *Tirant* al Libro de las Profecías, e incluso, en ocasiones, a otros propios de sus ritos mosaicos. Es como una palabra en clave, el propio Miguel Vives lo explica. No se trata de la célebre obra de caballería de Joanot Martorell.

—¡Ah! Ahora lo entiendo —dijo Amador.

—También aparecen declaraciones como que «*al corral de Lluís Vives, havia amagat al fons del pou un tresor, guardat zelosament per un moro barbat de gran alçada, amb una gran cadena d'or*» —leyó textual Jero—. Me vais a perdonar, pero no entiendo la lengua valenciana. Aunque supongo que será otra locura de Miguel Vives, ¿alguien me lo puede traducir?

—Sí, parece una tontería. Dice que en el corral de la vivienda de Luis Vives había escondido un tesoro, en el fondo del pozo, y que lo guardaba celosamente un moro barbudo muy alto con una cadena de oro. Otra locura —contestó de inmediato Amador.

Para su desgracia, parecía que su amigo se había interesado en el asunto.

—En aquella época era receptor Amador de Aliaga. Seguro que comprobaría la veracidad de esas declaraciones junto con el notario de secuestros. ¿No hay ninguna indicación del valor de los bienes que tasaron en toda la operación?

Jero buscó entre los papeles.

—Sí, aquí aparecen una relación y su valoración, además firmada por Amador de Aliaga —decía, mientras la repasaba—. No hay ninguna referencia a ningún tesoro oculto en casa de Luis Vives. Además, tasan la totalidad del patrimonio secuestrado en poco más de dos mil seiscientos sueldos.

—¡Eso no es nada! ¡De todos es sabido que la familia Vives era mucho más rica en aquellos tiempos! —exclamó Amador.

—Está claro que comprobarían la veracidad de las declaraciones del loco de Miguel Vives e irían a la vivienda de Luis. Como era de esperar, no encontrarían ni al moro barbudo con el collar de oro ni ningún tesoro escondido en el pozo. Pensar que son divagaciones de un demente.

Amador insistió.

—¿Pero aparece algún acta de registro del pozo en casa de Luis Vives?

Jero siguió mirando los papeles.

—No, no hay ningún documento —contestó, después de repasarlos todos, uno a uno—, pero recordar que tan solo tenemos una pequeña parte del total del expediente.

A Batiste no le gustaba nada por dónde estaba trascurriendo la conversación ahora mismo. Amador siguió hablando.

—Entonces, ¿es posible que, como parece que Miguel Vives estaba medio loco, no hicieran caso de las declaraciones del tesoro oculto en el pozo?

—No lo creo —intervino Batiste—. Ten en cuenta que estaba presente en el interrogatorio el receptor, tu tío Amador de Aliaga. No podía dejar pasar por alto esta declaración. Seguro que lo comprobó. ¿Acaso dudas de él?

—¿Y si no lo hizo? ¿Y si sigue allí escondido un tesoro y nadie lo ha buscado porque pensaban que Miguel Vives estaba loco de atar? —insistió Amador

—Tan solo hay una manera de salir de dudas de forma definitiva —dijo Arnau, que estaba escuchando toda la conversación, fascinado—. Acudir a la antigua casa de Luis Vives, si es que aún existe.

—¡Y tanto! Hace apenas dos meses la compraron sus dos hermanas, Beatriz y Leonor, como *caplleuadors* de los bienes familiares. Lo sé por mi padre, que intervino en la operación como receptor. Aún se conserva en idéntico estado. No fue derruida, como sí lo fue la casa de Miguel Vives, donde encontraron la sinagoga clandestina.

Batiste trató de poner algo de cordura en este tema, que se les había ido de las manos.

—Escuchar, estas declaraciones datan de 1501. Han pasado veinticuatro años. ¿De verdad creéis que después de tanto tiempo aún quedan tesoros imaginarios ocultos en pozos vigilados por moros gigantes atados con cadenas de oro? ¡Por favor! Son las declaraciones de un chalado, como lo que decía que entendía el lenguaje de los pájaros. ¿También os lo creéis?

—Por supuesto que no —contestó Amador—. Además, ya lo comprobarían en su época, y todavía más estando mi tío como receptor, presente en todo el interrogatorio. Ese tesoro dudo muchísimo que jamás llegara a existir, pero podría ser una buena aventura. Nos lo podríamos pasar bien un rato, además hoy, que no tenemos escuela. Saltamos la valla con cuidado, sin que nos vean las

hermanas, entramos y le echamos un vistazo al pozo. ¡Será emocionante!

—¡Es lo que yo decía! —exclamó Arnau—. Voy a por cuerdas a mi casa, nos vemos en treinta minutos en la casa de las hermanas Vives, en la calle Taberna del Gall.

Se fue corriendo junto con Amador. Se quedaron solos Jero y Batiste, mirándose a las caras.

Jero tomó la palabra.

—Me parece que tenemos un gran problema. Aunque tu padre y Luis Vives escondieron el árbol judío siete años más tarde de las declaraciones de Miguel Vives, por lo que era imposible que en 1501 conociera su ubicación, ¿y si resulta que está allí? ¿Qué hacemos?

—Conozco la casa de Luis Vives y el pozo. Está seco desde hace años y es profundo. Tengo un plan —dijo Batiste.

—Pues más vale que sea bueno y salga bien. Nos podemos estar jugando todo. Y vamos a ciegas.

—El único peligro es que podemos tener compañía —dijo Jero, con un tono de evidente preocupación.

—¿Las hermanas Vives? Es verdad, viven en la casa. Nos pueden sorprender en plena acción, entrando en su pozo.

—Las hermanas Vives me dan igual.

—Entonces, ¿a quién te refieres? —preguntó Batiste, que comprendió la respuesta antes de acabar la pregunta.

Estaba claro. Si don Cristóbal de Medina, el receptor y el padre de Amador, había leído estos mismos documentos ayer por la noche, también podría estar tentado de echar un vistazo al pozo, por si acaso. Además, conocían lo necesitado de dinero que estaba, para poder cumplir sus compromisos con el rey.

Otro posible problema más, como si no tuvieran suficientes.

## EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 7 DE OCTUBRE

—¿Y si no lo celebramos y lo posponemos? Tenemos mucha información que procesar. De repente, hoy nos hemos despertado millonarias. No sé si será prudente organizar una bacanal como la que creo que planeas en nuestro cumpleaños. Una semana más o menos dará igual, y así le damos unas vueltas al asunto —dijo Rebeca, la voz de la prudencia.

—¡Ni hablar! ¡Ahora más que nunca! Te confieso que estaba preocupada porque el presupuesto que acordamos se me quedaba corto. Como comprenderás, ahora he olvidado el significado de esa palabra tan extraña, «presupuesto» —le contestó Carlota, la voz del desenfreno—, ¿Qué querrá decir?

Ambas se encontraban en la habitación que compartían, en el *casoplón* en la sierra de Madrid de la familia Antón. Estaban preparándose las maletas a toda velocidad. Todos les estarían esperando, ya era tarde. En un rato se volvían a Valencia en el AVE. Se habían dormido y se acababan de despertar, casi una hora después de lo previsto. En Rebeca era normal, lo extraño era en Carlota, que siempre se despertaba sin necesidad de ponerse ninguna alarma en el móvil.

—Además, no me encuentro demasiado bien. He dormido fatal, me duele hasta el culo —dijo Rebeca, mientras se acariciaba la parte baja de la espalda.

—Estas camas son incomodísimas, a mí también me duele, además siento un sopor extraño en mí —contestó Carlota—. Supongo que hemos vivido emociones intensas y estamos algo estresadas. Pero hoy es domingo por la mañana, el martes por la noche estaremos preparadas para correr la jugua de nuestra vida. No seas aguafiestas.

—¿Y si lo comentamos con nuestra tía en el tren? Ella igual ve las cosas desde otra perspectiva. No olvidemos que es comisaria de Policía.

—¡Ni hablar otra vez! Ya me estoy imaginando el sermón que nos va a echar

en cuanto nos sentemos en el tren, que si responsabilidad, que si cabeza centrada, que no nos volvamos locas con el dinero que nos acaba de llover del cielo, etcétera.

—Supongo que será algo parecido —reconoció Rebeca.

—Además, ella ya cuenta con que vamos a celebrar nuestro *cumple* este martes, y la única condición que te puso, creo recordar, es que pasáramos previamente este fin de semana en Madrid. Condición cumplida, ahora no vale cambiar las reglas del juego a mitad de la partida. Eso es hacer trampas.

—No sé, igual nuestra tía pensaba que, antes de dar a conocer al mundo que somos hermanas, era conveniente que supiéramos quiénes eran nuestros padres y a qué se dedicaban en la realidad. Es posible que no conociera la millonada que nos acaba de llover del cielo. Reconoce que eso cambia las cosas.

—¡Y tanto que cambia las cosas! Pídetelo libre en el periódico el día siguiente. El miércoles por la mañana presumo que no vas a saber ni dónde estás.

Rebeca no pudo evitar reírse. Se dio cuenta de que no la iba a convencer, así que dejó el tema. Una vez empaquetadas las maletas, salieron al salón. Como se imaginaban, estaban todos esperándoles menos Carol, que entraba en el salón casi al mismo tiempo que ellas. Se pusieron a hablar mientras entraban en la enorme estancia.

—Buenos días, ¿habéis dormido bien? —les preguntó.

—No —contestó Carlota—, además, nos hemos despertado casi una hora tarde. No recuerdo la última vez que me dormí y no me desperté a la hora exacta... Es muy raro en mí.

—La verdad es que esta noche he dormido de pena, me duele hasta el culo —respondió Rebeca.

—Cada vez se nota más que sois hermanas —dijo Carol, sin poder evitar una sonrisa matutina—. Que sepáis que habéis descansado encima de unos colchones de la marca sueca Hästens, fundada en el siglo XIX. No os digo lo que vale cada uno porque os escandalizaríais. Probablemente más de lo que ganéis en medio año.

—Pues he dormido como el culo, nunca mejor dicho —dijo Rebeca—. Entiéndelo, tú estás acostumbrada a tener mucho dinero desde la infancia. Yo he vivido bien con mi tía Tote, pero nada parecido a tus lujos. Y por supuesto no tengo ni idea de qué marca es mi colchón ni de lo que vale. No tengo el gusto de conocerlo.

Ahora intervino algo indignada Carlota.

—¡Pues imaginaros a mí! Familia humilde del barrio del Cabanyal, padre fallecido a muy temprana edad y madre que tiene que sacar, con el sudor de su frente, a tres hijos en solitario, incluso hasta fregando suelos. ¿De qué me estáis

hablando? Y si no es por la tremenda generosidad de Tote, jamás hubiera podido estudiar en un colegio como Albert Tatay. Yo sé perfectamente a qué círculo social pertenezco, y es al mismo que sigo perteneciendo hoy y siempre, aunque lleve el bolso cargado de millones.

—Te equivocas, pero tú misma te darás cuenta —contestó Carol—. Eso de que el dinero no cambia a las personas es una mentira como una catedral. Yo no he conocido ningún caso, y os aseguro que me he codeado con multitud de nuevos ricos. Sé muy bien de qué hablo. Una regla universal no escrita es que el dinero siempre cambia a las personas, aunque ellas no quieran.

—Pues yo seré la excepción a esa regla —dijo Carlota, que no quería ceder en un asunto así, que afectaba a sus principios más elementales.

Carol cambió de tema, tampoco tenía demasiado sentido discutir de esas cuestiones. El tiempo es el mejor juez, que quita u otorga razones.

—Antes de que os marchéis, me gustaría, con el permiso de Carlota, hacerle un pequeño obsequio a Rebeca. No sé si te acordarás.

—Para mi desgracia o fortuna, seguro que sí —contestó Rebeca, observando que su amiga llevaba algo en la mano.

—Es una pregunta de nota, te advierto que no te lo voy a poner nada fácil. El primer día que asistimos al colegio, con seis añitos, nos sentaron juntas y compartimos pupitre, que eran dobles, a petición de nuestros padres.

—Pues claro que lo recuerdo.

—Esa no era la cuestión. De eso estoy segura de que te acordabas porque, además, compartimos pupitre varios años, no solo ese primer curso. Yo era una niña muy infantil, y mi primer día de colegio, para mí, fue un verdadero trauma. Me acuerdo que no me quería subir al autobús y monté un buen numerito en la parada. A mi madre se le ocurrió la brillante idea de darme mi libro favorito. Me animó a que me lo llevara al colegio y que lo mirara con mi compañera de pupitre, o sea, contigo.

Rebeca sonreía. Carol continuó con su explicación.

—Recuerdo perfectamente que no quise guardarlo ni en la mochila. Lo llevé en la mano todo el día. Lo primero que hice, una vez el autobús nos dejó en el colegio y nos repartieron por clases y por mesas, fue pedirte si querías mirar ese libro conmigo. Yo no sabía leer apenas nada, sin embargo, tú me lo leíste con soltura varias veces, repitiéndome varias veces la parte que más me gustaba.

—La portada daba algo de miedo, tenía en la parte superior, con letras rojas, su título, y debajo unas ilustraciones de sus personajes —contestó Rebeca—. Se notaba muy usado. Recuerdo que hasta llegué a pensar que dormías con él dentro de tu cama.

—¡Lo recuerdas! —exclamó Carol.

—Pues claro, era *Los tres cerditos* de Walt Disney —dijo Rebeca—. Me lo hiciste leer cinco veces ese primer día de escuela. Me acuerdo de cada una de ellas como si fuera hoy. Hasta recuerdo tu expresión, incluso recuerdo que acabé pintando un cerdito con mis lápices de colores en sus primeras páginas.

—Toma —dijo Carol, entregándole el libro a Rebeca—. Es un regalo muy personal. Quiero que lo conserves. No te puedes ni imaginar lo agradecida que estuve durante muchos meses por la atención que me prestaste. No me resultó nada fácil adaptarme a la escuela, y gran parte del mérito fue tuyo. ¿Te creerías si te digo que fantaseaba con que eras mi hermana?

—¿No me digas? —dijo con algo de vergüenza Rebeca.

—Era la primera vez que salía de casa para ir a un colegio, piensa que jamás fui a la guardería, los profesores venían a mi casa. Por eso creo que me gustaba tanto el cuento de *Los tres cerditos*. Me identificaba con el tercero, el que construía una casa de ladrillo y ponía un caldero de agua hirviendo, para que el lobo no pudiera entrar. Era el más discreto, pero, al mismo tiempo, el más ingenioso de los tres. Ese cerdito era yo.

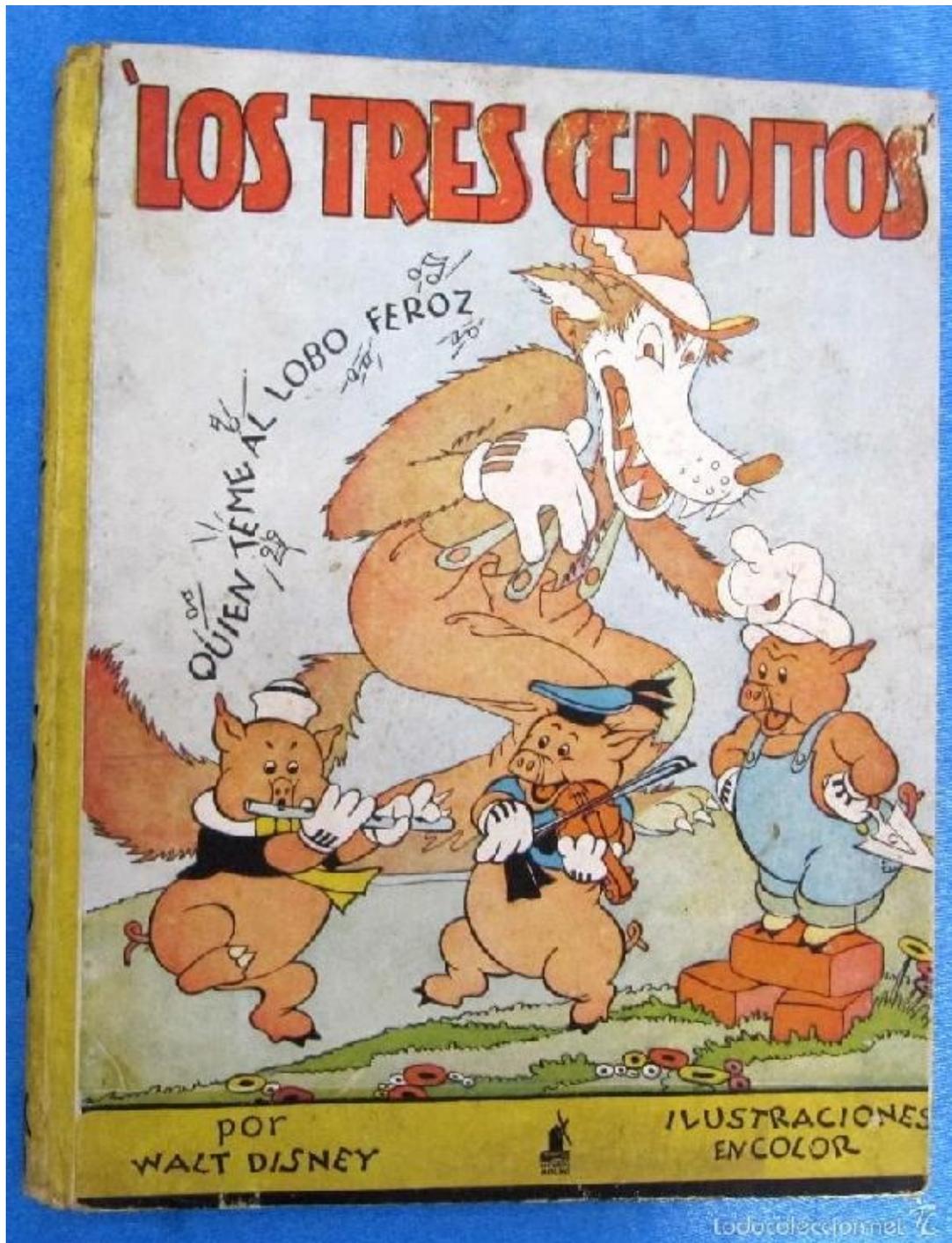
Rebeca tomó el libro con sus manos. Le había hecho gracia la observación de Carol. Lo recordaba todo perfectamente, le tuvo que leer ciertas partes del libro de forma reiterada, sobre todo las referentes a ese tercer cerdito.

—Escucha, ahora que me fijo, es una primera edición de 1934, este ejemplar no debe ser nada barato.

—¿En serio te importa ahora el dinero? —preguntó Carol, haciendo un gesto de indiferencia y observando la cara de su amiga—. Pues a mí tampoco.

—También es verdad —pensó Rebeca—, pero sin duda tiene que tener mucho valor sentimental para ti, más allá del vil metal.

—Por eso quiero que lo conserves tú. No voy a aceptar un «no» por respuesta, así que ahórrate la discusión. Es algo simbólico e importante para mí.



«¿Por qué me regala Carol un objeto tan personal?», se extrañó Rebeca, aceptando el libro. No quería discutir con ella por idioteces, aunque tenía la sensación de que no lo era.

Después de una breve conversación, entraron las tres en el salón.

—¿Estamos listos todos? —preguntó Jacques, de buen humor—, es un poco tarde.

—Se os han pegado las sábanas, por lo que veo —contestó Tote.

—No hemos pasado buena noche —recordó Carlota—, tengo la sensación de que no he descansado nada.

—Pues vayamos hasta la estación del AVE —dijo, mientras llamaba al ascensor. Aquel detalle tenía fascinada a Rebeca. Había escuchado las explicaciones de Carmen, la madre de Carol, y los motivos de su instalación. Lo que no comprendía era que tuviera capacidad para diez personas, cuando en aquella casa solo la habitaban, a temporadas, tan solo tres.

A pesar del ascensor, aún pensaba en el libro de Walt Disney.

## 5 DE MARZO DE 1525

—A la hora exacta estaban los cuatro amigos en la calle Taberna del Gall, frente a la casa familiar de los Vives-March, hoy habitada tan solo por las dos hermanas vivas del gran humanista Luis Vives.

—La valla es muy alta y la calle está muy concurrida. Va a ser difícil ser discretos —observó Arnau—. No sé si podremos saltar sin ser vistos por alguien.

—No os preocupéis por eso —dijo Jero, mientras sacaba de su jubón una especie de hierros alargados. Batiste los reconoció, espantado. Eran los mismos que había utilizado para abrir la cerradura del palacio del conde de Ruzafa. La manipuló durante apenas treinta segundos, hasta que cedió y se abrió la puerta.

—Ya podemos entrar —dijo Jero, con la misma voz triunfal de la anterior ocasión—. Ni se os ocurra contarle a nadie lo que acabáis de ver. Esto no ha ocurrido.

—Prefiero no saber cómo sabes hacer eso —contestó Amador.

Accedieron al corral de la casa, el patio. Estaba desierto. Enseguida vieron el pozo.

Batiste tomó la palabra. Jero supuso que se proponía a explicar su plan.

—He estado en esta casa alguna vez. El pozo está seco, pero es profundo y las paredes están muy húmedas y resbalan. No las podremos utilizar.

—¿Qué quieres decir?

—Pues lo lógico y obvio. Hemos de descender y ascender sujetos a la cuerda. Las dos personas que menos pesen accederán al pozo, y los dos más fornidos deberán hacer el esfuerzo de subir y bajar a los otros dos.

—Pues está claro quién son los más escuchimizados —dijo Arnau—. El primero Jero, que no levanta un palmo del suelo, y el segundo eres tú Batiste. Os ha tocado descender. Amador y yo somos más grandes y tenemos bastante más fuerza que vosotros. Os bajaremos y os subiremos con la cuerda.

—Es el plan lógico —dijo Jero, que comprendió lo que se le había ocurrido a

su amigo Batiste. Si el árbol estaba allí abajo, mejor que fueran ellos los que descendieran, y no Amador ni Arnau.

—Recordad que esta casa está habitada. Aunque desde las ventanas del salón no se tiene visión directa sobre este pozo, cabe la posibilidad de que las hermanas salgan al corral —dijo Batiste.

—¿Y qué hacemos si nos pillan? —preguntó Amador.

En realidad, Batiste no estaba pensando en las hermanas Vives. Su verdadero temor es que fuera el receptor don Cristóbal de Medina el que les pudiera sorprender, si se le ocurría la misma idea que a ellos, cosa que entraba dentro de lo posible.

—Si os descubren, lo primero que debéis de hacer es arrojar la cuerda al interior del pozo y tratar de alejaros de él.

—¿Para qué tenemos que hacer eso? —preguntó Arnau.

—Para hacerles creer a las hermanas que estáis solos y que no hay nadie dentro del pozo. ¿Qué creéis que pensarían si os ven a su lado y sujetando una cuerda que desciende al pozo?

—Supongo que tienes razón —reconoció Arnau, pensativo.

—Os reñirán y os tirarán de la casa, pero no habrán descubierto nuestro plan. Dejad pasar un rato y volvéis con otras cuerdas, para rescatarnos. Nosotros esperaremos en su interior, en caso de que os descubran.

Tomó la palabra Jero.

—Como ya os ha dicho Batiste, el pozo es profundo. Cuando toquemos el fondo, por supuesto no gritaremos ni nada por el estilo, os daremos dos tirones a la cuerda, para que sepáis que ya hemos llegado. No podemos arriesgarnos a montar ningún escándalo con voces, aunque con toda probabilidad no se escuchen desde el exterior. Cuando estemos listos para que nos saquéis, también os daremos dos tirones de la cuerda. Estad atentos.

—Entendido —dijeron tanto Amador como Arnau.

Iniciaron las maniobras para descender al interior del pozo. Con lo poco que pesaban tanto Jero como Batiste, bajaron a la vez, mientras Amador y Arnau sujetaban la cuerda con todas sus fuerzas y la iban liberando poco a poco, para evitar un descenso brusco.

A los tres minutos más o menos, llegaron al fondo del pozo. Jero dio dos tirones a la cuerda, tal y como habían convenido, y se quedó tensa. Amador y Arnau habían entendido que ya estaban al final del trayecto y habían dejado de soltar cuerda.

No veían absolutamente nada, la luz no llegaba al fondo.

—¿Ves algo? —preguntó Jero—. Estamos a oscuras.

—No, pero como ya me lo imaginaba, vengo preparado —dijo Batiste,

mientras extraía de su jubón una pequeña lámpara de aceite.

—¡Esa lámpara es de la escuela! —dijo Jero cuando la vio.

—De ahí la he cogido, nos va a venir de maravilla —dijo, mientras la encendía.

Se hizo la luz en el interior del pozo. Batiste y Jero se quedaron mirando su interior. Era un simple pozo seco y vacío.

—Aquí no hay nada —dijo Jero.

—Aparentemente no, pero vamos a escudriñar un poco mejor. Debajo de nuestros pies tenemos arena. Vamos a escarbar con las manos. De existir algún tesoro aquí dentro, tampoco creo que lo dejaran a la vista.

Se agacharon y empezaron a cribar la arena húmeda, por si encontraban algo entre ella. Hicieron un buen agujero.

Nada.

—Vamos a comprobar, una a una, las piedras de la pared del fondo del pozo, por si hubiera algún pasadizo oculto o algo así, quién sabe —dijo Batiste—. Tenemos que descartar todas las opciones.

Se pusieron a ello, piedra a piedra.

De repente, les pareció escuchar algunos sonidos provenientes de la superficie del pozo.

—¿Has oído eso? —dijo Jero.

—Sí, ¿qué habrá sido?

Al momento, la cuerda que les había servido para descender al fondo y debía devolverles a la superficie, cayó sobre sus cabezas con estrépito.

—¡Apaga la lámpara! —dijo Jero de inmediato.

—Los han descubierto, por eso han soltado la cuerda, como estaba convenido —dijo Batiste, en un susurro.

—Vamos a acurrucarnos en un rincón y a quedarnos quietos y en completo silencio. Espero que Amador y Arnau hayan hecho bien su trabajo y quién sea que les haya descubierto, no sospeche que estamos aquí abajo —dijo Jero, también en un susurro.

—Ahora a esperar y a confiar en que nadie descienda y nos pille aquí abajo.

Se hicieron un ovillo y se quedaron inmóviles. Pasó media hora. Nadie había bajado al pozo ni habían vuelto a escuchar ningún sonido. Jero incluso se había quedado dormido. Batiste dejó que descansara, total, tampoco tenían nada que hacer ahora mismo, más que esperar su rescate.

Después de un buen rato, Batiste se empezó a preocupar. Calculaba que habían pasado como dos horas, y nadie había aparecido por allí. Despertó a Jero.

—¡Menuda dormida te has pegado!

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —preguntó Jero, nada más volver en sí.

—Calculo que más de dos horas.

—Me parece excesivo. Amador y Arnau ya deberían haber vuelto a nuestro rescate. Pronto se hará de noche.

—¿Y si no vuelven? —preguntó Amador.

—¿Por qué no lo iban a hacer? Así habíamos quedado. Ese era el plan.

—¿Y si los han castigado a no salir de casa, por ejemplo, por la trastada de colarse en una casa ajena? —se le ocurrió a Batiste—. Entonces nadie sabe que estamos aquí abajo y nadie va a venir a rescatarnos, al menos hoy. O peor aún, que hayan sido descubiertos por don Cristóbal de Medina. No me lo quiero ni imaginar.

—Te recuerdo que en un rato hemos quedado en el Palacio Real con nuestros padres. El mío se ha desplazado adrede a la ciudad para hablar con nosotros —dijo Jero—. Tenemos que salir de aquí por necesidad.

—¡Pues ya me dirás cómo! —exclamó Batiste—. Has visto lo profundo que es este pozo y lo húmedo que están todas las paredes de ladrillo. Me temo que, por nuestros propios medios, es imposible que salgamos de aquí.

—Pues tenemos un gravísimo problema.

—Otro más para la colección —le respondió Batiste—. Al menos no está aquí el árbol judío, aún permanece a salvo.

—No estés tan seguro de ninguna de las dos cosas —dijo Jero, en un tono claramente misterioso.

EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 7 DE  
OCTUBRE

—Pocos fines de semana habrán sido tan intensos como este, para vosotras dos, en toda vuestra vida —dijo Jacques, dirigiéndose a las hermanas Mercader.

—Pocos no, en mi caso ninguno —contestó Rebeca.

—Bueno, yo podría contar varios fines de semana intensos, pero supongo que más de uno de los presentes se podría poner colorado —contestó Carlota, con esa sonrisa pícara tan característica en ella—. Aún me acuerdo de aquel día que le arranqué los galones al...

—¡Cállate, idiota! —la interrumpió Rebeca, riéndose—. No nos interesan tus hazañas bélicas.

—Pero Jacques me ha provocado, yo me he limitado a intentar responder —dijo Carlota, riéndose también.

Llegaron a la estación de Atocha. La limosina aparcó en la puerta, y Rebeca se fijó, por primera vez, en que los policías presentes en la zona se lo permitían, cosa impensable para el común de los mortales. «Lleva placas de matrícula diplomáticas», se fijó. Ahora se lo explicaba, incluso sus risas cuando, inocente de ella, había preguntado si el vehículo era alquilado. Ese cochazo de lujo era su vehículo oficial y habitual. No pudo evitar compararlo con el Opel Corsa desvencijado de sus padres. «Diferentes mentalidades frente al dinero, supongo», pensó.

Se despidieron con besos y abrazos, emplazándose para verse en breve, otra vez en Madrid, cuando estuvieran cerrados todos los flecos jurídicos de la operación.

—No creo que se demoren demasiado. Los compradores suizos no tienen ningún problema de liquidez económica, más bien todo lo contrario. Ya tienen en su poder desde hace tiempo la *due diligence*, es decir, la auditoría de compra de nuestra compañía, que demuestra que todo está en orden, y nuestros abogados y

los suyos les dieron el visto bueno a todos los documentos hace un mes. Supongo que estarán estudiando como digerir la compra, sobre todo en el mercado ruso, donde somos un referente importante, incluso por delante de ellos en nuestro sector —explicó Jacques—. No les va a resultar sencillo.

Entraron las tres en la estación de Atocha.

—Ya está anunciado nuestro tren, con andén y vía. Vamos a pasar los controles de seguridad —dijo Tote.

Así lo hicieron y se acomodaron en la mesa del vagón de clase preferente, tal cual hicieron en el viaje de ida.

—¿Sabes tía? Carol me ha hecho un regalo muy especial antes de abandonar su imponente mansión. Me ha dado el primer libro que leímos juntas en el colegio Albert Tatay, con tan solo seis años de edad, *Los tres cerditos* de Walt Disney —dijo mientras abría su enorme bolso y desperdigaba su contenido en la mesa—. Mira, aquí está.

Tote lo tomó entre sus manos.

—Parece antiguo.

—Lo es, en concreto del año 1934, además es la primera edición.

—¿Y lo has aceptado? Debiste rechazarlo, no debe ser nada barato.

—También lo sé, pero Carol me dijo que quería que lo conservara yo, que era algo simbólico... No te niego que me ha sorprendido ya que debe tener un elevado valor sentimental para ella. Me hacía gracia porque, de pequeña, se identificaba con el cerdito más discreto, pero al mismo tiempo el más aplicado, el que construye una casa de piedra —dijo Rebeca—. Ha sido un detalle muy bonito, y la verdad es que me ha encantado, y, por qué no decirlo, también me ha emocionado un poco. Esto sí que ha sido el auténtico broche a un fin de semana intenso de verdad.

Carlota, estaba callada, escuchando la conversación. De repente, algo pareció llamar su atención y empezó a trastear entre los objetos que Rebeca había sacado de su bolso.

—¿Qué haces registrando mis cosas? —le preguntó sorprendida, mirando a su hermana.

—¡Qué casualidad! —exclamó Carlota—, yo también tengo un sobre de esos.

—¿Qué sobre?

—El de la floristería La Violeta, de la plaza del Ayuntamiento de Valencia.

Rebeca, de repente, recordó el ramo de rosas rojas que había recibido en la redacción del periódico el jueves pasado, que, en un principio, atribuyó a su compañero y arqueólogo Fernando del Rey. Con toda la intensidad y las sorpresas del fin de semana, se había olvidado por completo de las flores y de la capa. Su *instinto arácnido* se puso alerta de inmediato.

—¿Cuándo recibiste ese ramo exactamente? —le preguntó a Carlota.

—El jueves por la mañana. Iba junto con una caja que contenía una prenda de lo más estrafalaria. Tengo seguidores en redes sociales de lo más extraños, de todo tipo de tribus urbanas que estoy seguro de que ni conoces su existencia. A veces recibo cosas que ni te puedes imaginar. A este chalado le dio por regalarme seis rosas rojas de tallo largo envueltas en celofán con una cinta de color oscuro. Todo ello iba acompañado de un sobre de esa misma floristería, de La Violeta.

Rebeca estaba completamente pasmada, porque el ramo que ella había recibido era idéntico al que acababa de describir Carlota, por no hablar de la prenda estrafalaria.

—¿Abriste el sobre de la floristería? —preguntó con evidente curiosidad.

—No, ¿para qué perder el tiempo con chalados? Cuando me envían cosas de este tipo, van directamente a la basura. No malgasto ni un segundo en estas tonterías.

—¿Conservas, en este caso, el sobre y la caja? —siguió preguntando Rebeca.

Carlota empezó a recelar de esa especie de interrogatorio de su hermana.

—¿Y a ti que mosca de ha picado? ¿Qué es lo que ocurre con este tema? Tus preguntas me parecen un tanto extrañas —dijo Carlota, que no entendía este súbito interés por una verdadera tontería, de las que recibía a decenas todos los años.

—Por favor, contéstame. Luego prometo explicarme.

Carlota se quedó un momento pensativa.

—No, aún no los he tirado, no he tenido tiempo. De hecho, metí el sobre en mi bolso para arrojarlo a la basura. Creo que aún lo debo llevar encima —dijo, mientras lo abría y, después de rebuscar un poco en su interior, sacó un sobre, también de la floristería La Violeta.

Tote no entendía nada.

—¿Me vais a explicar en algún momento a qué estáis jugando? Lo digo por si me apetece participar.

Pusieron los dos sobres de la floristería La Violeta uno enfrente del otro, encima de la mesa.

—¿Nos vamos a quedar mirándolos o los vamos a abrir? —comentó Carlota, que, aunque no entendía nada, se imponía su desbordante curiosidad.

—Adelante tía, ¿no querías participar? Te cedemos el honor, abre los dos sobres de la floristería —dijo Rebeca, que ya intuía su interior—. Apuesto a que su contenido es idéntico.

—¿Idéntico? —dijo sin comprender nada Carlota—. ¿Cómo puedes saber eso? ¿Tenemos admiradores comunes, ahora que somos hermanas?

—Déjame que disfrute de un minuto de desconcierto de la gran Carlota, que todo lo conoce —dijo Rebeca, intentando rebajar la tensión, aunque sin conseguirlo.

Tote abrió el primer sobre y se quedó completamente blanca. Abrió el segundo y, como había deducido Rebeca, su contenido era exactamente igual que el anterior. Estaba visiblemente descompuesta.

Carlota no entendía nada, y esa sensación no le gustaba. No estaba acostumbrada.

—¿Cómo sabías que iban a ser iguales? —le preguntó de inmediato a Rebeca—. Además, me vas a contar por qué no te has sorprendido ni un ápice con su contenido, que no te he quitado la vista durante toda la operación de apertura. Es evidente que la única explicación posible es que ya lo conocieras antes de abrirlos, así que empieza a desembuchar de inmediato.

Tote se quedó mirando a sus sobrinas, y antes de que Rebeca dijera una palabra, la tomó ella.

—En realidad, la que os debo una explicación soy yo.

—¿Tú? ¿Por qué? —dijeron Rebeca y Carlota casi a coro—, si hace un minuto no sabías nada de los sobres...

## 5 DE MARZO DE 1525

—¿Qué hora es? —preguntó don Alonso Manrique.

—Las siete y cuarto —le contestó Johan Corbera.

—Es muy extraño que se retrasen quince minutos nuestros dos hijos a la vez, ambos son muy puntuales.

—Además, hoy no ha habido escuela, el maestro está enfermo y Batiste no se ha pasado ni por casa a comer. Es raro.

Don Alonso se preocupó de inmediato al conocer ese dato.

—No sabía que no había habido escuela, acabo de llegar a la ciudad apenas hace una hora, pero el servicio me ha dicho que Jerónimo tampoco ha venido a comer al palacio.

—¿Nos debemos preocupar en serio? —preguntó Johan.

—No lo sé. Yo no puedo dar la voz de alarma. Se supone que no estoy aquí hoy, sino en Zaragoza.

—Esperaremos quince minutos más para dar la alarma yo mismo —dijo Johan, que empezaba a estar más que preocupado.

Se quedaron en silencio por un momento. Secretamente ya no estaban preocupados, ya empezaban a tener cierto temor. Nada bueno presagiaba esta ausencia de sus hijos.

—No me aguanto más —dijo Johan, un poco antes de las siete y media, levantándose del sillón—. Conozco a mi hijo, jamás llegaría tarde a una reunión, y más con media hora de retraso. Está claro que algo les ha ocurrido.

Don Alonso asintió con la cabeza. Se le veía muy preocupado también.

—Voy a dar la alerta a los alguaciles del palacio y que ellos se encarguen del resto —continuó Johan, mientras se dirigía hacia la puerta del salón de las chimeneas.

En ese momento se tropezaron en la puerta el propio Johan que quería salir, y Batiste y Jero que querían entrar en el salón de la chimenea. Venían muy sucios

y con las manos ensangrentadas.

Johan les cedió el paso, mientras los miraba de arriba abajo.

—¿Qué es lo que os ha pasado? —preguntó alarmado, sin saber cómo reaccionar ante lo que estaba viendo.

—Déjanos primero que nos sentemos en los sillones, que no podemos ni con nuestras almas —dijo Batiste, con voz de casi extenuado—, y ahora os contaremos toda la historia.

—¡Claro! Pasad y sentaros —dijo don Alonso, también alarmado.

Así lo hicieron. Su apariencia física era lamentable. Tenían heridas en las manos y en los pies, además de llevar sus ropajes completamente sucios y rasgados. Su aspecto general era deplorable. La mayoría de pordioseros tenían mejor presencia que ellos. Se sentaron los cuatro, alrededor del fuego, el en salón de la chimenea del Palacio Real.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Johan, que no se podía aguantar.

—¿Desde la última vez que nos vimos o en las últimas horas? —contestó Jero con otra pregunta, con cierta sorna.

Su padre lo observó severamente, con esas miradas que atraviesan la piel y te llegan al corazón.

—Desde el principio, por favor —contestó en un tono muy frío. Se notaba que no estaba muy contento con lo que estaba observando.

—Ayer me invitaron a asistir a una reunión del Gran Consejo —dijo Batiste.

De inmediato don Alonso se levantó de su sillón.

—¡Mira que me lo imaginaba! ¡Ese idiota del conde de Ruzafa! Parece un pavo real, igual fue un error elegirle como número uno del Gran Consejo. Ya me estoy arrepintiendo.

—Tranquilo padre, que tanto Batiste como yo nos apañamos para asistir a la reunión sin que ellos se dieran cuenta —respondió Jero.

—¿Cómo hicisteis eso? —preguntó don Alonso.

Jero le explicó cómo se habían apañado para que nadie advirtiera su presencia. También les contó que reconocieron la voz del número tres del Gran Consejo.

—Cada día me sorprendes más Jero. Creo que con tan solo nueve años ya estás a un nivel peligrosamente parecido al mío. Miedo me darás cuando crezcas un poco más —contestó don Alonso—. Hasta yo me tendré que cuidar de ti algún día.

Johan se había quedado con un dato.

—Dices que conociste la voz del número tres, ¿quién era?

Su hijo le contestó.

Ahora fue Johan quién se levantó del sillón, sin poder aguantarse, claramente aturrido por la revelación. Sin embargo, don Alonso se sentó con una pequeña

sonrisa en su rostro.

EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 7 DE  
OCTUBRE

GC11O23ISN

Carlota estaba pasmada, el contenido de ambos sobres de la floristería llevaba escrito el mismo mensaje, idéntico letra por letra y número por número. Tampoco creía en las casualidades.

—Me da igual quién de las dos hable, pero quiero una explicación ya —dijo Carlota.

—Tía, permíteme que empiece yo, si quieres luego continúas tú —dijo Rebeca—. Creo que, después de esto, hemos de poner todas las cartas sobre la mesa. Es muy grave.

—Y tanto —contestó Tote, que parecía consternada—. Tu hermana se merece conocer toda la verdad.

—¿Os importa dejar de hablar en clave entre vosotras y explicarme estas notas idénticas? —insistió Carlota.

Rebeca se dirigió a su hermana.

—¿Te acuerdas de nuestra excursión nocturna a la Lonja, con mi tía aquí presente, Abraham Lunel, Tania Rives y su marido, antes del verano?

—¡Pues claro que me acuerdo!

—¿Recuerdas que encontramos el árbol judío del saber milenario, que debía estar oculto dentro de un arcón que desenterramos, pero que estaba completamente vacío?

—Por favor, Rebeca, estaba allí, ¿cómo no me voy a acordar?

—Pues fue todo falso, un teatro.

—¿Qué quieres decir exactamente? —preguntó Carlota extrañada.

—Que ese no era el emplazamiento del árbol.

—¡Ah! ¿no? ¿Y cuál era entonces?

—Eso no lo sé.

—¿No lo sabes? ¿Qué me estás intentando decir? —preguntó Carlota, que tenía su cerebro a pleno rendimiento.

—¿Te acuerdas de aquella reunión del *Speaker's Club* en el mes de mayo, la que celebramos en mi casa y no en el *pub*?

—¡Cómo la voy a olvidar! Allí se descubrió todo el pastel. Joana, tu antigua pareja —dijo mirando a Tote —, confesó ser la undécima puerta.

Se hizo un pequeño silencio. El cerebro de Carlota estaba a pleno rendimiento, sus ojos la delataban.

—¡Venga! ¡No me fastidies! —dijo mirando directamente a los ojos de Rebeca.

—Me temo que sí te fastidio.

—¡Entonces me engañasteis como una idiota! Y hablo en plural, porque viendo la cara de Tote, deduzco que ella también lo sabía.

—Sí, yo también lo conocía, pero todo era necesario. Joana era, en realidad, el número doce, la duodécima puerta, y se sacrificó por Rebeca, que siempre ha sido el verdadero número once. Era su obligación y así lo asumió, pero mira las consecuencias que todo ello trajo después para nosotras —explicó Tote.

—Lo siento mucho, supongo que sufrirías mucho, al fin y al cabo, rompió una familia feliz —intentó consolarla Carlota.

—Así fue —dijo Tote, aun visiblemente afectada, a pesar del paso del tiempo. Carlota se giró de nuevo hacia Rebeca.

—¿Y por qué nos convoca el Gran Consejo, esos restos que aún quedan por ahí, a una reunión, a ti y a mí? A ti lo entiendo porque, aunque no perteneces al Gran Consejo, me acabas de revelar que eres la undécima puerta, pero ¿por qué a mí?

Rebeca se sobresaltó.

—¿Cómo sabes que nos convoca el Gran Consejo?

Carlota se quedó mirando con un gesto de cierta indulgencia a su hermana. Cogió uno de los mensajes extraídos del sobre de la floristería.

GC11O23ISN

Tomó una servilleta de encima de la mesa y escribió.

Gran

Consejo

11Octubre

23horas  
Iglesia  
San  
Nicolás

Rebeca y Tote no salían de su asombro.

—Parece mentira que, a estas alturas, aún os sorprendáis. Por cierto, Rebeca, ¡qué casualidad!, la reunión tendrá lugar en el mismo sitio donde empezabas tu máster —dijo Carlota en un tono claramente sarcástico—. No sabíais lo que significaban las iniciales ISN en una anterior convocatoria del Gran Consejo, ¿verdad?

—Está claro que no te puedo ocultar nada —le contestó Rebeca, sonriendo.

—Todo lo contrario, lo has hecho de maravilla y me descubro ante ti. No sabía, hasta ahora mismo, que eras la undécima puerta. Me has engañado como a una boba, y eso significa que tienes una mente parecida a la mía, lo tengo que reconocer. Jugaste conmigo, sobre todo aquel día en la Lonja y eso no es nada sencillo —dijo en un tono de preocupación Carlota—. No me di cuenta de tus maquinaciones. Ahora, con la distancia, lo veo claro, pero, en el fragor de la batalla, no me enteré de nada. Eres buena, muy buena.

—Me costó mucho esfuerzo, no te creas. Estaba constantemente pendiente de ti. Los demás sabía que estaban predispuestos a creerse el pequeño *teatrillo* que monté, pero de ti no estaba tan segura.

—Pues me engañaste, y eres la primera persona que lo ha conseguido durante muchísimo tiempo.

—Te veo un gesto de preocupación. ¿Acaso temes por el mojito que nos hemos apostado? —preguntó en tono de broma Rebeca, intentando quitarle hierro al asunto, viendo que su hermana se ponía demasiado seria.

—En absoluto, pero nuestros cocientes intelectuales van a quedar más igualados de lo que yo suponía en un principio —contestó Carlota.

Rebeca continuó hablando.

—Volviendo al tema, ya que has descubierto que nos han convocado a las dos a una reunión del incompleto Gran Consejo, lo que no alcanzo a comprender es por qué te convocan a ti, Carlota. Creen que, en la actualidad, existen dos números once que, cada uno de ellos, dispone de una mitad que conduce al árbol, ya que ellos, como Gran Consejo, no tienen ninguna información, Yo soy una de las dos undécimas puertas y no tengo ninguna mitad del mensaje. Por la convocatoria, podemos deducir que creen que tú, Carlota, eres la segunda undécima puerta.

Se hizo el silencio

—Me temo que yo tengo la respuesta a esa pregunta —dijo Tote, muy seria—. Os había dicho al principio que os debía una explicación.

Las hermanas se quedaron mirando a su tía, con un gesto de evidente curiosidad. Tote lo contó en apenas un minuto.

—¡No fastidies! —acertó a decir Carlota, sin llegar a creerlo—. ¡Eso no es posible!

—Me temo que sí lo es —le contestó Tote.

Rebeca estaba en silencio, se había quedado sin palabras ante la revelación de su tía.

Jamás se lo hubiera imaginado. Aquello sí que era una gran bomba y no lo del Gran Consejo.

## 5 DE MARZO DE 1525

—¿Otro miembro de la inquisición en el Gran Consejo? —exclamo aturdido Johan —. Esto ya no lo considero nada normal.

—Te aseguro que no nos confundimos, reconocimos perfectamente su voz — respondió Batiste.

—No, si no dudo de vuestra palabra. Lo que planteo es que podríamos echar el cierre definitivo al Gran Consejo y traspasar sus funciones al Consejo de la Suprema y General Inquisición. Casi ni se notaría la diferencia. Son casi los mismos.

Don Alonso parecía divertido. Johan, sin embargo, a medida que digería de lo que se acababa de enterar, se iba enfadando cada vez más... Continuó hablando.

—Por tu media sonrisa y tu ausencia de sorpresa, deduzco que ya lo sabías — dijo, dirigiéndose a su amigo el inquisidor general.

—¡Pues claro que lo sabía! —contestó con firmeza don Alonso —. No te olvides que he sido, hasta hace muy poco, número uno del Gran Consejo. Te recuerdo, una vez más, que tú no has pertenecido a él jamás, ¿cómo lo ibas a saber?

—¿Y también lo reconociste por su voz?

—No exactamente —contestó enigmático el inquisidor.

Johan se quedó pensativo por un momento. Cuando comprendió lo que podría estar insinuando don Alonso, pasó del enfado a la indignación.

—¿No me estarás diciendo que tuviste algo que ver con su nombramiento como número tres?

Don Alonso volvió a sonreír.

—Aciertas de nuevo. Utilicé mis influencias para colocarlo en el Gran Consejo.

Johan no comprendía nada, estaba aturdido.

—¿Y para qué?

—Mejor tenerlo como aliado que como enemigo. Piensa en todo lo que ha ocurrido últimamente e igual lo entiendes un poco mejor.

—La verdad es que le da algo de sentido a algunas cuestiones, pero sigo sin comprender como una persona de su posición puede pertenecer al Gran Consejo, y menos por influencias tuyas.

—Te repito que más vale tenerlo cerca y a nuestro servicio. Créeme que jugará su papel en el futuro, y será muy importante.

—Lo que tú digas, no merece la pena discutir contigo. Siempre vas un paso por delante de mí, o dos.

—Simplemente estoy intentando jugar una partida de ajedrez muy complicada. De todas maneras, mañana por la mañana hablaré con el conde de Ruzafa, antes de partir de la ciudad, para que deje de hacer tonterías. No nos podemos permitir más incidentes, y menos creados por nosotros mismos. Ya tenemos suficientes con los ajenos.

Se hizo el silencio en la sala. Al poco reanudó la conversación.

—Ahora continuar la historia, ¿de dónde venís con semejante aspecto? Estáis heridos. ¿Qué os ha pasado? Eso es lo verdaderamente importante, y no el Gran Consejo.

Jero se lo contó brevemente. Su excursión al pozo de la residencia de la familia Vives, lo que habían maquinado para descender solos Batiste y él, y lo que había ocurrido después, que sus amigos Arnau y Amador los habían dejado abandonados en el interior. Todavía no sabían qué había ocurrido en la superficie. Suponían que los habían descubierto, pero no habían vuelto a rescatarlos, como habían convenido, en caso de que ocurriera cualquier incidente imprevisto.

—¿Y cómo habéis conseguido escapar de allí dentro, vosotros dos solos, sin ayuda desde el exterior? —preguntó don Alonso con curiosidad.

—Las piedras de las paredes estaban húmedas y llenas de musgo. Intentamos escalar, pero era imposible. Cada tres o cuatro metros, nos resbalábamos y nos caíamos sobre el fondo. Nos dimos cuenta que así jamás lo conseguiríamos, hasta que a Batiste se le ocurrió la idea genial.

—¿Cuál? —preguntó interesado don Alonso.

—Muy simple, aprovechar los elementos que teníamos a nuestro alcance e intentar buscarles una utilidad.

—¡Pero si no teníais nada! —exclamo Johan.

—Te equivocas padre —contestó Batiste—. Disponíamos de la cuerda que habían arrojado al interior del pozo nuestros amigos. Con ella, cortándola con la llama de la lámpara de aceite que habíamos tomado prestada de la escuela, nos fabricamos una especie de guantes y calzado que se agarraban a las piedras del

pozo. Con la cuerda que nos sobró nos atamos, y emprendimos el ascenso. Nos costó más de dos horas y algún susto que otro, pero al final alcanzamos la superficie, la salida del pozo. Eso sí, tenemos las uñas de las manos y de los pies destrozadas, pero conseguimos nuestro objetivo. Si no llega a ser por eso, aún estaríamos en su interior, porque nadie acudió a nuestro rescate.

Don Alonso estuvo a punto de ponerse a aplaudir.

—Sensacional. Una gran idea. Sin duda estáis a la altura de lo que se espera de vosotros.

Batiste estaba muy serio. Habían logrado escapar de un gravísimo contratiempo, pero no habían llegado hasta el Palacio Real para eso.

—Sí, pero no hemos venido esta noche para contaros nuestras intempestivas hazañas. Nos has convocado de urgencia y de improviso por otro motivo —dijo Batiste, mirando a don Alonso—, y estoy seguro de que debe ser muy importante. Has venido de incógnito y ni siquiera lo sabía tu propio hijo.

Don Alonso se quedó mirando a Batiste. Sentía una especial admiración por aquel joven.

—Es cierto. No voy a perder el tiempo con introducciones innecesarias. Voy a ir al grano, Johan me envió una misiva acerca del asunto del tesoro de la familia Vives, custodiado por un negro barbudo con una cadena de oro, que habías leído en el despacho del receptor.

Batiste sacó un envoltorio de su jubón y se lo dio a don Alonso.

—Precisamente estos son los documentos originales del Santo Oficio de aquel interrogatorio, hace veinticuatro años. Cuando estuve en el despacho del receptor don Cristóbal de Medina los pude leer, luego me caí de la escalera en mi intento por sepultarlos al final del legajo.

—Buena idea —dijo don Alonso—, aunque te costara un buen golpe en la cabeza.

—Sin embargo, esta mañana, cuando Amador, el hijo del receptor, abrió ese mismo legajo, estaban otra vez al principio. Eso significa que don Cristóbal había estado mirando los papeles de ese mismo expediente, y en concreto el interrogatorio a Miguel Vives, porque yo lo dejé al fondo de todos los documentos y repito, esta mañana estaban al principio. Si las lees, parecen las declaraciones de un demente sometido a tortura, pero cuando el receptor huele el dinero, también se vuelve loco, me lo imagino casi como Miguel Vives. ¡Un pozo con un tesoro en su interior, nada más y nada menos! Se le abrirían los ojos de par en par en cuanto lo leyera.

Don Alonso Manrique y Johan Corbera se quedaron mirando. Tenían mala cara, con pronunciadas ojeras incluidas. Se notaba que no habían dormido demasiado últimamente.

—Hay algo que os debemos contar y que ahora debéis saber, dados los acontecimientos que acaban de acontecer. Anda, hazlo tú Johan, que fuiste protagonista en primera persona —dijo don Alonso.

Johan se levantó del butacón, hablaba más cómodo estando de pie.

—El árbol cultural del saber milenario judío no está escondido en el pozo de la casa familiar de Luis Vives, como ya habéis podido comprobar vosotros, además hoy mismo.

—¡No me digas! ¡Vaya noticia que nos acabas de dar! —dijo Jero, con cierta sorna.

—Déjame acabar. No está escondido allí ahora, pero... sí lo estuvo en el pasado.

Ahora las expresiones de Batiste y Jero cambiaron por completo.

—¿Cuándo? —preguntó extrañado y sorprendido Batiste.

—Tan solo fue durante unos meses, mientras Luis Vives y yo decidíamos su emplazamiento definitivo. No podemos estar seguros de que haya quedado algún resto de él en su interior. Es muy delicado que don Cristóbal de Medina tenga esa información, aunque seguramente no sepa interpretarla. Pero no deja de ser peligroso y preocupante.

—Por eso podéis estar tranquilos. Rebuscamos por todo el fondo del pozo y revisamos cada piedra de las paredes, por si hubiera algún pasadizo secreto. No había nada de nada —dijo Jero—. Estuvimos un buen rato dedicado a ello, tampoco teníamos muchas cosas que hacer allí dentro...

—Pues es un verdadero alivio —contestó don Alonso.

De repente, Batiste sacó del bolsillo una especie de piedra oscura y se la entregó a su padre. Johan la tomó entre sus manos. La limpió un poco, ya que estaba cubierta de polvo. Era una piedra preciosa de color azul, sin acabar de pulir.

—Parece un zafiro a medio trabajar —dijo Johan, mientras se lo pasaba a don Alonso, que sacó una especie de lupa. Se puso a observarla con más detenimiento. De repente, se levantó del sillón de golpe y se acercó a Johan. Le mostró el borde de la piedra, señalándole una zona en concreto, en la parte pulida.

Ambos se quedaron completamente blancos. Se sentaron en sus respectivos butacones, sin decir ni media palabra.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Jero.

Nadie le contestaba.

—¿No le pensáis responder a Jero? —dijo Batiste—. ¿No le pensáis contar la verdad?

Al final, don Alonso le dio a su hijo la piedra azul, que la observó con

detenimiento.

—Aunque a medio trabajar, es muy bonita. ¿Pertenece al tesoro que la familia Vives guardaba en el pozo el siglo pasado? —preguntó Jero.

—Mira en el extremo más trabajado, en una de las esquinas.

Jero se fijó en esa parte de la piedra que le indicaba Batiste.

—No veo nada que me llame la atención. Si es algo importante, lo siento, no lo pillo.

—Tienes buena vista, fíjate mejor —insistió Batiste.

Jero afinó la mirada.

—Aquí hay algo grabado minúsculo, parecen unas iniciales, pero apenas se distinguen. Diría que pone «J.A.».

Don Alonso y Johan seguían sin reaccionar. Estaban sentados en sus respectivos butacones, pero con la mirada perdida.

—Una joya, un orfebre y las iniciales «J.A.». Ahí tienes tus piezas. Ahora encájalas en su sitio y resuelve el rompecabezas —le dijo Batiste a su amigo.

Al principio Jero no lo comprendió, pero al poco tiempo también cayó en la cuenta.

«¿Qué consecuencias tenía aquello?».

EN LA ACTUALIDAD, DOMINGO 7 DE  
OCTUBRE

—¡Sabía que me ocultabas algo, pero jamás me imaginé que fuera eso! — exclamó Rebeca.

—¿Por qué sabías que te escondía algo? —preguntó con curiosidad Tote—. Me esforcé por ocultar la verdad y creía que lo había conseguido.

—No fue culpa tuya. Recordarás que una vez te pregunté si conocías que mi madre era la undécima puerta. Me contestaste que no.

—¡Claro! ¡Cómo lo iba a reconocer!

—Pero lo que tú no sabías es que mi propia madre me confesó que tú estabas al tanto de todo. Sabía que no me decías la verdad, aunque no entendía el porqué. Ahora comprendo el motivo.

—Pues sí, había ciertas cosas que no podía contar, por vuestra propia seguridad —afirmó Tote—. Vuestros padres se tomaron muchas molestias en ocultar todo este asunto. Lamento no haber sido sincera del todo, pero espero que ahora comprendáis el porqué.

—Los motivos están más que claros —dijo Carlota—. No te preocupes por eso, tía.

—A pesar de que lo has contado tú, y por supuesto te creo, me resulta casi increíble —dijo Rebeca, aún con cara de pasmada.

—¿Qué probabilidades estadísticas hay de que ocurra una cosa así? —se preguntaba Carlota.

—Pues supongo que una entre ocho o nueve mil millones, más o menos — contestó Rebeca.

—Era una pregunta retórica, querida hermanita. Esa respuesta también la habría podido dar yo —dijo Carlota en un tono algo soberbio—. Son los habitantes de la Tierra, arriba o abajo.

—¿Y en qué momento de sus vidas nuestros padres se enteraron de que ambos

eran las undécimas puertas? — le preguntó Rebeca a su tía—. Me puedo imaginar la escena, supongo que no lo podrían creer. Se quedarían estupefactos y sin saber reaccionar.

—Se enteraron más o menos al mismo tiempo de saber que iban a ser padres de gemelas, de vosotras dos.

—¡Ostras! Se les vendría el mundo encima —dijo Rebeca.

—Supongo que, en ese momento, tomaron la decisión de su vida, renunciar a una de sus hijas, y me tocó a mí —dijo Carlota, que notaba la tristeza en sus ojos.

Tote intervino.

—Julián, vuestro padre, me contó que lo decidieron en el mismo momento de enterarse, pero a mí no me lo dijeron. Lo que recuerdo perfectamente es cuando me comunicaron su resolución, en la habitación del hospital, después mismo del parto. Imaginaros la situación, fue un auténtico drama familiar. Me acuerdo que mi hermana no dejó de llorar en una semana y Julián perdió el poco pelo que le quedaba.

—¿Y no intentaste hacer nada? —preguntó Carlota.

—¡Y tanto que lo intenté! Me ofrecí a criar a una de las dos, hasta les propuse trasladarme de ciudad a la otra punta del país si era necesario, pero se negaron de forma rotunda. Alegaron que así no se deshacían del peligro para vosotras, que debían alejaros de verdad, no solo físicamente. Una de la dos tenía que desaparecer como Mercader, no quedaba más remedio. De hecho, hicieron todos los trámites a mis espaldas, supongo porque sabían que no estaba de acuerdo con la decisión que habían tomado, y que, además, era policía y quizá pudiera descubrir tu paradero, cosa que no querían que ocurriera, siempre pensando en vuestra seguridad.

—¿Y lo hiciste? —preguntó Carlota—. ¿Me buscaste?

—Lo intenté por todos los medios a mi alcance, pero no conseguí averiguar nada. Ya se lo conté a Rebeca, me empleé a fondo, pero no obtuve ningún resultado. Carlota simplemente se había evaporado. Recordad que vuestra madre trabajó en los servicios de inteligencia, estoy segura de que recurriría a alguna amistad de aquella época. Hasta el fatal accidente de tráfico no me enteré, cuando ya tenías ocho años. El resto de la historia ya la conoces.

Carlota continuó el razonamiento.

—Ahora está claro que el Gran Consejo ha descubierto que somos hermanas, y ha deducido lo que nuestros padres querían evitar a toda costa.

—¿Cómo lo han podido saber? —preguntó Tote.

—Supongo que, para la organización de la fiesta de nuestro cumpleaños del martes que viene, contactarías con muchas personas que ya sabrán que somos

hermanas —dijo Rebeca.

—Pues claro, por ejemplo, la empresa de vinilos de Torrent, que por cierto se llama como mi apellido, conoce que somos hermanas a la fuerza. ¡Si van a preparar una gran foto! También el pirotécnico y algunas personas más.

—¿El pirotécnico? —preguntó sorprendida Rebeca—. ¿Pero qué festival piensas montar?

—Si antes tenía peligro, espérate a ahora... —contestó Carlota, sonriendo, aunque de una manera extraña.

—Pues la información, por cualquier canal, ha llegado al Gran Consejo antes de tiempo, por eso nos citan a las dos a una reunión. Ya te puedes imaginar el motivo.

A pesar de la conversación, Carlota parecía extrañamente ida. Respondía casi de forma automática. De repente, pareció volver en sí e hizo una reflexión.

—Aunque me he criado sin mis padres biológicos, ahora, por fin, puedo alcanzar a comprender su decisión. Nuestra madre Catalina se sabía vigilada por el Gran Consejo. Si descubrían que su marido, Julián Mercader, también era la segunda undécima puerta oculta, lo lógico sería pensar que sus hijas gemelas heredarían la responsabilidad y se convertirían, a su muerte, en las dos undécimas puertas también —reflexionó Carlota—. Eso es lo que querían evitar a toda costa con nuestra separación y mi desaparición, como una Mercader. del mundo.

Rebeca se quedó mirando fijamente a la cara de su hermana, de una manera muy directa, fijamente a sus ojos.

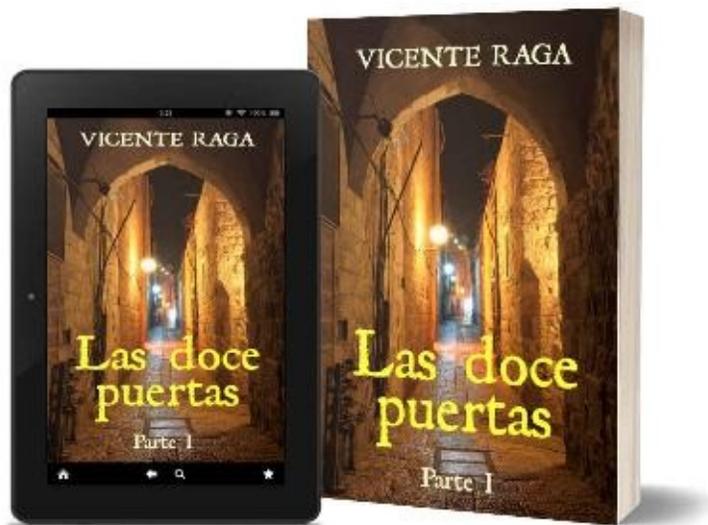
—Yo sí que soy la undécima puerta, te lo acabo de contar, pero ¿tú lo eres también? —le preguntó—, porque eso explicaría y daría sentido a muchas cosas.

Carlota se quedó mirando a su hermana y le sonrió de forma incierta, sin contestarle.

**Fin de la parte V**  
[La sonrisa incierta](#)  
**Continúa en la parte VI**  
[Rebeca debe morir](#)

# SERIE DE NOVELAS LAS DOCE PUERTAS

Todas disponibles en *Amazon*



## 1 - [Las doce puertas \(Parte I\)](#)



## 2 - [Nada es lo que parece \(Parte II\)](#)



### 3 - [Todo está muy oscuro \(Parte III\)](#)



#### 4 - [Lo que crees es mentira \(Parte IV\)](#)



## 5 - [La sonrisa incierta \(Parte V\)](#)



## 6 - [Rebeca debe morir \(Parte VI\)](#)



## 7 - [El enigma final \(Parte VII\)](#)

Para los autores son muy importantes las opiniones en **AMAZON**, nos ayudan a seguir escribiendo.

SI LE HA GUSTADO LA NOVELA, POR FAVOR,  
**ESCRIBA UNA RESEÑA EN AMAZON**

Si no le ha gustado o quiere ponerse en contacto conmigo, puede mandarme su comentario a:

**MANDARME UN COMENTARIO**

<https://www.vicenteraga.com/contacto>

¿Desea recibir más información de las novelas?

**MÁS INFORMACIÓN**

<https://www.vicenteraga.com/contacto>

Si lo desea, puede suscribirse como **LECTOR VIP** a mi lista de correo. Recibirá promociones, información de primera mano, novedades exclusivas y muchas ventajas más, sin ningún coste para usted. No comparto sus datos con nadie.

**[APÚNTATE A MI LISTA](#)**

## **REDES SOCIALES**

**[Facebook](#)**

[www.facebook.com/vicente.raga.escriptor](http://www.facebook.com/vicente.raga.escriptor)

**[Twitter](#)**

[www.twitter/vicent\\_raga](http://www.twitter/vicent_raga)

**[Instagram](#)**

[www.instagram/vicente.raga.escriptor](http://www.instagram/vicente.raga.escriptor)

[www.vicenteraga.com](http://www.vicenteraga.com)